

Alvin Maker V:

FUEGO DEL CORAZÓN

Orson Scott Card



Lectulandia

Estados Unidos, siglo XIX. Mientras Alvin sigue buscando una inspiración para la mítica Ciudad de Cristal. Su esposa Peggy, que puede leer el «fuego del corazón», viaja a la corte del rey Arturo de Inglaterra, exiliado en Charleston, ciudad que se ha convertido en un nuevo reino de Camelot. Peggy va allí con la intención de evitar el terrible porvenir que se prevé: la pavorosa guerra entre las naciones libres y los estados esclavistas.

Lectulandia

Orson Scott Card

Fuego del corazón

Alvin Maker - 5

ePub r1.0

Titivillus 21.05.16

Título original: *Heartfire*
Orson Scott Card, 1998
Traducción: Rafael Marín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Mark y Margaret,
para quienes todos los fuegos del corazón
brillan con intensidad.*

PRESENTACIÓN

Debo reconocer que me siento bastante desconcertado en cuanto a la extensión que acabará teniendo la más famosa serie de fantasía de Orson Scott Card, de la que FUEGO DEL CORAZÓN va a ser la quinta entrega. Se trata de un ambicioso proyecto que intenta reconstruir en clave de fantasía parte de la historia norteamericana. Afortunadamente, las novelas de la serie mantienen la suficiente independencia temática para leerlas por separado (aun cuando yo no se lo recomendaría: ¿cuál dejarse, si todas resultan tan agradables e interesantes?). En cualquier caso, la puritana Nueva Inglaterra y sus discutibles juicios de brujería son posiblemente el eje central de esta interesante quinta entrega de la que los especialistas de *Publishers Weekly* etiquetan como «la mejor serie actual de fantasía».

El tema principal y también el más querido de Card ha sido siempre el de la formación de la personalidad de sus protagonistas desde la niñez. Lo encontramos en EL JUEGO DE ENDER (1985, NOVA ciencia ficción, núm. 0) envuelto en un ropaje tecnológico y militar al abordar la formación de un líder destinado a librar una de las más decisivas batallas de la humanidad: el enfrentamiento con la extraña especie de los insectores. Lo encontramos de nuevo en MAESTRO CANTOR (1980 NOVA ciencia ficción, núm. 13) en un entorno dominado por el arte, en este caso la música, y la misteriosa influencia que ejerce en la vida de los hombres, incluso en la de los poderosos que dominan la galaxia. Lo encontramos también en ESPERANZA DEL VENADO (1983, NOVA fantasía, núm. 3), situado en este caso en un ambiente mágico y casi místico en lo que ha dado en considerarse un hito fundamental en la literatura moderna de fantasía, en la difícil modalidad de la «fantasía mágica». Y lo encontramos de nuevo en las Historias de Alvin, el Hacedor, donde Card reconstruye una historia alternativa de los Estados Unidos de América en la que la magia y el folclore son los elementos dominantes.

En todas estas obras vemos claramente cómo la formación sentimental y humana de unos niños se traduce en su evolución personal, en su maduración y crecimiento moral y emocional. Ésta es la síntesis de lo que un lector tiene derecho a esperar: percibir que los personajes de las novelas «viven» sus experiencias y evolucionan debido a ellas, tal como ocurre en la vida cotidiana. Desgraciadamente, la ciencia ficción y la fantasía han careado durante muchos años de esta visión, sin duda necesaria para cualquier narrativa que quiera ser considerada adulta. Por fortuna los nuevos autores como Card aportan al género esa imprescindible madurez emotiva.

En la serie *The Tales of Alvin Maker* (Historias de Alvin, el Hacedor), Card ha utilizado las tradiciones y la magia de los hombres y mujeres que poblaron un continente y también las creencias de las tribus que vivían allí antes que ellos. Con ello crea una América fronteriza y distinta, un mundo en el que la magia es real y

que, precisamente por ello, está repleto de dones, encantamientos, conjuros, hechizos y podones que marcan la vida de las gentes en comunidades rurales. Entre los personajes que desfilan por la serie abundan los dones: los hidrománticos, que encuentran y dominan el agua, los chisperos, que encienden y controlan el fuego, las teas, que pueden leer el fuego interior o «fuego del corazón» y el futuro de las personas.

Y esos dones se incorporan de la forma más natural posible a la realidad cotidiana y a los más diversos quehaceres.

También existe en la serie un punto de vista trascendente y numinoso que bordea lo religioso. De nuevo, el eje central de la lucha del protagonista Alvin es el enfrentamiento de dos grandes poderes que Card sitúa incluso por encima del bien y del mal. Se trata de la contraposición entre un Hacedor (Maker) y el Deshacedor (Unmaker).

En el primer volumen de la serie, *EL SÉPTIMO HIJO* (1987, NOVA fantasía, núm. 6), se narra el nacimiento y la primera infancia de Alvin, destinado a ser un Hacedor por el prodigioso cúmulo de circunstancias que concurren en su nacimiento: ser séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón. Su don, si llega a dominarlo, será el mayor de todos. En esta primera novela se presentaba el ambiente general de esa Norteamérica nacida de la fantasía además de los personajes centrales de la serie. La calidad de la obra (constante en toda la serie) le valió muchos de los principales premios en la ciencia ficción y la fantasía mundiales: premio Mundial de Fantasía, premio Locus de Fantasía, premio Ditmar de Australia... sin olvidar el haber sido finalista de los premios Hugo y Nebula. Las siguientes novelas de la serie afianzaron el gran éxito de Card.

En *EL PROFETA ROJO* (1988, NOVA fantasía, núm. 12), un Alvin aún niño conocía el mundo de las pieles rojas, su cultura y su exterminación a manos del hombre blanco. Con un trasfondo ecologista, Alvin descubría el canto de la tierra y la necesidad de integrarse en la naturaleza. Pero también, gracias a Tenskwa-Tawa, el profeta piel roja, Alvin alcanza la visión de la maravillosa Ciudad de Cristal, que se convertirá en el objetivo central de su futuro como Hacedor.

ALVIN, EL APRENDIZ (1989, NOVA fantasía, núm. 21) presenta al protagonista otra forma de dominación del hombre por el hombre y otra forma de incompreensión y enfrentamiento entre las razas: la esclavitud de la gente de color, presente también en esa Norteamérica de ficción que imagina Card.

Pero *ALVIN, EL APRENDIZ* se centra también en hechos individuales: la maduración y el aprendizaje de un adolescente como Alvin, pero también el de Peggy, la niña tea que permitió su nacimiento y sabe de su futuro como Hacedor y del difícil aprendizaje que le espera.

En *ALVIN, EL OFICIAL* (1995, NOVA Scott Card, núm. 9) se desarrolla con detalle lo que ya sugería el último capítulo de *ALVIN, EL APRENDIZ*. Narrado por uno de sus espectadores, asistimos al inicio del enfrentamiento entre el protagonista y

su hermano Calvin (¿Abel y Caín?) precisamente cuando Alvin se plantea la posibilidad de transmitir a otros su don de Hacedor. Pero las cosas no son nunca tan fáciles y Calvin no parece estar por la labor. La envidia encuentra en él campo abonado. Nuevo problema moral que, en manos de Card, sirve de maravillosa excusa para tratar de lo divino y de lo humano.

En FUEGO DEL CORAZÓN, la novela que hoy presentamos, Card hace gala de su excepcional habilidad narrativa, la lucidez y la capacidad de comprensión que le son características, para abordar el tema de la esclavitud y, sobre todo, los célebres juicios por brujería de Nueva Inglaterra, de los que el de las brujas de Salem ha quedado como ejemplo paradigmático.

Alvin, ya adulto y casado con la tea Peggy, que intervino tan decisivamente en su nacimiento, sigue buscando la inspiración para la mítica Ciudad de Cristal que debe construir. En esta novela, Alvin es ya el líder de un pequeño grupo, mientras su esposa Peggy, quien posee el don de leer el «fuego del corazón» y el futuro de las personas, emprende un peligroso viaje a la corte del rey Arturo de Inglaterra, exiliado en la ciudad sureña de Charleston, nuevo Camelot de esa América a la vez tan distinta y tan parecida a la real. Peggy desea influir en el monarca para evitar el terrible porvenir que parece irremediable: una pavorosa guerra entre las naciones libres y las naciones esclavistas de Norteamérica.

Como siempre ocurre en la serie de Alvin Maker, algunos de los personajes han existido en nuestra historia real. Desde Napoleón al Asesino Blanco Harrison, pasando por Honoré De Balzac (1799-1850), el inolvidable autor de La Comedia Humana. En FUEGO DEL CORAZÓN encontramos, por ejemplo, a John Adams (1735-1826), primer vicepresidente y segundo presidente de los Estados Unidos de América en nuestra realidad histórica. En la novela, Adams no puede ser presidente de una Norteamérica formada por una serie de regiones independientes y acabará actuando como juez en el pleito por brujería al que es sometido Alvin en la puritana Nueva Inglaterra.

Aunque la saga de Alvin Maker el Hacedor se planteó inicialmente como una trilogía, el propio Card asegura que los tres primeros volúmenes agotan escasamente lo que había previsto para la primera novela. Tras seis años de paréntesis, la serie regresó con ALVIN, EL OFICIAL y, según se decía, debería finalizar con MASTER ALVIN (Alvin, el maestro) y THE CRISTAL CITY (La Ciudad de Cristal).

Bueno, pues como puede verse, no va a ser así. Después de tres años adicionales de espera, el quinto volumen de la serie es ahora este FUEGO DEL CORAZÓN y, como ya he dicho, me resulta difícil pronosticar el futuro de la serie. Tal y como dice de esta novela Faren Miller en Locus:

El argumento de este volumen sugiere la Alta Fantasía, donde un variado grupo de aventureros se reúnen antes del siguiente paso en su viaje hacia un gran objetivo.

Y ése es el problema. ¿Encontrará Card el camino para cerrar una serie iniciada hace ya una docena de años?

Sinceramente, debo decir que no lo creo. Su voluntad de narrador queda subyugada por demasiadas historias de interés que componen el siglo XIX en Norteamérica, guerra de Secesión incluida. Yo, en su lugar, me sentiría muy triste si tuviera que dar carpetazo a ese filón narrativo.

Esa Norteamérica alternativa, regida por la magia y los conjuros, es al mismo tiempo real y ficticia y, al menos para sus lectores norteamericanos, representa una maravillosa oportunidad para examinar su breve historia y, tal vez, para reflexionar sobre el presente a la luz de lo que pudo haber sido y no fue.

De nuevo en palabras de Faren Miller:

A pesar de su relativa juventud, Norteamérica tiene una historia suficiente para generar elementos míticos y, también, para proporcionar un nuevo hogar para inmigrantes exóticos. En las manos adecuadas, tanto los que han crecido aquí como los visitantes pueden obtener un camino eficaz para examinar la cultura como un todo: lo que pudo haber sido (o los misterios que quedan fuera de nuestro alcance) ilumina la tierra que creemos conocer. Orson Scott Card (en su modo «Alvin Maker») posee ese don, esa magia que nos permite descubrirnos a nosotros mismos.

Esa Norteamérica distinta en lo político, en lo humano y en lo mágico, es un mundo diferente donde impera lo rural y la industrialización constituye una mera amenaza que puede crecer paralela a la temida guerra por la abolición de la esclavitud. No es de extrañar que esa visión, rural aunque en absoluto inocente, obtenga el éxito que ha alcanzado en la Norteamérica de nuestros días. Tal vez carezca de sentido llorar hoy por la leche derramada, pero a los norteamericanos parece gustarles esta actitud.

No siendo norteamericano, la serie de Alvin Maker queda, al menos para mí, como una interesante historia de fantasía, con personajes entrañables sometidos a todo tipo de afrentas físicas y morales, repleta de deliciosos guiños históricos. No es poco en los tiempos que corren, se lo aseguro. La narrativa límpida, sencilla y clara de Card y sus bondadosos personajes son un brillante contrapunto a esa Norteamérica de asesinos en serie que nos transmite el cine actual. Creo tener claro qué elegiría si tuviera la opción de hacerlo...

Hasta el próximo volumen, que sinceramente espero tarde menos de los tres años que ha tardado éste.

MIQUEL BARCELÓ

AGRADECIMIENTOS

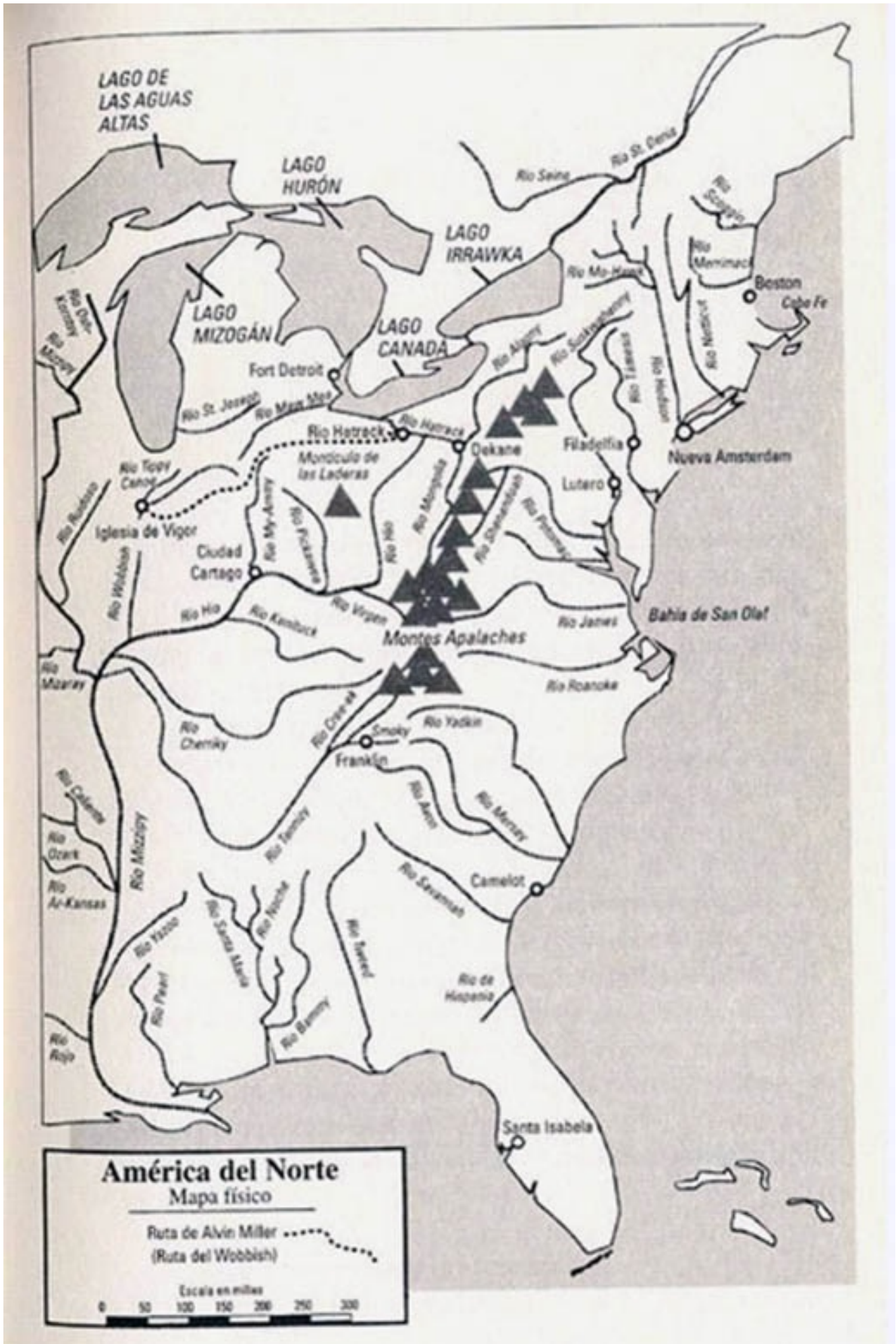
En el desarrollo de la historia de la búsqueda de Alvin a través de América, muchos libros han sido de suma ayuda por los modelos que ofrecen en la construcción de una comunidad tan fuerte como libre. El más importante de ellos ha sido la obra de David Hackett Fischer *Albion's Seed: Four British Folkways in America* (Oxford University Press, 1989), una perspicaz y coherente exposición de una teoría no reduccionista sobre los orígenes de la cultura norteamericana. En sus páginas he hallado tanto una gran riqueza de detalles como un razonamiento causal que me ha permitido llevar a cabo este libro. *The Road to Disunion: Secessionists at Bay, 1776-1854* (Oxford University Press, 1990), de William W. Freehling, me proporcionó detalles acerca de la vida cotidiana de Charleston en la década de 1820, así como referencias a personajes históricos casi olvidados y a datos de la realidad política y económica de la época. A partir de esta información pude crear mi imaginaria «Camelot» americana. En *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment* (Harvard University Press, 1994), de Carl J. Richard, encontré las posturas de la clase dirigente americana frente a los autores clásicos que formaban parte de la educación tradicional de la época.

Como en ocasiones previas, quisiera dar las gracias a Clark y Kathy Kidd por proporcionarme un refugio donde pude dar alas a este libro.

También quiero dar las gracias a Kathleen Bellamy y a Scott J. Alien, que me prestaron ayuda más allá de lo que exigía el cumplimiento del deber; a Jane Brady y Geoffrey Card, que me brindaron información desde las primeras obras.

Si bien Alvin es un vagabundo incorregible, su mujer siempre le brinda un puerto donde descansar; así también mi esposa, Kristine. Ella es siempre la primera que oye mis historias.





GANSOS

Arturo Estuardo contemplaba embelesado el escaparate de la tienda de animales disecados. Alvin Smith había recorrido ya media calle cuando se dio cuenta de que Arturo ya no le acompañaba. Para cuando regresó, un hombre blanco alto interrogaba al niño.

—¿Dónde está tu amo, entonces?

Arturo no lo miró, los ojos clavados en un pájaro disecado en actitud de estar a punto de posarse en una rama.

—Chico, respóndeme, o haré que el comisario...

—Está conmigo —intervino Alvin.

El hombre se volvió más amistoso de inmediato.

—Me alegra saberlo, amigo. Si un chico de esta edad fuera libre, uno diría que sus padres le habrían enseñado a tener el respeto debido cuando un hombre blanco...

—Creo que sólo le interesan los pájaros del escaparate. —Alvin posó una amable mano sobre el hombro de Arturo—. ¿Qué ocurre, Arturo Estuardo?

Sólo el sonido de la voz de Alvin sacó a Arturo de su embeleso.

—¿Cómo lo vio?

—¿Quién? —preguntó el hombre.

—¿Ver el qué? —preguntó Alvin.

—La forma en la que el pájaro pliega las alas antes de posarse, y luego lo deja detenido como una estatua. Nadie ve eso.

—¿De qué está hablando el chico? —preguntó el hombre.

—Es un gran observador de pájaros —dijo Alvin—. Creo que está admirando el trabajo de taxidermia del escaparate.

El hombre sonrió lleno de orgullo.

—Yo soy el taxidermista. Casi todos éstos son míos.

Arturo respondió por fin al taxidermista.

—La mayoría son sólo pájaros muertos. Parecían más vivos cuando yacían ensangrentados en el campo, donde los abatieron las escopetas. Pero éste. Y ése... —Señaló el halcón que se cernía—. Fueron hechos por alguien que conocía al pájaro vivo.

El taxidermista puso mala cara un instante, luego adoptó la sonrisa del comerciante.

—¿Te gustan éstos? Son obra de un francés conocido como John-James. —Pronunció el nombre compuesto como si fuera un chiste—. Trabajillos de oficial, nada más. Esas poses delicadas... dudo que los alambres aguanten con el tiempo.

Alvin sonrió al hombre.

—Yo también soy oficial, pero hago trabajos que duran.

—No pretendía ofender a nadie —respondió el taxidermista de inmediato. Pero también parecía haber perdido el interés, pues si Alvin era un simple oficial ambulante no tendría dinero para comprar nada, ni le servirían de mucho los animales disecados.

—¿Así que vende usted el trabajo de ese francés por menos dinero? —preguntó Alvin.

El taxidermista vaciló.

—Por más, en realidad.

—¿El precio baja cuando el trabajo es del maestro? —preguntó Alvin inocentemente.

El taxidermista se lo quedó mirando.

—Vendo su trabajo a comisión, y él fija el precio. Dudo que nadie lo compre. Pero el tipo se considera a sí mismo un artista. Sólo rellena y coloca los pájaros para poder pintarlos; cuando ha terminado el cuadro, los vende.

—Sería mejor que hablara con los pájaros en vez de matarlos —dijo Arturo Estuardo—. Se quedarían muy quietos para que los pintara, ante un hombre que ve a los pájaros tan reales.

El taxidermista miró con extrañeza a Arturo Estuardo.

—Deja usted que este chico hable demasiado, ¿no?

—Creía que en Filadelfia todo el mundo podía hablar con libertad —comentó Alvin, sonriendo.

El taxidermista comprendió por fin hasta qué punto se estaba burlando Alvin de él.

—No soy cuáquero, amigo mío, ni usted tampoco.

Con eso, se dio la vuelta y regresó a su tienda. A través del escaparate Alvin lo vio mascullar y dirigirles miradas de reojo de vez en cuando.

—Vamos, Arturo Estuardo, tenemos que reunirnos con Verily y Mike para cenar.

Arturo dio otro paso, pero seguía sin poder apartar los ojos del pájaro.

—Arturo, vámonos antes de que ese tipo salga y nos ordene marcharnos.

Incluso así, Alvin tuvo que coger a Arturo de la mano y llevárselo casi a rastras. Y mientras caminaban, Arturo tenía una expresión reflexiva.

—¿Qué estás rumiando? —preguntó Alvin.

—Quiero hablar con ese francés. Tengo que hacerle una pregunta.

Alvin sabía que no serviría de nada preguntarle a Arturo Estuardo cuál era la pregunta. Así se ahorra oír la inevitable respuesta del niño: «¿Por qué habría de preguntártelo a ti? Tú no lo sabes».

Verily Cooper y Mike Fink ya estaban comiendo cuando Alvin y Arturo llegaron a la casa de huéspedes. La propietaria era una mujer cuáquera de sorprendente volumen y talento muy limitado como cocinera... pero compensaba la insipidez de su

comida con las cantidades que servía, y lo más importante de todo era que, al no ser cuáquera sólo de nombre, la señora Louder no hacía ninguna distinción entre el mulato Arturo Estuardo y los tres hombres blancos que viajaban con él. Arturo Estuardo se sentaba a la misma mesa que los demás, y aunque un huésped se marchó el día en que el chico se sentó por primera vez, ella actuó siempre como si no hubiese advertido siquiera que el tipo se había ido. Y por eso Alvin trató de compensarla llevándose a Arturo Estuardo a dar paseos por el bosque y los prados cercanos al río para recoger jengibre silvestre, gaulteria, hierbabuena y tomillo para sazonar sus guisos. Ella aceptó de buen humor las hierbas, aunque eran una crítica implícita a su cocina, y esa noche hirvió las patatas con la gaulteria que le habían traído el día anterior.

—¿Comestible? —le preguntó a Alvin cuando daba el primer bocado.

Fue Verily quien contestó, mientras Alvin saboreaba el bocado con una expresión beatífica en el rostro.

—Señora, su generosidad garantiza que iré al cielo, pero es el sabor de las patatas de esta noche lo que le asegura que allí le pedirán que cocine.

Ella se echó a reír e hizo ademán de golpearlo con una cuchara.

—Verily Cooper, abogado de lengua sibilina, ¿no sabe que con los cuáqueros no sirve de nada la adulación?

Pero todos sabían que, aunque no creía en la adulación, sí creía en la amabilidad que encerraba.

Mientras los otros huéspedes seguían a la mesa, Mike Fink los regaló a todos con el relato de su visita a la Cámara de los Comunes, donde Andrew Jackson estaba escandalizando a la élite de Filadelfia al traer a sus amigos de Tennizy y Kenituck y dejarlos mascar y escupir en salas que una vez ofrecieron a los embajadores europeos un toque de la elegancia de su viejo país. Fink repitió una historia que el propio Jackson había contado ese mismo día, sobre una bella dama de Filadelfia que criticó la conducta de sus compañeros.

—Ésta es la Cámara de los Comunes —declaró Jackson—, y esta gente es bastante común.

Cuando la dama trató de rebatir el argumento, Jackson le dijo:

—Ésta es mi casa durante los próximos cuatro años, y éstos son mis amigos.

—Pero no tienen modales —dijo la dama.

—Tienen unos modales excelentes —respondió Jackson—. Modales del Oeste. Pero son gente tolerante. Pasarán por alto el hecho de que ustedes no han tomado un bocado todavía, ni bebido ningún buen licor de maíz, ni escupido una sola vez aunque siempre parecen tener la boca llena de «algo».

Mike Fink se rió largamente con esto, y también lo hicieron los huéspedes, aunque algunos se reían de la dama y otros se reían de Jackson.

Arturo Estuardo hizo la pregunta que estaba molestando a Alvin.

—¿Cómo consigue hacer nada Andrew Jackson, si la Cámara de los Comunes

está llena de ratas de río y patanes todo el día?

—Si necesita que se haga algo, va uno de nosotros, las ratas de río, y lo hace por él —dijo Mike.

—Pero la mayoría de los ribereños no sabe leer ni escribir —objetó Arturo.

—Bueno, el viejo Hickory puede encargarse él solo de toda la lectura y la escritura —dijo Mike—. Envía a las ratas de río a entregar mensajes y persuadir a la gente.

—¿Persuadir a la gente? —preguntó Alvin—. Espero que no usen los métodos de persuasión que probaste una vez conmigo.

Mike soltó una carcajada.

—¡Si el viejo Hickory dejara que los muchachos hicieran esos viejos trucos, no creo que quedaran seis narices en el Congreso, ni veinte orejas!

Sin embargo, al final los relatos de los cotilleos de la Cámara de los Comunes (o de su degradación, según el punto de vista de cada cual) se agotaron y los otros inquilinos se marcharon. Sólo Alvin y Arturo, que acababan de llegar, siguieron comiendo mientras se informaban más en serio del trabajo del día.

Mike sacudió apenado la *cabeza* cuando Alvin le preguntó si había tenido oportunidad de hablar con Andy Jackson.

—Oh, me incluyó en la sala, si te refieres a eso. Pero hablar a solas, no, no es probable. Verás, Andy Jackson puede que sea abogado, pero conoce a las ratas de río, y mi nombre le hizo sonar campanas. No he superado mi antigua reputación todavía, Alvin. Lo siento.

Alvin sonrió y descartó la disculpa.

—Llegará el día en que el presidente venga a reunirse con nosotros.

—Fue prematuro, de todas formas —dijo Verily—. ¿Por qué tratar de pedir tierras cuando ni siquiera sabemos para qué vamos a utilizarlas?

—Sí que lo sabemos —dijo Alvin, imitando una discusión infantil.

—No, no lo sabemos —replicó Verily, sonriendo.

—Tenemos una ciudad que construir.

—No señor —negó Verily—. Tenemos el nombre de una ciudad, pero no tenemos el plano de una ciudad, ni siquiera la idea de la ciudad...

—¡Es una ciudad de Hacedores!

—Bueno, pues no habría estado mal que el Profeta Rojo te hubiera dicho qué significa eso —comentó Verily.

—Me la mostró dentro del manantial —dijo Alvin—. No sabe lo que significa más que yo. Pero los dos la vimos: una ciudad de cristal, llena de gente, y la ciudad misma se lo enseñaba todo.

—En esa visión, ¿no os enteraríais por casualidad de lo que se supone que tenemos que decirle a la gente para que venga y nos ayude a construirla?

—Supongo que eso significa que tú tampoco has conseguido hacer lo que tenías que hacer —dijo Alvin.

—Oh, he ido a la biblioteca del Congreso —respondió Verily—. He encontrado muchas referencias a la Ciudad de Cristal, pero la mayoría relacionadas con los exploradores españoles que pensaron que tenía algo que ver con la fuente de la eterna juventud o las Siete Ciudades de Cebolla.

—¿Cebolla? —preguntó Arturo Estuardo.

—Una de las fuentes tradujo mal la palabra india *cíbola* por cebolla, y me ha hecho gracia —dijo Verily—. Todos callejones sin salida. Pero sí que hay un dato interesante que dilucidar plenamente.

—No querría yo dilucidar plenamente.

—No te hagas el palurdo conmigo —dijo Verily—. Tu esposa fue una buena maestra que no educó ignorantes.

—Dejad de discutir, vosotros dos —pidió Arturo Estuardo—. ¿Qué has averiguado?

—Hay una estafeta de correos en un lugar que se llama Crystal City, en el estado de Tennesy.

—Probablemente también haya un lugar llamado Fuente de la Juventud —dijo Alvin.

—Bueno, me ha parecido interesante.

—¿Sabes algo más?

—El encargado es un tal Crawford, que también tiene el cargo de alcalde y... creo que te gustará esto, Alvin, Profeta Blanco.

Mike Fink se echó a reír, pero a Alvin no le gustó.

—Profeta Blanco. ¿Como para enfrentarse a Tenskwa-Tawa?

—Sólo te he dicho lo que sé —dijo Verily—. Ahora tú. ¿Qué has conseguido?

—Llevo dos semanas en Filadelfia y no he conseguido nada —respondió Alvin—. Creía que la ciudad de Benjamín Franklin tendría algo que enseñarme. Pero Franklin está muerto, y no hay ninguna música especial en la calle, ninguna sabiduría flotando sobre su tumba. Aquí nació América, muchachos, pero no creo que siga viviendo. América vive allá donde crecí... lo que ahora tenemos en Filadelfia es sólo el Gobierno de América. Es como encontrar mierda fresca en la carretera: no es un caballo, pero te indica que hay un caballo cerca.

—¿Te han hecho falta dos semanas en Filadelfia para descubrir eso? —preguntó Mike Fink. Verily intervino.

—Mi padre siempre decía que el Gobierno es como ver que otro hombre te mea en los zapatos. Alguien se siente mejor, pero desde luego no eres tú.

—Si podemos apartarnos un poco de toda esta filosofía —dijo Alvin—. He recibido una carta de Margaret.

Era el único que llamaba a su esposa por ese nombre. Todos los demás la llamaban Peggy. —De Camelot.

—¿Ya no está en Appalachee? —preguntó Mike Fink.

—Toda la agitación para mantener la esclavitud en Appalachee procede de las

Colonias de la Corona —dijo Alvin—, así que allí ha ido.

—Para mí que el rey no va a permitir que Appalachee prohíba la esclavitud —dijo Mike Fink.

—Creía que Appalachee ya se había declarado independiente con la guerra del siglo pasado —dijo Verily.

—Parece que cierta gente opina que se necesita otra guerra para decidir si los negros pueden ser libres —repuso Alvin—. Así que Margaret está en Camelot, a la espera de una audiencia con el rey y de presentar la causa de la paz y la libertad.

—El único momento en que las naciones tienen ambas cosas a la vez —dijo Verily— es durante ese breve periodo de jubiloso cansancio después de ganar una guerra.

—Sí que eres un tipo sombrío para no haber matado nunca a nadie —comentó Mike Fink.

—Si la señorita Lamer quiere hablar con Arturo Estuardo estoy aquí mismo —dijo Arturo con una mueca. Mike Fink hizo ademán de darle un golpe en la cabeza. Arturo se echó a reír; era su chiste favorito últimamente: tener el mismo nombre que el rey de Inglaterra, que gobernaba en el exilio en los condados esclavistas del Sur.

—Y ella también tiene motivos para creer que mi hermano menor está allí —dijo Alvin.

Ante esa noticia, Verily bajó enfadado la mirada y jugueteó con los restos de comida que había en su plato, mientras Mike Fink contemplaba la nada. Los dos tenían sus propias opiniones sobre el hermano menor de Alvin.

—Bueno, no sé —prosiguió Alvin.

—¿No sabes qué? —preguntó Verily.

—Si ir allí y reunirme con ella. Me ha dicho que no fuera, naturalmente, porque tiene la idea de que cuando Calvin y yo nos encontremos, moriré.

Mike sonrió de un modo desagradable.

—No me importa cuál pueda ser el don de ese muchacho. Me gustaría verlo intentándolo.

—Margaret nunca ha dicho que me mataría —continuó Alvin—. De hecho, tampoco ha dicho exactamente que yo fuera a morir. Pero eso es lo que deduzco. No quiere que vaya allí hasta que pueda asegurarme que Calvin está fuera de la ciudad. Pero me gustaría ver al rey en persona.

—Aparte de ver a tu esposa —puntualizó Verily—. Me vendría bien estar unos cuantos días con ella.

—Y noches —murmuró Mike. Alvin alzó una ceja y Mike sonrió estúpidamente.

—La cuestión principal es —continuó Alvin— si podría llevar allí a Arturo Estuardo sin problemas. En las Colonias de la Corona es ilegal introducir en el país a una persona libre que tenga sangre negra, incluso en una quincuagésima parte.

—Podrías fingir que es tu esclavo —dijo Mike.

—Pero ¿y si yo muriera allí o me arrestaran? No quiero correr el riesgo de que

confisquen a Arturo y lo vendan. Resulta demasiado peligroso.

—Entonces no vayas —argumentó Verily—. De todas formas, el rey no sabe nada de la construcción de la Ciudad de Cristal.

—Ya —dijo Alvin—. Pero tampoco lo sé yo, ni nadie.

Verily sonrió.

—Tal vez eso no sea cierto.

Alvin se impacientó.

—No juegues conmigo, Verily. ¿Qué sabes?

—Nada más que lo que tú ya sabes, Alvin. Hay dos asuntos en lo concerniente a la construcción de la Ciudad de Cristal. El primero está relacionado con Hacer y todo eso; en eso no te soy de ninguna ayuda, ni lo es ninguna alma mortal, por lo que veo. Pero en lo que respecta a la palabra «ciudad», no importa qué hagas: será un lugar donde viva gente; eso significa que tiene que tener un gobierno y leyes.

—¿Tiene que tenerlos? —preguntó Mike, quejoso.

—O algo que cumpla las mismas funciones —dijo Verily—. Y tierra, dividida para que la gente pueda vivir. Comida plantada y cosechada o traída para alimentar a la población. Artículos que fabricar o comprar, casas que construir, ropa que confeccionar. Habrá matrimonios y compromisos, a menos que yo esté equivocado, y la gente tendrá hijos, así que necesitaremos escuelas. No importa lo visionaria que vuelva esta ciudad a la gente, seguirán necesitando tejados y carreteras, a menos que esperes que todos vuelen.

Alvin se arrellanó en su silla, los ojos cerrados.

—¿Te has quedado dormido, o estás pensando? —preguntó Verily.

Alvin no abrió los ojos para contestar. —Sólo estoy pensando que en realidad no sé absolutamente nada de lo que estoy haciendo. Asesino Blanco Harrison tal vez fuera el hombre más ruin que he conocido, pero al menos construyó una ciudad en el desierto.

—Es fácil construir una ciudad cuando amañas las reglas para que la gente mala pueda hacerse rica sin que la pillen —dijo Verily—. Construyes un sitio así y la avaricia te traerá a tus ciudadanos, si soportas convivir con ellos.

—Debería ser posible hacer lo mismo para gente decente —repuso Alvin.

—Debería serlo y lo es —dijo Verily—. Se ha hecho, y puedes aprender de cómo se hizo.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Mike Fink—. Nunca he oído hablar de una ciudad semejante.

—Un centenar de ciudades al menos —dijo Verily—. Estoy hablando de Nueva Inglaterra, naturalmente. De Massachusetts en concreto. Fundada por los puritanos para ser su Sión, una tierra de religión pura al otro lado del océano. Toda mi vida, mientras crecía en Inglaterra, oí hablar de lo perfecta que era Nueva Inglaterra, cuán pura y divina: un lugar donde no había ni ricos ni pobres sino que todos compartían los dones celestiales, libres de las distracciones del mundo. Viven en paz e igualdad,

en la tierra más justa de todas las que han existido jamás en la Tierra de Dios.

Alvin sacudió la cabeza.

—Verily, si Arturo no puede ir a Camelot, te apuesto a que tú y yo no podemos ir a Nueva Inglaterra.

—Allí no hay esclavitud.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Alvin—. Ahorcan a los brujos.

—Yo no soy ningún brujo —aseguró Verily—. Ni tú tampoco.

—Pero para ellos lo somos.

—Sólo si incurrimos en alguna herejía o usamos poderes ocultos —dijo Verily—. Seguro que podremos contenernos lo suficiente para aprender cómo crearon un país tan grande libre de guerras y opresión, y lleno del amor de Dios.

—Peligroso —dijo Alvin.

—Estoy de acuerdo —repuso Mike—. Estaríamos locos si fuéramos allí. ¿No procedía de ese sitio ese amigo abogado, Daniel Webster? Te conoce, Alvin.

—Está en Ciudad Cartago ganando dinero con los corruptos —dijo Alvin.

—La última vez que supiste de él, tal vez —respondió Mike—. Pero puede escribir cartas. Puede volver a casa. Las cosas pueden salir mal.

Arturo Estuardo miró a Mike Fink.

—Las cosas pueden salir mal quedándote tumbado en la cama el domingo.

Alvin abrió por fin los ojos.

—Tengo que aprender. Verily tiene razón. No es suficiente aprender a Hacer. Tengo que aprender a gobernar también, y a construir ciudades, y todo lo demás. Tengo que aprenderlo todo sobre todo, y cuanto más tiempo me quede aquí sentado, más tardaré.

Arturo Estuardo se entristeció.

—Así que nunca voy a conocer al rey.

—En lo que a mí respecta —dijo Mike Fink—, tú eres el auténtico Arturo Estuardo, y tienes tanto derecho como él a ser rey de esta tierra.

—Quiero que me nombre caballero.

Alvin suspiró. Mike puso los ojos en blanco. Verily colocó una mano sobre el hombro de Arturo.

—El día en que el rey nombre caballero a un muchachito medio negro...

—¿No puede nombrar caballero a la mitad blanca? —preguntó Arturo Estuardo—. ¿Si hago algo realmente valeroso? He oído que así es como te nombran caballero.

—Decididamente, es hora de ir a Nueva Inglaterra —aseguró Alvin.

—Os digo que me da mala espina —dijo Mike Fink.

—A mí también —contestó Alvin—. Pero Verily tiene razón. Construyeron un buen sitio y consiguieron que fuera a él la gente buena.

—¿Por qué no vamos a ese sitio de Tennizy ya que se llama Crystal City? —preguntó Mike.

—Tal vez tengamos que ir allí cuando nos expulsen de Nueva Inglaterra —dijo

Alvin.

Verily se echó a reír.

—Eres todo un optimista, ¿eh?

Prácticamente terminaron de hacer las maletas antes de irse a la cama esa noche. No es que tuvieran mucho que guardar en las mochilas. Cuando un hombre viaja solo, con un caballo que lo transporta a él y sus bienes, tiene una idea distinta de lo que necesita llevar de un sitio a otro que si viaja en diligencia o seguido de criados y animales de carga. No lleva mucho más que lo que un hombre que viaja a pie estaría dispuesto a llevar, o de lo contrario agotaría al caballo.

Alvin se despertó por la mañana temprano, antes de amanecer, pero no tardó ni dos segundos en darse cuenta de que Arturo Estuardo se había marchado. La ventana estaba abierta y, aunque se encontraban en el último piso de la casa, Alvin sabía que eso no detendría al muchacho, que parecía pensar que la gravedad le debía un favor.

Alvin despertó a Verily y Mike, que ya se agitaban de todas formas, y les pidió que ensillaran y cargaran los caballos mientras él iba en busca del chico.

Mike se limitó a echarse a reír.

—Probablemente encontró a alguna chavalita de la que quiere despedirse.

Alvin lo miró sorprendido.

—¿De qué estás hablando?

Mike le devolvió la mirada, igual de sorprendido.

—¿Estás ciego? ¿Estás sordo? A Arturo le está cambiando la voz. Le falta un pelo para ser un hombre.

—Hablando de pelos —dijo Verily—. Creo que la sombra sobre su labio superior se convertirá en bozo muy pronto. De hecho, me atrevo a decir que ya tiene más pelo en la cara que tú, Alvin.

—No te veo bigote, tampoco —se defendió Alvin.

—Yo me afeito —respondió Verily.

—Pero entre una Navidad y otra pasa mucho tiempo —puntualizó Alvin—. Os veré antes de que termine el desayuno, supongo.

Bajó las escaleras y se detuvo en la cocina, donde la señora Louder amasaba bizcochos.

—No habrá visto por casualidad a Arturo Estuardo esta mañana, ¿verdad? —preguntó Alvin.

—¿Y cuándo planeaba decirme que se iban?

—Cuando partiéramos, tras desayunar —dijo Alvin—. No intentábamos escaparnos sin pagar, no era ningún secreto que estábamos haciendo las maletas.

Sólo entonces advirtió él las lágrimas que le corrían a la mujer por las mejillas.

—Apenas pude dormir anoche. Alvin le colocó las manos sobre los hombros. —Señora Louder, nunca pensé que fuera a tomárselo así. Es una casa de huéspedes, ¿no? Y los huéspedes vienen y van.

Ella suspiró con fuerza. —Igual que los hijos.

—¿Y no vuelven los hijos al nido de vez en cuando?

—Si eso es una promesa, no haré salados estos bizcochos con mis estúpidas lágrimas —dijo ella.

—Puedo prometerle que nunca pasaré una noche en Filadelfia en otra casa que no sea la suya, a menos que mi esposa y yo nos instalemos aquí algún día, y entonces enviaremos a nuestros hijos a desayunar a su casa mientras nosotros dormimos toda la mañana.

Ella se echó a reír con ganas.

—El Señor se tomó dos veces Su tiempo para hacerlo, Alvin Smith, porque es lo que tardó en poner tanta travesura.

—La travesura se cuele ella sola —dijo Alvin—. Es su naturaleza.

Sólo entonces recordó la señora Louder la pregunta original de Alvin.

—En cuanto a Arturo Estuardo, lo he pillado bajando por el árbol cuando he salido para traer leña.

—¿Y no me ha despertado ni lo ha detenido?

Ella ignoró la acusación implícita.

—Le he puesto un pastelillo frío en la mano antes de que se me escapara por la puerta. Ha dicho que tenía algo que hacer antes de que se marcharan ustedes por la mañana.

—Bueno, al menos parece que tiene intención de regresar —dijo Alvin.

—Así es —contestó la señora Louder—. Aunque si no lo hiciera, creo que no es usted su amo.

—El hecho de que no sea de mi propiedad no significa que no sea responsable de él.

—No me refería a la ley —dijo la señora Louder—. Decía la pura verdad. No le obedece como un chico, sino como un hombre, porque quiere complacerle. No hace las cosas porque usted se las ordena, sino porque está de acuerdo en hacerlas.

—Pero eso es así con todos los hombres y todos los amos, incluso con los esclavos —dijo Alvin.

—Lo que estoy diciendo es que no actúa por temor a usted. Y no le servirá de nada enfadarse con él cuando lo encuentre. No tiene ningún derecho.

Sólo entonces advirtió Alvin que estaba un poco enfadado con Arturo Estuardo por escaparse.

—Todavía es joven —dijo.

—¿Y usted qué es, un viejo de barba gris y espalda encorvada? —rió ella—. Venga, salga a buscarlo. Arturo Estuardo nunca parece saber el peligro que corre un chico de su tribu, noche y día.

—Ni el peligro que acecha detrás —dijo Alvin. La besó en la mejilla—. No deje que todos esos bizcochos desaparezcan antes de que yo regrese.

—Es asunto suyo, no mío, a qué hora decida regresar —respondió ella—. ¿Quién puede decir lo hambrientos que estarán los demás esta mañana?

Tras oír el comentario, Alvin metió los dedos en la harina y le manchó la nariz con ella, y luego se acercó a la puerta. La señora Louder le sacó la lengua, pero no se limpió la nariz.

—Seré un payaso si eso es lo que quiere que sea —dijo a sus espaldas.

Era demasiado temprano para que estuviera abierta, pero Alvin se dirigió de todas formas hacia la tienda del taxidermista. ¿Qué otra cosa podía tener Arturo Estuardo en mente? No era probable que la suposición de Mike respecto a que había encontrado una muchacha fuera cierta, porque el chico casi nunca se apartaba de Alvin, así que no había ninguna posibilidad de algo así, aunque Arturo era ya lo suficiente mayor para querer intentarlo.

Las calles estaban repletas de granjeros de las inmediaciones que traían sus productos al mercado, pero las tiendas situadas en los edificios, a ambos lados de la calle, seguían cerradas. Los repartidores de periódicos y los carteros hacían sus rondas, y los lecheros canturreaban por los callejones, parando por el camino para dejar la leche en las cocinas. Aunque las calles eran ruidosas, se trataba del fresco bullicio matutino. Nadie gritaba todavía. No había vecinos discutiendo, ni vendedores ladrando, ni conductores gritando para que les dejaran el camino libre.

Ni Arturo estaba en la puerta de la tienda del taxidermista.

Pero ¿adónde si no podía haber ido? Tenía una pregunta, y no pararía hasta obtener la respuesta. Sólo que no era el taxidermista quien tenía tal respuesta, ¿no? Era el francés pintor de pájaros, John-James. Y en alguna parte de la tienda tenía que haber una nota con la dirección del hombre. ¿Sería Arturo realmente tan atrevido como para...?

Había en efecto una ventana abierta y dos cajas apiladas sobre un barril debajo de ella. «Arturo Estuardo, no es mucho mejor que te tomen por ladrón que por esclavo».

Alvin se acercó a la puerta trasera. Giró el pomo. Se movió un poco, pero no lo suficiente para soltar el pestillo. Cerrada entonces.

Se apoyó contra la puerta y cerró los ojos, buscando con su poder interior hasta encontrar el fuego del corazón dentro de la tienda. Allí estaba, Arturo Estuardo, brillante de vida, cálido de aventura. Como tantísimas veces, Alvin deseó tener algo del don de Margaret para ver en el fuego del corazón y aprender algo del futuro y el pasado, o aunque fuera solamente los pensamientos del momento actual... eso sería conveniente.

No se atrevió a llamar a Arturo: su voz sólo provocaría alarma y prácticamente garantizaría que pillaran a Arturo dentro de la tienda. Por lo que Alvin sabía, el taxidermista vivía en el piso de arriba o en alguno de los edificios cercanos.

Así que introdujo su poder dentro de la cerradura, para palpar cómo estaba hecha. Una cerradura vieja, no muy buena. Alvin alisó las partes carcomidas, eliminó la corrosión y la suciedad. Cambiar su forma era más sencillo que moverla, así que allí donde dos superficies de metal se apoyaban la una contra la otra impidiendo que el pestillo se abriera, Alvin formó un bisel. Hizo que el metal adquiriera nuevas formas

hasta que las dos superficies se deslizaron fácilmente una sobre otra. Con eso pudo girar el pomo y abrir silenciosamente el pestillo.

Con todo, la puerta no se abrió. Ahora tenía que dirigir su atención a los goznes. Estaban más oxidados y sucios que la cerradura. ¿Usaba el hombre alguna vez aquella puerta? Alvin los alisó y limpió también, y esta vez, cuando giró el pomo y empujó la puerta para abrirla, el único sonido fue el susurro de la brisa al entrar en la tienda.

Arturo Estuardo estaba sentado ante la mesa del taxidermista, con un pájaro azul entre las manos, acariciando sus plumas. Miró a Alvin y dijo en voz baja: —Ni siquiera está muerto.

Alvin tocó el pájaro. Sí, había un poco de calor, y un latido. El perdigón que lo había alcanzado estaba aún alojado en su cráneo. El cerebro estaba afectado y el pájaro moriría pronto, aunque ninguna de las otras balas que lo había alcanzado sería fatal.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó Alvin—. ¿La dirección del pintor?

—No —respondió Arturo, sombrío. Alvin se puso a trabajar en el pájaro, lo más rápido que pudo. Mover su don por los caminos de una criatura viva, haciendo pequeñas alteraciones aquí y allá, era más delicado que trabajar con el metal. Le ayudaba sujetar al animal, tocarlo mientras actuaba sobre él. La sangre del cerebro pronto se dirigió a las venas, y las arterias dañadas se cerraron. La carne sanó rápidamente bajo las diminutas balas de plomo, obligándolas a salir del cuerpo. Incluso la bala alojada en el cerebro se encogió, se aflojó, cayó.

El pájaro agitó las alas, se debatió en la tenaza de Alvin. El muchacho lo soltó.

—Lo matarán de todas formas —dijo Alvin.

—Entonces, soltémoslo —propuso Arturo. Alvin suspiró.

—Entonces seríamos ladrones, ¿no?

—La ventana está abierta —dijo Arturo—. El pájaro puede salir cuando el hombre haya llegado esta mañana. Así pensará que se escapa por su cuenta.

—¿Y cómo conseguiremos que el pájaro haga eso? Arturo lo miró como si fuera idiota. Luego se inclinó hacia el pájaro azul, que esperaba inmóvil sobre la mesa de trabajo. Arturo le susurró en voz tan baja que Alvin no oyó las palabras. Entonces silbó varios sonidos agudos, como de pájaro.

El grajo levantó el vuelo y aleteó ruidosamente por toda la habitación. Alvin se agachó para esquivarlo.

—No va a hacerte daño —dijo Arturo, divertido.

—Vámonos.

Llevó a Arturo hasta la puerta trasera. Cuando iba a cerrarla, se quedó un instante más, los dedos sobre el pomo, mientras devolvía las piezas de la cerradura a su forma adecuada.

—¡Qué estáis haciendo aquí!

El taxidermista se encontraba en la boca del callejón.

—Esperábamos encontrarle dentro, señor —respondió Alvin tranquilamente, sin apartar la mano del pomo.

—¿Con la mano en la puerta? —preguntó el taxidermista, la voz helada de recelo.

—No respondía usted a nuestra llamada —repuso Alvin—. He supuesto que estaría tan enfrascado en su trabajo que no nos oía. Todo lo que queremos es saber dónde encontrar a ese oficial pintor. El francés. John-James.

—Sé bien lo que queréis —dijo el taxidermista—. Apartaos de esa puerta antes de que llame al alguacil.

Alvin y Arturo se apartaron.

—Eso no es suficiente —dijo el taxidermista—. Acechar en las puertas traseras... ¿cómo sé que no planeáis golpearme en la cabeza y robarme en cuanto haya abierto la puerta?

—Si ése fuera nuestro plan, señor —contestó Alvin—, usted ya estaría tendido en el suelo y yo tendría la llave en la mano, ¿no?

—¡Entonces eso es lo que habéis pensado!

—Me parece que es usted quien tiene planes para robar —dijo Alvin—. Y luego acusa a otros de querer hacer lo que sólo usted había pensado.

Furioso, el hombre sacó la llave y la introdujo en la cerradura. Se preparó para darle la vuelta con fuerza, esperando que el metal oxidado se resistiera. Así que se tambaleó visiblemente cuando la llave giró con toda facilidad y la puerta se abrió en silencio.

Podría haberse detenido a examinar la cerradura y los goznes, pero en ese momento el pájaro que había pasado la noche agonizando lentamente en su mesa de trabajo aleteó furiosamente ante su cara y salió volando por la puerta.

—¡No! —gritó el hombre—. ¡Es el trofeo del señor Ridley!

Arturo Estuardo se echó a reír.

—De trofeo nada —dijo—. No si no se está quieto.

El taxidermista se quedó en la puerta, buscando al pájaro. Ya se había perdido de vista. Miró de nuevo a Alvin y Arturo.

—Sé que tenéis algo que ver con esto —aseguró—. No sé qué ni cómo, pero habéis embrujado ese pájaro.

—De eso nada —dijo Alvin—. Cuando llegué aquí no tenía ni idea de que guardaba usted pájaros vivos dentro. Creía que sólo trataba con bichos muertos.

—¡Y eso hago! ¡El pájaro estaba muerto!

—John-James —dijo Alvin—. Queremos verle antes de marcharnos de la ciudad.

—¿Y por qué tendría yo que ayudaros? —dijo el taxidermista.

—Porque se lo pedimos, y no le cuesta nada.

—¿Costarme nada? ¿Cómo voy a explicárselo al señor Ridley?

—Dígale que se asegure de que sus pájaros están muertos antes de traérselos aquí —dijo Arturo Estuardo.

—No permitiré que un chico negro me hable de esa forma —protestó el taxidermista—. ¡Si no puedes controlar a tu esclavo, no deberías traerlo en presencia de caballeros!

—¿Lo he hecho? —preguntó Alvin.

—¿Hacer qué?

—Traerlo en presencia de caballeros —dijo Alvin—. Estoy esperando a ver la cortesía que lo identifique usted como tal.

El taxidermista se lo quedó mirando con mala cara.

—John-James Audubon se hospeda en una habitación del Albergue de la Libertad. Pero no lo encontraréis allí a esta hora del día... estará contemplando pájaros hasta media mañana.

—Entonces buenos días —dijo Alvin—. Debería engrasar usted sus cerraduras y goznes de vez en cuando. Se conservarán mejor si lo hace.

El taxidermista se quedó con un palmo de nances. Aún estaba abriendo y cerrando su puerta silenciosa y engrasada cuando ellos regresaron a la calle.

—Bueno, eso es todo —dijo Alvin—. Nunca encontraremos a tu John-James Audubon antes de tener que marcharnos.

Arturo Estuardo lo miró, consternado.

—¿Y por qué no?

Silbó un par de veces y el pájaro azul llegó revoloteando hasta posarse sobre su hombro.

Arturo susurró y silbó unos segundos; el pájaro saltó a su cabeza y, después, para sorpresa de Alvin, al hombro de éste y luego a su cabeza. Sólo entonces levantó el vuelo y subió volando la calle.

—Debe estar cerca del río esta mañana —dijo Arturo Estuardo—. Los gansos comen allí, camino del Sur.

Alvin miró a su alrededor.

—Todavía es verano. Hace calor.

—En el Norte no —respondió Arturo Estuardo—. Oí dos bandadas ayer.

—Yo no he oído nada.

Arturo Estuardo le sonrió.

—Creía que habías dejado de oír los pájaros —dijo Alvin—, cuando te cambié, en el río. Pensaba que habías perdido ese don.

Arturo Estuardo se encogió de hombros.

—Así fue. Pero recordé cómo era. Seguí escuchando.

—¿Lo estás recuperando? —preguntó Alvin.

Arturo sacudió la cabeza.

—Tengo que concentrarme. Ya no viene a mí como solía. Ya no es un don. Es...

Alvin suministró la palabra:

—Una habilidad.

—Estaba intentando decidir entre «un deseo» y «un recuerdo».

—Oíste a esos gansos llamar, y yo no. Tengo bastante buen oído, Arturo. Arturo le sonrió. —Hay quien oye y quien escucha.

Había varios hombres con escopetas acechando a los gansos. Sin embargo, fue bastante fácil adivinar quién era John-James Audubon. Aunque no hubieran visto su cuaderno de bocetos en la mochila abierta, y aunque no hubiese vestido con la exagerada versión francesa del atuendo de los americanos fronterizos (pieles de ciervo cosidas por un sastre), habrían sabido qué cazador era por una sencilla razón: era el único que había encontrado a los gansos.

Apuntaba a un ganso que flotaba en el río. Sin pensarlo, Alvin lo llamó.

—¿No tiene usted vergüenza, señor Audubon?

Audubon, sobresaltado, se giró a medias para ver a Alvin y Arturo. Fuera por el súbito movimiento o por la voz de Alvin, el ganso jefe dejó escapar un alarido y salió del agua, tambaleándose al principio por el esfuerzo, pero luego se alzó grácil batiendo las alas y dejando tras él una plateada cascada de agua. En un instante, los demás gansos echaron a volar. Audubon alzó la escopeta, pero soltó una maldición y se volvió hacia Alvin con la escopeta alzada todavía.

—*Pourquoi, imbécile!*

—¿Pretende dispararme? —preguntó Alvin.

Audubon bajó el arma reacio y recordó su inglés, que en ese momento no era muy bueno.

—¡Tengo al hermosa criatura en mi ojo, pero usted, hombre de la boca abierta!

—Lo siento, pero no podía creer que fuera a dispararle a un ganso en el agua de esa forma.

—¿Por qué no?

—Porque... no es deportivo.

—¡Claro que no es deportivo! —Su inglés mejoraba a medida que la discusión se caldeaba—. ¡No he venido a hacer deporte! Mire alrededor, *monsieur*, y dígame qué hecho importante no ve.

—No trae perro —señaló Arturo Estuardo.

—¡Sí! *Le garçon noir comprend!* No puedo dispararle al pájaro en el aire porque ¿cómo lo recojo? Cae, se rompe el ala, ¿de qué me sirve entonces? Disparo en el agua, y luego *plas plas*, tengo el ganso.

—Muy práctico —dijo Alvin—. En caso de que tuviera usted hambre y necesitara el ganso para comer.

—¡Comer! —exclamó Audubon—. ¿Tengo aspecto de hombre hambriento?

—Un poco flaco, tal vez —sentenció Alvin—. Pero probablemente podría ayunar un día o dos sin desfallecer.

—No le comprendo, *monsieur l'américain*. *Et je ne veux pas comprendre*. *Márchese*.

Audubon empezó a caminar por la orilla corriente abajo, en la dirección en la que se habían ido los gansos.

—Señor Audubon —llamó Arturo Estuardo.

—¿Debo dispararles para que se vayan? —exclamó el francés, exasperado.

—Puedo traerlos —dijo Arturo.

Audubon se dio la vuelta y lo miró.

—¿Llamas a los gansos? —Sacó un señuelo de madera del bolsillo de la chaqueta —. Yo también llamo a los gansos. Pero cuando oyen esto, piensan: «*Sacré Dieu!* ¡Ese ganso se está muriendo! ¡Huyamos! ¡Huyamos!».

Arturo Estuardo siguió caminando hacia él y, en vez de responder, empezó a hacer ruidos raros con la garganta y por la nariz. No era la llamada de los patos, en realidad, o al menos lo parecía. Ni siquiera era la imitación de un ganso. Y sin embargo había algo gansuno en el borboteo que salía de su boca. No es que fuera muy fuerte; sin embargo al cabo de un momento los gansos regresaron, deslizándose sobre la superficie del agua.

Audubon se llevó la escopeta al hombro. De inmediato Arturo cambió su llamada y los gansos escaparon de la orilla y se posaron más adentro, en el agua.

Lleno de dolorosa frustración, Audubon se volvió hacia Arturo y Alvin.

—¿Cuándo los he insultado a ustedes o a la cara de coliflor de su fea madre? ¿Qué torpe y apestosa prostituta de Filadelfia fue su hermana? ¿O fue a *le bon Dieu* a quien ofendí? *Notre Père du ciel*, ¿por qué debo soportar este castigo?

—No voy a hacer volver esos gansos si va usted a dispararles —aseguró Arturo.

—¿De qué me sirven si no le disparo a uno?

—No va a comérselo, sólo va a pintarlo —dijo Arturo Estuardo—. Así que no hace falta que esté muerto.

—¿Cómo voy a pintar un pájaro que no se está quieto! —exclamó Audubon. Entonces se dio cuenta de una cosa—. Conocen ustedes mi nombre. Saben que pinto. Pero yo no los conozco a ustedes.

—Soy Alvin Smith, y éste es mi pupilo, Arturo Estuardo.

—¿Pupila? ¿Qué clase de esclavo es ése?

—Pupilo. No es ningún esclavo. Pero está bajo mi protección.

—¿Y quién me protegerá, a mí, de ustedes dos? ¿Por qué no son ladrones corrientes, que cogen mi dinero y se marchan?

—Arturo tiene una pregunta que hacerle.

—Aquí está mi respuesta: ¡Márchense! *Partez!*

—¿Y si puedo hacer que un ganso se quede quieto para usted sin tener que matarlo? —preguntó Arturo Estuardo.

Audubon estaba a punto de responder bruscamente cuando por fin se dio cuenta de que acababa de ver a Arturo llamar a los gansos.

—Eres, cómo se dice... una persona con don: un llamador de gansos.

—Gansos —apuntó Alvin amablemente.

Arturo sacudió la cabeza.

—Simplemente me gustan los pájaros.

—A mí también me gustan los pájaros —aseguró Audubon—, pero ellos no sienten lo mismo por mí.

—Porque usted los mata aunque ni siquiera tiene hambre —dijo Arturo Estuardo. Audubon lo miró lleno de consternación. Por fin tomó una decisión.

—¿Puedes hacer que un ganso se quede quieto para mí?

—Puedo pedírselo. Pero usted tiene que apartar esa escopeta.

Audubon la apoyó inmediatamente contra un árbol.

—Descárguela —pidió Arturo Estuardo.

—¿Crees que romperé mi promesa?

—No ha hecho ninguna promesa.

—¡Muy bien! —exclamó Audubon—. Lo prometo por la tumba de mi abuela.

Empezó a descargar el arma.

—¿Promete qué? —preguntó Arturo.

Alvin a punto estuvo de soltar una carcajada, pero Arturo Estuardo se tomaba muy en serio el asegurarse de que no hubiera subterfugios por parte de Audubon una vez que hubiese traído de vuelta a los gansos.

—¡Lo prometo, no dispararé a ningún ganso! ¡*Pas de* disparar a los gansos!

—Ni siquiera disparar con pólvora, sea lo que sea eso. Nada de disparar a ningún pájaro en todo el día —recalcó Arturo.

—No he dicho «pólvora», muchacho ignorante. *J'ai dit «pas de».* Rien! Nada de dispararles a los gansos, eso es lo que he dicho. —Con un murmullo, añadió—: *Tous les sauvages du monde sont id aujourd'hui.* Alvin se echó a reír.

—Nada de disparar a los salvajes, tampoco, si no le importa.

Audubon lo miró, furioso y avergonzado.

—*Parlez-vous français?*

—*Je ne parle pas français* —dijo Alvin, recordando una frase de las pocas lecciones de francés que Margaret había intentado darle antes de que finalmente renunciara a hacer que Alvin hablara ningún otro idioma que no fuera el inglés. A esas alturas ya habían abandonado también el latín y el griego. Pero había comprendido la palabra *sauvage*, pues la había oído a menudo en el fuerte francés de Detroit cuando estuvo allí de niño con Ta-Kumsaw.

—*C'est vrai* —murmuró Audubon. Luego, más fuerte, añadió—: Hago la promesa que dicen. Tráeme un ganso que se esté quieto en su sitio para que yo lo pinte.

—¿Va a responder a mis preguntas? —preguntó Arturo Estuardo.

—Sí, por supuesto.

—¿Una respuesta real, y no una de esas estupideces que los adultos dicen normalmente a los niños?

—Eh —protestó Alvin.

—Tú no —se apresuró a aclarar Arturo Estuardo. Pero no despejó las sospechas de Alvin.

—Sí —respondió Audubon con voz cansada—. ¡Te diré todos los secretos del universo!

Arturo Estuardo asintió y se acercó al lugar donde la orilla era más alta. Pero antes de llamar a los gansos, se volvió hacia Audubon una vez más.

—¿Dónde quiere que se pose el pájaro?

Audubon se echó a reír.

—¡Eres un chico muy extraño! ¿Esto es lo que los americanos llaman «fanfarrón»?

—No está fanfarroneando —le aseguró Alvin—. Tiene que saber dónde quiere usted que se pose el pájaro.

Audubon sacudió la cabeza; luego miró alrededor, comprobó el ángulo del sol y buscó un sitio a la sombra donde sentarse mientras pintara. Sólo entonces señaló el lugar donde el pájaro tendría que posar.

—Muy bien. —Arturo Estuardo se volvió hacia el río y farfulló de nuevo, en voz alta, y el sonido se transmitió sobre el agua. Los gansos se alzaron de la superficie y volaron rápidamente hacia la orilla para aterrizar en el agua o en el prado. Sin embargo, el jefe de la bandada se posó cerca de Arturo Estuardo, que lo condujo hacia el lugar que Audubon había elegido.

Arturo miró impaciente al francés, que estaba allí de pie con la boca abierta, viendo cómo el ganso ocupaba su puesto y se quedaba allí, quieto como una estatua.

—¿Va a dibujar en el barro con un palo? —preguntó Arturo.

Sólo entonces advirtió Audubon que sus papeles y pinturas seguían en la mochila. Corrió rápidamente hacia ella, deteniéndose de vez en cuando para mirar por encima del hombro y asegurarse de que el ganso seguía allí.

Cuando ya no podía oírlos, Alvin le preguntó a Arturo:

—¿Has olvidado que nos marchábamos a Filadelfia esta mañana?

Arturo lo miró con esa expresión de desprecio absoluto que sólo la cara de un adolescente es capaz de adquirir.

—Puedes irte cuando quieras.

Al principio Alvin pensó que le estaba diciendo que se fuera y lo dejara. Pero entonces advirtió que Arturo estaba simplemente diciendo la verdad: Alvin podía dejar Filadelfia cuando quisiera, así que no importaba que fuera esa mañana o más tarde.

—Verily y Mike van a preocuparse si no regresamos pronto.

—No quiero que muera ningún pájaro —dijo Arturo.

—Es trabajo de Dios ver cada gorrión que cae —respondió Alvin—. No le he oído anunciar que el puesto estuviera vacante.

Arturo cerró la boca y no dijo nada más. Audubon regresó al instante, se sentó en la hierba bajo el árbol y mezcló sus colores para que fueran la réplica exacta de los colores de las plumas del ganso.

—Quiero verlo pintar —dijo Arturo.

—No me gusta que la gente mire por encima de mi hombro.

Arturo murmuró algo y el ganso empezó a marcharse.

—¡Muy bien! —convino Audubon, frenético—. ¡Mírame pintar, mira al pájaro, mira el sol en el cielo hasta que te quedes ciego, lo que te dé la gana!

De inmediato Arturo le murmuró algo al ganso y éste volvió a ocupar su puesto.

Alvin sacudió la cabeza. Pura extorsión. ¿Cómo podía ser éste el chico de dulce temperamento que conocía desde hacía tanto tiempo?

UNA DAMA DE LA CORTE

Peggy se pasó la mañana tratando de no temer el encuentro con lady Guinevere Ashworth. Al ser una de las principales camareras de la reina Mary, tenía cierta influencia por derecho propio; más importante aún, estaba casada con el lord canciller, William Ashworth, quien podía haber nacido siendo el tercer hijo de un maestro de escuela, pero gracias a su inteligencia, intrepidez y enorme energía se había abierto paso hasta una buena educación, un buen matrimonio y un alto cargo. Lord William no se hacía ilusión alguna sobre su propia parentela: después de casarse, tomó el apellido de la familia de su esposa.

Una mujer es una mujer, no importa el rango de sus padres o el cargo de su esposo, se recordó Peggy. Cuando la vejiga de lady Ashworth estaba llena, no venían los ángeles para convertir milagrosamente nada en vino y embotellarlo, aunque por la manera en que se pronunciaba su nombre en todo Camelot, se habría dicho que así era. Era un rango social al que Peggy nunca había aspirado y que ni siquiera le había interesado. Apenas conocía la manera adecuada de dirigirse a la hija de un marqués, pero cada vez que se sentía tentada a hacer investigaciones se obligaba a recordar que, como buena republicana, debía dirigirse a ella ostentosamente mal. Después de todo, tanto Jefferson como Franklin se referían invariablemente al rey como «el señor Estuardo», e incluso se dirigían a él de esa forma en la correspondencia oficial entre jefes de Estado... aunque se decía que los empleados del Ministerio del Interior «traducían» esas cartas de forma que aparecieran en ellas las formas de tratamiento adecuadas y evitaban de ese modo cualquier incidente internacional.

Y si había alguna esperanza de evitar la guerra que flotaba sobre las naciones americanas, bien podía hallarse en su entrevista con lady Ashworth. Pues junto con su alta posición social (algunos decían que la propia reina pedía consejo a lady Ashworth sobre cómo vestirse), lady Ashworth era también una de las cabecillas de la organización antiesclavista de más influencia en las Colonias de la Corona: Damas contra los derechos de propiedad sobre las personas. (Según la moda en las Colonias de la Corona, la organización era conocida por sus siglas en inglés, que significaban casualmente «falda rasgada», algo que a Peggy le parecía desafortunado, sobre todo tratándose de un club de damas).

Así que se jugaba mucho en la reunión de esa mañana. Todo lo demás había sido un callejón sin salida. Después de los meses pasados en Appalachee, Peggy había advertido por fin que toda la presión para mantener la esclavitud en los Nuevos Condados procedía de las Colonias de la Corona. El gobierno del rey estaba haciendo ruido de sables, literal y figuradamente, para asegurarse de que el Congreso de

Appalachee comprendiera exactamente cuál sería el coste en sangre de la abolición de la esclavitud. Mientras tanto, la unión entre Appalachee y los Estados Unidos de América era imposible si la esclavitud era legal en cualquier punto de Appalachee. Y el compromiso más sencillo, permitir que los Nuevos Condados proesclavitud de Tennizy, Cherriky y Kenituck se separaran de Appalachee, era políticamente imposible.

El resultado que Peggy más temía era que los Estados Unidos cedieran y admitieran a los Nuevos Condados como Estados esclavistas. Una contaminación semejante de la libertad americana destruiría a los Estados Unidos, Peggy estaba segura de ello. Y la secesión de los Nuevos Condados sólo le parecía ligeramente más aceptable, ya que dejaría a la mayor parte de los negros de Appalachee bajo el látigo del capataz. No, la única forma de evitar la guerra y conservar una chispa de decencia en el pueblo americano era persuadir a las Colonias de la Corona de que permitieran que todo Appalachee, Nuevos Condados incluidos, formaran una unión con los Estados Unidos de América... con la esclavitud abolida en toda la nación resultante.

Sus amigos abolicionistas se rieron de Peggy cuando mencionó esta posibilidad. Incluso su marido, Alvin, parecía vacilante en sus cartas, aunque por supuesto la animaba a que hiciera lo que considerara justo. Después de cientos de entrevistas con hombres y mujeres por todo Appalachee y en Camelot durante las últimas semanas, Peggy tenía un montón de dudas propias. Sin embargo, mientras quedara un hilo de esperanza, trataría de tejerlo en algún tipo de futuro soportable, porque el futuro que veía en los fuegos del corazón de la gente que la rodeaba no sería llevadero a menos que supiera que había hecho todo lo posible para evitar la guerra que amenazaba con empapar de sangre el suelo de América, una guerra cuyo resultado era incierto.

Así que, por mucho temor que sintiera, Peggy no tenía más remedio que reunirse con lady Ashworth. Pues aunque no pudiera unirla a ella ni unir su club a la causa de la emancipación, podía al menos conseguir que la presentara al rey para poder llevar su causa directamente al monarca.

La idea de reunirse con el rey la asustaba menos que la perspectiva de conocer a lady Ashworth. Peggy podía hablarle directamente a un hombre educado, en un lenguaje que ambos comprendían. Pero las damas del Sur, lo sabía, eran mucho más complicadas. Todo lo que decías significaba otra cosa para ellas, y todo lo que ellas decían significaba cualquier cosa menos el llano significado de las palabras. Menos mal que no dejaban que las damas del Sur fueran a la universidad. Estaban demasiado ocupadas aprendiendo arcanos lenguajes mucho más sutiles y difíciles de dominar que el griego y el latín.

Peggy durmió poco la noche antes, comió poco esa mañana, y se tranquilizó aún menos. Las náuseas más agudas de su embarazo habían pasado, pero cuando estaba nerviosa, como esa mañana, regresaban con saña. La chispa de vida del bebé que llevaba en el vientre empezaba a ser visible para ella. Pronto podría ver algo del futuro del bebé. Meros atisbos, pues el fuego del corazón de un bebé era caótico y

confuso; pero se convertiría en algo real para ella, una vida. Que naciera en un mundo mejor que ése. «Que mis esfuerzos cambien el futuro de todos los bebés».

Sentía los dedos débiles y temblorosos mientras trataba de abrocharse los botones. Se vio obligada a pedir ayuda a la esclava que estaba asignada a su planta en la casa de huéspedes. Como todos los esclavos de las Colonias de la Corona, la chica no miraba a Peggy a los ojos ni se dirigía a ella directamente y, aunque respondía suave pero claramente todas las preguntas que Peggy le hacía, lo que hubo entre ellas difícilmente podía ser considerado una conversación.

—Lamento molestarte, ¿pero me ayudarás a abrocharme los botones?

—Sí, señora.

—Me llamo Peggy. ¿Y tú?

—Fishy, señora.

—Por favor, llámame Peggy.

—Sí, señora. «No insistas».

—¿Fishy? ¿De verdad? ¿O es un apodo?

—Sí, señora.

—¿Cuál?

—Fishy, señora. Debía estar negándose a comprender. «Déjalo».

—¿Y por qué te puso tu madre un apodo así?

—No lo sé, señora.

—¿O no fue tu madre quien te puso el nombre?

—No lo sé, señora.

—Si te doy una propina por tu servicio, ¿la aceptarás?

—Nada de propinas, por favor, señora.

—Pero si encontraras un penique en la calle, ¿se te permitiría quedártelo?

—Nunca he encontrado un penique, señora. Ya he terminado, señora.

Y Fishy salió por la puerta en un santiamén, deteniéndose sólo lo suficiente para preguntar:

—¿Algo más, señora?

Peggy, naturalmente, conocía las respuestas a sus preguntas, pues las veía en el fuego del corazón de la mujer. Veía cómo la madre de Fishy la había entregado a otras esclavas, porque difícilmente podía atraer la lujuria del amo con un bebé aferrado a sus muslos. Y cómo cuando el vientre de la mujer se volvió demasiado fofo por sus embarazos repetidos, el amo empezó a compartirla con sus visitantes blancos y, finalmente, con los supervisores blancos, hasta el día en que se la dio a Cur, el capataz negro de la plantación. La vergüenza de verse reducida a una puta para los negros fue demasiado para la madre de Fishy y se ahorcó. Fue Fishy quien la encontró. Peggy lo vio todo en un destello a través de la mente de la muchacha cuando le preguntó por su madre. Pero era una historia que Fishy nunca había contado y nunca contaría.

Del mismo modo, Peggy vio que Fishy recibió su nombre del hijo del primer

dueño al que la vendieron después del suicidio de su madre. Fue asignada para ser su doncella principal, y la criada más vieja de la casa de la plantación le dijo que eso significaba que tenía que hacer «lo que quiera» que el hijo del amo le dijera que hiciese. Fishy nunca supo qué podría haber sido. El muchacho le echó un vistazo, declaró que olía a pescado y no la dejó entrar en su habitación. Le asignaron otras tareas en los meses en que permaneció en la casa, pero el nombre de Fishy (Pescadito) se le quedó, y cuando la vendieron a una familia de la ciudad de Camelot, se llevó el nombre consigo. Era mejor que el que su madre le había puesto: Bebé Feo.

En cuanto a las propinas, si se le encontraba dinero a un esclavo de aquella casa se suponía que era robado y el esclavo era desnudado y marcado y encadenado en el patio durante una semana. Los esclavos podían andar con la cabeza gacha, pero en aquella casa, al menos, no veían ningún penique en el suelo.

Sin embargo, la peor frustración para Peggy era que no podía decirle a la esclava: «Fishy, no desespere. Te sientes indefensa, lo estás, sin otras armas que tu desdén, tu deliberada lentitud, las pequeñas rebeliones que puedes permitirte y seguir sobreviviendo. Pero hay algunos de nosotros, muchos de nosotros trabajando para intentar liberarte». Aunque Peggy se lo dijera, ¿por qué iba Fishy a creer a una mujer blanca? Y si la creía, ¿qué haría entonces? Si su conducta cambiaba una migaja, lo sufriría, y la emancipación, si se producía, estaba aún a muchos años de distancia.

Así que Peggy soportó el silencioso odio y el desprecio de Fishy, aunque sabía que no lo merecía. «Su piel negra la convierte en una esclava en este país; por tanto mi piel blanca me convierte en su enemiga, pues si se tomara conmigo la más leve libertad y se dirigiera a mí con algo remotamente parecido a la amistad o la igualdad se arriesgaría a un terrible sufrimiento».

Era en momentos como aquél cuando Peggy pensaba que sus airados amigos abolicionistas de Filadelfia podían tener razón: sólo la sangre y el fuego podrían purgar a América de este pecado.

Descartó la idea, como siempre hacía. La mayoría de la gente que colaboraba en la degradación de los negros lo hacía porque no conocía otra cosa, o porque era débil y temerosa. La ignorancia, la debilidad y el miedo acarreaban grandes males, pero no eran en sí pecado. A menudo había que corregirlos, no castigarlos. Sólo aquellos cuyos corazones se complacían en la degradación de los indefensos y buscaban oportunidades para atormentar a sus cautivos negros se merecían la sangre y el horror de la guerra. Y la guerra no era nunca tan cuidadosa como para infligir sufrimiento sólo cuando era necesario.

Abrochada ya, Peggy salió a reunirse con lady Ashworth y ver si la luz del cristianismo ardía en el fuego del corazón de la camarera de la reina.

Había carruajes de alquiler en las calles de Camelot, pero Peggy no tenía dinero para malgastarlo en tales lujos. Pasear no estaba mal, siempre que se mantuviera alejada de la calle del Rey, con tanto tráfico de caballos que no podías distinguir el empedrado bajo la mierda, que siempre acababa manchándote la ropa. Y,

naturalmente, nadie paseaba por la calle del Agua, porque el olor de pescado que impregnaba el aire era tan denso que no podías quitártelo de la ropa durante días, por mucho que la airearas.

Pero las calles secundarias eran bastante agradables, con sus jardines cuidados, las flores salpicándolo todo de color, el rico y resplandeciente verde de las hojas haciendo que cada jardín pareciera el Edén. El aire era denso, pero normalmente soplaba la brisa del mar. Todas las casas estaban diseñadas para aprovechar el más leve soplo, y los porches de dos pisos de altura daban sombra a las casas más ricas. Les daban buena sombra en el calor de la tarde, y ya ahora, poco antes de mediodía, en muchos porches había esclavos preparando limonada helada y disponiéndose a poner en marcha los espantamoscas.

Los niños pequeños daban saltos enérgicamente en los curiosos bancos flexibles diseñados para jugar. Peggy nunca había visto tales artilugios hasta su llegada a la ciudad. Sin embargo, el banco era bastante sencillo de construir: una simple tabla entre dos soportes, situados uno en cada extremo sin sostén central. Un niño podía saltar sobre ella y dejarse catapultar como lanzado por un tirachinas. Quizás en otros sitios consideraban que una cosa tan poco práctica, pensada sólo para jugar, era un lujo vergonzoso. O quizás en otros lugares los adultos simplemente no podían tomarse tantas molestias para contentar a los niños. Pero en Camelot, los niños eran tratados como jóvenes aristócratas... cosa que, ahora que lo pensaba, eran en su mayoría, o al menos sus padres así lo pretendían.

Como de costumbre, Peggy se maravilló de la contradicción: una gente tan tierna con sus hijos, tan indulgente, tan juguetona, y que sin embargo no sentía ningún reparo en criar a esos niños para que ordenaran que los esclavos que los molestaban fueran vejados o azotados, o sus familias separadas y vendidas.

Naturalmente, pocas de las mansiones en la ciudad tenían terreno suficiente para ordenar que los azotes se dieran en ellas. El esclavo agresor era llevado al mercado y azotado allí, para que los gemidos y sollozos no interfirieran en las conversaciones de los salones y aposentos de las hermosas casas.

¿Cuál era la verdad de esta gente? Su amor por sus hijos, por el rey y el país, por la educación clásica en la que sobresalían era genuino. Según todos los indicios eran educados, de buen gusto, generosos, amplios de miras, hospitalarios... en una palabra, civilizados. Y sin embargo justo bajo la superficie había una brutalidad y una vergüenza profunda que envenenaba todos sus actos. Era como si dos ciudades ocuparan un mismo lugar. Camelot, la corte del rey en el exilio, era la tierra de la danza y la música, la educación y la plática, el amor y la risa. Pero la antigua ciudad de Charleston subsistía, con edificios que se correspondían con los de Camelot pared por pared, puerta por puerta. Sólo la ciudadanía era diferente, pues Charleston era la ciudad de los mercados de esclavos, donde los bebés mestizos eran separados de la familia de sus padres vendidos, la ciudad de los azotes y las humillaciones. Y como semilla y raíz, hoja y capullo de esta ciudad maligna, el odio y el miedo de blancos y

negros que vivían en guerra: los unos condenados a la derrota perpetua, los otros al miedo perpetuo a...

¿A qué? ¿A qué temían?

A la justicia.

Y entonces Peggy advirtió por primera vez lo que no había visto en el fuego del corazón de Fishy: el deseo de venganza.

No obstante eso era imposible. ¿Qué ser humano soportaba la injusticia constante sin gritar, al menos en el silencio del alma, para enmendar las cosas? ¿Era Fishy tan mansa que lo perdonaba todo? No. En su hosca resistencia no había piedad alguna, evidentemente. Estaba llena de odio. Y sin embargo ni un pensamiento o sueño o plan de venganza, fuera personal o divina. Ni siquiera la esperanza de emancipación o huida.

Mientras caminaba por las calles bajo el sol de mediodía, Peggy casi se sintió mareada al advertir lo que debía estar sucediendo, no sólo con Fishy, sino con todos los esclavos que había visto en Camelot. Peggy no lo veía todo en los fuegos de sus corazones. Ellos le ocultaban parte de sus sentimientos, puesto que era inconcebible que no tuvieran tales sentimientos. Eran seres humanos, y todos los negros que había conocido en Appalachee tenían ansia de desquite, insumisión o huida. No, si no veía esas pasiones en los esclavos de Camelot no era porque no las sintieran, sino porque de algún modo habían aprendido a asumir una mentira tan profunda que dominaba incluso su fuego del corazón.

Y eso lo ponía todo en duda. Pues si había una cosa con la que Peggy contaba siempre era que nadie podía mentirle sin que ella lo supiera. Había sido así casi desde su nacimiento. Era uno de los motivos por los que a la gente normalmente no le gustaba pasar mucho tiempo con una tea... aunque pocos veían siquiera una fracción de lo que Peggy veía. Siempre existía el miedo de que sus pensamientos secretos fueran conocidos y revelados.

Cuando Peggy era una niña, no comprendía por qué los adultos se molestaban tanto cuando respondía a lo que había en su fuego del corazón en vez de a las palabras que le estaban diciendo. ¿Pero qué podía hacer? Cuando algún viajante le palmeaba la cabeza y decía «¡Apuesto a que tengo algo para esta pequeña!», ella apenas oía sus palabras, con todo lo que su fuego del corazón le estaba diciendo y además de lo que decía el fuego de su padre y el de cuantos tenía cerca. Así que contestaba con naturalidad: «¡Mi papá no es tonto! ¡Sabe que usted lo está engañando!».

Pero todo el mundo se inquietaba tanto con ella que aprendió a guardar silencio respecto a todas las mentiras y todos los secretos. Su respuesta fue morderse la lengua y no decir nada en absoluto. Por fortuna, aprendió a guardar silencio antes de ser lo bastante mayor para comprender los secretos verdaderamente oscuros que habrían destruido a su familia. El silencio le venía bien... tan bien que algunos clientes de la taberna de su padre la tomaban por muda.

Con todo, tenía que conversar con la gente del pueblo, y con otros niños de su edad. Y durante mucho tiempo la enfureció ver que las palabras de la gente no encajaban muy bien con sus deseos o recuerdos, y a veces eran completamente opuestas. Sólo gradualmente llegó a ver que, con la misma frecuencia, la gente decía mentiras para ser amable o piadosa o, como mínimo, educada. Si una madre pensaba que su hija era fea, ¿era malo que le mintiera a la niña y le dijera que le encantaba cómo se iluminaba su rostro cuando sonreía? ¿De qué habría servido darle su verdadera opinión? Y la mentira ayudaba a la niña a crecer más alegre, y por tanto más atractiva.

Peggy empezó a comprender que lo que hacía que una frase fuera buena rara vez dependía de que fuese verdad. Muy poco del habla humana era digno de confianza, como sabía mejor que nadie. Lo que importaba era si el engaño tenía buena intención o si se pretendía sacar provecho de él; si se pretendía suavizar con él una situación o ensalzar al hablante ante los demás.

Peggy se hizo experta en mentiras. Las buenas mentiras estaban motivadas por el amor o la amabilidad. Servían para proteger a alguien del dolor, escudar al inocente o esconder sentimientos de los que el hablante se avergonzaba. Las mentiras neutras eran ficciones de cortesía que permitían que las conversaciones avanzaran con fluidez y sin crear conflictos innecesarios o improductivos. ¿Cómo estás? Bien.

Las mentiras malas tampoco eran todas iguales. La hipocresía ordinaria era molesta, pero hacía poco daño, a menos que el hipócrita se dedicara a atacar a los demás por pecados que él mismo cometía pero ocultaba. Los mentirosos descuidados parecían no tener ningún aprecio por la verdad, y mentían por hábito o por deporte. Sin embargo, los mentirosos crueles buscaban los peores temores de su víctima y luego mentían para hacerla sufrir o ponerla en desventaja; o chismorreaban para destruir a la gente que no apreciaban, a menudo acusándola falsamente de los pecados que ellos mismos deseaban cometer. Y luego estaban los mentirosos profesionales, que decían lo que fuera necesario para que los demás cumplieran su voluntad.

Y a pesar de los dones de Peggy como tea (y no una tea ordinaria, capaz meramente de captar el atisbo de un niño dentro del vientre), incluso ella tenía a menudo problemas para discernir el motivo de una mentira, en parte porque a menudo había muchos motivos en conflicto. Miedo, debilidad, deseo de ser apreciado... todo era motivo de mentiras que en otros procedían de la crueldad o la frialdad; y dentro de su fuego del corazón, Peggy no podía ver fácilmente la diferencia. Hacía falta tiempo: tenía que aprender la pauta de sus vidas para averiguar qué clase de alma tenían, y adónde parecían conducir todas las mentiras.

Cada mentira que le decían provocaba tantas preguntas que desesperaba de contestar las menos obvias. Incluso cuando sabía la verdad que alguien trataba de ocultar, ¿qué era esa verdad? La madre que pensaba que su hija era fea podría estar mintiendo cuando le decía a la chica que su sonrisa la hacía bonita... pero de hecho la

madre podía estar equivocada, y de hecho su mentira podía ser la verdad en opinión de otro observador. La mayoría de las «verdades» en que la gente creía, y que sus mentiras contradecían, no eran objetivamente verdaderas. La auténtica verdad (cómo eran o fueron o serían las cosas) era casi incognoscible. Es decir, la gente a menudo sabía la verdad, pero con la misma frecuencia «sabía» cosas que no eran ciertas y no tenían ningún medio veraz de diferenciarlas. Así que, aunque Peggy siempre veía lo que creía la persona que era cierto mientras decía sus mentiras, esto no significaba que Peggy supiera la auténtica verdad.

Después de años de analizar mentiras y advertir que a menudo contenían más verdad que la «verdad» que dichas mentiras ocultaban, Peggy finalmente llegó a la conclusión de que lo que necesitaba no era un mejor sentido de la verdad, sino simplemente la habilidad de oír una mentira y reaccionar como si no supiera nada más.

Fue después de escapar de casa e irse a Dekane cuando, bajo la tutela de la señora Modesty, aprendió a equilibrar las palabras y el fuego del corazón, y a dejar que su voz, su rostro y sus gestos mostraran sólo la respuesta adecuada a las palabras. A veces podía usar el conocimiento oculto que veía en los fuegos del corazón, pero nunca de forma que la gente advirtiera que conocía sus más profundos secretos.

—Incluso aquellos que no somos teas hemos aprendido esas habilidades —decía la señora Modesty—. La habilidad de actuar como si no supieras lo que sabes perfectamente bien es la esencia de la cortesía y el equilibrio.

Peggy aprendió todo eso además de estudiar música, geografía, historia, gramática y los clásicos de la filosofía y la poesía.

Pero no había ningún equilibrio con los esclavos. Podían ocultarle sus corazones.

¿Sabían que era una tea y por eso se escondían deliberadamente? No era demasiado probable... no todos ellos podían tener la capacidad de percibir sus poderes ocultos. No, sus sueños secretos le estaban ocultos porque también estaban ocultos para los propios esclavos. Así sobrevivían. Si no conocían su propia ira, entonces no podían mostrarla de forma inadvertida. Los padres esclavos debían enseñar eso a sus hijos, para que ocultaran su ira tan profundamente que no pudieran encontrarla ni siquiera dentro de sí mismos.

Y sin embargo allí estaba. Allí estaba, ardiendo. ¿Convierte sus corazones en ceniza, y se enfría gradualmente? ¿O en lava, esperando el momento de la erupción?

La casa de los Ashworth no era la más grande ni la más elegantemente terminada, pero tampoco hacía falta, ya que podían residir en al menos media docena de grandes mansiones repartidas por todas las Colonias de la Corona. Así que la casa de la ciudad podía ser relativamente modesta sin que fuese ningún desprestigio.

Incluso así, no faltaban los signos de la auténtica riqueza. Todo estaba perfectamente cuidado: la campanilla emitía un sonido musical; la puerta de la calle se abrió sin hacer ruido alguno de bisagras; el suelo del porche inferior no crujió, tan sólidamente construido estaba... ¡incluso el porche! Y los muebles no mostraban

signos de desgaste: obviamente los entraban cada vez que hacía mal tiempo, o bien los sustituían cada año. La perfección del detalle. La ostentación de gente con dinero ilimitado y gusto impecable.

El esclavo que le abrió la puerta y la condujo al interior era un hombre delgado de mediana edad que llevaba la librea como si hubiera nacido con ella puesta. O quizá la mudaba de vez en cuando como una serpiente para dejar al descubierto el traje perfecto y nuevo de debajo. No dijo nada y ni siquiera la miró. Ella dijo su nombre cuando él le abrió la puerta; el esclavo se hizo a un lado y la dejó pasar. Con sus modales, con gestos sutilísimos, le indicaba cuándo debía seguirlo y dónde tenía que esperar.

Con su silencio, ella localizó su fuego del corazón sin distracciones, y ahora que era consciente de qué faltaba, podía buscarlo.

Porque faltaba: la dignidad ofendida, la angustia, el miedo, la ira. Todo desaparecido. El servicio era su único pensamiento, sólo las tareas que tenía que realizar y en qué forma. Concentración intensa en la rutina de la casa.

Pero era imposible. No podía conducir su vida con tan intensa simpleza de pensamiento. Nadie podía. ¿Dónde estaban las distracciones? ¿Dónde estaba la gente que apreciaba, o que amaba? ¿Dónde estaba su humanidad?

¿Habían triunfado los esclavistas en aquel lugar? ¿Habían arrancado la vida propia de los corazones de los esclavos? ¿Cómo se llamaba? ¿Incluso eso estaba oculto? No... allí estaba: León. Pero no era más que el nombre que le habían dado al llegar a la casa. Al parecer a lord y lady Ashworth les gustaba poner a sus esclavos nombres de animales nobles. ¿Cómo podía un nombre pasajero caber en su fuego del corazón?

Había un nombre profundo, oculto en algún lugar de su interior. Como debía de haberlo también en Fishy, un nombre más profundo que Bebé Feo. Y allí donde estaba oculto el nombre profundo ella encontraría el auténtico fuego del corazón. En Fishy, en León, en todos los negros cuyas manos hacían el trabajo de la ciudad.

—Señorita Lamer —dijo una voz suave. Una mujer esta vez, vieja y arrugada, el pelo gris como el acero. Su vestido colgaba de ella como un saco en un poste, pero eso no daba una mala imagen a la casa: ninguna prenda sentaría bien a un armazón tan derruido. Peggy no estaba segura de si mantener a una esclava tan vieja como parte del servicio hablaba bien de la familia, o si sugería que le estaban exprimiendo hasta la última gota de trabajo.

«No, no seas cínica —se dijo—. Lady Ashworth es la presidenta de las mujeres comprometidas públicamente a poner límites a la esclavitud. Difícilmente dejaría que esa anciana la guiara por la casa si pensara que alguien podía malinterpretarlo».

La anciana se movía con agónica lentitud, pero Peggy la siguió pacientemente. La llamaban Corza en la casa pero, para gran alivio de Peggy, no parecía haber ninguna reducción u ocultación de su fuego del corazón, y le fue fácil encontrar su verdadero nombre: una palabra africana que oyó mentalmente pero no sabía articular. Supo lo

que significaba: era una especie de flor. Aquella mujer había sido secuestrada por incursores de otra tribu sólo días antes de su boda y fue vendida tres veces tres días antes de ver la primera cara blanca: un capitán de navio portugués. Luego el viaje, su primer dueño en América, sus esfuerzos por aprender el inglés suficiente para entender lo que le ordenaban. Las veces que fue abofeteada, desnudada, azotada. Ninguno de sus amos blancos la había violado, pero la habían tratado como a una yegua. De los nueve hijos que engendró, sólo le dejaron a dos más allá de su tercer cumpleaños. Ésos, una niña y un niño, fueron vendidos en la localidad, y los veía de vez en cuando, incluso ahora. Hasta conocía a tres de sus nietos, pues su hija había sido virtualmente concubina de su amo, y...

Y los tres nietos eran libres.

Sorprendente. Era ilegal en las Colonias de la Corona, y sin embargo en el fuego del corazón de esta mujer Peggy vio que Corza creía en efecto que era verdad.

Y luego una sorpresa aún mayor. La propia Corza era también libre, y lo era desde hacía cinco años. Recibía una paga y además disponía de una pequeña habitación exenta de alquiler en la casa.

Por eso se encontraba tan fácilmente su fuego del corazón. El recuerdo de la amargura y la furia estaba allí, pero lord Ashworth la había liberado cuando cumplió los setenta años.

«Estupendo», pensó Peggy. Después de seis décadas de esclavitud, cuando ya había vivido más que la inmensa mayoría de los esclavos, cuando su cuerpo estaba encogido, sin fuerza... sólo entonces fue puesta en libertad.

Una vez más, Peggy se obligó a rechazar el cinismo. Podía parecerle absurdo que liberaran a Corza tan al final de su vida. Pero tenía mucho significado para la propia Corza. Había abierto su corazón. Lo único que le importaba ahora eran sus tres nietos. Eso y ganarse la paga sirviendo en aquella casa.

Corza condujo a Peggy por un amplio tramo de escaleras hasta la habitación principal. Todo el mundo vivía sobre el nivel de la calle. De hecho, Corza la condujo aún más alto, hasta el lujoso segundo piso, donde en vez de una salita Peggy se encontró en el porche y, sí, con las sillas de caña, la jarra de limonada helada, los bamboleantes espantamoscas, el esclavo con un abanico casi del tamaño de su propio cuerpo, y, de pie ante una maceta con una regadera en la mano, la mismísima lady Ashworth.

—Es usted muy amable al venir, señorita Larner —dijo—. Apenas podía creer en mi buena fortuna cuando me enteré de que tendría tiempo de visitarme.

Lady Ashworth era mucho más joven y más hermosa de lo que Peggy esperaba, e iba vestida de forma bastante cómoda, con el pelo recogido en un sencillo moño. Pero fue la regadera lo que sorprendió a Peggy. Se parecía sospechosamente a una herramienta, y regar una planta sólo podía ser considerado un trabajo manual. Las damas de las familias esclavistas no hacían esas cosas.

Lady Ashworth advirtió la vacilación de Peggy, y comprendió su origen. Se echó

a reír.

—He descubierto que algunas de las plantas más delicadas crecen mejor cuando yo misma las cuido. No es más que lo que Adán y Eva hacían en el Paraíso... Atendían el jardín, ¿no?

Soltó la regadera, se sentó graciosamente en una silla de enea junto a la mesa con la jarra, e indicó a Peggy que hiciese otro tanto.

—Además, señorita Larner, hay que estar preparada para la vida tras la abolición de la esclavitud.

Peggy se sobresaltó otra vez. En tierras esclavistas, la palabra «abolición» era tan educada como algunos de los epítetos más pintorescos de las ratas de río.

—Oh, cielos —dijo lady Ashworth—. Me temo que mi lenguaje pueda haberla sorprendido. Pero para eso precisamente está usted aquí, ¿no, señorita Larner? ¿No compartimos ambas el objetivo de abolir la esclavitud dondequiera que podamos? Así, si tenemos éxito, entonces sin duda sabré hacer unas cuantas cosas por mí misma. Venga, no ha dicho usted una palabra desde que llegó.

Peggy se rió, cortada.

—No lo he hecho, ¿verdad? Es usted muy amable al aceptar recibirme. Y puedo asegurarle que las damas de posibles en los Estados Unidos no están metidas hasta los codos en el agua del fregadero. Criados pagados hacen el trabajo más duro.

—Pero es mucho más caro —dijo lady Ashworth—. Esperan cobrar en metálico. Aquí no usamos mucho dinero. Todo depende de la estación. Los compradores ingleses y franceses llegan a la ciudad, nosotros vendemos nuestro algodón o nuestro tabaco y pagamos a todos los trabajadores por el año. No llevamos dinero encima ni lo guardamos en casa. No creo que pudiera mantener a muchos sirvientes «libres» con esa política.

Peggy suspiró para sí, pues el fuego del corazón de lady Ashworth contaba una historia diferente. Regaba sus propias plantas porque los esclavos deliberadamente anegaban las importaciones más caras y las mataban poco a poco. La hipotética escasez de dinero en efectivo no tenía nada que ver con mantener criados libres, pues las familias bien situadas siempre tenían dinero en el banco. Y en cuanto a la abolición, a lady Ashworth le repugnaba tanto la palabra como a cualquier esclavista. En ese aspecto, le repugnaba la propia Peggy. Pero reconocía que había que conseguir alguna limitación a la esclavitud para aplacar a la opinión pública en Europa y los Estados Unidos, y todo lo que lady Ashworth pretendía permitir que consiguiera su club era la prohibición de la esclavitud en ciertas regiones de las Colonias de la Corona donde la geología y la economía hacían improductiva la tierra de todas formas. Lady Ashworth siempre había tenido éxito a la hora de convencer a los norteamericanos de que era bastante radical en el tema de la esclavitud, y esperaba hacer lo mismo con Peggy.

Pero Peggy estaba decidida a no ser tratada con tanto desdén. Era una simple cuestión de encontrar en el fuego del corazón de lady Ashworth algún maltrato

reciente a sus esclavos.

—Quizás en vez de empuñar la regadera de latón —dijo Peggy— debería mostrar su compromiso con la abolición trayendo de vuelta a los dos esclavos que tiene encadenados y sin agua que beber al cálido sol del muelle.

El rostro de lady Ashworth se mantuvo impasible, pero Peggy vio la furia y el temor asaltar su interior.

—Vaya, señorita Lamer, creo que ha estado investigando usted un poco.

—Los nombres y los dueños de los esclavos están expuestos para que todos los vean —dijo Peggy.

—Pocos de nuestros visitantes norteros se entrometen en nuestros asuntos domésticos visitando nuestro parque disciplinario.

Demasiado tarde, Peggy advirtió que los guardias del patio disciplinario (difícilmente un «parque») nunca la habrían dejado entrar. No sin una carta de presentación. Y lady Ashworth preguntaría quién había proporcionado a una nortera radical como ella un pase de entrada. Cuando descubriera que no existía ninguna carta y que Peggy no había realizado ninguna visita, pensaría... ¿qué? ¿Que Peggy era en secreto una tea? Tal vez. Pero lo más probable era que pensara que uno de los negros de la casa había hablado con ella. *Castigarían* a los dos únicos negros con los que Peggy había tenido contacto: Corza y León. Peggy miró en el futuro que acababa de crear y vio a lady Ashworth oyendo la confesión de Corza sabiendo perfectamente bien que la anciana mentía para proteger a León.

¿Y qué haría lady Ashworth? León, por negarse a confesar, sería azotado y, en los futuros en los que sobrevivía al látigo, vendido al Oeste. Corza sería expulsada de la casa, pues aunque no hubiese dado a Peggy ni una gota de información, habría demostrado ser más leal a un compañero negro que a su ama. Siendo una negra libre de edad avanzada, Corza se vería obligada a vivir de las migajas proporcionadas por la caridad de otros esclavos, todos los cuales se expondrían a la acusación de robar a sus amos cada trozo de comida que le dieran a ella.

Hora de mentir.

—¿Cree usted que es la única... abolicionista... que vive en Camelot? —dijo Peggy—. La diferencia es que algunos de los demás son sinceros.

De inmediato el fuego del corazón de lady Ashworth mostró futuros diferentes. Ahora sospecharía de las otras damas del club. ¿Cuál de ellas había descubierto la hipocresía de lady Ashworth al hablar con Peggy o al escribirle contándole cómo los esclavos de los Ashworth eran castigados?

—¿Ha venido a mi casa a insultarme?

—No más que a ser insultada.

—¿Qué he hecho para insultarla? —preguntó lady Ashworth. Lo que no dijo, aunque Peggy lo oyó tan claramente como sus palabras, era que a ella le resultaba imposible insultar a Peggy porque Peggy no era nadie.

—Se ha atrevido a decir que comparte mi objetivo de abolir la esclavitud

dondequiera que sea posible, cuando sabe perfectamente bien que no tiene ninguna intención de vivir ni un solo día de su vida sin la esclavitud. Todos sus esfuerzos son sólo para pacificar a los nortños como yo. Es usted parte de la estrategia de relaciones exteriores de su marido, y está tan comprometida a continuar con la esclavitud en los Nuevos Condados como todos los demás en las Colonias de la Corona.

Por fin la fachada de placidez se resquebrajó.

—¿Cómo se atreve, metomentodo insignificante? ¿Cree que no sé que su marido es un trabajador corriente llamado Smith? Nadie ha oído jamás hablar de su familia, y viene de un país salvaje que no tiene reparos en mezclar las razas y trata a la gente de calidad como si fuera la escoria común de la calle.

—Por fin ha consentido en tratar conmigo sinceramente —dijo Peggy.

—¡No consiento en tratar con usted de ningún modo! Salga de mi casa.

Peggy no se movió de su asiento. Cogió la jarra de limonada y se sirvió un buen vaso.

—Lady Ashworth, la necesidad que tiene usted de crear la ilusión de emancipación gradual no ha cambiado. De hecho, creo que usted y yo tenemos mucho más de que hablar ahora que no nos estamos mintiendo.

Fue divertido ver a lady Ashworth pensar en las consecuencias de expulsar a Peggy... un acontecimiento que sin duda sería conocido en todo el Norte, al menos en los círculos abolicionistas.

—¿Qué quiere usted, señorita Lamer? —dijo fríamente lady Ashworth.

—Quiero una audiencia con el rey.

PÁJAROS PINTADOS

Jean-Jacques Audubon pronto olvidó lo extraño que era pintar un pájaro vivo y se concentró en los colores y las formas. Arturo y Alvin estaban los dos sentados en la hierba tras él, viendo cómo el pájaro cobraba vida en el papel. Para Arturo era una especie de milagro. Una pincelada aquí, una pincelada allá, una mancha, colores mezclándose a veces, perfilados otras. Y de este caos, un pájaro.

De vez en cuando el modelo se cansaba. Arturo se ponía en pie de un salto, le hablaba al ganso y otro ocupaba sin tardanza el lugar del primero, el más parecido que podía encontrar. Jean-Jacques maldecía entre dientes.

—No son el mismo pájaro, ¿sabes?

—Pero están vivos —dijo Arturo—. Mire los ojos.

Jean-Jacques se limitó a gruñir. Pues en efecto el pájaro parecía vivo en el papel. Arturo se lo susurró a Alvin, pero la respuesta de éste no le produjo ninguna satisfacción.

—¿Cómo sabes que no hacía que los pájaros muertos parecieran igual de vivos en sus pinturas?

Por fin terminó el retrato. Jean-Jacques iba guardando sus colores y pinceles hasta que Arturo le gritó, bastante enfadado:

—¡Mire aquí, señor Audubon!

Jean-Jacques alzó la mirada. El ganso continuaba allí, sin posar ya pero todavía en el suelo, mirando intensamente a Arturo Estuardo.

—Ya he terminado con el ganso, puedes dejarlo marchar.

Jean-Jacques se volvió hacia su trabajo.

—¡No! —gritó Arturo Estuardo.

—Arturo —susurró Alvin.

—Tiene que verlo —dijo Arturo.

Con un suspiro, Jean-Jacques se volvió.

—¿Qué tengo que ver?

En el momento en que los ojos de Audubon se posaron en él, Arturo dio una palmada y el ganso echó a correr y se alzó torpemente en el aire. Pero en cuanto empezó a batir las alas se transformó en una criatura hermosa; los poderosos aleteos se convirtieron en un vuelo majestuoso. Los otros gansos también se alzaron. Y Jean-Jacques, olvidando su cansancio, los vio volar por encima de los árboles.

—Qué gracia —dijo Jean-Jacques—. Ninguna dama baila tan bellamente.

Al oír esas palabras, Arturo se abalanzó hacia él, furioso.

—¡Eso es! ¡Los pájaros vivos son más bonitos que todos sus malditos pájaros

pintados!

Alvin cogió a Arturo por los hombros, lo contuvo, le sonrió débilmente a Jean-Jacques.

—Lo siento. Nunca lo había visto comportarse así.

—Por cada cuadro que pintó mató un pájaro —dijo Arturo Estuardo—. ¡Y no me importa lo bien que pinte, no merece la pena quitarles la vida!

Jean-Jacques se sintió avergonzado.

—Nadie me había dicho eso. Los hombres disparan sus armas constantemente, mueren pájaros cada día.

—Por la carne —dijo Arturo—. Para comerlos.

—¿Cree eso? —preguntó Jean-Jacques a Alvin—. ¿Cree que tienen hambre y matan a los pájaros para comérselos? A lo mejor los disecan como trofeos. A lo mejor cazan por diversión, muchacho furioso.

Arturo no se dejó convencer.

—Entonces tal vez no son mejores que usted. Pero preferiría cortarme la mano antes que matar un pájaro sólo por hacer un dibujo.

—Todas esas horas que has pasado viéndome pintar, admirabas mi trabajo, ¿no? ¿Y ahora decides que es el momento de ponerte furioso?

—Porque quería que viera ese pájaro volar. ¡Usted lo ha pintado pero sigue pudiendo volar!

—Pero eso es porque tú le has hablado al pájaro —le dijo Jean-Jacques—. ¿Cómo iba yo a saber que existía un muchacho como tú? ¿Tengo que esperar a que aparezca un chico y haga posar al pájaro? ¿Hasta entonces he de dibujar árboles?

—¡Quién le ha pedido que pinte pájaros!

—¿Ésa es la pregunta que querías hacerme?

Arturo se detuvo.

—No. Sí. Por la forma en que disecó los pájaros de la tienda supe que usted conoce los pájaros, que realmente los ve, así que ¿cómo puede matarlos? No tiene hambre.

—A menudo tengo hambre. Ahora mismo la tengo. Pero no es el pájaro lo que quiero comerme. Ganso hoy, no. ¡Qué gansos tan hermosos! Te encanta verlos volar, y a mí me encanta verlos volar. Pero en Francia nadie ve estos pájaros. Ven otros pájaros, no los pájaros de América. Los científicos escriben y hablan sobre pájaros de los que sólo ven bocetos, malas reproducciones. No pinto muy bien a las personas. No me gusta la mayoría de la gente, y esto hace que mis pinturas no gusten. Pero los pájaros... Puedo pintarlos para que estén vivos. Puedo encontrar los colores, los veo allí y los pongo sobre el papel. Se publican y entonces los científicos lo saben. Abren mi libro: *voilà* el pájaro americano que nunca vieron. Ya pueden pensar en el pájaro y lo ven. Dios te permite hablar con los pájaros, muchacho furioso. Me permite a mí pintarlos. ¿Debería renunciar a este don de Dios cada día excepto hoy que tú estás aquí para ayudarme?

—No es su don lo que mata a los pájaros —dijo Arturo Estuardo.

—Todas las criaturas mueren —contestó Jean-Jacques—. Los pájaros viven su vida. Da igual. Es una vida hermosa, pero viven a la sombra de la muerte, temerosos, acechando, y luego, *pam*. La escopeta. El espolón del halcón. Las zarpas del gato. Pero el pájaro que yo mato, lo convierto en un cuadro y vivirá para siempre.

—Un dibujo en un papel no es un pájaro —protestó Arturo Estuardo, hosco.

Jean-Jacques cogió a Arturo por el brazo.

—¡Ven aquí y dile eso a mi cuadro! —Obligó a Arturo a mirar el libro de bocetos abierto—. Me has hecho mirar los gansos volando. ¡Ahora mira tú!

Arturo miró.

—Esto que ves es hermoso —dijo Jean-Jacques—. Y es ilustrativo. Saber es bueno. Le muestro este pájaro al mundo. En cada ojo, allí está mi pájaro. Mi ganso es el ganso de Platón. Un ganso perfecto. Un ganso verdadero. Un ganso real.

Alvin se echó a reír.

—No sabemos demasiado de Platón.

Arturo se volvió hacia Alvin, desdeñoso.

—La señorita Lamer nos lo enseñó todo sobre Platón, a menos que estuvieras dormido ese día.

—¿Era ésta la pregunta que tenías para el señor Audubon? —inquirió Alvin—. ¿Por qué piensa que merece la pena matar a los pájaros para pintarlos? Porque si lo era, has escogido una forma bastante desagradable de formularla.

—Lo siento —se disculpó Arturo Estuardo.

—Y creo que te ha dado una respuesta justa, Arturo Estuardo. Si cazara pájaros y los vendiera a un carnicero no te lo pensarías dos veces porque es la esencia de la naturaleza: matar para comer. Está bien matar a un pájaro para que alguna familia pueda comprar el cadáver y asarlo y comérselo entero. Pero si sólo es para pintarlo, ¿lo convierte eso en un asesino?

—Lo sé —dijo Arturo Estuardo—. Lo he sabido siempre.

—¿Entonces a qué vienen tantos gritos?

—No lo sé. No sé por qué me he enfadado tanto.

—Yo sí sé por qué —dijo Jean-Jacques.

—¿Lo sabe? —preguntó Alvin.

—Por supuesto. A los gansos no les gusta morir. Pero no saben hablar. No pueden... cómo se dice, quejarse. Bien. Tú eres el portavoz de los pájaros.

Arturo Estuardo no tenía respuesta para esto. Caminaron un rato en silencio, mientras el camino los conducía a los edificios de las afueras y luego, rápidamente, a la ciudad, y el suelo se convirtió en una calle pavimentada bajo sus pies.

—Tengo una pregunta para ti, rey Arturo —dijo Jean-Jacques por fin.

—¿Cuál? —preguntó Arturo, lejos de parecer entusiasta.

—El sonido que haces, ningún ganso lo hace. Pero te comprenden.

—Ojalá lo hubiera oído cuando era más joven —dijo Alvin—. Hablaba como

cualquier pájaro que se le antojara.

—¿Perdió esa habilidad cuando le cambió la voz? ¿Un tono más grave?

—Antes —dijo Alvin. No podía explicar cómo había cambiado el cuerpo de Arturo Estuardo para que los rastreadores no tuvieran ocasión de reclamarlo. Aunque Jean-Jacques parecía un tipo bastante decente, no le sería de ningún provecho tener un testigo capaz de afirmar que Arturo era en realidad el esclavo fugitivo que los rastreadores estaban buscando.

—Pero mi pregunta —prosiguió Jean-Jacques— es cómo aprendiste ese lenguaje. Nunca lo oíste, así que ¿cómo lo aprendiste?

—Sí que oigo el lenguaje —respondió Arturo—. Les hablo en su mismo lenguaje. Sólo que tengo un marcado acento humano.

Al oír esto, Jean-Jacques dejó escapar una carcajada, igual que Alvin.

—Acento humano —repitió Jean-Jacques.

—No es que los gansos hablen con palabras, desde luego —aseguró Arturo—. Es más parecido a que, cuando hablo, hago el sonido que dice hola, soy un ganso, y entonces el resto dice cosas como todo va bien, o rápido a volar, o ahora quédate quieto. No son palabras. Sólo son... deseos.

—Pero hubo un tiempo —dijo Alvin— en que te vi hablar a un petirrojo que te contó todo tipo de cosas y no eran sólo deseos, sino algo más complicado.

Arturo reflexionó sobre eso.

—Oh, aquella vez —dijo por fin—. Bueno, eso fue porque el petirrojo no hablaba en la lengua de los petirrojos. Me estaba hablando en inglés.

—¡Inglés! —dijo Alvin, incrédulo.

—Con un marcado acento de petirrojo —dijo Arturo. Esta vez, los tres se echaron a reír.

Cuando se acercaban a la hostería de la señora Louder vieron a un hombre grueso salir a la calle y luego regresar inmediatamente por la puerta del jardín.

—¿Es eso un hombre o una gran pelota de goma? —preguntó Jean-Jacques.

—Es el señor Fink —dijo Arturo Estuardo—. Creo que nos está buscando.

—¿O es Gargantúa? —preguntó Jean-Jacques.

—Más bien Pantagruel —respondió Arturo Estuardo.

Jean-Jacques se detuvo en seco. Alvin y Arturo se volvieron a mirarlo.

—¿Qué ocurre?

—¿El chico conoce a Rabelais?

—¿Quién es ése? —preguntó Alvin.

—Alvin se durmió ese día también —dijo Arturo Estuardo.

Jean-Jacques los miró a ambos.

—¿Habéis ido juntos al colegio?

Alvin sabía lo que debía de estar pensando Audubon: que él era un borrico por haber ido al colegio al mismo tiempo que un niño.

—Tuvimos la misma maestra —dijo.

—Y nos enseñaba en la misma habitación al mismo tiempo —dijo Arturo Estuardo.

—Sólo que no siempre era la misma lección.

—Sí, yo me quedé con Rabelais y Platón —dijo Arturo Estuardo—. Y él se casó con la maestra.

Jean-Jacques se rió con ganas.

—¡Qué divertido! ¡Su esposa es la maestra pero este esclavo es el primero de la clase!

—Eso parece, excepto por una cosa —dijo Alvin—. El muchacho es libre.

—Oh, sí, lo siento. Quería decir este muchacho negro.

—Medio negro —le corrigió Arturo Estuardo.

—Lo cual te hace medio blanco —dijo Jean-Jacques—. Pero cuando te miro, sólo veo la mitad negra. ¿No es curioso?

—Cuando los negros me miran, sólo ven la mitad blanca.

—Pero el secreto que hay en ti —dijo Jean-Jacques— es que en lo profundo de tu corazón ¡conoces a Rabelais!

—¿Qué tiene eso que ver con blancos y negros? —preguntó Alvin.

—Tiene que ver que todo esto de blancos y negros hace que este muchacho se ría por dentro. Cuando te ríes en lo más profundo, donde nadie más puede verte, Rabelais está allí. ¿No, Arturo Estuardo?

—Rabelais —repitió Alvin—. ¿Era ése el libro sobre el tipo gordo y grandullón?

—Entonces ¿lo leyó usted?

—No. Me dio vergüenza y se lo devolví a la señorita Lamer. A Margaret, quiero decir. ¡No se puede hablar de cosas así con una dama!

—Ah —dijo Jean-Jacques—. Su maestra empezó como señorita Lamer pero ahora es Margaret. A continuación la llamará mamá, *n'est-ce pas*?

Alvin se quedó un poco cortado.

—Tal vez a ustedes los franceses les guste leer libros desagradables, pero en América no se va por ahí hablando de que la esposa de un hombre va a tener un bebé.

—Oh, ¿planea tenerlos de alguna otra forma? —Volvió a reír Jean-Jacques—. ¡Mire, Pantagruel nos ha visto! ¡Viene a aplastarnos!

Mike Fink avanzaba dando furiosas zancadas hacia ellos.

—¡Sabéis que puñetera hora es! —exclamó.

La gente que estaba cerca se le quedó mirando.

—Cuida tu lenguaje —le advirtió Alvin—. ¿Quieres que te multen?

—Quería llegar a Trenton antes del anochecer —respondió Mike.

—¿Cómo, tienes un billete de tren? —dijo Alvin.

—Buenas tardes, Pantagruel. Soy Jean-Jacques Audubon.

—¿Habla inglés? —preguntó Mike.

—Mike, éste es Jean-Jacques Audubon, un francés que pinta pájaros. Jean-Jacques, éste es Mike Fink.

—¡Eso es, soy Mike Fink! Soy medio oso y medio caimán, y mi abuela por parte de madre era un tornado. Cuando doy una palmada arranco relámpagos del cielo despejado. ¡Y si quisiera pintar un pájaro, me mearía y volvería amarilla toda la bandada!

—Tiemblo en las botas al saber que es usted un tipo tan peligroso —dijo Jean-Jacques—. Estoy seguro de que cuando les dice esas cosas a las damas, se les suben las faldas y se caen de espaldas.

Mike lo miró un momento en silencio.

—Si se está burlando de mí, Alvin, tengo que matarlo.

—No, estaba diciendo que piensa que has hecho un bonito discurso —dijo Alvin—. Vamos, Mike, es conmigo con quien estás enfadado. Lamento no haber regresado. He encontrado a Arturo Estuardo bastante rápido, pero luego hemos tenido que quedarnos a ayudar al señor Audubon a pintar un ganso.

—¿Para qué? —preguntó Mike—. ¿Estaba descolorido?

—No, no —le corrigió Jean-Jacques—. Yo pinto sobre papel. He hecho un retrato de un ganso.

Antes de que Alvin pudiera explicar que la antigua rata de río estaba haciendo un chiste, Mike dijo:

—Gracias por aclarármelo, babuino cara de burro medio alelado.

—Cada vez que les oigo hablar me doy cuenta de todo el inglés que me queda aún por aprender —comentó Jean-Jacques.

—No ha sido culpa del señor Audubon, Mike. Ha sido Arturo Estuardo quien nos ha hecho quedarnos mientras le hablaba a un ganso para que se estuviera quieto. Para que así el señor Audubon pudiera pintarlo sin tener que matar al pájaro y disecarlo primero.

—Bueno, por mí muy bien —dijo Mike—. No estoy tan enfadado.

—¿Se enfada más? —preguntó Jean-Jacques.

—Ninguno de ustedes me ha visto enfadado.

—Yo sí —aseguró Alvin.

—Bueno, tal vez un poquito enfadado —dijo Mike—. Cuando me rompiste la pierna.

Jean-Jacques miró a Alvin, viéndolo bajo una nueva luz, ya que podía romper la pierna de un hombre que parecía en efecto ser medio oso.

—Es Verily quien está a punto de explotar —dijo Mike.

—¿Verily? —preguntó Alvin, sorprendido. Verily Cooper casi nunca demostraba su temperamento.

—Sí, ha estado tamborileando con los dedos sobre la mesa en el almuerzo y en el porche ha cazado una mosca al vuelo y la ha lanzado contra la casa con tanta fuerza que ha roto una ventana.

—¿Eso ha hecho? —preguntó Arturo Estuardo, asombrado.

—Eso he dicho, ¿no?

—Oh, sí, olvidaba quién estaba hablando —dijo Arturo.

—Arturo y el señor Audubon tienen hambre y sed —intervino Alvin—. ¿Crees que puedes llevarlos dentro y pedirle a la señora Louder que les dé un poco de pan y agua al menos?

—¿Agua? —se lamentó Audubon—. ¿Es que ustedes los americanos no comprenden que el agua puede hacerte enfermar? El vino es sano. La cerveza es buena si no te importa orinar todo el tiempo. Pero el agua... sólo produce, cómo se dice, almorranas.

—Llevo toda la vida bebiendo agua —dijo Alvin—, y no tengo almorranas.

—Pero esto significa que está, cómo se dice... —Entonces soltó una andanada en francés.

—Acostumbrado —tradujo Arturo.

—Sí. Acostalado.

—A-cos-tum-bra-do —repitió Arturo.

—El inglés es el idioma más estúpido de la tierra a excepción del alemán... y eso no es un idioma, es un dolor de cabeza.

—¿Hablas francés? —le preguntó Alvin a Arturo Estuardo.

—No —respondió Arturo, como si fuera la idea más estúpida del mundo.

—Bueno, pues has entendido al señor Audubon —dijo Arturo—. Ni siquiera hablo bien el inglés.

«Cierto —pensó Alvin—. Puedes hablar inglés como te dé la gana. Sólo que te gusta infringir las reglas y hablar como si acabaras de salir de una cabaña en lo más profundo del bosque».

—Entrad y comed algo —ofreció Mike—. Y si no quiere beber agua, señor Odd Bone...

—Audubon —le corrigió Jean-Jacques.

—Espero que la sidra le sirva, porque no creo que la señora Louder tenga nada más fuerte.

—¿Puedo yo tomar sidra? —preguntó Arturo Estuardo.

—No, pero puedes comerte una galleta —dijo Alvin.

—¡Hurra!

—Si ella te ofrece alguna —dijo Alvin—. Y nada de pedir.

—La señora Louder siempre sabe qué le apetece a un tipo hambriento —comentó Arturo Estuardo—. Es su don.

Jean-Jacques se echó a reír.

—¡La comida que a mí me apetece no se ha servido nunca en todo este continente!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mike Fink—. Tenemos ranas y caracoles también.

—Pero no tienen ajo.

—Tenemos cebollas tan fuertes que hacen que sueltes pedos azules —dijo Mike

—. Y una vez probé una guindilla de un piel roja que me hizo creer que era un pescado y me desperté en el río.

—La comida de Francia no hace nada tan maravilloso. Sabe tan bien que cada día Dios envía a un ángel a París para que le traiga la cena, pero ¿qué sabe Él?

Continuaron fanfarroneando hasta la cocina. Alvin se detuvo en el saloncito, donde Verily estaba cómodamente sentado con un libro en el regazo. Verily lo miró y luego volvió a su libro.

—Oh, has vuelto —dijo—. Suponía que te habían asesinado y que habían vendido a Arturo como esclavo. —Pasó una página—. La próxima vez, tal vez.

Lo dijo sin ninguna expresión. Mike tenía razón. Alvin nunca había visto a Verily Cooper tan enfadado.

—Lo siento —se disculpó Alvin.

—Muy bien, pues. —Verily soltó el libro y se puso en pie—. Vamos.

Verily se dirigió hacia la puerta.

—¿Tan tarde? —le preguntó Alvin cuando la cruzaba.

Verily se detuvo y lo miró con fingida sorpresa.

—¿Tarde? No tenía ni idea.

—He dicho que lo siento.

—Yo no soy como Peggy —dijo Verily—. No puedo ver tu fuego del corazón en la distancia y asegurarme de que todo va bien. Sólo me quedo aquí esperando.

—No puedo creerlo —dijo Alvin—. Hablas como una esposa.

—Hablo como si estuviera enfadado. Me parece interesante que en tu mente eso se traduzca por «hablar como una esposa».

—Ahora hablas como un abogado.

—Pero tú sigues hablando como alguien que piensa que su vida es mucho más importante que la de todos los demás, y que puede preocupar y molestar a otras personas y todo se arreglará si dice simplemente «lo siento».

Alvin estaba asombrado.

—¿Cómo puedes decir eso? Sabes que no es así como me siento.

—No es lo que dices. Pero es como actúas.

—Bueno, sí, tal vez actúo así. En este viaje estoy intentando descubrir para qué sirve este don que tengo. Una vez me dijeron que tenía que construir una Ciudad de Cristal, pero no sé lo que es ni cómo se hace. Así que voy dando tumbos, cambiando de opinión de día en día y de semana en semana porque ni siquiera sé por dónde empezar. ¿En alguna ciudad de Tennizy que se llama Crystal City? ¿O tal vez en Nueva Inglaterra, porque una de las personas más sabias que conozco me dice que ahí aprenderé a crear una ciudad?

—No se trata de que sigas o no mi sugerencia —dijo Verily.

—Sé de qué se trata —contestó Alvin—. Tu don es tan notable como el mío. Y además eres un hombre educado. Entonces ¿por qué estás vagabundeando por toda América siguiendo a un oficial herrero medio analfabeto que no sabe adónde va?

—Esa es precisamente la pregunta que me he estado haciendo todo el día.

—Bien, pues respóndela —dijo Alvin—. Porque si quieres ser el centro de tu propia vida, entonces adelante. Vete. Cuanto más me sigas, más vas a quedarte atrapado en mi vida, y pronto no serás más que el tipo que ayudó a Alvin Smith a construir una Ciudad de Cristal.

—Eso, si tienes éxito.

—¿Entonces se trata de eso, Verily? —dijo Alvin—. Merece la pena seguirme si acabo construyendo la maldita ciudad, pero ¿y si nunca lo consigo? ¿Entonces qué será de tu vida?

Verily le dio la espalda a Alvin, pero no salió de la habitación. Se acercó a la ventana.

—Ahora lo entiendo —dijo.

—Entiendes ¿qué?

—Me he quedado aquí sentado cada vez más y más furioso, y pensaba que era porque retrasabas nuestro viaje y no habías enviado ningún mensaje, y me he convencido para despreciar la forma en que tomas las decisiones; pero eso es una tontería, porque soy libre de marcharme cuando quiera. Estoy contigo por propia elección, y eso implica ser paciente con la forma en que te planteas las cosas. Entonces ¿por qué estaba furioso?

—No siempre se está furioso por un motivo que tenga sentido.

—¿Te imaginas tener que decirle eso a un abogado? —Verily se rió, sombrío—. Ahora veo que estaba realmente enfadado porque no controlo mi propia vida. Te la he entregado.

—A mí no —dijo Alvin.

—Tú eres quien dirige esta expedición.

—¿Crees que porque tú no estás al mando de tu propia vida ahora mismo, debo estarlo yo? —Alvin se sentó en el suelo y se apoyó contra la pared—. No me concedí a mí mismo este don. No envié al Deshacedor para que tratara de matarme una docena de veces mientras crecía. No me hice nacer en el lugar donde una tea pudiera ver mi futuro y usar mi placenta para salvarme la vida todas esas veces. No elegí tampoco relacionarme con Tenskwa-Tawa... me secuestraron un puñado de pieles rojas que estaban conchabados con Harrison. Y cuando hago una elección es probable que me estalle en la cara. Conseguí salvar a Arturo de los rastreadores, pero ¿qué le costó? Ya no puede hacer las voces, ni siquiera las verdaderas voces de los pájaros. Daría cualquier cosa por volver a hacer que fuera como antes. Y este arado de oro, este arado vivo que encontré en el fuego, ése fue el peor error de todos, porque no sé cómo usarlo ni para qué sirve. Pero siento que debe tener sentido. Tiene que haber algún propósito detrás. Algún plan. Sólo que no puedo ver cuál. No es el futuro, no es el presente, no es el pasado. Y Margaret tampoco sirve de ayuda, porque ve demasiados futuros y lo único que le importa es si muero, y si hay algún futuro donde no muera. Verily, piensas que te están guiando con una cuerda, pero al menos puedes

mirar el otro extremo de la cuerda y ver quién la sostiene.

—Tú —dijo Verily.

—Y tú puedes recuperarla si quieres. Puedes seguir tu propio camino. Pero yo, Verily... ¿quién sujeta mi cuerda? ¿Y cómo voy a librarme?

Verily se arrodilló delante de Alvin y le puso las manos sobre los hombros, y luego lo envolvió en un abrazo.

—Necesitas un amigo, y yo no soy más que un incordio, Alvin.

—Eres el amigo que necesito, Verily, mientras quieras serlo —le aseguró Alvin.

Se mantuvieron abrazados un buen rato saboreando ambos la cercanía, y ambos aliviados de no haberla perdido en el ardiente temperamento de dos hombres de fuerte voluntad.

—¿Entonces nos quedamos otra noche? —preguntó Verily.

—Si la señora Louder no ha cambiado las sábanas. —No lo ha hecho. Dijo que no lo haría hasta que te viera despedirte.

—¿Así que sabía que no me marcharía hoy?

—Lo deseaba —dijo Verily—. Sabes que eres su ojito derecho.

—No seas tonto. Tiene por lo menos veinte años más que yo, y soy un hombre casado.

—Cupido lanza sus flechas donde causan más problemas —sentenció Verily.

—Hace de madre conmigo —dijo Alvin—. Eso es todo.

—Eso es lo que te parece a ti —dijo Verily—, pero para ella es como si hiciera de esposa.

—Entonces vámonos de aquí esta noche.

—El daño ya está hecho, y ella no va a hacer nada al respecto, así que ¿por qué no quedarnos esta noche en una cama familiar?

—Y comer comida familiar —dijo Alvin.

—Que huelo ahora mismo.

—Ni siquiera es la hora de la cena.

—Con qué frecuencia el amor de una mujer se manifiesta en forma de galletas.

—Una noche más en la casa de la señora Louder —dijo Alvin.

—Siempre volverás aquí cuando estés en Filadelfia.

—¿Por qué? ¿Piensas que no puedo mantenerme alejado de una buena comida y una cama blanda?

—Creo que no puedes soportar la idea de romperle el corazón.

—Creía que era ciego a los deseos y necesidades de otras personas.

Verily sonrió.

—Creo que la persona que dijo eso estaba un poco cabreada. Una persona racional nunca hablaría de ti de esa forma.

—¿Entonces nos marchamos a Nueva Inglaterra por la mañana? —dijo Alvin.

—A menos que Arturo Estuardo tenga otro recado para nosotros.

—¿Y Verily Cooper, abogado ante la ley, viene con nosotros?

—Nunca se sabe cuándo hace falta alguien capaz de sacarte de la cárcel.

—No habrá más cárceles para mí —aseguró Alvin—. La próxima vez que alguien me encierre, estaré fuera antes de que se dé la vuelta.

—¿No encuentras irónico que no tengas ni idea de lo que se supone que debes hacer y sin embargo tanta gente se haya tomado tantísimas molestias para impedírtelo?

—Tal vez sea simplemente porque no les gusta mi cara.

—Sería comprensible —dijo Verily—, pero creo que es más probable que teman tu poder. Una vez hiciste ese arado, una vez liberaste a Arturo Estuardo, se hizo público que un hombre como tú existía. Y la gente mala interpreta de modo natural que usarás ese poder exactamente igual que ellos lo harían. —¿Y cómo es eso?

—Los avariciosos piensan en el oro. ¿Qué bóveda podría mantenerte fuera? Ya que lo único que les impide robarlo es que no son capaces de entrar en las bóvedas, no pueden creer que no vayas a usar tu poder de esa forma. Siguiendo el mismo razonamiento, los más ambiciosos de tus enemigos imaginarán que tienes planes para conseguir prestigio y poder públicos, e intentarán desacreditarte por anticipado acusándote de todo cargo que consideren creíble. El simple hecho de que hayas sido juzgado te mancha, aunque fuiste declarado inocente.

—Así que estás diciendo que ellos no tienen más idea que yo de lo que se supone que tengo que hacer.

—Estoy diciendo que tus probabilidades de no volver a ser encarcelado jamás son remotas.

—Y por eso vienes conmigo.

—No puedes construir tu Ciudad de Cristal desde una cárcel, Alvin.

—Verily Cooper, si piensas que voy a creerme que por eso vienes conmigo, piensa otra vez, amigo mío. —¿Eh?

—Vienes conmigo porque esto es lo más excitante que está ocurriendo y no te lo quieres perder.

—¿Excitante? ¿Estar aquí sentado todo el día mientras tú contemplas pintar a un francés?

—Eso es lo que te ha hecho enfadar —dijo Alvin—. Querías estar también allí para ver a Arturo hablarle a los gansos para que posaran.

Verily sonrió.

—Debe de haber sido todo un espectáculo.

—Durante el primer par de minutos, tal vez —bostezó Alvin.

—Oh, claro, tu vida es muy aburrida.

—No, sólo estaba pensando que te habrías divertido más cuando entramos en la tienda del taxidermista y liberamos a un pájaro que no estaba muerto del todo.

Verily recorrió la habitación, dando zancadas.

—¡Eso es! Justo! ¡Es intolerable! ¡Esto es lo que me enfurece tanto! ¡Me dejáis fuera de todo lo divertido! ¡Por eso eres el amigo más irritante que un hombre pueda

tener!

—Pero Verily, cuando me marché no sabía que iba a suceder nada de eso.

—Ése es exactamente mi argumento —dijo Verily—. ¡No sabes lo que va a pasar y, dado lo que te ha pasado durante toda tu vida, es irracional (de hecho es inconcebible) que presumas que cualquier tarea que emprendas se llevará a término sin consecuencias peligrosas y fascinantes!

—Entonces ¿qué solución propones?

Verily se arrodilló ante él y apoyó las manos sobre sus rodillas. Cara a cara, le dijo:

—¡Llévame siempre contigo, maldición!

—¿Incluso cuando tenga que bajarme los pantalones y mear en un arbusto?

—Si permito alguna excepción, entonces tan seguro como que has nacido que habrá un puma parlante en los matorrales que te dará un bocado en la entrepierna y no te soltará hasta que le confieses el secreto del universo.

—Bueno, demonios, Verily, si eso sucede alguna vez, tendré que mear sentado el resto de mi vida, porque no conozco el secreto del universo.

—Y por eso me tienes que llevar siempre contigo.

—¿Por qué? ¿Es que conoces tú el secreto?

—No, pero puedo estrangular al puma hasta que te suelte.

—Los pumas tienen unas garras poderosas, Verily. Tus piernas quedarían hechas jirones en diez segundos. Eres un pisaverde.

—¡No hay ningún puma, Alvin! Esto era una situación hipotética, deliberadamente exagerada para conseguir un efecto retórico.

—Me estás escupiendo en la cara, Very.

—Estoy contigo hasta el final, Alvin. Eso es lo que estoy diciendo.

—Lo sé, Verily Cooper. Cuento contigo.

REVUELTO

La cocina de la posada barata donde Calvin y Honoré se alojaban estaba en el patio trasero. Esto les venía bien. Cuando llegaban a casa tras una noche de parranda querían algo de comer, pero no deseaban llamar la atención de la patrona sobre su tardanza. Esto era Camelot, después de todo, donde se esperaba que los hombres bebieran pero sólo con absoluto decoro, y nunca de una forma que incomodara a las damas educadas.

La mayor parte de la comida estaba en la despensa, guardada bajo llave dentro de la casa, en la planta baja donde vivían los esclavos. No hacía falta despertarlos. En el cobertizo de la cocina había un poco de comida: una olla de gachas baratas, un poco de mantequilla rancia y sobras de guisantes pegados a la olla en la que habían sido cocidos. Honoré de Balzac miró con disgusto lo que había. Pero Calvin simplemente le sonrió.

—Eres demasiado melindroso, *monsieur Haute Sociéte* —dijo Calvin—. Esto es todo lo que necesitamos para un buen revuelto.

—Una palabra que gracias a Dios desconozco.

—Se llama revuelto porque hay que menearlo.

En un santiamén Calvin encendió el hornillo y puso a derretir la mantequilla en la sartén. Virtió algunas gachas, rascó los guisantes de la olla y lo añadió a la mezcla. Luego lo meneó todo.

—¿Ves? —dijo—. Estoy revolviéndolo.

—Lo estás moviendo de un lado a otro —puntualizó Honoré—. Y la calidad de la mezcla baja. Pero si algo no estás haciendo es revolver.

—¿No es gracioso el inglés?

—Cuanto más te conozco, menos seguro estoy de que sepas hablarlo.

—Bueno, demonios, ésa es la gloria del inglés. Puedes hablarlo de diez mil formas diferentes, y sigue siendo OK.

—¡Esa bárbara expresión, «OK»! ¿Qué significa?

—*Oll Korrekt* —dijo Calvin—. Todo correcto. Es una broma a costa de la gente que se preocupa demasiado por cómo se escriben las palabras.

—Escribir sí que tiene sentido. La tinta fluye hacia abajo. La pluma apunta hacia abajo. Tu horrible mezcla va para abajo también.

La mezcla de mantequilla y gachas empezó a borbotear.

—Lindo y calentito —dijo Calvin—. ¿Quieres un poco?

—Sólo para alejar la muerte inminente.

—Esto cura no sólo el hambre, sino también la enfermedad francesa y el cólera,

por no mencionar que hace que los perros rabiosos huyan gimiendo con el rabo entre las patas.

—En Francia la llamamos la enfermedad inglesa.

—¿Ese puñado de puritanos? ¿Cómo pueden pillar una enfermedad con el coito?

—Pueden ser puros en su doctrina, pero joden como conejos —dijo Honoré—. Nueve hijos por familia, o es una señal de que Dios los odia.

—Me temo que te estoy enseñando palabras malsonantes en inglés, amigo mío. —Calvin saboreó el revuelto. Estaba bueno. Los guisantes estaban un poco duros, y Calvin sospechaba que en la oscuridad había añadido sin darse cuenta algún insecto vivo a la mezcla, pero había bebido tanto que le importaba aún menos de lo que le habría importado estando sobrio—. La gente educada no dice «joder».

—Creía que era un eufemismo.

—Pero es muy rudo. Se supone que vamos a entrar en casas elegantes, pero nunca lo conseguiremos si hablas así. —Calvin le ofreció la cuchara.

Honoré dio un respingo al olerlo, luego probó el revuelto. Le quemó la lengua. Jadeando, se abanicó la boca abierta.

—Con cuidado —dijo Calvin—. Está caliente.

—Gracias a Dios que la Inquisición no te conocía.

—Pero está bueno, ¿verdad?

Honoré aplastó algunos guisantes en la boca. Dulce y cremoso.

—En cierto sentido salvaje, rudo y primitivo, sí.

—Salvaje, rudo y primitivo. Ésas son las mejores características de América.

—Por desgracia —dijo Honoré—. Al contrario que Rousseau, no encuentro nobles a los salvajes.

—¡Pero joden como conejos! —sentenció Calvin. Borracho como estaba, le pareció tremendamente gracioso. Se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Luego vomitó en la sartén del revuelto.

—¿Es eso parte de la receta? —preguntó Honoré—. ¿La *pièce de résistance*?

—No ha sido el revuelto lo que me ha hecho vomitar —se quejó Calvin—. Ha sido el vinagre que nos has hecho beber.

—Te aseguro que era el mejor vino de la casa.

—Eso es porque la gente no va allí por el vino. Están especializados en licor de maíz.

—Preferiría regurgitar a permitir que el licor de maíz me deje ciego —dijo Honoré—. Ésas parecen ser las dos opciones.

—Era el único *saloon* abierto en el muelle.

—El único que no nos había echado ya, quieres decir.

—¿Te vuelves quisquilloso ahora? Creía que te gustaban las aventuras.

—Me gustan. Pero creo que ya he recopilado todo el material que necesito sobre las capas más bajas de la sociedad americana.

—Entonces vete a casa, chupatocones comedor de ranas.

—¿Chupatocones? —preguntó Honoré.

—¿Qué hay de eso?

—Estás muy, muy borracho.

—Al menos no se me quema la chaqueta.

Honoré se miró lentamente la levita, que en verdad humeaba al borde del fuego. Alzó con cuidado el tejido para inspeccionarlo mejor.

—Creo que esto no tiene arreglo.

—Espera a que esté despierto —dijo Calvin—. Yo puedo arreglarlo. —Soltó una risita—. Soy un Hacedor.

—Si vomito, ¿me sentiré tan bien como tú?

—Me siento como un caballo apaleado —dijo Calvin.

—Ésa es exactamente la mejora que busco.

Honoré tuvo una arcada, pero no alcanzó la sartén. Su vómito chisporroteó en el quemador.

—Contemplad al hombre educado y refinado —dijo.

—Es un olor bastante poco atractivo.

—Necesito irme a la cama —dijo Honoré—. No me encuentro bien.

Llegaron a los matorrales situados ante la valla del jardín antes de darse cuenta de que no se dirigían a la casa. Riéndose, se desplomaron entre las flores y en unos instantes los dos se quedaron dormidos.

El sol brillaba con fuerza y Calvin era una masa de sudor cuando finalmente recobró el sentido. Notó los insectos reptando por encima y su primer impulso fue ponerse en pie de un salto y sacudirse. Pero su cuerpo no respondía. Se quedó allí tendido. No podía siquiera abrir los ojos.

Una suave brisa sacudía el aire. Los insectos se movieron otra vez sobre su cara. Oh. No eran insectos. Hojas. Estaba tendido en los matorrales.

—A veces desearía que pudiéramos construir una muralla alrededor de las Colonias de la Corona para mantener fuera a todos esos extranjeros entrometidos.

Una voz de mujer. Pasos en la acera.

—¿Has oído que la reina va a concederle una audiencia a esa maestría abolicionista metomentodo?

—No me lo puedo creer.

—Estoy de acuerdo, pero con lady Ashworth como fiadora...

—¡Lady Ashworth!

Las damas se detuvieron sólo a unos pocos pasos del lugar donde yacía Calvin.

—Pensar que lady Ashworth ni siquiera te quiere invitar a sus *soirées*...

—Perdona, pero he declinado sus invitaciones.

—Y sin embargo presentará a esa Peggy...

—Creía que se llamaba Margaret.

—Pero su gente la llama Peggy, como si fuera un caballo.

—¿Y dónde está su marido? Si es que tiene uno.

—Oh, tiene uno. Juzgado y absuelto de robar esclavos, pero todos sabemos que un esclavista no puede conseguir justicia en esos tribunales abolicionistas.

—¿Cómo te enteras de esas cosas?

—¿Crees que los agentes del rey no investigan a los forasteros que vienen aquí a causar problemas?

—En vez de investigar, ¿por qué no los expulsan?

—¡Oh!

La exclamación de sorpresa le dijo a Calvin que acababa de ser localizado. Aunque empezaba a recuperar el control, decidió que mantener los ojos cerrados y quedarse muy quieto era lo mejor. Además, con la cara cubierta por las hojas, no sería reconocido más tarde; si se movía, podrían verle el rostro.

—Si por mí fuera, esta posada debería ser cerrada. Trae a los elementos equivocados a esta respetable parte de la ciudad.

—Mira. Se ha manchado los pantalones.

—Esto es intolerable. Voy a tener que quejarme al magistrado.

—¿Cómo puedes? —¿Cómo no voy a poder?

—Pero tu testimonio ante el tribunal... ¿cómo describirías el estado de esta piltrafa de hombre y seguir siendo una dama? —Cielos.

—No, simplemente no lo hemos visto. —¡Oh!

La segunda exclamación le dijo a Calvin que habían descubierto a Honoré de Balzac. Era reconfortante ver que no estaba solo en esa humillación.

—Cada vez peor.

—Evidentemente, no es un caballero. ¡Pero estar aquí afuera sin pantalones!

—Ves... ves su...

Calvin consideró que aquello había llegado demasiado lejos. Sin abrir los ojos, habló con marcado acento español, imitando a los esclavistas que había oído en los muelles.

—¡Señoritas, este diminuto hombre blanco no es nada comparado con los negros desnudos que tengo en mi almacén en el muelle español!

Dando chilliditos, las damas se marcharon corriendo. Calvin se quedó allí tendido, sacudiéndose de risa.

La voz de Honoré surgió de los matorrales, no muy lejos.

—Debería darte vergüenza. Un novelista tiene una fantástica oportunidad de oír la forma en que las mujeres hablan realmente entre sí, y tú vas y las espantas.

A Calvin no le importaba. Honoré podía fingir ser escritor, pero Calvin no creía que fuera a escribir nada jamás.

—¿Cómo perdiste los pantalones?

—Me los quité cuando me levanté a orinar, y luego no logré encontrarlos.

—¿Nos emborrachamos anoche?

—Eso espero —dijo Honoré—. Es lo único honorable que se me ocurre para explicar que hayamos dormido juntos bajo un seto.

Se habían levantado ya de entre los matorrales. Con los ojos entrecerrados, Honoré daba tumbos acá y allá buscando sus pantalones. Se detuvo a mirar a Calvin de arriba abajo.

—Puede que yo esté un poco desnudo, pero por lo menos no me he mojado los pantalones.

Calvin los encontró colgando del seto, mojados y manchados. Señaló y se echó a reír.

—¡Te los quitaste y luego te measte encima!

Honoré miró apenado sus pantalones.

—Estaba oscuro.

Sujetando la ropa sucia ante él, Honoré siguió a Calvin hacia la casa. Cuando pasaron ante el cobertizo, vieron que la vieja negra que supervisaba la cocina los miraba. Pero eso era todo el reproche que recibirían de una esclava. Entraron en la casa, donde Honoré le tendió los pantalones mojados a la lavandera.

—Los necesitaré esta noche antes de la cena.

Con la cabeza gacha, la esclava murmuró su conformidad y empezó a retirarse.

—¡Espera! —exclamó Honoré—. Los de Calvin están tan mal como los míos.

—Puede subir y recogerlos más tarde —dijo Calvin.

—Quítatelos ahora —dijo Honoré—. Ella no mirará tus piernas blancas y peludas.

Calvin se dio la vuelta, se quitó los pantalones y se los tendió a la esclava. Ella se marchó corriendo.

—Eres un tonto al ser tan tímido —dijo Honoré—. No importa lo que vean los criados. Es como estar desnudo delante de árboles o gatos.

—Es que no me gusta la idea de subir a nuestra habitación sin pantalones.

—Con los pantalones manchados de orina estarás repugnante. Pero si los dos vamos desnudos, todo el mundo fingirá que no nos ha visto. Somos invisibles.

—¿Significa eso que pretendes usar la escalera principal?

—Por supuesto que no —aseguró Honoré—. Y yo voy delante, porque si tengo que subir tres tramos de escaleras mirándote el culo, perderé la habilidad de escribir cosas bellas durante al menos un mes.

—¿Por qué crees que la cocinera se nos ha quedado mirando? —preguntó Calvin.

—No tengo ni idea, amigo mío. Pero ¿necesita un motivo? Por supuesto, todos los negros de este lugar odian a los blancos.

—Pero normalmente no lo demuestran —dijo Calvin.

—Normalmente los hombres blancos llevan pantalones —dijo Honoré—. Estoy bastante seguro de que todos los esclavos sabían que hemos dormido bajo el seto mucho antes de que nos despertáramos. Pero no nos cubrieron ni nos despertaron... Así es como demuestran su odio: no haciendo las cosas que nadie les manda hacer.

Calvin se echó a reír.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Honoré.

—Estaba pensando... tal vez no fuiste tú quien se meó en los pantalones.

Honoré reflexionó un instante.

—Por lo mismo, amigo mío, tal vez no fuiste tú quien se meó en los tuyos. Calvin gruñó.

—Eres un hombre malvado, Honoré, con una imaginación malvada.

—Es mi don.

Hasta que no llegaron a su habitación y se cambiaron de ropa Calvin no se despejó lo suficiente para advertir el significado de lo que habían estado diciendo las damas junto al seto.

—¿Una maestra abolicionista llamada Peggy? Ésa tiene que ser la señorita Lamer, la maestra con la que se casó Alvin.

—Oh, mi pobre Calvin. Habías pasado tres días sin mencionar a tu hermano, y ahora has recaído.

—He estado pensando en él desde que recibimos esa carta de mi madre contándome la boda y cómo se levantó la maldición y todo eso. Me pregunto si planea tener siete hijos. —Calvin se retorció de risa.

—Si tiene un plan semejante tenemos que encontrarlo y detenerlo —dijo Honoré—. Dos Hacedores es más de lo que el mundo necesita ya. No tenemos ninguna necesidad de tres.

—Lo que estoy pensando es que tendríamos que buscar a esa abolicionista Peggy y presentarnos.

—¿Qué clase de problemas estás planeando crear?

—Ningún problema en absoluto —se defendió Calvin, molesto—. ¿Por qué piensas que quiero causar problemas?

—Porque estás despierto.

—Va a ser recibida por la reina. Tal vez podamos acompañarla. Y conocer a la realeza.

—¿Por qué iba a recibirte? Si está casada con Alvin, debe conocer tu reputación.

—¿Qué reputación? —A Calvin no le gustaba el sentido de los comentarios de Honoré—. ¿Qué sabes tú de mi reputación? Ni siquiera tengo una.

—Llevo contigo dos meses seguidos, amigo mío. Es imposible que no tengas una reputación entre tu familia y vecinos. Ésa es la reputación que la esposa de tu hermano debería conocer.

—Mi reputación es que era un niño muy mono cuando alguien se molestaba en advertir que existía.

—Oh, no, Calvin. Estoy bastante seguro de que tienes la reputación de ser envidioso, resentido, tendente a estallidos de furia e incapaz de admitir un error. Tu familia y vecinos no pueden haber pasado por alto estas características.

Después de todos aquellos meses, descubrir que Honoré tenía esa opinión de él le resultó insoportable. Calvin sintió que la furia le invadía, y habría abofeteado a Honoré si el pequeño francés no hubiera parecido tan contento y tranquilo. ¿Era

posible que no hubiera pretendido ofenderle?

—¿Ves lo que quiero decir? —dijo Honoré—. Estás furioso incluso ahora, y te has molestado conmigo. ¿Pero por qué? No pretendo hacer ningún daño con estas observaciones. Te encuentro enormemente fascinante. Un hombre que posee a la vez la ambición y la habilidad de ser grande, y que tiene tan poco control de sus impulsos que se carga su grandeza. Eres un tigre estudiando para ser ratón. Así es como el mundo se mantiene a salvo de ti. Por eso nunca serás un Napoleón.

Calvin rugió de furia, pero no llegó a golpear a Honoré, que después de todo era el único amigo que había tenido jamás. Así que dio un golpe con la palma de la mano en la pared.

—Pero mira —dijo Honoré—. Golpeas la pared y no mi cara. Así que no he acertado plenamente. Tienes algo de autocontrol. Eres capaz de respetar la opinión de otro hombre.

—No soy un ratón —dijo Calvin.

—No, no, no has comprendido. He dicho que estabas estudiando para ser ratón, no que hayas aprobado los exámenes y te estés manteniendo ya a base de queso. Cuando te oigo andar, *clin clin clin*, pienso: «Qué ruido tan extraño para proceder de un tigre». He conocido unos cuantos tigres en mi vida. Muchos ratones, pero pocos tigres. Así que eres precioso para mí, amigo mío. Lamento oír esos ruiditos. Y tu cuñada, creo que todo lo que sabe de ti es que haces ruiditos. A eso es a lo que me refería antes. Por eso dudo que se alegre de verte.

—Puedo rugir si hace falta.

—Mira lo enfadado que estás. ¿Qué vas a hacer, golpearme? Eso, querido amigo, sería un ruidito. —Honoré miró su propio cuerpo desnudo—. Estoy sucio como un cerdo en su albañal. Ordenaré que suban una bañera. Puedes usar el agua cuando yo acabe.

Calvin no respondió, sino que concentró su poder en la superficie de su propio cuerpo para expulsar toda la suciedad y el pringue, la orina seca y el sudor, el polvo y las cenizas del pelo. Tardó apenas un instante, pues una vez que había indicado a su poder el modo de hacerlo terminaba por su cuenta sin que tuviera que dirigirlo, igual que su mano seguía serrando sin que él pensara en la sierra o sus dedos ataban un nudo sin que mirara siquiera la cuerda.

A Honoré se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Por qué has hecho desaparecer tu ropa interior?

Sólo entonces advirtió Calvin que todo objeto extraño había sido pulverizado y expulsado de su cuerpo.

—¿A quién le importa? Ahora estoy más limpio de lo que tú estarás jamás.

—Ya que usas tus poderes para embellecerte, ¿por qué no cambias tu olor? Por el de una flor, tal vez. Pero no un berro... huelen a pies sin lavar. ¿Qué tal un lirio? ¿O una rosa?

—¿Por qué no cambio tu nariz por una coliflor? Ay, demasiado tarde. Alguien lo

ha hecho ya.

—Ahá, me insultas con repollos. —Honoré tiró de la cuerda que hacía sonar una campanilla en la habitación de los criados.

Calvin sacó ropa limpia (algo más limpia, al menos) y salía del cuarto cuando llegó una esclava en respuesta a la llamada de Honoré, que estaba ya completamente en cueros, sin faldones de camisa que ocultaran su modesta naturaleza corporal, pero parecía completamente ajeno a ello. De todas formas, la esclava ni siquiera lo habría visto, pues su mirada no llegó a levantarse del suelo. Honoré estaba especificando todavía cuántas ollas de agua caliente quería en el baño cuando Calvin terminó de bajar las escaleras y dejó de oír la voz del francés.

Un delgado esclavo negro, con una ajustada casaca, abrió la puerta de la mansión de lady Ashworth.

—Qué tal —saludó Calvin—. He oído decir que mi cuñada Peggy Smith estuvo aquí de visita y...

El esclavo se marchó y lo dejó allí plantado. Pero la puerta seguía abierta, así que Calvin pasó al porche. Por costumbre, envió su don por toda la casa. Podía ver por los fuegos del corazón dónde estaba todo el mundo; sin embargo, contrariamente a Peggy, no veía nada dentro de los fuegos del corazón, y no podía reconocer a nadie en particular. Todo lo que sabía era que allí había almas vivientes y, por su brillo, si eran humanas o no.

Pero podía imaginar. El fuego del corazón que se movía despacio por las escaleras traseras debía ser el esclavo que le había abierto la puerta. El fuego del corazón del porche de encima, hacia donde se dirigía el esclavo, tenía que ser lady Ashworth. O lord Ashworth, tal vez... pero no, probablemente él estaría tan cerca como pudiera del rey.

Envío su don al piso de arriba y palpó la vibración de la conversación. Con un poco de concentración, se convirtió en sonido. El esclavo, desde luego, no dijo mucho.

—Hay un caballero en la puerta.

—No espero ninguna visita.

—Dice que es cuñado de Peggy Smith.

—No conozco a nadie con ese... oh, quizás Margaret Lerner... pero no está aquí. Dígale que no está aquí.

El esclavo se marchó inmediatamente. «Estúpida mujer, —pensó Calvin—. Ni se me había ocurrido que estuviese aquí; necesito saber dónde está ahora. ¿No enseñan educación a la gente en Camelot?». O tal vez tenía una posición tan alta en la corte del rey que no necesitaba tener modales con la gente corriente.

«Bueno —pensó Calvin—, veamos en qué se convierten tus modales cuando acabe contigo».

Vio el lento fuego del corazón del esclavo en las escaleras. Calvin entró en la casa y encontró la escalera principal; luego subió rápidamente al piso de arriba. La familia

se divertía en aquel piso, y el gran salón de baile tenía tres grandes ventanales que daban a la galería, donde lady Ashworth estudiaba una planta con unas tijeras de podar en la mano.

—La planta no necesita que la poden —dijo Calvin, empleando el tono sofisticado que había aprendido en Londres.

Lady Ashworth se volvió hacia él, sorprendida.

—Perdone. No ha sido usted admitido aquí.

—Las puertas estaban abiertas. Le he oído decirle a su criado que me despidiera. Pero no podía marcharme sin haber visto a una dama de gracia y belleza tan legendarias.

—Sus cumplidos me desagradan —dijo ella, su acento sureño cargado con el fervor de su opinión—. No tengo paciencia con los dandis, y en cuanto a los intrusos, generalmente los hago matar.

—No hay ninguna necesidad de hacerme matar. Su mirada de desprecio ya ha hecho que mi corazón deje de latir.

—Oh, ya veo que no me está halagando, sino que se burla de mí. ¿No sabe que esta casa está llena de criados? Lo haré expulsar.

—¿Los negros ponen la mano encima a los blancos?

—Siempre usamos a nuestros criados para sacar la basura.

La disputa no requería ni la más mínima fracción de la atención de Calvin, que utilizaba su don para explorar el cuerpo de lady Ashworth. En sus peregrinaciones con Honoré de Balzac, Calvin había visto al francés seducir a varias docenas de mujeres de todas las clases sociales, y como Calvin era un científico de corazón, había usado su don para advertir los cambios en el cuerpo de una mujer en cuanto se despertaba su lujuria. Había órganos diminutos donde se creaban ciertos jugos que se liberaban en la sangre. Era difícil encontrarlos, pero una vez hallados, podían ser estimulados fácilmente. En un momento, Calvin hizo que tres glándulas distintas segregaran dosis bastante fuertes de los jugos del deseo... y entonces fue con los ojos, no sólo con su don, que percibió la transformación en lady Ashworth. La mirada se le enturbió, sus modales se hicieron más distantes, su voz más ronca.

—Comparado con su gracia y belleza, no soy más que basura —dijo Calvin—. Pero soy su basura, mi señora, para que haga usted con ella lo que se le antoje. Despídame y dejaré de existir. Consérveme y me convertiré en lo que usted quiera que sea. Una joya que llevar en su regazo. Un abanico detrás del cual su belleza pueda mirar sin ser observada. O quizás el guante en el que su mano permanezca limpia y cálida.

—Quién iba a imaginar que semejantes palabras saldrían de un chico fronterizo de Wobbish —dijo ella, reprimiendo una sonrisa.

—Lo que importa no es de dónde procede el hombre, sino adónde va. Creo que toda mi vida me conducía a este momento. A este caluroso día en Camelot, este porche, esta jungla de plantas, esta magnífica Eva que atiende el jardín.

Ella miró las tijeras.

—Pero usted ha dicho que no debería podar esta planta.

—Sería despiadado —dijo Calvin—. Se estira no hacia el sol, sino hacia usted. No desprecie lo que crece por amor a usted, mi señora.

Ella se sonrojó y respiró entrecortadamente.

—Qué cosas dice.

—He venido a buscar a la esposa de mi hermano, porque oí decir que había venido de visita —dijo Calvin—. Podría haberle dejado mi tarjeta a su criado para conseguir eso.

—Supongo que sí.

—Pero incluso en los duros adoquines de la calle, la oí como si fuera música, la olí como si fuera rosas, la vi como la luz de una estrella en una noche nublada. Sabía que, de todo el mundo, éste era el lugar donde tenía que estar... aunque me costara la vida o el honor. Mi señora, hasta este momento cada día de la vida ha sido una carga, sin propósito ni alegría. Ahora todo lo que anhelo es quedarme aquí, mirándola, preguntándome por las maravillas de perfección ocultas por la seda de su ropa, recogidas por los alfileres de su pelo.

Ella estaba temblando.

—No debería decir esas cosas...

Calvin se plantó ante ella, a escasos centímetros ya. Como había visto con las seducciones de Honoré, su cercanía aumentaría las reacciones dentro de ella. Extendió la mano y pasó los dedos suavemente por su mejilla, luego por el cuello, el hombro, tocando sólo la piel desnuda. Ella abrió la boca pero no habló, no apartó los ojos de los suyos.

—Mis ojos imaginan —murmuró él—, mis labios imaginan, cada parte de mi cuerpo imagina estar cerca de usted, abrazándola, volviéndose parte suya.

Ella se tambaleó, apenas capaz de andar mientras él la llevaba del porche al dormitorio.

Además de estudiar los cuerpos de las mujeres, Calvin también había estudiado el de Honoré; había visto cómo el francés trataba de mantenerse al borde del éxtasis el mayor tiempo posible sin agotarse. Lo que Honoré tenía que hacer mediante la autodisciplina, Calvin podía hacerlo mecánicamente, con su don. Lady Ashworth se dejó arrebatarse por el placer muchas veces y de muchas formas antes de que Calvin se permitiera descansar finalmente. Yacieron juntos entre las sábanas húmedas de sudor.

—Si es así como el diablo recompensa la maldad —murmuró lady Ashworth—, comprendo por qué Dios parece estar perdiendo la batalla en este mundo.

Pero había tristeza en su voz, pues ahora su conciencia despertaba dispuesta a castigarla por el placer que había sentido.

—No ha habido ninguna maldad aquí hoy —dijo Calvin—. ¿No hizo Dios tu cuerpo? ¿No proceden los deseos de ese cuerpo? ¿Qué eres sino la mujer que Dios te hizo ser? ¿Qué soy yo sino el hombre que Dios trajo aquí para adorarte?

—Ni siquiera sé tu nombre.

—Calvin.

—¿Calvin? ¿Eso es todo?

—Calvin Maker.

—Un buen nombre, mi amor —dijo ella—. Pues me has creado. Hasta ahora no he existido realmente.

Calvin quiso reírsele en la cara. A esto se reducía el romance y el amor: jugos fluyendo de glándulas, cuerpos apareándose acalorados, mucha cháchara al respecto.

Volvió a limpiar su cuerpo. Y el de ella también. Pero no la semilla que dejó en su interior. Por impulso la siguió, preguntándose qué podría conseguir. La idea le resultó atractiva: un hijo suyo, criado en una casa noble. Si quería tener siete hijos, ¿importaba que todos tuvieran la misma madre? Que éste fuera el primero.

¿Era posible decidir si sería niño o niña? No lo sabía. Tal vez Alvin pudiese conseguir tales detalles, pero de lo único que Calvin era capaz era de seguir lo que sucedía en el interior del cuerpo de lady Ashworth. Y luego incluso eso se le escabulló. No sabía lo que estaba buscando. Al menos ella no estaba ya embarazada.

—Ha sido mi primera vez, ¿sabes?

—¿Cómo es posible? —dijo ella—. Lo sabías todo. Sabías cómo... mi marido no sabe nada comparado contigo.

—Mi primera vez. Nunca había poseído a otra mujer hasta ahora. Tu cuerpo me ha enseñado todo cuanto necesitaba saber.

Hizo que el sudor de las sábanas se secase, a pesar de la humedad del aire. Se levantó de la fría cama seca limpio y descansado como a su llegada. La miró. No era joven, en realidad; un poco arrugada, pero no estaba demasiado mal, considerando las cosas. Honoré probablemente lo aprobaría. Si decidía contárselo.

Oh, claro que se lo contaría. Sin duda, pues a Honoré le encantaría la historia. Le encantaría oír cuánto había aprendido Calvin de sus constantes citas.

—¿Dónde está mi cuñada? —preguntó Calvin, indiferente.

—No te vayas.

—No me serviría de nada quedarme —dijo Calvin—. Las damas chismosas de Camelot nunca comprenderían la perfecta belleza de este instante.

—Pero volverás.

—Tan a menudo como lo permita la prudencia —dijo él—. Pues no permitiré que mis visitas te causen ningún daño.

—Qué he hecho —murmuró ella—. No soy una mujer que comete adulterio.

«Al contrario —pensó Calvin—. Sólo eres una mujer que nunca había sido tentada, hasta ahora. A eso se reduce toda la virtud, ¿no? La virtud es lo que atesoras hasta que sientes deseo, y entonces se convierte en una carga insostenible y que sólo se recoge de nuevo cuando el deseo se desvanece».

—Eres una mujer que se casó antes de conocer al amor de su vida —dijo Calvin—. Sirves bien a tu marido. No tiene motivos para quejarse de ti. Pero nunca te amaré

como yo te amo.

Una lágrima escapó de los ojos de ella y corrió por su mejilla hasta perderse en la almohada.

—Me monta impaciente, como un carruaje, y termina antes de llegar a su destino.

—Entonces te usa, y tú a él —dijo Calvin—. El contrato del matrimonio está bien cumplido.

—¿Pero qué hay de Dios?

—Dios es infinitamente compasivo —dijo Calvin—. Nos comprende más perfectamente de lo que los humanos podemos hacerlo. Y perdona.

Se inclinó y la besó una vez más. Ella le dijo dónde se encontraba Peggy. Calvin se marchó de la casa silbando. ¡Qué divertido! No era extraño que Honoré pasara tanto tiempo persiguiendo a las mujeres.

PURITY

Purity hacía todo lo posible por vivir de acuerdo con su nombre. Había sido una niña buena, y había mejorado en la adolescencia, pues creía lo que enseñaban los ministros y, además, la maldad nunca tuvo mucho atractivo para ella.

Pero vivir de acuerdo con su nombre había llegado a significar más para ella que la simple obediencia a la palabra de Dios en la Biblia. Pues se daba cuenta de que su nombre era tan sólo un eslabón que la relacionaba con su verdadera identidad, con los padres que habían muerto cuando ella era sólo un bebé y cuya única contribución a su educación era el nombre que le habían dado.

El nombre contenía pistas. Allí en Massachusetts, la gente seguía principalmente las tradiciones puritanas de East Anglia y Essex, donde no ponían a los hijos nombres de virtudes. Ésa era una costumbre más común en Sussex, lo cual sugería que la familia de Purity había vivido en Netticut, no en Massachusetts.

Y a medida que Purity crecía en el orfanato de Cambridge, el reverendo Hezekiah Study, ahora bien entrado ya en la setentena, advirtió su brillante mente e insistió, contra la tradición, en que se le diera una educación plena como la que se daba a los niños. Naturalmente, no se consideró siquiera matricularla en la Universidad de Harvard, pues esa escuela se dedicaba a formar ministros. Pero se le permitió sentarse en un banco en el pasillo delante de cualquier clase que quisiera y oír la parte de la lección que se impartiera en voz alta. Y le dejaron tener acceso a la biblioteca.

No tardó en darse cuenta de que la biblioteca era el mejor maestro, pues los autores de los libros no podían dejarla fuera a causa de su sexo. Al haber puesto por escrito sus mejores conocimientos, tenían que soportar la ignominia de que una mujer los leyera y comprendiera. Los profesores vivos, por el contrario, cuando advertían que Purity estaba escuchando, en su mayoría, bajaban la voz, cerraban la puerta o hablaban en latín o griego, que presumiblemente los estudiantes dominaban y Purity, supuestamente, no. Pero ella leía latín y griego con gran fluidez y lo pronunciaba mejor que la mayoría de los estudiantes masculinos... ¿cómo si no habría llegado a llamar la atención de un tradicionalista como el reverendo Study? Pero empezó a comprender que los profesores eran rara vez de pensamiento tan coherente, profundo o penetrante como los autores de los libros.

Había excepciones. El joven Waldo Emerson, que acababa de graduarse en Harvard, la habría dejado entrar en su clase si ella no se hubiera negado. Desde donde estaba oía cada palabra de sus enseñanzas con bastante claridad, y aunque él tendía a los epigramas como sustitutos del análisis, su entusiasmo por la vida de la mente era contagioso y regocijante. Ella sabía que a Emerson le importaba más ser tenido por

erudito que por un pensador profundo: su «filosofía» parecía consistir en cualquier cosa que fuera particularmente molesta para los poderes fácticos sin ser tan sorprendente como para que llegaran a expulsarlo. Entre los alumnos tenía fama de original y rebelde sin pagar la penitencia de ser ninguna de las dos cosas.

No fue de Emerson, por tanto, sino de la biblioteca, de donde Purity fue capaz de dar el gran paso hacia la comprensión del significado de su nombre y lo que decía sobre las vidas de sus padres. Pues fue en el tratado *Sobre el cuidado de los hijos de brujos y herejes*, de Cotton Mather, donde llegó a comprender por primera vez por qué era una huérfana que llevaba un nombre de Netticut en un hogar de Massachusetts.

«Como todos los niños nacen igualmente manchados con el pecado original de Adán —escribió—, y los hijos de los padres caídos no están por tanto más manchados que los padres de los elegidos, es injusto achacarles defectos diferentes a los propios de la infancia, como el avasallamiento de la autoridad, la ignorancia, las ganas de desobedecer, e imponerles frecuentes castigos por falta de atención, etc». Purity leyó este párrafo con deleite, pues después de tanto haberle dado a entender que los niños del orfanato no eran iguales que los niños que crecían con padres que eran miembros de las iglesias, fue un alivio oír nada menos que a toda una autoridad como Cotton Mather declarar que era injusto tratar a un niño de forma diferente a otro.

Así que estaba muy nerviosa cuando leyó la siguiente frase, y casi no llegó a captar su significado: «Dar a los niños la mejor oportunidad de evitar la influencia póstuma de sus padres y el recelo de sus vecinos; sin embargo, su separación de la parroquia, e incluso de la colonia de su nacimiento, sería la acción más sabia».

Y varias frases más tarde, el remate: «Su apellido debe serles retirado, pues es una desgracia, pero que no se cambie su nombre de pila, pues ese nombre les vino dado en nombre de Cristo, por indignos que puedan haber sido los padres que los llevaron a bautizar».

«Me llamo Purity —pensó ella—. Un nombre de Netticut, pero estoy en Massachusetts. Mis padres están muertos. Colgados por brujos o quemados por herejes. Brujos, lo más probable, pues la herejía más común es el cuaquerismo y entonces no me llamaría Purity, mientras que un brujo trataría de ocultar lo que es y por tanto pondría a sus hijos nombres parecidos a los que ponían a los suyos sus vecinos».

Este descubrimiento le hizo sentir al mismo tiempo alarma y alivio. Alarma porque tenía que estar en guardia constante para no ser acusada de brujería. Alarma porque ahora tenía que preguntarse si su habilidad para sentir fácilmente lo que otras personas sentían era lo que los brujos llamaban un «don».

Alivio porque había resuelto al fin el misterio de sus padres. Su madre no había sido una fornicadora o una adúltera que entregó su bebé al orfanato con el nombre pegado en una manta. Dios no se había llevado a su padre como castigo, en una

epidemia o un accidente. Los dos habían sido ahorcados por brujos, y dado lo que sabía de los juicios a los brujos, probablemente eran inocentes.

Como dijo Waldo Emerson en clase un día: «¿Cuándo cruza un talento dado por Dios una frontera imperceptible y se convierte en un don diabólico? ¿Y cómo va el diablo concediendo dones y poderes ocultos, cuando fueron concedidos a profetas y apóstoles en las santas escrituras y entonces eran claramente dones del Espíritu de Dios? ¿No es posible que al condenar el talento en vez del mal uso de ese talento estemos rechazando los dones de Dios y matando a algunos de sus seres más queridos? ¿No deberíamos entonces juzgar el carácter moral del acto en vez de su cualidad de extraordinario?».

Purity estaba sentada en el pasillo cuando él dijo esto y agradeció no estar dentro de la clase donde los muchachos la verían temblar. Verían las lágrimas que corrían por sus mejillas y pensarían que era una débil criatura femenina. «Mis padres eran inocentes —se dijo—, y mi talento procede de Dios, para ser utilizado en su santo servicio. Sólo si me dedicara a usarlo al servicio de Satán sería una bruja. Podría ser una de los elegidos, después de todo».

Huyó de la universidad antes de que la clase terminara, por no verse obligada a conversar con nadie, y deambuló por los bosques situados a lo largo del río Éufrates. Los barcos venidos de Boston surcaban el río hasta donde era posible, pero los marineros no le hicieron caso, ya que era una criatura de tierra que no merecía la pena.

«Si mi talento procede de Dios —pensó—, entonces si me quedo aquí y lo escondo, ¿no estoy rechazando ese talento? ¿No lo estoy enterrando en el jardín, como el criado tonto de la parábola? ¿No debería encontrar el sentido para el cual fue concedido ese talento?».

Se imaginó a sí misma como misionera en alguna tierra pagana como África o Francia, capaz de comprender a los nativos mucho antes de aprender su lenguaje. Se imaginó a sí misma como diplomática del Protectorado, usando su talento para discernir cuándo los embajadores extranjeros o los jefes de estado mentían y cuándo eran sinceros.

Y entonces, de vuelta a la realidad, vio a un chico de unos doce años, oscuro de piel, con el pelo rizado, salir del río a tres pasos, chorreando agua, brillando a la luz del sol, con la boca abierta y riéndose, y en mitad del aire la ve, y ella puede ver que su rostro cambia y en ese momento sabe lo que siente: vergüenza por ser visto desnudo por una mujer, los últimos restos de su diversión y, apareciendo justo bajo la superficie donde su mente no podía saberlo aún, amor.

«Bueno, nunca hasta ahora había producido ese efecto», pensó Purity. Qué halagador. No era que el amor de un chico de doce años fuera a afectar su vida, pero le agradaba saber que en la cúspide de la masculinidad ese chico podía mirarla y ver, no a la huérfana con calcetines que tanto disgustaba o aterraba a los jóvenes de Cambridge, sino a una mujer.

De hecho, lo que él debía de haber visto y amado no era una mujer, sino la mujer, pues Purity había leído lo suficiente a Platón para saber que aunque los hombres malvados deseaban a mujeres concretas, un hombre de altas aspiraciones amaba el destello de la mujer que veía en las buenas mujeres, y al amar el ideal en ella la acercaba más al modelo, como para alzar la sombra plana del camino y unirla al ser completo que la proyecta.

«En qué demontres estoy pensando. Este chico es sin duda tan peculiar como yo: negro en una tierra de blancos, como yo soy una huérfana en una tierra de familias y se me considera además hija de brujos».

Todos estos pensamientos pasaron por su mente como un largo chisporroteo de luz, y el chico volvió a zambullirse en el agua. Cerca de él otra persona se alzó: un hombre adulto, de hombros, espalda y brazos musculosos y considerablemente más alto que el muchacho, de forma que, aunque no saltó, cuando se levantó su trasero desnudo asomó casi por completo por encima del agua, y cuando vió dónde miraba el muchacho negro, la boca abierta de amor, se volvió y...

Purity apartó la mirada a tiempo. No había motivo para permitir que la posibilidad de pensamientos impuros acudiera a su mente.

Ella podía ser o no una de los elegidos, pero no había necesidad de acercarse al pozo y exigir con ello un mayor esfuerzo por parte de Cristo para sacarla de allí.

—¡Se acabó el sitio donde no viene nadie! —exclamó el hombre, riendo. Ella oyó un gran chapoteo, que tuvieron que ser los dos saliendo del agua—. Sólo un minuto y los dos estaremos vestidos para que pueda usted seguir con su paseo, señora.

—No importa —dijo ella—. Puedo ir por otro lado. Pero en el instante en que dio el primer paso para regresar a la orilla, un hombre de aspecto rudo y fuertes músculos y rostro amenazador se plantó ante ella. Purity no pudo sino abrir la boca y retroceder un paso...

Sólo para encontrarse con que pisaba la bota de un hombre.

—Ay —dijo éste suavemente.

Se dio la vuelta. Había dos hombres, en realidad. Uno de ellos, apuesto pero bajito, la miraba con un candor que encontró preocupante.

Pero el hombre que había pisado era alto y de aspecto digno, y vestía como un profesional. No con el traje negro de los ministros, ni con los colores «tristes» y apagados de la gente corriente de Nueva Inglaterra. No, vestía ni más ni menos que como...

—Un inglés —dijo—. Un abogado.

—Lo confieso, pero me maravilla que lo haya adivinado.

—Vienen a menudo visitantes ingleses a Cambridge, señor —dijo ella—. Algunos son abogados. Tienen una forma de vestir que demuestra que su ropa cuesta un buen dinero sin llegar a violar las leyes suntuarias.

Se dio la vuelta para encararse al hombre amenazador, sin estar segura de que aquel inglés fuera enemigo para él.

Pero entonces advirtió que se había dejado engañar momentáneamente por las apariencias. No había ninguna amenaza en el tipo rudo, no más que en el inglés. Y el otro, el apuesto bajito que aún la estaba inspeccionando con los ojos, tampoco suponía ningún peligro. Era como si sólo conociera una forma de mirar a las mujeres y, por tanto, archivara su actitud hacia Purity bajo el título «objetos de deseo», pero era un volumen que acumularía polvo antes de que se molestara en cogerlo y tratar de leerlo.

—Debemos de haberla asustado —dijo el inglés—. Nuestros amigos estaban decididos a bañarse y nosotros a tumbarnos en la orilla y echar una siesta. Por eso no nos ha visto usted hasta que ha estado en medio, y le pido disculpas por haber visto a dos de los nuestros en tal estado de *deshabillé*.

—¿Y que es un estado de Jezabel?

El hombre apuesto y bajito se echó a reír; luego se interrumpió bruscamente y se dio la vuelta. ¿Por qué? Tenía miedo. ¿De qué?

—Perdone mi francés —dijo el inglés—. En Londres no somos tan puros como la gente de Nueva Inglaterra. Cuando Napoleón se apoderó de Francia y procedió a anexionarse el grueso de Europa, quedaron pocos sitios para albergar a la realeza y la aristocracia expulsadas. Londres rebosa de visitantes franceses, y de repente las palabras francesas se han vuelto *chic*. Ay, ya lo he dicho otra vez.

—Aún no me ha dicho lo que significa la palabra francesa. Sin embargo, entiendo lo que es *chic*: es una característica que toda su compañía parece tener. *

El abogado se echó a reír.

—Yo diría que es usted misma quien adopta un tono descarado con los desconocidos, si no fuera algo inapropiado decírselo a una joven dama a la que no he sido presentado. Se lo ruego, dígame el nombre de su padre y dónde vive para poder preguntar por su salud.

—Mi padre está muerto —dijo ella, y entonces añadió, a pesar de su propia sensación de pánico—: Fue ahorcado por brujo en Netticut.

Todos guardaron silencio y ella se sintió incómoda, pues no era la reacción que esperaba. No había repulsión por su confesión de tan indecentes conexiones familiares; más bien, todos se aislaron y miraron en otra dirección.

—Bueno, lamento haberle recordado un acontecimiento tan trágico —dijo el inglés.

—Por favor, no se preocupe. Nunca llegué a conocerlo. Acabo de advertir cuál debió ser su destino. ¡No imaginará que nadie en el orfanato me diría una cosa así a las claras!

* Juego de palabras intraducible. Purity confunde el término francés con *cheek*, «descaro».

—Pero es usted una dama, ¿no? —preguntó el inglés—. No tiene aspecto de colegiala.

—Ser huérfana no se termina cuando eres mayor de edad —dijo Purity—. Pero

haré de padre y madre, y le doy mi consentimiento para presentarse ante mí.

El inglés hizo una profunda reverencia.

—Me llamo Verily Cooper —se presentó—. Y me acompañan en este momento Mike Fink, que se dedica al negocio del transporte fluvial pero está de permiso, y mi querido amigo John-James Audubon, que es mudo.

—No, no lo es —dijo Purity. Pues vio tanto en Cooper como en Audubon que la afirmación era mentira—. No deberían mentir a los desconocidos. Es una forma desafortunada de empezar.

—Le aseguro, señora —dijo Cooper—, que en Nueva Inglaterra es y será completamente mudo.

Y con ese ligero cambio, ella pudo ver en ambos que la afirmación era ahora verdadera.

—Así que elige usted ser mudo aquí en Nueva Inglaterra. Déjeme adivinarlo. No se atreve a abrir la boca; por tanto, su forma de hablar debe de ponerlo en evidencia. No, en claro peligro, pues no creo que ninguno de ustedes se preocupe mucho de la opinión pública. ¿Y qué podría poner en peligro a un hombre sólo con hablar? El acento de una nación prohibida. Una nación papista, me atrevería a decir. Y siendo el apellido Audubon, y estando sus modales hacia una mujer teñidos de innombrables presunciones, yo diría que es francés.

Audubon se puso rojo a pesar de su bronceado y se apartó de ella.

—No sé cómo lo sabe usted, pero también debe ver que no he actuado de forma impropia con usted.

—Lo que ella nos está diciendo —dijo Verily Cooper—, es que tiene un don.

—Por favor, reserve esa rudeza para las ocasiones en que esté a solas con los maleducados —dijo Purity—. Observo a la gente agudamente, eso es todo. Y por su acento confío en que mi razonamiento ha sido correcto.

El tipo rudo, Mike Fink, intervino.

—Cuando se oyen un montón de bufidos y ronquidos, puedes apostar a que estás cerca de un cerdo.

Purity se volvió hacia él.

—No tengo ni idea de a qué se refiere con eso.

—Sólo estoy diciendo que un don es un don.

—Basta —zanjó Cooper—. ¿Menos de una semana en Nueva Inglaterra y ya hemos olvidado toda cautela? Los dones son ilegales aquí. Por tanto, la gente decente no los tiene.

—Oh, sí —dijo Mike Fink—. Pero ella sí.

—Entonces, tal vez no sea decente —sugirió Audubon.

Ahora le tocó a Purity el turno de ruborizarse.

—Compórtese, señor.

—No le haga caso —dijo Cooper—. Sólo está molesto por la observación que ha hecho usted sobre presunciones innombrables.

—Son ustedes viajeros.

—Jean-Jacques pinta pájaros norteamericanos con idea de publicar un libro con sus láminas para que lo empleen los científicos de Europa.

—¿Y para eso necesita la compañía de un ejército? ¿Qué hacen ustedes, le sostienen los pinceles?

—No todos tenemos el mismo destino —dijo Cooper.

En ese momento los dos hombres que Purity había visto en el río salieron de los matorrales, aún con el pelo mojado pero completamente vestidos.

—Señora, lamento muchísimo que haya tenido que ver tanta piel de caballo sin caballos —dijo el blanco.

El negro no dijo nada, pero no apartó los ojos de ella.

—Este es Alvin Smith —hizo las presentaciones Cooper—. Es un hombre de inestimables habilidades, pero sólo porque nadie se ha molestado lo suficiente en estimarlas. El bajito es Arturo Estuardo... ningún parentesco con el rey, que viaja con Alvin como su sobrino adoptivo o cualquier otra relación.

—Y usted —dijo Purity—, lleva el tiempo suficiente lejos de Inglaterra para haber aprendido a fanfarronear a la americana.

—Pero rodeado de americanos como estoy —dijo Cooper—, mis fanfarronadas son como un cuarto de penique en un saco de guineas.

Ella no pudo dejar de reírse por la forma en que hablaba.

—Así que viajan ustedes por Nueva Inglaterra con un francés que procura evitar ser expulsado, o peor, arrestado como espía, y que finge ser mudo. Usted es abogado, este tipo es barquero, según supongo, y los dos bañistas son... —Su voz se apagó.

—¿Son qué? —preguntó Alvin Smith.

—Gente limpia —dijo ella. Entonces sonrió.

—No la presiones —advirtió Cooper—. Si alguien decide dejar algo sin decir, mi experiencia me indica que todo el mundo es más feliz si no insisten en que lo diga.

—Muy bien —concedió Arturo Estuardo—. Creo que no sabe lo que iba a decir.

Ella se rió, cortada.

—Es verdad. Creo que esperaba que se me ocurriera un chiste, pero no ha sido así.

Alvin le sonrió.

—O bien el chiste que se le ha ocurrido era de los que no se imagina usted contando y por eso se le fue de la cabeza.

A Purity no le gustó la forma en que la miraba, como si lo supiera todo sobre ella. No importaba que ella le estuviera mirando de la misma forma... ella sí sabía acerca de él. Confiaba tanto en sí mismo que le daban ganas de echarle barro encima sólo por demostrarle que no lo sostenían los ángeles. Era como si no temiera nada y se creyera capaz de conseguirlo todo. Y no era tampoco que estuviera tratando de crear una ilusión. Era realmente presumido: su actitud apestaba a eso. Su único miedo era que, si lo presionaban, resultara ser aún mejor de lo que se consideraba.

—No sé qué he hecho para molestarla, señora —le dijo Smith—, aparte de bañarme en cueros, pero así es como mi madre me enseñó que hay que hacerlo para que no se me encoja la ropa.

Los demás se rieron. Purity no.

—¿Quiere algo de comer? —le preguntó Arturo Estuardo.

—No sé, ¿qué tienen?

Sus ojos estaban todavía concentrados en Purity, levemente abiertos, la mandíbula un poco floja. Oh, era amor, desde luego, de lo más fuerte.

—Moras. —El muchacho le tendió el sombrero, que contenía varias docenas de moras. Ella cogió una, la probó.

—Oh, no —dijo Cooper suavemente—. Ha comido una mora, así que debe pasar un mes de cada año en el Hades.

—Pero estas moras son de Nueva Inglaterra, no del infierno —puntualizó ella.

—Eso es un alivio —terció Smith—. No estaba seguro de dónde se halla la frontera.

Purity no sabía cómo interpretar a ese tipo. No le gustaba mirarlo. Su osadía la molestaba. Ni siquiera parecía avergonzado de que lo hubiera visto desnudo.

En cambio, miró a Cooper. El abogado era una visión agradable, en efecto. Sus modales, su ropa, su voz, todo pertenecía a un hombre que para Purity sólo existía en sueños. ¿Por qué era distinto de otros hombres que vestían de la misma forma?

—No es usted un abogado corriente —le dijo.

Cooper la miró sorprendido. Y luego su sorpresa se convirtió en temor.

—No lo soy.

¿De qué tiene miedo?

—Sí lo es —dijo Smith.

—No —dijo Cooper—. Los abogados corrientes ganan un montón de dinero. Yo no he ganado ni un chelín el último año.

—¿Es posible? —preguntó Purity. Lo era. Al parecer los abogados ganaban un montón. Pero no, había algo más—. Creo que lo que lo hace a usted diferente es que no se considera mejor que estos otros.

Cooper miró a sus compañeros (el herrero, el barquero, el artista francés, el muchacho negro) y sonrió.

—Se confunde —dijo—. Decididamente, soy el mejor.

Los otros se rieron.

—¿Mejor en qué? —preguntó Mike Fink—. ¿En zumbar como un mosquito cada vez que ves una abeja?

—No me gustan las abejas —se defendió Cooper.

—A ellas sí les gustas tú —dijo Arturo Estuardo.

—Porque soy dulce.

Estaba bromeando, pero Purity notó que su miedo aumentaba.

Miró alrededor buscando la fuente del peligro.

Smith advirtió la manera en que miraba a su alrededor y lo tomó como un signo, o tal vez sólo como un recordatorio.

—Vamos —dijo—. Es hora de ponernos en marcha.

—No —se opuso Cooper. Purity vio que su determinación aumentaba. No estaba sólo asustado... iba a actuar según su miedo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Smith.

—La chica.

—¿Qué pasa con ella? —quiso saber Arturo Estuardo. Hablaba de forma tan truculenta que Purity esperó que uno de los hombres lo mandara callar. Pero no, hablaba como si su voz tuviera el mismo peso que el resto de la compañía.

—Va a hacer que nos maten.

Ahora lo comprendió. Tenía miedo de ella.

—No —aseguró—. No voy a decirle a nadie que es un papista.

—¿Cuando le hagan poner la mano sobre la Biblia y le hagan jurar decir la verdad? —preguntó Cooper—. ¿Consentiría en ser enviada al infierno y negar que sabe que es católico?

—No soy un buen católico —puntualizó Audubon modestamente.

—Entonces irás al infierno no importa quién tenga razón —dijo Smith. Era un chiste, pero nadie se rió.

Cooper no dejó de mirar a Purity, y ahora le tocó a ella el turno de tener miedo. Nunca había visto tanta intensidad en un hombre, excepto en un predicador en el púlpito durante la parte más feroz de su sermón.

—¿Por qué tiene miedo de mí?

—Por eso —dijo Cooper.

—¿Porqué?

—Usted sabe que tengo miedo de usted. Sabe demasiado sobre lo que estamos pensando.

—Ya le he dicho que no sé lo que piensa nadie.

—Lo que sentimos, entonces. —Cooper sonrió sin ganas—. Es su don.

—Ya hemos dicho eso —dijo Fink.

—¿Y qué? —preguntó Purity, desafiante—. ¿Quién dice que los dones no son regalos de Dios?

—Los tribunales de Massachusetts —respondió Cooper—. Los cadalsos.

—Así que ella tiene un don —insistió Smith—. ¿Y quién no?

Los otros asintieron.

Excepto Cooper.

—¿Habéis perdido la chaveta? ¡Miraos! ¡Hablando de dones como si tal cosa! Y admitiendo además que Jean-Jacques es francés y católico.

—Pero si ella ya lo sabía —protestó Audubon.

—¿Y eso no te ha molestado? —dijo Cooper—. ¿Que supiera lo que no tenía que saber?

—Todos sabemos cosas que no deberíamos saber —dijo Smith.

—¡Pero hasta que ella ha aparecido, lo habíamos mantenido bastante bien en secreto! —Cooper rodeó a Purity, se alzó sobre ella—. En países puritanos, la gente oculta sus dones o muere. El hecho de tener un talento especial es un secreto que todos guardan, y en cuanto se dan cuenta de lo que es también aprenden a ocultarlo, a evitar que nadie sepa qué es eso que hacen mucho mejor que otras personas. Lo llaman humildad. Pero esta muchacha ha estado exhibiendo su don.

Sólo entonces advirtió Purity lo que había estado haciendo. Cooper tenía razón: nunca hasta entonces había dejado que nadie supiera tan fácilmente que comprendía sus sentimientos. Lo había ocultado, se había mantenido humilde.

—Mañana a esta hora espero que esta muchacha esté en la cárcel, y ahorcada dentro de un mes. El problema es que cuando la interroguen sobre otros brujos con los que se haya reunido, ¿a quién imagináis que nombrará? ¿A un amigo? ¿A un maestro querido? Parece ser una persona decente, así que no será un enemigo. No, serán desconocidos. Un papista. Un oficial herrero. Un abogado que parece vivir en el bosque. Un barquero americano.

—Yo nunca los acusaría —dijo ella.

—Oh, bueno, eso dice.

De repente Purity fue consciente de que Mike Fink se alzaba directamente a su espalda. Oyó su respiración. Profunda, lenta. Ni siquiera estaba preocupado. Pero ella sabía que era capaz de matar.

Smith suspiró.

—Bien, Very, eres rápido pensando y tienes razón. No podemos seguir con nuestro viaje como si fuera seguro.

—Sí que pueden —dijo ella—. Normalmente no actúo así. He sido descuidada. Ha sido por la sorpresa de encontrarlos aquí.

—No —dijo Cooper—, no ha sido por el hecho de encontrarnos. Estaba paseando sola. Ajena a todo. Sorda y ciega. No ha oído a Al y Arturo salpicando agua como bebés, ni a Mike aullando miserables baladas de río con su agudo tono de sabueso.

—No estaba cantando —dijo Mike.

—Nunca he dicho que lo estuvieras. Señorita... ¿cómo dice que se llama?

—No lo ha dicho —respondió Fink.

—Purity —dijo ella—. Mis padres me lo pusieron.

—Señorita Purity, ¿por qué después de todos estos años viviendo en humildad es de repente tan descuidada a la hora de mostrar su don?

—Ya se lo he dicho, no lo soy habitualmente, y de todas formas no es un don, es un talento, soy simplemente observadora y...

—Hoy —le dijo Cooper—. Ahora. ¿Cree que soy tonto?

Crecí en una de las partes de Inglaterra más llenas de brujos. No porque hubiera más gente con dones, sino porque había más gente buscándolos. No se dura una hora si se es descuidado. Menos mal que se tropezó con nosotros y no con alguien que

conociera. Este lugar está lleno de ministros, e iba a mostrar su don no importa a quién se encontrara.

Purity se sentía confusa. ¿Tenía él razón? ¿Por eso había huido de la facultad, porque sabía que no podía ocultar más su don?

Pero ¿por qué no podía ocultarse ahora? ¿Qué la impulsaba a revelarlo?

—Creo que tal vez tenga usted razón —dijo—. Le doy las gracias por advertirme de lo que iba a hacer. Ahora no tiene nada que temer. Voy a tener cuidado.

—Por mí, es suficiente —dijo Smith.

—No, no lo es —se opuso Cooper—. Al, cedo en la mayoría de las cosas, pero no en algo que va a hacer que nos metamos en un juicio de verdad.

Smith se echó a reír.

—Ya he soportado lo mío de abogados. No hay cárcel que pueda contenerme o contener a mis amigos.

—Sí que la hay —le aseguró Cooper—. Mide dos metros de largo y la cierran con clavos y la entierran.

Todos parecieron pensativos. Excepto Arturo Estuardo.

—¿Entonces qué vamos a hacer con ella? —quiso saber—. No ha hecho na malo.

—No ha hecho na de na —dijo Mike Fink.

Arturo miró a la rata de río como si estuviera loco.

—¿Cómo te atreves a corregirme? ¡Hablas incluso peor que yo!

—Has olvidado la hache intercalá.

—No me acusarán, y yo no les acusaré —dijo Purity.

—Creo que sí —le contestó Cooper—. Creo que quiere morir.

—¡No sea absurdo! —chilló ella.

—Más específicamente, creo que quiere ser ahorcada por bruja.

Por un momento ella permaneció quieta, tratando de responder a esta idea con el desprecio que merecía. Entonces la imagen de sus padres en el patíbulo se apareció en su mente. O más bien admitió que estaba ya en su mente, que era una imagen que la había acompañado desde que hizo las conexiones y advirtió cómo habían muerto. Se echó a llorar.

—¡No tienes derecho a hacerla llorar! —gritó Arturo Estuardo.

—Calla, Arturo —ordenó Smith—. Verily tiene razón.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Audubon.

—Mírala.

Ella sollozaba con tanta fuerza que apenas podía tenerse en pie. Sintió unos brazos largos y fuertes a su alrededor, y al principio trató de apartarse, pensando que era Mike Fink que la agarraba por detrás; pero su movimiento la acercó al hombre que extendía los brazos hacia ella y se encontró apretujada contra el bonito traje del abogado y sus brazos, que la sostenían con fuerza.

—Tranquila —dijo Cooper.

—Ahorcaron a mis padres —dijo ella. O trató de decirlo: apenas se entendían sus

palabras.

—Y lo acaba de descubrir —terminó Cooper—. ¿Quién se lo ha dicho?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de explicarse.

—¿Lo ha descubierto usted sola?

Ella asintió.

—Y usted está con ellos. No con la gente que los mató y la metió en un orfanato.

—¡No tenían ningún derecho! —lloró ella—. ¡Ésta es una tierra de asesinos!

—Tranquila —dijo Cooper—. Eso es lo que parece, pero usted sabe que no es verdad. Oh, hay asesinos entre sus habitantes, pero eso es así en todas partes. Gente que se alegra de denunciar a un vecino por brujería... por zanjar una disputa, por conseguir un trozo de tierra, por mostrar a todo el mundo lo digna y perceptiva que es. Pero la mayoría de la gente se contenta con vivir humildemente y dejar que los demás hagan lo mismo.

—¡Y usted qué sabe! ¡Asesinos piadosos, todos ellos!

—Piadosos —dijo Cooper—, pero no asesinos. Piénselo, sólo piénselo. Todo ser viviente tiene algún tipo de don. Pero ¿cuántos son ahorcados por brujería? Algunos años, tal vez cinco o seis. La mayoría de los años, ninguno. La gente no quiere rodearse de muerte. Es la vida lo que quiere, como toda la buena gente de todas partes.

—¡La buena gente no me habría separado de mis padres! —sollozó Purity.

—Pensaban que hacían el bien —dijo Verily—. Pensaban que la estaban salvando del infierno.

Ella trató de zafarse. Él no la dejó.

—Suélteme.

—Todavía no. Además, no tiene ningún sitio adonde ir.

—Déjala ir si quiere —le pidió Arturo Estuardo—. Podemos marcharnos de aquí. Si Alvin empieza la canción verde correremos como el viento y estaremos fuera de Nueva Inglaterra antes de que le cuente nada a nadie.

—Ése no es el problema —dijo Smith—. Es ella. A Very le preocupa que se mate.

—No tiene que preocuparse —aseguró Purity. Esta vez, cuando se apartó, Cooper la dejó ir—. Me pondré bien. Sólo necesitaba decírselo a alguien. Ahora ya lo he hecho.

—No —respondió Cooper—. Se acabó. Ya no tiene miedo de la muerte; la agradece, porque piensa que es la única forma en que puede volver con su familia.

—¿Cómo sabe lo que pienso? ¿Es ése su don? Espero que no, porque se equivoca.

—No he dicho que estuviera usted pensando esas cosas. Y no, ése no es mi don. Pero soy abogado. He visto a personas en los momentos más cruciales de su vida. Los he visto cuando deciden rendirse y dejar que el mundo se salga con la suya. Reconozco esa decisión cuando la veo. Usted ha decidido.

—¿Y qué si lo he hecho? —preguntó ella, desafiante—. Y de todas formas no es

así, conque no importa.

Cooper la ignoró.

—Si la dejamos aquí, morirá, tarde o temprano. Lo hará sólo para demostrar que es parte de su familia.

—No, no lo haré —dijo Purity—. Ni siquiera sé con seguridad qué fue lo que les sucedió. Creo que la evidencia señala en esa dirección, pero es un palo de ciego.

—Pero usted quiere que sea verdad.

—¡Eso es una tontería! ¿Por qué iba a querer eso?

Cooper no dijo nada.

—¡No odio este lugar! La gente ha sido amable conmigo. El reverendo Study consiguió que me dejaran usar la biblioteca de Harvard. Puedo escuchar las clases, aunque con eso no llegue a conseguir nada.

Cooper sonrió ligeramente.

—Bueno, ¿qué puedo conseguir? —preguntó Purity—. Soy una mujer. O me caso o no. Si me caso, criaré hijos. Tal vez les enseñe a leer antes de que vayan al colegio. Pero no seré yo quien les enseñará latín y griego. Conocerán a César y Hornero y Virgilio por otra persona. Y si no me caso, lo mejor que puedo esperar es que me dejen trabajar de matrona en el orfanato. Los niños son las únicas personas que oirán mi voz.

—Los niños no tienen nada malo —comentó Arturo Estuardo.

—No se refiere a eso —dijo Cooper.

—¡No se atreva a seguir interpretándome! —chilló Purity—. ¡Piensa que me conoce mejor que a usted mismo!

—Sí, creo que sí. He recorrido ese mismo camino.

—Oh, ¿era usted huérfano? Como abogado, ¿le hicieron trabajar con niños todo el tiempo? ¿Le hicieron sentarse fuera de la sala para presentar su caso?

—Todos esos sacrificios los haría usted alegremente si creyera en la causa.

—¿Me acusa de no creer? —Sí.

—¡Soy cristiana! ¡Ustedes son los herejes! ¡Ustedes son los brujos!

—Baje la voz —amenazó Fink.

—¡Yo no soy un brujo! —se defendió Audubon fervientemente.

—¿Ve? —dijo Cooper—. Ahora nos está acusando.

—¡No! Aquí no hay nadie más que ustedes.

—Es usted una mujer cuyo mundo se ha vuelto del revés. Es hija de brujos. Está furiosa porque los mataron. Está furiosa consigo misma por estar viva, por ser parte de la misma sociedad que los mató. Y está furiosa porque esa sociedad no es digna del sacrificio.

—No juzgo a los demás —dijo ella.

—Se supone que aquí construyeron Sión —prosiguió Cooper—. La ciudad de Dios. El lugar donde Cristo en Su venida podría encontrar a los justos reunidos, esperándolo.

—Sí —susurró Purity.

—Incluso le pusieron por nombre Purity. Y sin embargo ve que nada es puro. La gente intenta ser buena, pero no lo suficiente. Cuando Cristo venga, todo lo que encontrará será un puñado de gente que no ha hecho más que encontrar otra forma de ser la maleza que tendrá que quemar.

—No, la virtud es real, la gente es buena —dijo Purity—. El reverendo Study...

—La virtud es real fuera de Nueva Inglaterra también.

—¿Lo es? —preguntó ella—. La mayoría de la gente de aquí cumple los mandamientos. El adulterio es tan raro como un pez con patas. Nunca hay asesinatos. No se ven borrachos excepto en los muelles, donde se permite la estancia a marinos de otras tierras... ¿y por qué tengo que defender a Nueva Inglaterra ante usted?

—No tiene que hacerlo —dijo Cooper—. Yo crecí con el sueño de Nueva Inglaterra a mi alrededor. En cada púlpito, en cada casa. Cuando alguien se portaba mal, cuando alguien de autoridad cometía un error, decíamos: «¿Qué esperabas? Esto no es Nueva Inglaterra». Cuando alguien era excepcionalmente amable o sacrificado, o humilde y dulce, decíamos: «Parece de Nueva Inglaterra», o «Ya tiene su pasaje a Boston».

Purity lo miró sorprendida.

—Bueno, aquí no somos tan buenos.

—Lo sé. Para empezar, aún ahorcan a los brujos y meten a sus bebés en orfanatos.

—No voy a llorar otra vez, si eso es lo que está esperando —dijo Purity.

—Espero otra cosa —dijo Cooper—. Venga con nosotros.

—¡Verily! —exclamó Smith—. ¡Por el amor de Dios, si quisiéramos una mujer con nosotros viajaríamos con Margaret! ¿Crees que esta muchacha está dispuesta a dormir a la intemperie?

—No es decente además —terció Mike Fink—. Es una dama.

—No tienen que preocuparse por eso —aseguró Purity—. ¿Qué clase de loco es usted? Quizás estoy furiosa y desilusionada con el sueño de pureza de Nueva Inglaterra. ¿Por qué iba a ser más feliz con ustedes, que no son tan puros como nosotros?

—Porque tenemos la única cosa que ansia.

—¿Y qué es?

—Una razón para vivir.

Ella se le rió en la cara.

—¡Ustedes cinco! ¿Y el resto de nosotros carece de eso? ¿Por qué no se rinden todos sin más y mueren?

—Pocos renuncian a vivir —dijo Cooper—. La mayoría deja de buscar una razón. Pero algunos tienen que seguir buscando. No pueden soportar vivir sin un propósito. Algo más grande que ellos mismos, algo tan bueno que sólo ser parte de ello haga que todo lo demás merezca la pena. Es usted una buscadora, señorita Purity.

—¿Cómo sabe todas esas cosas sobre mí? —Porque yo también soy un buscador.

¿Cree que no reconozco a los de mi propia especie? Ella miró a los demás.

—Si yo fuera eso que dice, una buscadora, ¿por qué querría estar con otros buscadores? Si siguen buscando, eso significa que aún no han encontrado nada.

—Pero lo hemos hecho —dijo Cooper. Smith puso los ojos en blanco.

—Verily Cooper, sabes que aún no tenemos ni idea de lo que estamos buscando.

—No estoy hablando de eso. Tú no eres un buscador, Alvin. Ya te han entregado tu vida, la quieras o no. Y Arturo tampoco es un buscador. Ya ha encontrado lo que quiere. Arturo agachó la cabeza, cortado. —¡No te atrevas a decirlo!

—Igual que Mike Fink. Te han encontrado a ti, Al. Van a seguirte hasta que mueran. —O hasta que muera yo.

—No sucederá —sentenció Fink—. Yo tendré que morir primero.

—¿Ves? —dijo Cooper—. Y Jean-Jacques, aquí presente, no es un buscador tampoco. Él también conoce el propósito de su vida.

Audubon sonrió.

—Pájaros, mujeres y vino.

—Pájaros —sintetizó Cooper.

—¿Pero tú sigues buscando? —preguntó Smith.

—Yo también te he encontrado —dijo Cooper—. Pero no he descubierto para qué sirvo. No he descubierto qué significa mi vida. —Se volvió de nuevo hacia Purity—. Por eso lo supe. Porque he estado donde está usted. Los ha engañado a todos. Piensan que la conocen pero eso sólo significa que ha guardado su secreto, sólo que ahora está harta de secretos y tiene que salir, tiene que buscar a la gente que sabe por qué está viva.

—Sí —susurró ella.

—Entonces venga con nosotros —dijo Cooper.

—Maldición, Very —dijo Smith—, ¿cómo vamos a llevar a una mujer con nosotros?

—¿Por qué no? Muy pronto te reunirás con tu esposa y empezarás a viajar con ella. No podemos acampar en los bosques toda la vida. Y la señorita Purity puede ayudarnos. Nuestro amigo el pintor tal vez esté contento con lo que ha conseguido aquí, pero nosotros no sabemos más que cuando llegamos. Vemos los pueblos, pero apenas hablamos con nadie porque tenemos tantos secretos y ellos son tan reticentes con los extraños... La señorita Purity sabrá explicarnos las cosas. Ella quizá te ayude a aprender lo que necesitas para construir la Ciudad de... Se detuvo.

—La ciudad —concluyó por fin.

—¿Por qué no lo dice? —dijo Purity—. La Ciudad de Dios.

Cooper y Smith se miraron, y Purity vio que ambos estaban llenos de placer por haber comprendido algo.

—¿Ves? —dijo Cooper—. Ya hemos aprendido algo, sólo teniendo a la señorita Purity con nosotros.

—¿Qué? —quiso saber Arturo Estuardo.

—Que tal vez la Ciudad de Cristal tiene otro nombre —dijo Smith.

—¿Ciudad de Cristal? —preguntó la señorita Purity.

Cooper miró a Smith pidiéndole permiso. Alvin miró a cada uno de ellos por turno, hasta que por fin su mirada se posó en Purity.

—Si piensas que está bien —convino Alvin.

—Sé que es así —aseguró Cooper.

—¿Tiene un par de minutos? —le preguntó Alvin a Purity.

—Más bien un par de horas —apuntó Mike Fink—. Montaré guardia. Me he caído en suficientes ríos en mis tiempos sin estar en pelotas para hacerlo a propósito.

Pronto Purity, Smith, Cooper y Arturo Estuardo estuvieron sentados en la alta y suave hierba a la orilla del río.

—Tengo una historia que contarle —empezó Alvin—. Sobre quiénes somos y qué estamos haciendo aquí. Y entonces podrá decidir qué quiere hacer al respecto.

—Déjame que la cuente —pidió Arturo Estuardo.

—¿Tú? —preguntó Alvin.

—Tú siempre te lías y la cuentas al revés.

—¿Qué quieres decir con «siempre»? Casi nunca le cuento esta historia a nadie.

—No eres ningún Trucacuentos, Alvin —dijo Arturo Estuardo.

—¿Y tú sí?

—Al menos puedo contarla desde el principio sin añadir siempre cosas que me olvidé de contar en el momento adecuado.

Alvin se echó a reír.

—Muy bien, Arturo Estuardo, cuenta tú la historia de mi vida, ya que la conoces mejor que yo.

—No es la historia de tu vida, en cualquier caso —le corrigió Arturo Estuardo—. Porque empieza con la pequeña Peggy.

—¿La «pequeña» Peggy? —preguntó Alvin.

—Así es como se llamaba entonces.

—Adelante —le animó Alvin.

Arturo Estuardo miró a los demás. Cooper y Purity asintieron. De inmediato Arturo Estuardo se puso en pie de un salto y se apartó un par de pasos. Luego regresó y se plantó ante ellos, de espaldas al agua, con los barcos navegando tras él y el sol del verano iluminándolo mientras sus oyentes permanecían sentados a la sombra; se puso las manos a la espalda, cerró los ojos y empezó a hablar.

NOMBRES

Margaret no perdió el tiempo preocupándose por cuándo tendría lugar su prometida audiencia con la reina... si llegaba a celebrarse. Muchos de los futuros que descubría en los fuegos del corazón de la gente conducían a ese encuentro, y muchos más no, y en ningún caso veía que tal audiencia llevara a impedir la sangrienta guerra que temía.

Mientras tanto, había muchas otras actividades que ocupaban su tiempo. Pues descubría que Camelot era un lugar mucho más complicado de lo que esperaba.

Durante su infancia en el Norte había aprendido a considerar la esclavitud como una proposición de todo-o-nada, y en la mayor parte de los casos lo era. No había forma de medio permitirla o medio practicarla. O bien podías ser comprado y vendido por otro ser humano, o no. O bien podías ser obligado a trabajar bajo amenaza de muerte o lesión para beneficio de otro hombre, o no.

Pero había grietas en la armadura. Los propietarios de los esclavos no eran ajenos a los impulsos humanos normales. A pesar de las leyes más fuertes en contra, algunos blancos llegaban a ser bastante afectuosos con los negros leales. Iba contra la ley liberar a un esclavo, y sin embargo los Ashworth no eran los únicos blancos en liberar a algunos de sus esclavos y emplearlos... y no todos los manumitidos eran tan viejos como Corza. Tal vez fuese imposible atacar la institución de la esclavitud en la prensa o en mítines públicos, pero eso no significaba que no pudieran llevarse a cabo reformas silenciosas.

Estaba escribiendo una carta a Alvin al respecto cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Pase?

Era Fishy. Sin decir palabra entró y le entregó a Margaret una tarjeta de visita, y se marchó antes de que las palabras «Gracias, Fishy» salieran de su boca. La tarjeta era de un camisero de Filadelfia, cosa que la sorprendió momentáneamente hasta que se le ocurrió darle la vuelta y descubrió un mensaje garabateado con descuidada letra infantil:

*Querida cuñada Margaret:
He oído que estás en la ciudad. ¿Cenamos? Reinete
conmigo a las cuatro.*

Calvin Miller

No se le había ocurrido comprobar su fuego del corazón en muchos días, dedicada como estaba a explorar la sociedad de Camelot. Naturalmente lo buscó de inmediato, y su claro fuego del corazón saltó hacia ella desde el bosque de llamas de la ciudad que la rodeaba. A Margaret no le gustaba buscar su fuego a causa de toda la malicia que albergaba. Sus visitas eran breves y no miraba con detenimiento. Incluso así, inmediatamente se enteró de su relación con lady Ashworth, cosa que la disgustó, a pesar de su larga experiencia con todos los pecados y bajezas conocidas en la humanidad. Usar su don para provocar la lujuria de una mujer... ¿en qué se distinguía eso de la violación? Ciertamente, lady Ashworth podía haber gritado a sus esclavos para que lo expulsaran de la casa (la única circunstancia en que se permitía a los esclavos tocar con rudeza a un hombre blanco), pero era una mujer desacostumbrada a sentir mucho en el terreno del deseo sexual, y como una niña en la primera oleada de pubertad no tenía estrategias de resistencia. Mientras que las pautas de la sociedad impedían que niños y niñas estuvieran juntos durante esa época caótica para evitar que cayeran en desastrosos lapsos de su autocontrol, lady Ashworth, como adulta de alta posición, no tenía semejante protección. Su riqueza le aportaba intimidad y le brindaba oportunidad sin ayudarla demasiado a resistir la tentación.

Una idea surcó la mente de Margaret: tal vez fuese útil conocer el adulterio de lady Ashworth.

Luego, avergonzada, rechazó la idea de utilizar el pecado de la mujer en su contra. Margaret había conocido los pecados de los demás toda la vida... y también había visto los terribles futuros que se producirían si decía lo que sabía. Si Dios le había dado aquel intenso don, claramente no era para esparcir miseria.

Y sin embargo... si había algún modo de que su conocimiento de la seducción de Calvin contribuyera a impedir la guerra...

Qué amargo era que la parte más culpable, Calvin, fuera intocable, ajeno a la vergüenza, y por tanto no se pudiera usar aquel adulterio en su contra, a menos que lord Ashworth fuera un duelista campeón (e incluso así, Margaret sospechaba que en un duelo con Calvin, lord Ashworth descubriría que su pistola no disparaba y su espada se rompía). Pero así era como funcionaba el mundo: los seductores y violadores rara vez soportaban las consecuencias de sus actos, o al menos no tan pesadamente como los seducidos y los violados.

La cena sería a las cuatro. Sólo faltaban un par de horas. Fishy no había esperado un mensaje de contestación y probablemente Calvin tampoco lo esperaba. O bien se reunía con él o no... y de hecho, su fuego del corazón indicaba que no estaba preocupado. Reunirse con ella era sólo un capricho. Su propósito era tanto averiguar quién era como aferrarse a sus faldas para llegar a ver al rey.

Y ni siquiera el deseo de conocer al rey Arturo contenía un plan. Calvin conocía a Napoleón: el rey exiliado no le impresionaría. Por un momento Margaret se preguntó si Calvin planeaba matar al rey como había asesinado (o, como el propio Calvin lo consideraba, ejecutado) a William Henry Harrison. Pero no. Su fuego del corazón no

mostraba ningún sendero semejante en el futuro, y ningún deseo de tal calaña en el presente.

Pero ése era el problema con el fuego del corazón de Calvin. Cambiaba de día en día, de hora en hora. La mayoría de la gente, limitada como estaba por las circunstancias de su vida tenía pocas opciones, y por eso su fuego del corazón mostraba futuros que seguían sólo un puñado de senderos probables. Incluso la gente poderosa, como su marido Alvin, cuyos poderes le daban incontables oportunidades, tenía su futuro encarrilado a un número más amplio pero contable porque su personalidad era predecible, sus opciones consistentes.

Por el contrario, Calvin se dejaba llevar por el capricho hasta un grado notable. Su relación con el intelectual francés había dado forma a su vida últimamente, porque Balzac tenía un carácter firme, pero una vez que los futuros de Calvin divergían de los de Balzac, inmediatamente se separaban y bifurcaban en miles, millones de futuros, ninguno más probable que los demás. Margaret no podía seguirlos todos y ver adónde conducían.

Fue en el fuego del corazón de Alvin, no de Calvin, donde ella había visto que las maquinaciones de Calvin causaban la muerte de su esposo. Sin duda, si seguía cada uno de los miles de millones de caminos del futuro de Calvin encontraría casi tantos medios distintos para que Calvin consiguiera ese fin. El odio, la envidia, el amor y la admiración por Alvin eran lo único consistente en el inconstante corazón de Calvin. No dudaba que deseaba causar daño a Alvin y que conseguiría causarlo tarde o temprano. Margaret tampoco podía encontrar ninguna forma probable de impedirlo. A no ser que lo matara. «¿Qué me está pasando? —se preguntó—. Primero pienso extorsión amenazando descubrir el pecado de lady Ashworth, ahora estoy pensando en asesinar al hermano de mi marido.

Estar expuesta a Calvin es ya de por sí una tentación? ¿Influye su fuego del corazón en el mío? ¿No sería agradable, poder echarle la culpa a Calvin de mis propios fallos?».

Margaret estaba segura de una cosa: las semillas de todos los pecados estaban en toda la gente. De no ser así, ¿qué virtud habría en abstenerse de actuar siguiendo esos impulsos? No necesitaba que Calvin le enseñara a pensar en el mal. Sólo necesitaba sentirse frustrada por su incapacidad para cambiar los acontecimientos, por su indefensión a la hora de salvar a su marido de un destino que veía tan claramente y que a Alvin no parecía preocuparle. El deseo de obligar a los otros a someterse o plegarse a su voluntad estaba siempre allí, normalmente lo bastante oculto para que olvidara que tenía ese deseo en su interior, pero ocasionalmente salía a la superficie para mostrar la fruta madura del poder que estaba fuera de su alcance. Ella sabía, como poca otra gente sabía, que el poder para coaccionar dependía únicamente del miedo o la debilidad de los otros seres humanos. Era posible usar la coacción, sí, pero al final te encontrabas rodeado solamente por los débiles y los temerosos, en contra de todos los que tenían coraje y fuerza. Y muchos de tus enemigos fuertes y valientes

se medirían contigo en el mal también. Cuanto más coaccionaras a los demás, más pronto te encontrarías ante el momento de tu condena.

Le sucedería incluso a Napoleón. Margaret lo había visto, pues había examinado su caliente y negro fuego del corazón varias veces mientras observaba a Calvin durante su estancia en Francia. Vio el campo de batalla. Vio a los enemigos dispuestos contra él. Ninguna coacción, ni siquiera impulsada por el don aparentemente irresistible de Napoleón, lograba construir una estructura duradera. Sólo cuando un líder congregaba a seguidores voluntarios que compartían sus objetivos continuaban tras su muerte las cosas por él creadas. Alejandro lo demostró cuando su imperio se hizo añicos tras su muerte; Carlomagno lo hizo un poco mejor, y Atila peor: el suyo se evaporó cuando murió. El Imperio romano, por su parte, fue construido por consenso y duró dos mil años; el de Mahoma siguió creciendo después de su muerte y se convirtió en una civilización. La Francia de Napoleón no era ninguna Roma, y Napoleón no era ningún Mahoma.

Pero al menos Napoleón estaba tratando de crear algo Calvin no tenía ninguna intención de construir nada. Hacer cosas era su don innato, pero el deseo de construir era ajeno a su naturaleza: la persistencia necesaria para construir era contraria a su temperamento. Él mismo era débil, y cobarde. No soportaba el desprecio; temía la vergüenza más que la muerte. Esto le hacía creer que era valiente. Muchos otros cometían ese error también. Porque podían soportar la perspectiva del dolor físico o incluso la muerte, pensaban que tenían valor... sólo para descubrir que la amenaza de la vergüenza los hacía acatar cualquier orden por aciaga que fuese o entregar cualquier tesoro, no importaba cuánto lo quisieran.

«Calvin, ¿qué puedo hacer por ti? ¿No hay ninguna forma de insuflar verdadera hombría en tu frágil, alocado corazón? Seguro que no es demasiado tarde, ni siquiera para ti. Seguro que en alguno de los millones de caminos divergentes de tu fuego del corazón hay uno, al menos, donde encuentras el valor para admitir la grandeza de Alvin sin temer que los demás te desprecien entonces por ser más débil. Sin duda hay un momento en que eliges amar el bien por sí mismo, y dejas de preocuparte por lo que los demás piensen de ti. Sin duda, en cualquier montón de paja hay una brizna que, si se planta y se cuida, se riega y se nutre, llega a vivir y a crecer».

Honoré de Balzac trotaba tras Calvin, más molesto a cada instante que pasaba.

—Frena el paso, piernas largas, me dará un colapso tratando de seguirte.

—Siempre caminas muy despacio —dijo Calvin—. A veces tengo que avivar el paso para que no me salten las piernas.

—Si tus piernas quieren saltar, entonces salta. —Pero la discusión se había terminado: Calvin caminaba ya más despacio—. Esa cuñada tuya, ¿qué te hace pensar que pagará la cena?

—Ya te lo he dicho, es una tea. La Napoleón de las teas. Sabrá antes de bajar las escaleras para vernos que no tengo un centavo. O un chelín. Como lo llamen aquí.

—Entonces se dará la vuelta y subirá las escaleras.

—No —le aseguró Calvin—. Querrá verme.

—Pero Calvin, amigo mío, si es una tea entonces debe saber lo que hay dentro de tu corazón. ¿Quién podría querer reunirse contigo entonces?

Calvin se volvió hacia él, el rostro convertido en una máscara de furia.

—¿Qué quieres decir con eso?

Por un instante, Honoré sintió miedo.

—Por favor, no me conviertas en una rana, *monsieur le Hacedor*.

—Si no te gusto, ¿por qué me sigues siempre?

—Estudio novelas, Calvin. Estudio a la gente.

—¿Me estás estudiando a mí?

—No, por supuesto que no. Ya te tengo en mi mente, listo para escribirte. Lo que estudio es a la gente que conoces. Cómo responden ante ti. Pareces despertar algo en su interior.

—¿Qué?

—Cosas diferentes. Eso es lo que estudio.

—Así que me estás utilizando.

Por supuesto. ¿Tenías la ilusión de que me quedaba contigo por amor? ¿Crees que somos Damon y Pythias? ¿Jonathan y David? Sería un loco si te quisiera como amigo.

La expresión de Calvin se hizo aún más sombría. —¿Por qué serías un loco?

Porque en tu vida no hay espacio para un hombre como yo. Ya estás comprometido en un Baile con tu hermano. Caín y Abel no tenían ningún amigo... pero claro, eran los dos únicos hombres vivos. Quizás la mejor comparación sean Rómulo y Remo.

—¿Cuál soy yo? —preguntó Calvin.

—El hermano menor.

—¿Entonces crees que él tratará de matarme?

—Hablo de la intimidad de los hermanos, no del final de la historia.

—Estás jugando conmigo.

—Siempre juego con todo el mundo —dijo Honoré—. Es mi vocación. Dios me puso en la Tierra para hacer con la gente lo que los gatos hacen con los ratones. Jugar con ellos, morderlos hasta extraerles la última gota de vida, luego metérmelos en la boca y dejarlos caer en las puertas de las casas. De eso trata la literatura.

—Te das muchos aires para ser un escritor que aún no ha publicado ningún libro.

—No hay ningún libro lo bastante grande para contener las historias que me llenan. Pero pronto estaré preparado para escribir. Regresaré a Francia, escribiré mis libros, me arrestarán de vez en cuando, me llenaré de deudas, ganaré grandes sumas de dinero que nunca serán suficientes, y al final mis libros durarán más que el Imperio de Napoleón.

—O tal vez eso es lo que le parecerá a la gente que los lea.

—Nunca lo sabrás. No sabes leer en francés.

—No sé leer en la mayoría de los idiomas —dijo Calvin—. Y tú tampoco.

—Sí, pero en la competición de analfabetos, te concedo los laureles.

—Aquí está la casa —indicó Calvin.

Honoré la calibró.

—Tu cuñada no es rica, pero se gasta el dinero en alojarse en un lugar respetable.

—¿Quién dice que no es rica? Piénsalo. Sabe lo que piensa la gente. Sabe todo lo que han hecho y todo lo que van a hacer.

Ve el futuro! Puedes apostar a que ha invertido unos cuantos dólares aquí y allá. Apuesto a que ahora tiene un montón de dinero.

—Qué uso más tonto de semejante poder —dijo Honoré—. ¡Sólo para ganar dinero! Si yo pudiera ver en el corazón de los demás, sería capaz de escribir las novelas más auténticas.

—Creía que ya lo eras.

—Lo soy, pero es sólo el alma imaginada de la otra persona. No estoy seguro de tener razón. No me he equivocado todavía, pero nunca estoy seguro.

—No es tan difícil calar a la gente —dijo Calvin—. Hablas del tema como si fuera un gran misterio y tú el alto sacerdote que recibe la palabra directamente de Dios, pero la gente no es más que gente. Todos quieren lo mismo.

—Dame la lista mientras nos ponemos a la sombra.

Calvin tiró de la cadena para hacer sonar la campana de la puerta.

—Agua. Comida. Mear y cagar. Tirarse a una mujer o a un hombre, depende. Hacerse rico. Que la gente te respete y te aprecie. Conseguir que los demás hagan lo que tú quieres.

La puerta se abrió. Una muchacha negra apareció ante ellos, la mirada gacha.

—La señorita Lamer o la señorita Smith o cualquiera que sea el nombre que esté empleando, Margaret en cualquier caso, nos espera para reunirse con nosotros —se anunció Calvin.

Sin decir una palabra, la muchacha negra retrocedió para dejarlos pasar. Honoré se detuvo en el umbral, cogió a la mujer por la barbilla, y le alzó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron.

—¿Qué quieres tú? ¿Qué es lo que más quieres en el mundo?

Por un instante la mujer lo miró aterrorizada. Sus ojos corrieron a la izquierda, a la derecha. Honoré sabía que quería bajar la mirada otra vez, volver al mundo seguro y ordenado, pero no se atrevía a apartar la cara mientras él la tuviera sujeta por la barbilla, por temor a que la denunciara por insolente. Y entonces dejó de tratar de apartar la mirada y la hundió en sus ojos, como si fuese capaz de ver dentro de él y reconociera que no pretendía hacerle ningún daño sino sólo comprenderla.

—¿Qué quieres? —preguntó de nuevo.

Los labios de ella se movieron.

—Puedes decírmelo.

—Un nombre —susurró ella.

Luego se zafó de él y huyó de la habitación.

Honoré se la quedó mirando, divertido.

—¿Qué crees que ha querido decir con eso? —preguntó—. Seguro que tiene un nombre... ¿cómo si no la llamará su amo cuando quiere que acuda?

—Tendrás que preguntárselo a Margaret —dijo Calvin—. Ella es la que ve lo que pasa dentro de las cabezas de la gente.

Se sentaron en el porche y miraron las abejas y los colibríes atacar las flores del jardín. Calvin empezó a divertirse haciendo que las alas de las abejas dejaran de agitarse. Apuntaba a una abeja y ésta se desplomaba como una piedra. Un momento después, aturdida y molesta, empezaba a zumbear de nuevo y se alzaba al aire. Pero entonces Calvin apuntaba ya a otra abeja y la hacía caer. Honoré se rió porque era divertido verlas caer, imaginar su confusión.

—Por favor, no se lo hagas a los colibríes —dijo.

Lamentó de inmediato haber dicho semejante estupidez. Pues naturalmente eso era exactamente lo que Calvin tenía que hacer. Apuntó. Las alas del colibrí se detuvieron. El pájaro cayó al suelo. Pero no zumbó y regresó al cielo. En cambio, se quedó allí, meneando un ala mientras la otra yacía inútil en tierra.

—¿Por qué le haces daño a una criatura tan hermosa? —preguntó Honoré.

—¿Quién hace las reglas? —dijo Calvin—. ¿Por qué es divertido hacérselo a las abejas pero no a los pájaros?

—Porque a las abejas no les pasa nada —respondió Honoré—. Porque los colibríes no pican. Porque hay millones de abejas pero los colibríes son tan escasos como los ángeles.

—Por aquí no.

—¿Quieres decir que hay ángeles en Camelot?

—Quiero decir que hay miles de colibríes. Son tan comunes como las ardillas.

—¿Entonces está bien romperle a éste el ala y dejarlo morir?

—¿Qué pasa, Dios vigila los gorriones y tú estás a cargo de los colibríes?

—Si no puedes arreglarlo, no deberías romperlo.

Calvin se le quedó mirando. Luego se levantó de la silla, saltó la barandilla y se arrodilló junto al colibrí. Toqueteó el ala, tratando de enderezarla. El pájaro siguió debatiéndose en su presa.

—Estáte quieto, maldición.

Calvin enderezó el ala rota, cerró los ojos, se concentró. Pero el aleteo del pájaro seguía molestándolo. Hizo un gesto exasperado, como si estuviera sacudiendo a un niño, y los huesos del ala se quebraron en sus dedos. Apartó las manos y contempló el ala destrozada, con una expresión de asco en el rostro.

—¿Es esto un juego? —preguntó Honoré—. ¿Ver cuántas veces puedes romper la misma ala?

Calvin lo miró, furioso.

—Cierra la maldita boca.

—El pájaro siente dolor, *monsieur le Hacedor*.

Calvin se puso en pie de un salto y aplastó de un pisotón al pájaro.

—Ya no.

—Calvin el sanador —se burló Honoré. A pesar del tono de broma, estaba asqueado. Había sido su burla la que había matado al pájaro. No es que hubiera ninguna esperanza para el bicho. Estuvo condenado desde el momento en que Calvin lo hizo caer del aire. Pero incluso eso había sido en parte culpa de Honoré por haberle pedido a Calvin precisamente que no lo hiciera. Sabía, o debería haber sabido, que eso sería un reto para él.

—Me has obligado a hacerlo —dijo Calvin. No pudo mirar a Honoré a los ojos. Esto preocupó más al francés que una mirada desafiante. Calvin se sentía avergonzado delante de su amigo. Eso no iba bien para el futuro de ese amigo.

—Tonterías —dijo Honoré alegremente—. Ha sido tu propia sabia elección. ¡No matar a las abejas, porque fabrican miel! ¿Pero qué hace un colibrí? Un estallido de color en el aire, y luego muere, y *voilà!* Un estallido de color en el suelo. ¿Y dónde hace falta más el color? El aire está lleno de colores brillantes. El suelo nunca tiene suficiente. Has vuelto el mundo más hermoso.

—Algún día me hartaré de ti y de tus chistes estúpidos.

—¿Cómo tardas tanto? Yo ya estoy harto de mí mismo.

—Pero te gustan tus chistes.

—Nunca sé si me gustarán hasta que me oigo decirlos.

Oyó pasos dentro de la casa, acercándose a la puerta. Se volvió. Margaret Smith era una mujer de aspecto severo, pero notablemente atractiva. Quizás demasiado alta para Honoré, pero como la mayoría de los hombres bajitos, Honoré hacía tiempo que se había acostumbrado a la idea de admirar a las mujeres más altas; cualquier otra opción habría reducido drásticamente el número de damas disponibles.

No es que ésta en concreto estuviera disponible. Ella alzó levísimamente una ceja, como para que Honoré supiera que reconocía su admiración hacia ella y que le agradaba aunque la consideraba estúpida. Luego volvió su atención hacia Calvin.

—Recuerdo que una vez vi a Alvin curar a un animal herido.

Honoré dio un respingo y miró de reojo a Calvin. Para su sorpresa, en vez de explotar de ira, Calvin le sonrió a la dama.

—Me alegro de verte, Margaret.

—Pongamos las cosas claras desde el principio —empezó Margaret—. Sé todas las cosas desagradables que has hecho. Sé cuánto odias y envidias a mi marido. Sé la furia que sientes hacia mí en este momento y cómo ansias humillarme. Que no haya ninguna simulación entre nosotros.

—Muy bien —convino Calvin, sonriendo—. Quiero hacerte el amor. Quiero dejarte embarazada con mi bebé en vez del de Alvin.

—Lo único que quieres es enfadarme y asustarme —dijo Margaret—. Quieres que me pregunte si usarás tus poderes para dañar al bebé que llevo en el vientre y

luego seducirme como hiciste con otra pobre mujer. Así que déjame que te tranquilice. Los hechizos que protegen a mi bebé fueron hechos por el propio Alvin, y tú no tienes la habilidad para penetrarlos.

—¿Crees que no?

—Sé que no —dijo Margaret—, porque ya lo has intentado y has fracasado y ni siquiera eres capaz de comprender por qué. Y en cuanto a querer seducirme... ahorra esos esfuerzos para alguien que no vea tus pretensiones. Ahora, ¿vamos a cenar o no?

—Yo sí que tengo hambre —dijo Honoré, desesperado por apartar la conversación de la peligrosa hostilidad con la que había empezado. ¿No sabía aquella mujer qué clase de loco era Calvin?—. ¿Dónde comeremos?

—Ya que se supone que tengo que pagar —dijo Margaret—, tendrá que ser en un restaurante que pueda permitirme.

—Excelente —contestó Honoré—. Me enferma pensar en comer en el tipo de restaurante que yo puedo permitirme.

Eso le ganó un leve atisbo de sonrisa por parte de la severa señora Smith.

—Déme su brazo, *monsieur* Balzac. Y no le digamos a mi cuñado adónde vamos.

—Muy graciosa —dijo Calvin, saltando la barandilla y regresando al porche. El tono de furia había desaparecido de su voz. Honoré se sintió aliviado. Esta mujer, esta tea, debía comprender realmente a Calvin mucho mejor que Honoré, pues Calvin parecía estar calmándose aunque lo había desafiado peligrosamente. Naturalmente, si estaba protegida por hechizos eso podría darle más confianza.

¿O no era con los hechizos con lo que contaba? Estaba casada con el Hacedor que Calvin anhelaba ser... Tal vez, simplemente contaba con que Calvin sabía que si dañaba al bebé tendría que enfrentarse a la ira de su hermano por fin, y sabía que no era enemigo para Alvin Maker. Algún día se enfrentaría a él, pero no estaba preparado, y por eso no dañaría a la esposa de Alvin ni a su hijo no nacido.

Desde luego, ésa era la forma en que lo vería un hombre racional.

Calvin trató de no enfurecerse durante la comida. ¿De qué le serviría? Ella veía todo lo que él sentía; sin embargo, también veía que estaba reprimiendo su ira, así que ni siquiera eso serviría de nada. Odiaba la idea misma de su existencia: alguien que creía conocer la verdad de su alma sólo porque era capaz de ver sus deseos ocultos. Bueno, todo el mundo tenía deseos ocultos, ¿no? No se les podía condenar por los caprichos que se les pasaban por la cabeza, ¿verdad? Sólo contaba lo que hacían.

Entonces recordó el colibrí muerto. A lady Ashworth desnuda en la cama. Se detuvo antes de recordar cada acto que los demás criticaban: no había motivos para listar el catálogo ante el ojo vigilante de Margaret. Para que ella informara a Alvin con, sin ninguna duda, la peor interpretación posible. Alvin está espi...

No, mantén la furia bajo control. Ella no podía evitar su don, igual que tampoco podía Calvin, ni nadie. No era una espía.

Una juez, entonces. Lo estaba juzgando claramente, así lo había dicho. Juzgaba a

todo el mundo. Por eso estaba allí, en las Colonias de la Corona, porque los había juzgado y condenado por practicar la esclavitud, aunque todo el mundo había practicado la esclavitud hasta hacía muy poco y era injusto condenar a esa gente cuando la idea de emancipación era una nueva moda caprichosa de la Inglaterra puritana y unos cuantos filósofos franceses.

Y él tampoco quería ser juzgado por sus actos. Era un error también. La gente cometía errores. Descubría más tarde que una elección era un error. No se le podía reprochar todo siempre, ¿no?

No, la gente debería ser juzgada por lo que quería hacer a la larga. Por el propósito general que pretendía cumplir. Calvin iba a ayudar a Alvin a construir la Ciudad de Cristal. Por eso había ido a Francia e Inglaterra, ¿no? Para aprender cómo se unía la gente ante un objetivo y se gobernaba en el mundo real. Nada de las débiles enseñanzas que Alvin impartía allá en Iglesia de Vigor, tratando de convertir a la gente en lo que no era y nunca llegaría a ser. No, Alvin no conseguiría nada de esa forma. Calvin lo descubriría todo y volvería y enseñaría a Alvin el modo. Calvin sería el maestro, y los dos hermanos juntos construirían la gran ciudad y todo el mundo sería gobernado desde ese lugar, e incluso Napoleón acudiría y se inclinaría ante ellos, y entonces todos los errores de Calvin y todos sus malos pensamientos serían olvidados en el honor y la gloria que lo rodearían.

Y aunque nunca tuviera éxito, era su propósito lo que contaba. Eso era realmente Calvin, y así era como Margaret debía juzgarlo.

Pensándolo bien, ella no tenía ningún derecho a juzgarlo. Eso era lo que había dicho Jesús, ¿no? No juzguéis para no ser juzgados. Jesús perdonaba a todo el mundo. Margaret debía aplicarse la lección y perdonar a Calvin en vez de condenarlo. Si en el mundo hubiera un poco más de perdón, sería un lugar mejor. Todo el mundo pecaba. ¿Qué era el pequeño asunto de Calvin con lady Ashworth comparado con Alvin, que había matado a aquel rastreador de esclavos? ¿Qué era un colibrí muerto comparado con un hombre muerto? Margaret perdonaba a Alvin, pero nunca a Calvin, no, porque no era uno de sus agraciados.

La gente era tan hipócrita. Le enfermaba la forma en que siempre pretendía ser tan buena...

Excepto Balzac. Él nunca fingía. Era sólo él mismo. Y no juzgaba a Calvin. Sólo lo aceptaba. Lo aceptaba tal como era. Y tampoco lo comparaba con Alvin. ¿Cómo podía hacerlo? No se conocían.

La comida casi había terminado. Calvin se había entretenido tanto rumiando estos pensamientos que no se había dado cuenta de que había permanecido todo el rato casi completamente en silencio. Pero ¿qué iba a decir, cuando de todas formas Margaret creía que ya lo sabía todo acerca de él?

Balzac le estaba hablando de la esclava que les había abierto la puerta en la posada.

—Le he preguntado qué era lo que más deseaba en el mundo y me ha dicho que

lo que quería era un nombre. Creía que la gente daba nombre a sus esclavos.

Margaret lo miró sorprendida y tardó un instante en responder.

—La muchacha con la que habló usted tiene dos nombres —dijo por fin—. Pero odia los dos.

—¿Y a eso se refería? —preguntó Balzac—. ¿A que no le gusta su nombre? Pero eso no es lo mismo que desear tener uno.

Una vez más Margaret pareció reflexionar unos instantes.

—Creo que ha descubierto usted algo que a mí me cuesta trabajo comprender. Odia su nombre y le dice que desea tener uno. No consigo descifrarlo.

Balzac se inclinó sobre la mesa y apoyó una mano sobre la de Margaret.

—Usted debe decirme lo que está pensando realmente, *madame*.

—Estoy pensando que debería quitar su mano de encima de la mía —respondió Margaret suavemente—. Esto puede que funcione con las mujeres de Francia, pero las intimidaciones no solicitadas no van conmigo.

—Le ruego que me perdone.

—Y ya le he dicho lo que realmente pensaba —dijo Margaret.

—Pero eso no es cierto —respondió Balzac.

Calvin casi soltó una carcajada por su atrevimiento.

—¿No lo es? —preguntó Margaret—. Si es así, no soy consciente de cuál debe ser la verdad.

—Tenía usted una expresión en los ojos muy reflexiva. Luego ha llegado a una conclusión. Y sin embargo me ha dicho que no puede descifrar el deseo de esa muchacha de tener un nombre.

—He dicho que no puedo descifrarlo y me refería a que no logro encontrar su verdadero nombre.

—Ah. Entonces eso significa que ha descifrado algo, de hecho.

—Nunca me lo había planteado. Pero parece que los dos nombres que encontré en ella: el nombre que le daba su madre, que era horrible, y su nombre en la casa, que es aún peor, pues la llaman Fishy... ninguno de los dos es su verdadero nombre. Pero ella piensa que lo son. O más bien, no conoce ningún otro nombre, y sin embargo sabe que debe haber otro, y por eso anhela ese nombre verdadero, y... bueno, como puede usted ver, no he descifrado nada.

—Su capacidad de descifrar tal vez no esté a la altura de su nivel de comprensión —dijo Balzac—, pero es suficiente para dejarme anonadado.

Y así siguieron, Balzac y la señora Smith, intercambiando cumplidos. Calvin pensó en los nombres. En cómo su vida habría sido mucho más fácil de no compartir con Alvin el mismo nombre a excepción de una letra. En cómo Alvin se resistía a usar el apellido Maker aunque se lo había ganado. Alvin Smith, en efecto. Y luego Margaret... ¿por qué decidió dejar de ser Peggy? ¿O era Margaret el nombre verdadero y Peggy el disfraz?

«Cháchara, cháchara. Oh, callaos, vosotros dos».

—Una pregunta —preguntó Calvin, interrumpiéndolos—. ¿Qué es primero, el nombre o el alma?

—¿A qué te refieres? —preguntó Balzac.

—Quiero decir que, si el alma es la misma, no importa qué nombre tengas. ¿O cambias de alma si cambias de nombre?

—¿Qué tienen que ver los nombres con...? —La voz de Margaret se apagó. Su mirada se perdió en la distancia.

—Creo que en sus ojos hay esa luz de desciframiento —dijo Balzac.

Calvin estaba molesto. Se suponía que ella no debía tomarse aquello en serio.

—Sólo he hecho una pregunta, no trataba de sondear los secretos del universo.

Margaret le miró, desinteresada.

—Ibas a hacer un chiste tonto acerca de darle a Alvin la C de tu nombre, para que pudieras ser el que todo el mundo aprecia.

—No —dijo Calvin.

Ella lo ignoró.

—Los esclavos tienen nombres —dijo—, pero no los tienen, porque los nombres que les dan sus amos no son reales. ¿No lo ven? Es una forma de ser libres.

—No se puede comparar con la libertad de verdad —dijo Calvin.

—Por supuesto que no. Pero, de todas formas, es más que una simple cuestión de nombres. Porque cuando ellos ocultan su nombre, ocultan algo más.

Calvin pensó en lo que había dicho para que empezara aquella estúpida discusión.

—¿Sus almas?

—Sus fuegos del corazón —dijo ella—. Sé que comprendes de qué estoy hablando. No los ves como yo los veo, pero sabes dónde están. ¿No has advertido que los esclavos no lo tienen?

—Sí que lo tienen —dijo Calvin.

—¿De qué están hablando? —preguntó Balzac.

—De almas —respondió Calvin.

—Fuegos del corazón —puntualizó Margaret—. No sé si son lo mismo.

—No importa —dijo Calvin—. Los franceses tampoco tienen.

—Ahora me insulta a mí y a todo mi país —dijo Balzac—, pero ya ve que no lo mato.

—Eso es porque tienes los brazos cortos y bebes demasiado para apuntar con un arma.

—Es porque soy civilizado y aborrezco la violencia.

—¿A ninguno le importa que los esclavos hayan encontrado un medio de ocultar el alma a sus amos? —dijo Margaret—. ¿Tan invisibles son para ti, Calvin, que ni siquiera te has molestado en advertir que faltan sus fuegos del corazón?

—Todavía tienen una chispa.

—Pero es diminuta, sin ninguna profundidad —aseguró Margaret—. Es el recuerdo de un fuego del corazón, no el fuego mismo. No veo nada en ellos.

—Lo que me parece es que han encontrado un modo de esconder su alma de ti — dijo Calvin.

—¿Nunca escucha a nadie? —le preguntó Margaret a Balzac.

—Sí —respondió Balzac—. Escucha, pero no le importa.

—¿De qué se supone que tengo que preocuparme y no lo hago? —preguntó Calvin.

—Lo que la chica negra dijo que deseaba —informó Balzac—. Un nombre. Ha ocultado su nombre y su alma, pero ahora quiere recuperarlos y no sabe cómo.

—¿Cuándo has descubierto eso? —preguntó Calvin.

—Ha sido evidente una vez que madame Smith ha hecho la conexión — respondió Balzac—. Pero cuando se trata de poderes ocultos, eres la persona que más sabe. ¿Cómo has podido no saber eso?

—No me dedico a las almas —se justificó Calvin.

—Los poderes que traen de África funcionan de forma diferente —dijo Margaret—. Alvin trató de descifrarlos, y yo también, y pensamos que todo el mundo nace con poderes ocultos, pero aprenden a usarlos de forma distinta con la gente que los rodea. Nosotros, los blancos, o al menos los ingleses, pero también Napoleón, quién sabe... nosotros aprendemos a utilizarlos individualmente, uniéndolos con fuerza a algún talento innato, o preferencia, o necesidad. Podemos usar hacia fuera un poquito, en los hechizos, pero el poder verdadero está dentro de cada persona. Mientras que los pieles rojas abren sus poderes al mundo que los rodea, y están cada vez menos solos, más y más unidos al poder de la naturaleza, que les da grandes poderes, pero si se les aísla del mundo natural, desaparecen.

—¿Y los negros? —preguntó Balzac.

—Aprenden a ponerlo en objetos, o quizás lo encuentran allí, no lo sé. Como nunca lo he hecho, ni Alvin tampoco, sólo podemos especular. Pero algunas cosas que he visto en los fuegos del corazón de la gente de África... apenas podía creerlo. Sin embargo es así. La madre de Arturo Estuardo tenía un poder extraordinario, y al hacer algo, consiguió alas. Voló.

Balzac se echó a reír, pero entonces se dio cuenta de que ella no estaba bromeando, ni hablaba metafóricamente. —¿Voló?

—Al menos un centenar de millas —dijo Margaret—. No lo bastante lejos, ni en la dirección adecuada totalmente, pero fue suficiente para salvar a su bebé, aunque perdió las fuerzas y la vida.

—Ese Arturo Estuardo, ¿por qué no le preguntan a él cómo funciona el poder de los negros?

—Es sólo un niño —lo descartó Calvin—, y de todas formas es medio blanco.

—Usted no lo conoce —dijo Margaret—. No sabe cómo funciona el poder de los negros porque no se lleva en la sangre, se enseña de padres a hijos. Alvin aprendió la canción verde de los pieles rojas porque llegó a ser una especie de hijo para Tenskwa-Tawa y Ta-Kumsaw. Arturo Estuardo creció con su poder en forma de don, como los

blancos, porque fue criado entre blancos. Creo que los negros tienen problemas para aferrarse a sus costumbres africanas. Tal vez por eso Fishy no recuerda su primer nombre. Alguien le quitó ese nombre, le quitó su alma, para mantenerlo oculto, para mantenerlo a salvo y libre. Pero ahora ella quiere recuperarlo y no logra hacerlo porque no es nativa africana, no está rodeada por una tribu; está rodeada de esclavos abatidos cuyos fuegos del corazón y cuyos nombres están todos ocultos.

—Si tienen tantos poderes —dijo Calvin—, ¿cómo es que son esclavos?

—Oh, eso no es ningún misterio —respondió Balzac—. Los que los capturan en África también son africanos: saben cuáles son los poderes; les impiden tener las cosas que necesitan.

—Negros contra negros —dijo Margaret apenada.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Calvin a Balzac.

—¡Estuve en los muelles! Vi cómo sacaban a los negros encadenados de los barcos. Vi a los negros que los registraban, les quitaban sus muñecos hechos de trapo o de barro, muchas cosas distintas.

—¿Estaba yo allí cuando viste todo eso?

—Borracho, amigo mío.

—Y tú también.

—Pero yo tengo una enorme resistencia para el vino —dijo Balzac—. Cuando estoy borracho me encuentro en mi mejor momento. Es el don nacional de los franceses.

—Yo no estaría orgulloso de eso si fuera usted —dijo Margaret.

—Yo no despreciaría nuestro vino, aquí en la tierra del licor de maíz y el whisky de centeno. —Balzac le sonrió.

—Justo cuando pienso que podría ser como usted, *monsieur* Balzac, demuestra que no es un caballero.

—No tengo que ser un caballero —adujo Balzac—. Soy un artista.

—Sigue andando con dos piernas y comiendo con la boca. Ser un artista no le da privilegios especiales. En todo caso, le da mayores responsabilidades.

—Tengo que estudiar la vida en todas sus manifestaciones —dijo Balzac.

—Quizás eso sea cierto —respondió Margaret—. Pero si prueba toda la maldad del mundo, y comete todas las traiciones y todos los daños, entonces no podrá probar las dichas superiores, pues no estará lo bastante sano o lo bastante fuerte... ni será lo bastante decente para gozar de la compañía de la buena gente, que es una de las mayores dichas de todas.

—Si no pueden perdonarme mis debilidades, entonces no son tan buena gente, ¿no? —Balzac sonrió como si hubiera echado el último as sobre el tapete.

—Pero le perdonan sus defectos —dijo Margaret—. Y agradecerían también su compañía. Pero si se uniera usted a ellos, no comprendería de qué hablan. No tendría las experiencias que los unen. Sería un extraño, no por causa de ellos, sino porque usted no ha recorrido el camino que le enseñará a ser uno de ellos. Se sentirá como un

exiliado del hermoso jardín, pero será usted quien se exilie a sí mismo. Y sin embargo les echará la culpa a ellos, y los llamará inflexibles y llenos de prejuicios, aunque sean su propio dolor y sus amargos recuerdos los que le condenen, su propia ignorancia de la virtud lo que le haga un extraño en la tierra que debería haber sido su hogar.

Sus ojos ardían y Balzac la miró con embeleso, admirado.

—Siempre he pensado que debía experimentar el mal e imaginar el bien, porque era más fácil. Casi me convence de que debería hacer lo contrario.

Calvin no estaba tan entusiasmado. Sabía que aquel pequeño sermón iba dirigido a él y no le gustaba.

—No hay secreto alguno en manos de las buenas personas —dijo—. Sólo fingen, para consolarse por haberse perdido toda la diversión.

Margaret le sonrió.

—Saqué estas ideas de tus propios pensamientos hace sólo unos cuantos minutos, Calvin. Sabes que lo que estoy diciendo es verdad.

—Yo estaba pensando lo contrario —dijo Calvin.

—Eso es lo que tú pensabas que estabas pensando. Pero no habrías tenido que pensar esos pensamientos si pensaras realmente eso.

Balzac soltó una risotada, y Calvin lo imitó... aunque de forma poco convincente.

—*Madame* Smith, podría haber trabajado toda la vida y nunca imaginar una conversación en la que alguien dijera una frase semejante y además en serio. «Eso es lo que tú pensabas que estabas pensando». ¡Delicioso! «No pensarías esos pensamientos si realmente pensaras lo que piensas que pensabas». ¿O era «pensado lo que piensas»?

—Ni una cosa ni la otra —dijo Margaret—. Ya está usted dispuesto a citarme mal.

—¡No soy periodista! Soy novelista, y puedo mejorar mi discurso.

—Mejore esto —dijo Margaret—. Ustedes juegan a sus estúpidos jueguitos... Calvin juega a ser poderoso, *monsieur* Balzac juega a ser un artista... pero a su alrededor está la vida real. Sufrimiento de verdad. Esos negros son tan humanos como usted y como yo, pero renunciaron a su fuego del corazón y su nombre para soportar el tormento de pertenecer a otros que los desprecian y los temen. Si pueden habitar en esta ciudad del mal y permanecer ajenos a su sufrimiento, entonces son ustedes gente vacía y trivial. Pueden conservar su nombre y su fuego del corazón porque no merece la pena robarlos.

Dicho esto, se levantó de la mesa y salió del restaurante.

—¿Crees que la hemos ofendido? —preguntó Calvin.

—Quizás —dijo Balzac—. Pero eso me preocupa mucho menos que el hecho de que no ha pagado.

Mientras hablaba, el camarero se acercaba a ellos.

—¿Desean pagar los caballeros en metálico?

—Es la dama quien nos invita —dijo Balzac—. ¿Se ha olvidado de pagar?

—Pero si ya ha pagado —dijo el camarero—. Su comida. Antes de que se sentaran, nos firmó un cheque.

Balzac miró a Calvin y soltó una carcajada.

—¡Tendrías que verte la cara, *monsieur* Calvin!

—Pueden arrestarnos por esto —bufó Calvin.

—Pero no querrán arrestar a un novelista francés. Porque regresaría a Francia y escribiría sobre este restaurante y declararía que es una casa llena de moscas y pestilencia.

El camarero lo miró con frialdad.

—El embajador francés nos contrata para que sirvamos sus fiestas —dijo—. No temo su amenaza.

Unos momentos después, con los brazos hundidos en agua sucia y platos, Calvin ardía de rencor. Hacia Margaret, por supuesto. Hacia Alvin, que tenía la culpa por haberse casado con ella. Hacia Balzac también, por la forma tan alegre en que bromeaba con esclavos negros que de lo contrario estarían haciendo el trabajo en la cocina que hacían ellos. No es que los negros respondieran. Apenas le miraban. Pero Calvin notaba que les gustaba oírle porque se quedaban cada vez más tiempo en la habitación en vez de atender sus trabajos. Mientras que a él, que llevaba cubos de restos de comida para hacer abono para el jardín, vaciaba barreños de agua sucia y cargaba con otros llenos desde el pozo para que los calentaran, lo ignoraban por completo. Un trabajo sucio y sudoroso, las manos sucias, el rostro tiznado. Pensaba que el sueño manchado de orina de la noche anterior era lo más bajo que podría caer en la vida, pero ahora estaba haciendo el trabajo de los esclavos mientras los esclavos lo miraban; e incluso en ese lugar había otro hombre al que apreciaban más que a él.

Calvin regresó a la cocina a la vez que un negro que llevaba un montón de platos limpios para colocarlos en los estantes. El esclavo tenía en los labios el atisbo de una sonrisa por algo que había dicho Balzac, y aquello resultó demasiado para él después de todo lo que había pasado esa noche. Calvin introdujo su poder en los platos y los rompió todos, haciéndolos añicos en sus brazos. Los pedazos se esparcieron por todas partes.

El estrépito hizo que llegaran rápidamente el chef blanco y el supervisor, con el pequeño y corto bastón preparado para golpear al esclavo; pero Balzac estaba allí ya y se arrojó entre el esclavo y el bastón. Y fue en efecto cuestión de arrojarse, pues el esclavo y el supervisor eran ambos mucho más altos que él. Dio un brinco y se agarró al esclavo como si fuera un niño que jugara a coger.

—No, *monsieur*, no le golpee, es inocente. ¡He chocado accidentalmente con él y he tirado todos los platos al suelo! ¡Soy el más miserable de los hombres, cenar y no poder pagar y ahora rompo todos esos platos! ¡Es mi espalda la que merece los golpes!

—No voy a golpear a un hombre blanco como si fuera un pavo —dijo el

supervisor—. ¿Qué piensa que soy?

—Es usted el brazo de la justicia —dijo Balzac—, y yo soy el corazón de la culpa.

—Saquen a estos imbéciles de mi cocina —rugió el chef.

—¡Pero si es usted francés! —exclamó Balzac.

—¡Claro que soy francés! ¿Quién puede contratar a un buen cocinero inglés?

Inmediatamente Balzac y el chef se lanzaron a un torrente de palabras en francés, algunas de las cuales Calvin entendió, pero no lo suficiente para tratar de seguir prestando atención. Balzac había sacado el lado divertido de todo el asunto, naturalmente, y todos los esclavos lo miraban (de reojo, para no ser pillados mirando a un hombre blanco) como si el mismo Dios viniera a librarlos del cautiverio. Incluso cuando Calvin estaba molesto y trataba de desquitarse un poco, acaba haciendo que Balzac pareciera bueno y él una insignificancia. Librarlos del cautiverio. El mismo Dios. Su propio pensamiento de un momento antes le reverberó en la mente. «Margaret dice que han perdido sus nombres y sus fuegos del corazón. Ella odia la esclavitud y quiere eliminarla. Necesitan a alguien que recupere sus almas y los saque del cautiverio. Balzac no puede hacerlo. ¿Qué es? Un francés inútil con tinta en los dedos. Pero si yo libero a los esclavos, ¿qué será Alvin entonces, comparado conmigo?».

Por un momento pensó en hacer que el supervisor cayera muerto al suelo y que los esclavos echaran a correr. ¿Pero correrían? No, lo que hacía falta era un levantamiento general. Y sin alma, no cabía esperar que los negros tuvieran agallas para ningún tipo de revuelta.

Así que ése era el primer asunto. Encontrar almas y dar nombres.

ACUSACIÓN

Alvin no se quedó exactamente dormido mientras Arturo Estuardo contaba la historia de su vida. Pero su mente divagó.

No podía dejar de notar que la voz de Arturo Estuardo no cambiaba al hablar. Nadie más lo notaba, pero Alvin aún recordaba que cuando Arturo Estuardo era más joven sabía imitar a la perfección las voces de los demás. No importaba lo aguda o lo grave que fuera la voz, no importaba qué acento o qué traba tuviera, no importaba cuánto susurrara o resonara: salía sin dificultad de la boca del muchacho.

Y entonces llegaron los rastreadores de esclavos, con un saquito con muestras del pelo y el cuerpo de Arturo tomadas cuando nació. Tenían el don de saber cuándo una persona encajaba con el saco, y resultaba imposible esconderse de ellos: tenían un olfato de sabuesos. Así que Alvin llevó al chico al otro lado del río Hio, y allí, en la parte de Appalachee, hizo un cambio en el más profundo corazón de las partes más minúsculas del cuerpo de Arturo. No fue un gran cambio, pero sí suficiente para que Arturo ya no encajara con su propio saco. Alvin lo metió bajo el agua para lavar los últimos restos de su antigua piel. Y cuando salió del agua, Arturo estaba a salvo. Pero había perdido su don para imitar voces.

«¿No es lo que pasa siempre? —pensó Alvin—. Trato de ayudar, y quito tanto como doy. Tal vez es así como Dios dispuso el mundo, para que nadie tuviera ninguna ventaja especial. Haces un milagro y pierdes algo corriente que echas de menos a partir de entonces. Algún ángel en alguna parte mide la alegría y la miseria, y sea cual sea tu porción, te la quedas no importa lo que hagas».

De repente Alvin se sintió solitario. Sabía que era una tontería sentirse así, con aquellos buenos compañeros a su lado. Pero en algún lugar al sur de allí estaba su esposa, que también era su maestra y su tutora, el brillante par de ojos que lo cuidaron desde la infancia aunque ella apenas era más que un bebé también cuando empezó. Margaret. Y en su vientre, el inicio de la próxima generación: su primera hija.

Y, al pensar en ellas, empezó a buscarlas. Él no era como Margaret, capaz de saltar de un fuego del corazón a otro sin pensarlo siquiera, capaz de ver sólo con el deseo de ver. Tenía que enviar su poder fuera, rápido, más rápido, corriendo por todo el mapa de América, por la costa, pasando los fuegos del corazón de cada ser vivo, a través de campos y brillantes bosques verdes, sobre ríos, a través del ancho Chesapeake. Sabía el camino y nunca se perdía. Sólo tenía que buscar en la ciudad de Camelot los dos fuegos del corazón parejos que tan bien conocía, pues los buscaba cada noche.

Encontrados. La madre y el pequeño fuego del corazón de su hija en desarrollo. No podía ver dentro de los fuegos del corazón como hacía Margaret, pero sí mirar dentro del cuerpo. Notaba si Margaret estaba hablando, pero no tenía ni idea de lo que decía. Oía los latidos del corazón, percibía la respiración, sabía si estaba molesta o tranquila, pero no podía saber por qué.

Estaba comiendo. Se encontraba tensa, los músculos rígidos, la actitud cauta. Dos compañeros a la mesa. Uno de ellos desconocido para él. El otro...

¿Era Calvin el que estaba sentado a la mesa frente a Margaret?

De inmediato Alvin hizo una inspección más cuidadosa de su esposa y su bebé. Nada interfería, los latidos del bebé eran regulares, no mostraba ninguna inquietud.

Por supuesto que no. ¿Por qué debía imaginar que Calvin era una amenaza para su familia? Calvin podía ser un muchacho extraño, lleno de celos y de ira fácil, pero no era un monstruo. No lastimaba a la gente, más allá de herir sus sentimientos. Sin duda su miedo era debido a las constantes advertencias que le hacía Margaret de que Calvin iba a hacer que lo mataran algún día. De suponer algún peligro para Margaret o el bebé, ella lo sabría de antemano y tomaría las medidas para impedirlo.

Calvin y Margaret cenando juntos. Era impensable. Apenas podía esperar a que Margaret tuviera tiempo de escribirle. Entonces se puso a pensar en ella y en cómo la echaba de menos y en cómo sería si los dos se asentaran en alguna parte sin sentir el peso del mundo sobre los hombros, si pasaran el tiempo juntos criando hijos y trabajando para ganarse la vida. Ningún Deshacedor que vigilar y repeler. Ninguna Ciudad de Cristal que construir. Ninguna guerra horrible que evitar. Sólo esposa, hijos, marido, vecinos, y con el tiempo nietos y tumbas, alegría y pesar: las sequías e inundaciones del río de la vida.

—¿Te has quedado dormido, Alvin? —preguntó Verily.

—¿Estaba roncando?

—Arturo ha terminado su historia. La historia de tu vida. ¿No estabas escuchando?

—Ya la había oído —dijo Alvin—. Además, estuve allí cuando sucedió, y no fue ni la mitad de entretenida que en el relato que Arturo cuenta.

—La cuestión es si la señorita Purity quiere ser miembro de nuestro grupo —dijo Verily.

—Entonces ¿por qué me lo preguntas a mí? —dijo Alvin.

Alvin miró a Purity, quien se sonrojó y apartó la mirada.

Arturo Estuardo miró con mala cara a Verily.

—¿Estás acusando a la señorita Purity de mentir?

—Estoy diciendo que si ha creído tu historia, entonces podría temer el gran poder interior de Alvin y dar por eso la respuesta que considera que la mantendría a salvo, en vez de la respuesta que corresponde a sus verdaderas inclinaciones.

—¿Y se supone que tengo que saber si está diciendo la verdad o no? —preguntó Alvin.

—Su corazón no es de madera —dijo Verily—, así que yo no oigo si late más lento o más rápido cuando responde.

—Ella es quien tiene el don para decir lo que siente la gente —dijo Alvin—. Margaret es quien ve en los fuegos del corazón de la gente. Yo sólo manejo cosas.

—Es usted demasiado modesto —le aseguró Purity—, si es cierto lo que sus discípulos dicen. Alvin se incorporó al oír eso. —¿Discípulos?

—¿No es lo que son? El maestro y sus discípulos deambulando por el desierto, esperando reclutar a otro.

—Les considero más bien un hombre perdido y sus amigos que desean perderse con él hasta que encuentre lo que está buscando —dijo Alvin.

—Usted no cree eso.

—No —dijo Alvin—. Son mis amigos, pero no están aquí por eso. Son compañeros soñadores. Quieren ver la Ciudad de Cristal tanto como yo, y están dispuestos a viajar miles de kilómetros para ayudarme a encontrarla. Purity sonrió débilmente.

—La Ciudad de Cristal. La Ciudad de Dios. Me pregunto a quién acabará ahorcando, ya que no podrá colgar a los brujos.

—No pretendo ahorcar a nadie —dijo Alvin.

—¿Ni siquiera a los asesinos? Alvin se encogió de hombros.

—Ellos se hacen ahorcar, no importa adónde vayan.

—Una vez que tenga los patíbulos, encontrará nuevos motivos para ahorcar a la gente.

—¿Por qué es tan despectiva? —preguntó Verily—. Nueva Inglaterra no ha añadido ningún crimen capital en los doscientos años que han pasado desde su fundación. Y algunos antiguos crímenes capitales no han pasado por el patíbulo en un siglo. No tiene ningún motivo para pensar que una sociedad decente se volverá loca con el poder de matar.

—Nueva Inglaterra no necesitó nuevos motivos —dijo Purity—, porque tenía una buena excusa. No importa lo que haga un hombre, si quieres verlo muerto, es un brujo.

—No sé —dudó Verily.

—Usted mismo lo ha dicho —argumentó Purity—. Todo el mundo tiene un don. Lo ocultan por temor y lo llaman humildad. Pero si alguien quiere matar a un hombre, sólo tiene que detectar su don y denunciarlo por ello. Así que todo el mundo puede ser eliminado en cualquier momento. ¿Quién necesita leyes, cuando las antiguas son tan amplias?

—¿Se ha vuelto tan cínica en las últimas horas? —preguntó Verily—. ¿O siempre ha tenido la peor concepción posible de la vida humana?

—La vida humana es perversa hasta el fondo —respondió Purity—, y sólo los elegidos de Dios se alzan por encima del mal humano y llegan a la bondad del cielo. Esperar el mal de los seres humanos es la mejor forma que conozco de evitar

sorpresas. Y cuando me sorprendo, siempre es por algo agradable.

—Hazle la pregunta y acabemos —dijo Alvin.

—¿Y si digo que no quiero viajar con ustedes?

—Entonces viajaremos sin usted —contestó Alvin.

—¿Sin hacerme ningún daño?

Verily Cooper se echó a reír.

—Aunque quisiéramos, Alvin no nos dejaría. Cuando una abeja lo pica, le devuelve el aguijón, la cura y la deja marchar por donde ha venido.

—Entonces mi respuesta es no —dijo Purity—. Me estarán buscando ya. Si quieren evitarse interrogatorios, sería mejor que me dejaran y continuaran con sus asuntos.

—No —se opuso Arturo Estuardo—. Tiene que venir con nosotros.

—¿Y por qué? —preguntó Purity—. ¿Porque has contado una buena historia?

—Le he dicho la verdad y usted lo sabe.

—Sí —admitió Purity, más amable—. Creías cada palabra que decías. Pero para mí no significa nada. No tengo nada que ver con lo que intentan ustedes hacer.

—¡Sí que tiene! —chilló Arturo Estuardo—. ¿No ha entendido mi historia? Alguien está a cargo de todo esto. Alguien le dio a Alvin el poder que tiene. Alguien condujo a su familia a la casa de Horace Guester, para que la pequeña Peggy estuviera allí para cuidarlo. ¿Por qué voló mi madre hasta un sitio tan cercano, sino para que yo estuviera allí esperando cuando Alvin regresara? Y Mike Fink, y Verily Cooper... ¿cómo llegaron a conocerlo? No me diga que fue por casualidad porque no lo creo.

—Ni yo —convino Purity.

—Entonces, quien fuera que nos guió hasta Alvin, o a él hasta nosotros, también la ha guiado a usted aquí hoy. Podría haber caminado por cualquier parte. Nosotros podríamos haber estado en cualquier parte del río, bañándonos. Pero aquí estamos, y aquí ha venido usted.

—No tengo ninguna duda de que algo nos ha unido —dijo Purity—. Pero ¿quién?

—No sé si es un quien —intervino Alvin—. Arturo piensa que Dios está a cargo de todo esto, y yo no lo dudo, porque Dios vigila el mundo entero, pero eso no significa que pase un tiempo añadido mirándome a mí. Tengo la impresión de que los dones tienden a unirse. Y el poder con el que nací es muy fuerte, así que funciona como un imán, atrae a otras personas fuertes y las une. No es sólo la buena gente la que se siente atraída hacia mí. A veces también me tocan más de los otros de lo que me gustaría. ¿Por qué querría Dios enviármelos?

Arturo Estuardo no pareció alterarse por el razonamiento de Alvin. Era evidente que ya habían hablado sobre aquel tema con anterioridad.

—Dios atrae a algunos, y el otro atrae a los otros.

—Los dos tipos de personas vienen de forma natural —dijo Alvin—. No te pongas a suponer qué hace Dios, porque al intentar una cosa así siempre se equivoca

uno.

—¿Y cómo sabes que se equivoca, a menos que creas saber cuál es la voluntad de Dios? —dijo Arturo. Parecía triunfal, como si por fin hubiera descargado un golpe sobre el argumento de Alvin.

—Porque sale mal —dijo Alvin—. Mira este lugar. Nueva Inglaterra lo tiene todo. Buena gente tratando de servir a Dios lo mejor que puede. Y lo hace, en su mayoría. Pero dedujeron que Dios quería que mataran a todos los que usan un don, aunque nunca hubieran descubierto si ese don viene de Dios o del diablo. Simplemente consideraron todos los dones cosa de brujería y se pusieron a matar gente en nombre de Dios. Así que aunque cumplan bien el resto de la voluntad de Dios, mira lo que le han hecho a la señorita Purity aquí presente. Mataron a sus padres y la metieron en un orfanato. No hace falta saber cuál es la voluntad de Dios para darte cuenta de que Nueva Inglaterra no la ha descubierto todavía.

—Hablan como catedráticos discutiendo un punto oscuro de la gramática latina, cuando el párrafo en sí es falso —dijo Purity—. Mi respuesta no cambia si fue Dios, la naturaleza o el propio Satán quien me condujo a ustedes. Es aquí donde se encuentra mi destino. Sea lo que yo sea, y me pase lo que me pase, mi historia empieza y termina con los... con Nueva Inglaterra.

—Con los tribunales de Nueva Inglaterra —puntualizó Verily.

—Eso dice usted.

—Con los patíbulos de Nueva Inglaterra —insistió Verily.

—Si Dios lo quiere —dijo Purity.

—No —replicó Verily—, iré al patíbulo sólo si usted lo quiere. •

—Al contrario. Conocerlos ha sido la lección más importante de mi vida. Hasta que he oído su historia estaba segura de que mis padres no podían haber sido brujos y por tanto se había cometido una gran injusticia. No creía realmente que existieran los brujos. Pero ahora he visto que sí. Usted tiene poderes muy superiores a los que Dios quiso que tuviera nadie aparte de los profetas o los apóstoles, señor Smith, y no tiene reparos en usarlos. Va por ahí reclutando discípulos y planeando construir una ciudad. Usted es Nimrod, el poderoso cazador contra el Señor, y la ciudad que pretende construir es Babel. Quiere elevar a la humanidad por encima del Diluvio hacia el cielo, donde será como Dios, sabedora de todas las cosas. ¡Usted es un servidor del diablo, sus poderes son brujería, sus planes anatema, sus creencias herejía, y si mis padres tuvieron una décima parte de su maldad merecieron morir!

Todos se quedaron mirándola en silencio. Arturo Estuardo tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

Finalmente, Alvin habló. A los otros, no a ella.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, muchachos —dijo—. Arturo, adelántate y dile a Audubon que se seque y se vista.

—Sí, señor —convino Arturo en voz baja, y se marchó.

—¿No va a discutir conmigo siquiera? —preguntó Purity.

Alvin la miró intrigado un segundo, luego se dirigió al lugar donde Mike Finch había ido a montar guardia. Sólo Verily Cooper se quedó con ella.

—Entonces admiten que lo que digo es cierto —dijo Purity.

Verily la miró con tristeza.

—Lo que dice es falso como el infierno. Alvin Maker es el mejor hombre que conozco en el mundo y no hay ni rastro de mal en él. No siempre tiene razón, pero nunca se equivoca, si entiende lo que quiero decir.

—Eso es lo que cabe esperar que un demonio diga de su amo, el diablo.

—Eso es —dijo Verily—. Lo que usted diga. Por eso vamos a renunciar a usted.

—¿Porque me atrevo a decir la verdad?

—Porque se ha contentado con convertir cuanto le hemos dicho en mentira.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso? —preguntó Purity.

—Porque si no cree esas estúpidas mentiras sobre nosotros, entonces tiene que admitir que se equivocaron al matar a sus padres; tendría que odiarlos y son la única gente que conoce. Sería una mujer sin país, y como ya es una mujer sin familia, no puede dejarlos.

—¿Ve cómo el diablo retuerce mi amor hacia mi país y trata de volverlo contra mí?

Verily suspiró.

—Señorita Purity, sólo puedo decirle una cosa: haga lo que haga en las próximas horas y días, espero que tenga oportunidad de juzgar entre Alvin Smith y la ley de Nueva Inglaterra. En algún lugar de su interior hay un sitio donde la verdad es verdad y las mentiras resbalan como el aceite en la lluvia. Mire en ese sitio y verá qué es actuar como Cristo.

—Cristo es justo y misericordioso —dijo Purity—. Sólo los malvados dicen que Cristo es sólo perdón. Los píos recuerdan que denunció el pecado no arrepentido, y declaró la verdad del fuego eterno que espera a quienes se niegan a hacer el bien.

—También tuvo palabras fuertes para los hipócritas y los locos, que yo recuerde —dijo Verily.

—¿Quiere decir que me considera una hipócrita?

—Al contrario. La considero una loca.

Ella le abofeteó la cara.

Como si no lo hubiera tocado, él continuó con voz suave:

—Ha quedado como una tonta con el daño que le han hecho y por el hecho de que el mal en este sitio sea tan poco comparado con el bien. Pero eso no significa que no sea real y no la haya envenenado, y no la vaya a matar al final.

—Dios vive en Nueva Inglaterra.

—Viene aquí de visita y visita otros lugares, y me atrevo a decir que encuentra mucho de lo que alegrarse en estas granjas y aldeas. Un jardín del alma. Pero sigue estando lleno de serpientes, como cualquier otro lugar.

—Si tienen planeado matarme, será mejor que lo hagan rápido, porque ahora voy

a denunciarlos y hacer que los persigan —aseguró Purity.

—Entonces márchese ya —le recomendó Verily—. Nos encontrarán o no, dependiendo de lo que decida Alvin. Y si nos encuentran, recuerde esto: todo lo que él quiere es que la gente tenga una posibilidad de ser feliz. Incluso usted.

—¡Mi felicidad no depende de un brujo!

—Muy bien —dijo Verily—. Pero hasta ahora los brujos de los que dependía estaban muertos.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, su rostro enrojeció; lo habría abofeteado otra vez, pero recordó que no servía de nada. Así que se dio la vuelta y echó a correr hacia el bosque, y casi chocó contra Alvin y Mike Fink que regresaban por el camino. Un momento después, se marchó.

—Creo que has perdido, Very —comentó Alvin—. ¿O era ése tu plan?

—No está en su mejor momento —dijo Verily. Miró a Mike, Arturo y Alvin—. Bueno, es hora de que nos pongamos las botas de siete leguas, ¿no?

Alvin le sonrió.

—¿No preferirías que te atáramos al mástil y pasáramos ante la sirena?

Verily se sorprendió.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que he visto cómo la mirabas. Ha removido algo en tu interior.

—Claro que sí —dijo Verily—. Se ha visto acosada por la necesidad de ocultar su notable don, y ahora descubre que sus padres murieron por la misma causa. Tiene que distinguir entre ella y los que practican la brujería a sabiendas. Tiene que trazar la línea de la virtud y ponerse en el lado adecuado sin negar lo que es y lo que sabe. He vivido esa vida, aunque mis padres fueron lo suficientemente afortunados para seguir viviendo. Comprendo algo de lo que ella ha experimentado.

—Un momento poco conveniente para sufrir una crisis de fe, ¿no te parece? —dijo Alvin.

—No saques esto de quicio —dijo Verily—. Como le he dicho a ella, si nos denuncia a las autoridades nos encontrarán o no dependiendo de lo que tú decidas. Mike hizo una mueca. —Eso es fácil.

En ese momento aparecieron Arturo Estuardo y un goteante y medio vestido Audubon.

—Se ha ido —dijo Arturo Estuardo.

—Menos mal. Lo digo por la forma en que voy vestido —puntualizó Audubon.

—Ha ido a denunciarnos —dijo Mike Fink—, y nosotros aquí papando moscas.

—Es Alvin quien tiene que decidir si corremos o esperamos —advirtió Verily—. Puede que no nos denuncie.

—O puede que sí —dijo Mike—. Y si lo hace, mejor que no estemos aquí.

Pero Verily y Alvin se miraban mutuamente, sopesando alguna cuestión que los otros no habían captado.

—¿Por qué motivo iba yo a elegir que nos encontrarán? —preguntó Alvin.

Verily siguió sin contestar.

—Para salvarla a ella —dijo Arturo Estuardo. Ahora todos miraron al muchacho. Arturo miró a Alvin con la misma intensidad que Verily un momento antes. Alvin tuvo la clara impresión de que se suponía que debía entender alguna explicación no expresada en voz alta.

—¿Cómo podríamos salvarla, dejándonos capturar? —preguntó Alvin.

—Porque tal como está actuando, se va a hacer matar. A menos que la salvemos.

Mike Fink se interpuso entre ellos.

—A ver si me aclaro. ¿Quieres que nos encierren y nos juzguen por brujos para salvarla a ella?

—¿Cómo va a ayudarla que nos encierren? —dijo Alvin.

—¿Cuántos pájaros podré pintar en la cárcel? —preguntó Audubon.

—No estarías mucho en la cárcel —le aseguró Verily—. Los juicios contra los brujos son notablemente rápidos.

—¿Qué tiene una mujer que hace que su vida valga la vida de cuatro hombres y un muchacho? —exigió saber Mike.

Verily se rió, exasperado.

—¿En qué estás pensando, Mike? Éste es Alvin Smith. El creador del Arado de Oro. ¿Cuánto tiempo supones que nos dejaría estar dentro de la cárcel?

—Realmente no quieres dejarla atrás, ¿verdad, Verily? —dijo Alvin—. Ni tú tampoco, Arturo Estuardo, ¿no?

—Claro —dijo el muchacho.

—Eso es —sentenció Verily.

—Santo cielo —dijo Mike, sarcástico—. ¿Estamos hablando de amor?

—¿Quién está enamorado? —preguntó Arturo.

—Verily Cooper está enamorado de la señorita Purity —dijo Mike Fink.

—No lo creo —puso en duda Verily.

—Debe de estarlo —dijo Mike—, porque la dejó marchar para que nos denunciara a las autoridades y quiere que nos arresten porque piensa que eso la hará sentirse mal y cambiará de opinión acerca de nosotros y rectificará su testimonio contra nosotros y luego decidirá acompañarnos. Lo cual es un buen plan, excepto en la parte en que nos ahorcan y ella se arrodilla al pie del patíbulo llorando a moco tendido y sintiéndose la mar de mal.

Arturo Estuardo miró a Verily, calculador.

—¿Crees que podría cambiar de opinión acerca de nosotros si nos arrestaran?

—Mike se equivoca —dijo Verily—. No cuento con la pena, sino con el miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó Alvin.

—Miedo al funcionamiento de la ley. Ahora mismo ella cree que la ley es justa, y por tanto nosotros y sus padres merecemos morir. Cambiará de opinión rápidamente cuando vea cómo son los juicios.

—Has hecho una cadena bien larga con un solo eslabón —opinó Mike.

—Dale una oportunidad —pidió Arturo Estuardo.

Alvin miró a Arturo, luego a Verily. ¿Quién habría pensado que aquel hombre y aquel muchacho serían rivales en el amor?

—Podría merecer la pena intentarlo —dijo.

—Si me arrestan, cogerán mis cuadros y los destruirán —dijo Audubon.

—Os pondré a salvo a tus pinturas y a ti —lo tranquilizó Alvin.

—¿Y si te matan, qué pasará con mis pinturas?

—No me importará —dijo Alvin.

—¡Pero a mí sí!

—No, no te importará —dijo Arturo Estuardo—. Porque si matan a Alvin, a ti también.

—¡A eso voy! —exclamó Audubon—. ¡Huyamos! Esa canción verde de la que hablas, para escondernos en el bosque mientras corremos muy rápido. ¡Canta!

—Lo que tengo en mente —propuso Alvin— es más bien un paseo por la ribera del río. Y recordad, todos vosotros... no confeséis nada. Nada de brujería. Ni dones. Ni siquiera admitas que eres francés, John-James.

—Yo no estoy dispuesto a mentir bajo juramento —advirtió Arturo Estuardo.

—No mientas, sólo niégate a contestar —le pidió Alvin.

—Entonces es cuando te torturan —dijo Verily—. Cuando te niegas a decir sí o no.

—Bueno, te ahorcan cuando dices sí —dijo Alvin—, y yo no he oído que te suelten si lo niegas.

—Si no respondes, puedes morir sin ser juzgado siquiera.

Alvin empezó a reírse.

—Ahora lo entiendo. Tú quieres ir a juicio. Esto no tiene nada que ver con Purity ni con estar enamorado ni nada de eso. Quieres enfrentarte a las leyes contra los brujos.

—Bueno, pues yo no —aseguró Mike Fink—. Y no tendré que responder bajo juramento si alguien me pregunta si he servido alguna vez a Satán.

—Me parece que si quieres pasar un día en los tribunales, Verily —dijo Alvin—, deberías hacerlo como abogado, no como acusado.

—Y no deberías arrastrar contigo a gente que no quiere ser juzgada —apostilló Mike Fink.

—Y no es que nos fuera a causar daño a ninguno —dijo Alvin.

Audubon alzó los brazos al cielo.

—¡Escuchadlo! Alvin tiene el... orgullo. Se cree capaz de salvar a todo el mundo.

—Lo soy —dijo Alvin—. Es un hecho.

—Entonces quedémonos y salvémosla a ella —propuso Arturo Estuardo—. No hace falta que nos arresten para lograrlo.

—Quiero hacer más que salvar su cuerpo de la muerte —dijo Verily.

—Por favor, no nos digas qué más quieres hacer con su cuerpo —repuso

Audubon.

Verily lo ignoró.

—Quiero que aprenda la verdad sobre sus padres y sobre ella misma. Quiero que esté orgullosa de su don. Quiero que se una a nosotros para construir la Ciudad de Cristal.

—Está muy bien querer todas esas cosas —convino Alvin—. Pero en este momento tengo un claro recuerdo de los meses que pasé en la cárcel, allá en Río Hatrack, y tengo que decir que no deseo que ninguno de vosotros pase ni una hora en un lugar semejante.

—¡Sí! ¡La sabiduría de Salomón! —exclamó Audubon.

—Lo cual no quiere decir que no comprenda tu actitud, Very. Y en cuanto a ti, Arturo Estuardo, entiendo que a un joven como tú le guste ver a una damisela entrando directamente en el cubil del dragón y que esté dispuesto a desenvainar la espada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Arturo.

—San Jorge —le aclaró Alvin—. Y el dragón.

—El chico no me deja matar pájaros —comentó Audubon—, pero dragones...

Mike Fink parecía confundido.

—No hay dragones por aquí.

—Poneos en fila detrás de mí —les pidió Alvin—, y no digáis nada, y no toquéis nada, y no os separéis del camino que yo marque.

—Así que la dejarás a su merced —dijo Verily.

—Te prometo, Very, que tendrás todo cuanto quieres.

Verily asintió. Alvin miró a Arturo Estuardo para que hiciera en silencio la misma promesa, y el chico asintió también.

Todos se alinearon tras él a la orilla del río. Alvin empezó a andar, luego aumentó el ritmo, echó a trotar, a correr. Al principio a los demás les costó trabajo seguirlo, pero luego empezaron a oír una especie de música, no de instrumentos, no el tipo de música que uno canta o baila, sino el sonido del viento en las hojas y los pájaros cantando, el parloteo de las ardillas y el zumbido de los insectos, el alto chisporroteo blanco de la luz del sol sacando el rocío de la hojas, el lánguido rumor del vapor de agua destilándose en el aire. El sonido de sus pisadas se mezcló con la música y el mundo a su alrededor se convirtió en un borrón verde que contenía cada hoja, cada árbol, cada pedazo de tierra y los convertía en una sola cosa; y los corredores fueron parte de esa cosa, y su carrera fue parte de la canción, y las hojas se abrieron para dejarlos pasar, y el aire los refrescó y los arroyos los soportaron sin que sus pies se mojaran y en vez de sentirse cansados o sin aliento se sintieron jubilosos, llenos de la vida que los rodeaba. Podrían haber corrido así eternamente.

Entonces, momentos después, la canción verde empezó a desvanecerse. Los árboles se redujeron a una franja de madera a lo largo del río. Los campos cultivados contenían una música muda, tonos graves de miles de vidas idénticas. Los edificios

rompieron la canción por completo, grietas de silencio que eran casi dolorosas. Ellos se tambalearon, sintieron el golpeteo de sus pies contra el suelo, que ahora era duro, y las ramas tironearon de sus miembros al pasar. Corrieron, trotaron, caminaron y finalmente se detuvieron. Como un solo ser se apartaron de los campos y edificios, de la ciudad de Boston con los mástiles de los barcos de la bahía, más altos que los edificios, y se volvieron río arriba, hacia el lugar por donde los había traído la canción verde.

—*Mon Dieu* —dijo Audubon—. He volado en alas de los ángeles.

Permanecieron en silencio un poco más. Y luego Arturo Estuardo habló.

—¿Dónde está Alvin? —dijo.

Alvin no estaba allí. Mike miró a Verily Cooper con el ceño fruncido.

—Mira lo que has hecho. —¿Yo?

—Nos ha quitado de en medio y se ha quedado atrás para que lo arresten —dijo Mike—. He jurado protegerlo y ahora lo obligas a hacer algo así.

—No le he pedido que hiciera esto solo —argumentó Verily.

Arturo Estuardo se volvió hacia el camino, de regreso al bosque.

—¿Adónde vas? —preguntó Verily.

—De vuelta a Cambridge. No puede estar tan lejos. El sol apenas se ha movido en el cielo.

—Es demasiado tarde para detener a Alvin —aseguró Mike.

Arturo lo miró como si estuviera loco.

—Lo sé —dijo—. Pero él espera que volvamos y le ayudemos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Audubon—. ¿Te ha dicho lo que planeaba?

—Nos lo ha dicho a todos. Sabe que Verily quiere tener un juicio de brujos. Así que Alvin ha decidido que él será el brujo. Verily tiene que ser el abogado. Y los demás, los testigos.

—Pero la muchacha nos denunciará también —dijo Audubon.

Verily asintió.

—Eso es. Sí, eso es. Así que quiero que vosotros tres esperéis en el bosque hasta que yo venga a recogeros.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Mike.

—No lo descubriré hasta que hable con Alvin —dijo Verily—. Pero recordad esto: el único cargo que cuenta en un juicio por brujería es «¿Te gobierna Satán?». Así que ésa es la pregunta que tenéis que responder. Nada acerca de dones o poderes ocultos. Sólo sobre Satán. Nunca lo habéis visto, nunca habéis hablado con él o con ningún demonio, él nunca os ha dado nada. ¿Podéis jurar que ésa es la verdad? Todos se echaron a reír y accedieron. —Entonces, cuando llegue el momento de declarar, ésa es la única pregunta a la que contestaréis. Para las demás, poned cara de tonto.

—¿Y yo qué? —dijo Audubon—. Soy católico.

—Puedes hablar de eso también. Ya verás. Si soy la mitad de bueno de lo que me formaron para ser, nada de esto llegará jamás a juicio. —Se reunió con Arturo en el

sendero—. Vamos. Ahora es trabajo legal. Y si todo sale bien, tendremos a Alvin ubre y a la señorita Purity como compañera de viaje.

—¡Yo no quiero viajar con ella! —protestó Mike Fink—. ¡Mirad todos los problemas que nos ha causado ya!

—¿Problemas? —dijo Verily—. Estaba atontado de tanto aburrirme en Nueva Inglaterra. Todo es tan pacífico aquí... Todo va como la seda. La mayoría de las disputas se zanja pacíficamente, los vecinos se suelen llevar bien, la gente es feliz una extraordinaria cantidad de tiempo. ¡Soy abogado, por el amor de Dios! ¡Estaba a punto de volverme loco!

Al principio el reverendo Study no le hizo caso. —Puedo comprender que te fascine la idea de los brujos, pero es cosa del pasado, mi querida Purity.

—Han alardeado de ello —dijo Purity—. Yo no se lo he preguntado.

—Es eso, ¿sabes? —argumentó el ministro—. Ellos no son de Nueva Inglaterra, y los forasteros tienden a mofarse de nuestra estricta obediencia a las escrituras. Se estaban burlando de ti.

—No se burlaban —dijo Purity—. Y si se niega usted a ayudarme, iré directamente a los alguaciles.

—No, no —dijo Study—. No debes hacer eso. —¿Por qué no? El testimonio de una mujer es válido en los tribunales. ¡Incluso el de una huérfana, creo!

—No es cuestión de... Purity, ¿te das cuenta del problema al que te enfrentas con estas descabelladas acusaciones?

—No son descabelladas. Y sé qué es lo que usted intenta no decir... que mis padres fueron ahorcados por brujos.

—¡Qué! —exclamó Study—. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién difunde esas calumnias?

—¿Va a decirme que no es verdad?

—No tengo ni idea, pero no puedo creer que sea cierto. No ha habido un juicio por brujería en esta parte de Nueva Inglaterra desde hace... desde mucho antes de que nacieras. —Pero el juicio no fue aquí. Fue en Netticut.

—Bueno, eso está un poco lejos, ¿no? ¿Por qué en Netticut?

—Reverendo Study, cuanto más hablemos, más lejos huirán esos hombres. Y uno de ellos es un papista, un francés, llegado aquí con falsas pretensiones. Han estado fingiendo que es mudo.

El reverendo Study suspiró.

—Ya veo que no tiene usted ningún respeto por mí, igual que los demás —se quejó Purity.

—¿De eso se trata? ¿De ganar respeto?

—¡No!

—Porque ésa no es la forma de conseguirlo. Recuerdo los juicios de Salem. Bueno, no es que los recuerde en persona, ni siquiera estuve allí, pero la vergüenza de esa ciudad todavía persiste. Tantos muertos por el testimonio de un grupo de

muchachas histéricas. Las chicas no fueron castigadas, como ya sabes. Vivieron su vida, en la medida en que su conciencia se lo permitió, porque fue imposible que los jueces supieran qué acusaciones eran maliciosas y cuáles producto de autoengaños e histeria colectiva.

—Yo no soy un grupo, ni una histérica.

—Pero tales acusaciones despiertan cierto escepticismo.

—Eso es una tontería, reverendo Study. La gente cree en la brujería. Todo el mundo lo hace. ¡Es algo que comprueban en las fronteras! ¡Predican... no, usted predica contra ella en las reuniones!

—Todo es muy confuso. Yo predico contra el intento de usar poderes ocultos. Aunque existan, no deberían ser usados para obtener ventaja sobre tu vecino, ni para ganar buena fama entre tus amigos. Pero la acusación formal de brujería requiere alegaciones de contactos con Satán, de maleficios. Dependiendo de quiénes sean los interrogadores, puede que haya preguntas sobre *sabbaths* de brujos, se pedirán nombres. Estas cosas se escapan de las manos.

—Naturalmente, mentirán sobre Satán. No me han dicho nada al respecto.

—Claro. No es brujería, ¿ves?

—¿Pero no es eso lo que esperamos? —dijo Purity—. ¿No esperamos que un brujo mienta?

—¡Eso es lo que sucedió en Salem! —exclamó Study—. Empezaron a interpretar las negativas como mentiras, como intentos de encubrir la penetración de Satán en la comunidad. Pero más tarde se descubrió, se dieron cuenta de que nunca había habido brujería y de que todas las confesiones obtenidas habían sido motivadas por el deseo egoísta de salvar la propia vida, mientras que los únicos que fueron ahorcados fueron los que se negaron a mentir.

—¿Está diciendo que cree que la Biblia se equivoca al decir que no debemos permitir que los brujos vivan?

—No, no, por supuesto que si se encuentra un brujo hay que... actuar, pero...

—He encontrado un brujo, reverendo Study. Por favor convoque al consejo de ciudadanos para que me ayuden a obedecer las órdenes que el Señor dio en la Biblia.

Asqueado de corazón, el reverendo Study se puso en pie.

—No me dejas elección.

—Igual que ellos no me la dejaron a mí. Study se detuvo en la puerta y, sin mirarla, dijo:

—¿No comprendes que muchos resentimientos largamente acumulados pueden liberarse con este tipo de cosas?

—Esos hombres son intrusos aquí. ¿Qué resentimiento puede tener nadie contra ellos? Los jueces serán honestos. Mi testimonio será honesto.

Study apoyó la cabeza en el marco de la puerta y casi susurró su respuesta.

—Ha habido rumores. Sobre ti.

Purity sintió un escalofrío de miedo recorrer su cuerpo, haciéndola temblar por un

instante. Su suposición era correcta. Sus padres murieron por ser brujos, como había adivinado.

—Razón de más, entonces, para que yo demuestre que soy leal a las Escrituras y enemiga de Satán.

—El fuego quema todas las manos que lo tocan.

—Yo sirvo a Dios, señor. ¿Y usted?

—A veces se sirve mejor a Dios obedeciendo sus dictados más piadosos. No juzguéis para no ser juzgados. Piensa en eso antes de acusar con el dedo.

Y con esas palabras se marchó.

Purity se quedó sola en el despacho del reverendo Study, su biblioteca, en realidad, tan repleto estaba de libros. ¿Cómo tenía tantos? ¿Los había leído todos de verdad? Purity nunca había tenido oportunidad de estudiar los títulos. Libros de escritura piadosa, naturalmente. Antologías de sermones anotados. Comentarios sobre las escrituras. ¿Libros de leyes? Interesante... ¿había pensado en estudiar leyes en alguna ocasión? No, era ley eclesiástica.

Con varios libros sobre acusaciones a brujos, investigación acerca de brujos, purificación de brujos. El reverendo Study podía pretender que no le preocupaban esos asuntos, pero era dueño de esos libros, lo que significaba que en algún momento debió haber planeado tratar ese tema. No había estado «presente» durante los juicios de Salem, que fueron celebrados en la parte oriental de Massachussetts. Eso podía significar que no había nacido todavía; ¿cuándo habían tenido lugar? Al menos hacía un siglo, quizás siglo y medio. Pero había estado relacionado con juicios a brujos en alguna parte. Sí, sabía de estas cosas, y le preocupaban mucho.

Cogió el libro *Sobre la investigación de la brujería, la magia y otras prácticas satánicas*, pero no fue capaz de abrirlo. Había oído decir que solían torturar a los acusados. Pero ésa no debía ser la costumbre hoy en día. Las leyes eran estrictas y según ellas no podía obligarse a nadie a autoinculparse. Desde que se formaron los Estados Unidos en las colonias centrales y pusieron esa regla en su Acta de Derechos, el mismo principio se había aplicado también en Nueva Inglaterra. No habría torturas.

El libro se le abrió solo en las manos. ¿Pudo evitarlo? Quedó abierto por un lugar concreto, marcado y muy subrayado. Cómo interrogar a una bruja que espera un hijo.

¿Estaba mi madre embarazada de mí cuando fue arrestada y juzgada?

El niño es inocente ante la ley, siendo no nacido y por tanto inmune al pecado original. El pecado original se adhiere al niño sólo tras su nacimiento, y por tanto emprender acciones que pudieran dañar al nonato sería como castigar a Adán y Eva en el jardín antes de la caída: una injusticia y una afrenta a Dios. «Le di un poco más de vida a mi madre. La salvé siendo... sí, mi mismo nombre, siendo pura, inmaculada, intacta del pecado original. ¿Cuántas semanas, cuántos meses le di?

»¿O consideró ella que eso también era una tortura? ¿Ya había sido ahorcado mi padre mientras ella languidecía en prisión, esperando su propio juicio mientras lloraba por él y por la criatura que llevaba en el vientre, condenada a ser huérfana?

¿Habría preferido morir? ¿Deseaba no haber tenido ningún hijo?».

Tendría que haber pensado en eso antes de entregarse a prácticas prohibidas. «Dones», los llamaban en las partes malvadas de la tierra. Dones concedidos por Dios, los había llamado aquel herrero ambulante, mientras intentaba engañarla. Pero la verdadera naturaleza de los falsos regalos de Satán pronto quedaría clara. Los dones que estos brujos usaban procedían de Satán. «Y como sé que nunca he tenido tratos con Satán, entonces los pequeños talentos que tengo no pueden ser un poder oculto. Sólo soy observadora, eso es todo. No convierto en oro un arado de hierro, como lo que contó ese Arturo Estuardo... un arado que baila porque está poseído por espíritus malignos como el cerdo de Gadarene».

Temblaba de incontenible nerviosismo. Parecía miedo, aunque no tenía nada que temer. También era un alivio, como si estuviera recibiendo algo que había esperado mucho tiempo. Entonces advirtió por qué: su madre la llamó Purity para mantenerla apartada del pecado. Hoy se había enfrentado a la tentación de Satán en forma de aquel herrero vagabundo y su tropa de brujos menores, y por un momento sintió aquellos terribles deseos. El abogado le resultaba atractivo, el mocoso mulato era encantador y el propio Alvin parecía suficientemente modesto y tranquilo... y su sueño de la Ciudad de Dios tan real y deseable, que anheló unirse a ellos.

¡Así tuvo que ser seducida su madre por el diablo! Sin comprender, sin estar a la defensiva, cayó en la trampa. Quizás fue el padre de Purity quien sedujo a su madre, igual que Verily Cooper había estado llamándola a ella en la orilla del río, evocando extraños sentimientos y ansias y susurrando en su mente que eso era amor. Tenía que ser el diablo quien la hacía pensar esas cosas. ¡Casada con un brujo! ¡Atrapada igual que su madre! «¡Oh, Padre nuestro que estás en el cielo, te doy las gracias por salvarme! ¡Soy una pecadora como todos los demás, pero si Tú me has elegido entre los tuyos, alabaré tu nombre eternamente!».

Oyó los rápidos pasos en la escalera. Cerró el libro y volvió a colocarlo en el estante. Cuando la puerta se abrió, el reverendo Study y los miembros del consejo la encontraron sentada en una silla, los ojos cerrados, las manos unidas sobre el regazo, la pose clásica del alma que se niega a ser tocada por los males del mundo.

El reverendo Study declinó ir con ellos a capturar a los brujos. «Bueno, peor para él —pensó Purity—. Que los que son de corazón más fuerte hagan lo que hay que hacer».

Los caballos servirían de poco en la orilla del río. Uno de los miembros del consejo, Ezekial Shoemaker, se llevó a un grupo de jinetes de sombrío aspecto río abajo, para tratar de bloquearles la huida, mientras que otro, Hiram Peaseman, se quedó con sus hombres y Purity y siguieron el camino que los brujos debían haber tomado.

—¿Por qué está tan segura de que han ido río abajo? —preguntó Peaseman, un hombre de aspecto severo que, hasta ahora, siempre había asustado a Purity un poco.

—Han dicho que se dirigían a Boston, no importaba lo que yo hiciera.

—Si son brujos, ¿por qué no nos mentirían para despistarnos?

—Porque en ese momento querían persuadirme para que me uniera a ellos.

—Eso sigue sin demostrar que no mintieran —opinó Peaseman.

—Han dicho muchas mentiras, se lo aseguro, pero decían la verdad cuando han comentado que se dirigían a Boston.

Peaseman clavó su mirada helada sobre ella.

—¿Cómo sabe que eso no era también una mentira?

Por un momento Purity sintió que el antiguo temor la abrumaba. ¿Había revelado su poder oculto?

Y entonces su nueva confianza regresó. No era un poder oculto.

—Soy muy observadora —dijo—. Cuando la gente miente, lo demuestra con los pequeños detalles.

—¿Y nunca se equivoca?

Habían dejado de andar y los otros hombres estaban también reunidos a su alrededor.

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo Dios es perfecto, señorita —dijo uno de los otros hombres.

—Claro que tienen razón —dijo Purity—. Y sería orgullo por mi parte decir que nunca me equivoco. Lo que quiero decir es que si me he equivocado, no me di cuenta.

—Entonces ellos podrían haber mentido —dijo Peaseman—, sólo que lo hicieron un poco mejor que los demás. Purity se impacientó.

—¿Van a quedarse aquí, dejando que los brujos escapen, todo porque no saben si creerme o no respecto al camino que han tomado? ¡Si no me creen, entonces bien pueden dudar de todo lo que he dicho y volver a casa!

Arrastraron los pies un poco, algunos de ellos, y ninguno habló durante un momento hasta que Peaseman cerró los ojos y dijo lo que todos estaban pensando.

—Si son brujos, señorita, tememos que nos pongan una trampa y usted nos conduzca hacia ella, sin quererlo.

—¿No tienen fe en el poder de Cristo y su protección? —preguntó Purity—. Yo no tengo ningún miedo. Satán promete un poder tremendo a sus lacayos, pero los traiciona siempre. Síganme si se atreven.

Avanzó atrevidamente hacia el sendero, y pronto oyó sus pasos detrás. En unos instantes la rodearon, luego la adelantaron, abriendo el camino.

Por eso fue la última en ver por qué se detenían a cincuenta varas del río. Allí estaba sentado Alvin Smith, apoyado en un árbol con las manos tras la cabeza. Le sonrió cuando emergió de entre la multitud.

—Vaya, señorita Purity, no tenía por qué venir a enseñarme el camino a Boston ni molestar a estos hombres para que me ayudaran a encontrarlo.

—Es el brujo jefe —dijo Purity—. Se llama Alvin Smith. Sus compañeros deben de estar cerca.

Alvin miró alrededor.

—¿Compañeros? —La miró, con aspecto aturdido—. ¿Está teniendo visiones? —
Se volvió hacia los hombres—. ¿Ve esta muchacha cosas que no están?

—No se dejen engañar —les advirtió Purity—. Están cerca.

—¿Lo recuerdo mal, o me ha llamado brujo hace un minuto? —preguntó Alvin.

—Lo ha hecho, señor —respondió Peaseman—. Y como miembro del consejo del pueblo de Cambridge, es mi deber invitarle a que venga con nosotros para ser interrogado.

—Responderé a todas las preguntas que tengan para mí —dijo Alvin—. Pero no veo por qué debo regresar en vez de continuar mi viaje.

—Yo no soy la ley, señor —dijo Peaseman—. Ni el juez tampoco. Me temo que tendremos que llevarlo de un modo u otro.

—Bueno, elijamos un modo y no el otro —propuso Alvin—. Por mi propio pie, desatado, aceptando libremente su hospitalaria invitación.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Peaseman.

—Sí, así es como lo preferimos, señor. Pero nos perdonará si lo atamos para que no escape.

—Pero si le doy mi palabra de no hacerlo —dijo Alvin.

—Perdónenos, señor. Si es declarado inocente, tendrá mis disculpas. Pero cabe preguntarse si la acusación es cierta y, si lo es, las ataduras son más seguras para todos, ¿no cree?

Por respuesta, Alvin ofreció las manos para que se las ataran. Sin embargo, Peaseman no quiso dejarse engañar y se las ató a la espalda.

—No es una buena cuerda —le comentó Alvin.

—Apuesto a que es buena —dijo Peaseman.

—No, no aguantará un nudo —respondió Alvin—. Mire. Estiró un poco las manos y el nudo de la cuerda se soltó. Peaseman miró desconcertado la cuerda, que ahora colgaba flácida en su mano.

—Era un buen nudo.

—Un buen nudo en una mala cuerda no es mejor que un mal nudo —dijo Alvin—. Creo que fue el viejo Ben Franklin quien lo dijo. En *Pobre Richard*.

El rostro de Peaseman se ensombreció un poco.

—Háganos el favor de no citar las palabras de ese brujo.

—No era ningún brujo —dijo Alvin—. Era un patriota. Y aunque hubiese sido tan malvado como... como el papa, las palabras siguen siendo verdad.

—Quédese quieto —le pidió Peaseman. Volvió a atar el nudo, más tenso esta vez, y lo redobló.

—Trataré de mantener las manos quietas para que no se suelte —dijo Alvin.

—Está jugando con usted —le advirtió Purity—. ¿No ve que todo esto es su poder oculto? ¿No reconoce al diablo cuando lo ve?

Peaseman se la quedó mirando.

—Veo a un hombre y una cuerda que no aguanta un nudo. ¡Quién ha oído jamás que el diablo dé a un hombre el poder de desatar nudos? Si así fuera, ¿cómo se podría ahorcar a uno?

—Se está burlando de usted —insistió Purity.

—Señorita, no sé en qué la he ofendido —dijo Alvin—. Pero ya es bastante duro que te tilden de brujo, sin ser acusado de causar todo lo que pasa. Si uno de estos hombres resbala y cae al río, ¿será cosa mía? Si la vaca de alguien enferma en el barrio, ¿me echarán la culpa a mí?

—¿Oyen sus maldiciones? —dijo Purity—. Será mejor que cuiden de su ganado y que pisen con cuidado al volver a casa.

Los hombres se miraron unos a otros. La cuerda resbaló de las manos de Alvin y cayó al suelo. Peaseman la recogió: el nudo se había aflojado visiblemente.

—Le doy mi palabra de que no escaparé —dijo Alvin—. ¿Cómo podría huir con tantos hombres cerca aunque quisiera? Correr no me serviría de nada.

—¿Entonces por qué han huido sus compañeros? —exigió Purity.

Alvin miró a los hombres, consternado.

—No me acompaña nadie, espero que todos puedan verlo.

Purity se enfureció.

—Había cuatro, tres hombres y un muchacho mulato al que salvó de la esclavitud cambiando su naturaleza, y otro, un pintor francés que es un papista y finge ser mudo, y un barquero que trató de matarlo y usted usó sus poderes para quitarle un hechizo tatuado en la piel, y el último era un abogado inglés.

—Discúlpeme, señorita, ¿pero no parece eso más un sueño que un grupo de gente que viaja junta? ¿Con qué frecuencia ve usted a abogados de Inglaterra con chicos del campo como yo?

—¡Mató a un hombre con su don! ¡No lo niegue! —exclamó Purity, furiosa, casi llorando por sus descaradas mentiras Alvin pareció anonadado.

—¿Ahora se me acusa de asesinato? —Miró de nuevo a los hombres, mostrándose temeroso ahora—. ¿A quién se supone que he matado? Espero tener un juicio justo y que aporten ustedes testigos si me van a acusar de asesinato.

—Aquí nadie ha sido asesinado —dijo Peaseman—. Señorita Purity, le agradecería que guardara silencio y nos dejara llevarnos a este hombre.

—Pero está mintiendo, ¿es que no lo ven?

—El tribunal puede decidir la verdad.

—¿Qué hay del arado? El chico negro contó que este hombre hizo un arado de oro que siempre lleva consigo pero no enseña a nadie, porque está vivo y sus propios compañeros lo vieron moverse una vez. Si eso no es una prueba de poder satánico, ¿qué es? Peaseman suspiró.

—Señor, ¿tiene usted un arado como el que ella describe?

—Puede buscar en mi saco —respondió Alvin—. De hecho, agradecería que alguien me lo llevara, ya que contiene mi martillo y mis tenazas, que es como decir

mi medio de ganarme la vida. Está al otro lado del árbol caído. Uno de los hombres fue y recogió la bolsa.

—¡Ábralo! —exclamó Purity—. Ahí dentro está el arado.

—No hay ningún arado en ese saco, ni de oro ni de hierro ni de bronce ni de latón —aseguró Alvin.

—Tiene razón —confirmó el hombre que sostenía el saco—. Sólo un martillo y tenazas. Y una hogaza de pan duro.

—Hay que ponerlo una hora en remojo antes de poder comérselo —dijo Alvin—. A veces pienso que mis tenazas se ablandarían más rápido que ese pan. Los hombres se rieron un poco.

—Y así el diablo les engaña poco a poco —dijo Purity.

—Se acabó la charla —zanjó Peaseman—. Sabemos que usted lo acusó, y no hace falta insistir en el tema. No hay ningún arado en este saco y si nos acompaña pacíficamente, no hay ninguna necesidad de atarlo.

—Y así los condujo cuidadosamente al infierno —sermoneó Purity.

Peaseman manifestó su ira por primera vez. Se acercó a ella y la miró con mala cara desde su impresionante altura.

—He dicho que se acabó la charla por hoy, señorita, mientras llevamos al prisionero a Cambridge. A ninguno de nosotros le gusta oír que dice que nos dejamos engañar por Satán.

Purity quiso abrir la boca y acusarlo a él y a todos los hombres por dejar que aquel palurdo de habla engañosa los convenciera a pesar de que ella lo había acusado de ser un servidor del infierno. Pero al final advirtió que no era posible persuadirlos, porque Alvin simplemente seguiría poniendo cara de inocente y de tranquilo, con lo que ella parecería más y más loca cuanto más se enfadara.

—Me quedaré y buscaré el arado —dijo.

—No, señorita, me alegraría que nos acompañara ahora —dijo Peaseman.

—Alguien tiene que buscarlo. Sus compinches sin duda están cerca, esperando para llevárselo.

—Tanto más motivo para que no se quede sola —dijo Peaseman—. Venga, señorita. Ahora hablo con la autoridad del pueblo, no sólo le hago una petición amable.

Había un retintín amenazador en sus palabras.

—¿Me está arrojando a mí? —preguntó ella, incrédula.

Peaseman puso los ojos en blanco.

—Señorita, todo lo que estoy haciendo es pidiéndole que me deje hacer mi trabajo como la ley dice que debo hacerlo. Según la ley y el sentido común no puedo dejarla aquí expuesta al peligro, y con un prisionero al que no se puede amarrar necesito a todos estos hombres conmigo. —Peaseman miró a dos de los hombres—. Ofrecedle vuestro brazo a la señorita, muchachos.

Con exagerada cortesía, los dos hombres extendieron sus brazos. Purity advirtió

que tenía pocas opciones.

—Caminaré sola, gracias, y me estaré callada.

Peaseman sacudió la cabeza.

—Eso es lo que le he pedido hace muchos minutos y muchas más palabras. Ahora le pido que acepte sus brazos y no discuta más, o el siguiente paso no será tan liberal.

Ella se agarró a los dos brazos ofrecidos y caminó en silencio, entristecida, mientras que Alvin charlaba muy contento sobre el tiempo, caminando libremente delante. Los hombres se rieron varias veces por su ingenio y sus historias, y a cada paso ella sentía la amargura de la bilis. «¿Soy la única que sabe que el diablo tiene un rostro amistoso? ¿Soy la única que ve a través de este brujo?».

CESTA DE ALMAS

—¿Qué crees que estás buscando? —preguntó Honoré. Habían pasado el calor del día en los muelles y chorreaban de sudor.

La tarde se acercaba y no había indicios de que el calor fuera a menguar.

—Almas —dijo Calvin—. En concreto, el robo de almas.

Estaban a la sombra de una pila de cajas vacías, viendo cómo un barco recién llegado atracaba en el muelle. Honoré parecía curioso.

—Si la transacción que vi en los muelles tiene algo que ver con los fuegos del corazón perdidos... que no son almas tal como las describen los curas, entonces no fue un robo. Dieron los muñecos libremente.

—A veces el robo no lo parece. ¿Y si creen que los están prestando, pero no pueden recuperarlos? ¿Qué hay de eso?

—¿Y si nos estás metiendo en algo peligroso? ¿Has pensado en eso?

Calvin sonrió.

—No nos pueden hacer daño.

—Esa declaración es tan claramente falsa que no merece la pena contestarla.

—Creo que no comprendes de lo que soy capaz.

Desde el muelle tendieron una plancha hasta una abertura en la borda del barco.

—Son una tripulación la mar de sucia, ¿no te parece? ¿Portugueses, tal vez?

—Si decido que tú y yo no vamos a sufrir daño, no lo sufriremos —dijo Calvin.

—Oh, ¿entonces puedes leer mentes como tu cuñadita? —No hace falta leer mentes cuando tienes el poder de derretir el cuchillo en la mano de un hombre.

—Pero *monsieur le Genio*, no todos los cuchillos se ven con antelación.

—Yo los veo.

—¿Nada te sorprende jamás?

Antes de que Calvin pronunciara la primera sílaba de «nada», Honoré le golpeó el cogote. Calvin se tambaleó hacia delante y se giró, agarrándose el cuello.

—¿Qué demonios crees que has demostrado con eso?

—Que se te puede hacer daño.

—No, has demostrado que no se puede confiar en ti.

—¿Ves a qué me refiero? —dijo Honoré—. Cuando te sientes a salvo es cuando resultas más vulnerable. Y ya que eres lo suficientemente estúpido para sentirte a salvo siempre, entonces eres vulnerable siempre.

Los ojos de Calvin se convirtieron en estrechas rendijas.

—No me sentía siempre a salvo. Me sentía a salvo contigo.

—Pero últimamente hemos estado juntos todo el tiempo. —Honoré volvió a

sonreír—. Estás a salvo de mí. No soy el orgulloso poseedor de ningún don útil y no llevo ninguna arma y estoy demasiado ocupado estudiando a la humanidad para molestarme en dañar a ningún individuo humano. Pero estar a salvo de mí no significa que estés a salvo conmigo.

—No me sermonees, pedorro latoso.

—Me alabas demasiado. El ajo, el vino, la sopa de cebolla y el rico queso se combinan para hacer que el pedo *française* sea el mejor de todos los pedos posibles. Voltaire lo dijo.

Calvin no se rió.

—Mira —apuntó—. Mira a ese esclavo. No tiene nada que hacer.

—Tienes buen ojo. Está esperando.

—¿Es tu hombre?

—Yo observo lo que los hombres hacen. No pretendo poder decir si dos negros, uno de espaldas, otro de frente, ambos desde lejos y con ropa idéntica a la que llevan la mitad de los esclavos en Nueva York son de hecho el mismo hombre. —¿Estás diciendo que es él? Honoré suspiró.

—Digo que no puedo asegurarlo.

—Entonces dilo. No te pongas a hacer frases retorcidas. Honoré lo ignoró. Tambaleándose y con los ojos entrecerrados, la espalda encorvada, los ojos escrutando, los primeros negros aparecieron en la cubierta.

—Es un barco de esclavos.

—Bueno, ya lo sabíamos —dijo Calvin.

—Y también lo «sabíamos» de los otros tres barcos que han llegado hoy sin ningún esclavo a bordo.

—Sabíamos que era un barco de esclavos porque hay hombres blancos en cubierta con porras acolchadas. No hacen falta para cargar cajas.

—Me gustaría ser tan listo como tú —dijo Honoré. El negro al que habían estado mirando antes, que podía ser o no el que Honoré había visto recogiendo muñecos, se adelantó con dos cubos de agua y una cesta. Con la cabeza gacha, procurando no mirar a los ojos a ninguno de los blancos del muelle, le dijo algo al contraamaestre de a bordo, que le mandó acercarse al pie de la plancha.

—¡No, negro idiota! —La voz del contraamaestre llegó claramente al lugar donde esperaban Calvin y Honoré—. ¡Espera allí! ¡Si empiezas a cortarles el paso en la plancha entonces se caerán al agua! Estúpido, estúpido, estúpido.

Para cuando acabó con su retahíla de estúpidos, el negro de los cubos había agachado la cabeza y llegado al lugar indicado.

—Lo sabía —dijo Honoré.

—¿Qué sabía?

—Sabía dónde ponerse —aclaró Honoré—. Se ha puesto a caminar antes de que el hombre le señalara el lugar.

—¿Por qué querría enfadar al contraamaestre?

—Para que crea que es estúpido.

—El contramaestre ya creía que lo es. Siempre piensan que todos los negros son estúpidos.

—¿De veras? —dijo Honoré—. Opinan que algunos son más estúpidos que otros.

Los primeros esclavos, encadenados por los tobillos y los brazos, avanzaron tambaleándose y bajaron por la plancha. Luego se dirigieron al agua. El aguador maldijo por lo bajo y derramó un montón. Calvin usó su poder para echar un vistazo de cerca. En efecto, cada esclavo sostenía un pequeño artículo hecho de trozos de tela y astillas de madera y pedacitos de hierro.

—Es nuestro hombre —dijo Calvin—. Pero ¿qué te ha hecho pensar que le estaban entregando muñecos?

—Le eché un buen vistazo a uno. Era más grande que los demás. Era un muñeco.

—Bueno, los otros no lo son.

—Pero son algo, ¿me equivoco?

—Oh, son algo, sí. Ojalá pudiera preguntarles qué es. Cómo meten poderes en esas cosas.

—¿Qué son, si no son muñecos?

—No son nada. Quiero decir que no se parecen a nada. Tela anudada, cuerdas, hilos, hierro, madera, trozos de esto y lo otro. No hay dos iguales.

—Ah, quién tuviera el don de la esposa de tu hermano.

—Lo descubriremos muy pronto.

—¿Pero no es irónico que nos pasemos todo el día vigilando y observando, y ahora que hemos encontrado a este hombre sigamos sin tener ni idea de lo que está haciendo cuando ella lo sabe ya?

—¿Qué te hace pensar que lo sabe todo? —quiso saber Calvin.

—Porque puede ver en el fuego del corazón de ese hombre. Nos ha observado todo el día, y en el momento en que nosotros lo hemos visto a él ha podido dar un salto y mirar en su interior y saberlo todo.

—Maldición —renegó Calvin, mirando molesto a Honoré—. No irás a decirme que notas que te está mirando.

—No tengo que notar nada —dijo Honoré—. Sabía que lo haría porque es curiosa. Habrá visto en nuestros fuegos del corazón que íbamos a buscar a este hombre, así que nos habrá vigilado. Obvio.

—Para ti.

—Para mí, por supuesto. Soy la principal autoridad mundial en el tema de la conducta de los seres humanos.

—En tu opinión.

—Pero verás, soy el tipo de hombre que siempre piensa que es el mejor del mundo en todo lo que hace. Igual que tú. Es una de las cosas en las que somos iguales.

Calvin sonrió.

—Es verdad.

—La diferencia entre nosotros es que yo tengo razón en esa opinión.

Calvin volvió a entornar los ojos.

—Algún día dejaré de fingir que pienso que estás bromeando cuando dices esas cosas.

—¿Qué harás para castigarme, hacer que me despierte bajo un seto con un terrible dolor de cabeza y la ropa empapada de orina?

Las mujeres bajaban ahora, desnudas hasta la cintura y atadas, no encadenadas juntas, aunque las cuerdas les habían magullado las muñecas y tobillos lo suficiente para hacerles sangre.

—La esposa de tu hermano ya sabe el nombre de ese aguador y dónde vive y qué ha tomado para desayunar —dijo Honoré.

—Sí, bueno, nosotros lo sabremos muy pronto. —¿Crees que no advertirá que dos hombres blancos lo siguen?

Calvin sonrió con picardía.

—Como te decía, puedo hacer lo que haga falta. Puedo seguirlo sin que nos vea o sin que sepa que le siguen.

—¿Usando tu poder?

—Claro.

—Pero no conoces todos los poderes ocultos que podría tener ese negro. ¿Cómo sabes que no capturará tu poder y lo hará prisionero?

Calvin empezó a rechazar esta idea, pero luego se puso serio.

—Sabes, sería un tonto si pensara que no es peligroso sólo porque se hace el bobo delante del contramaestre.

—¡Estás aprendiendo a recelar! ¡Estoy orgulloso de ti!

—Pero mi poder no tiene que entrar en él ni nada de eso.

—Bien —dijo Honoré. Pero pudo ver que ahora Calvin estaba preocupado.

Cada una de las esclavas recién llegadas tenía algo para entregar al hombre. Las mujeres no eran tan confiadas como los hombres. No los llevaban en la mano ni en las escasas ropas que vestían... lo escupieron directamente en el cazo.

—Algunas tienen dos —dijo Calvin—. Dos objetos mágicos.

Cuando había algo en el cazo, el aguador siempre lo ponía en el cubo de la derecha. Estaba acumulando toda una colección.

Al final de la fila había una docena de niños, de aspecto más aterrado y débil que los adultos. Ninguno tenía nada para el aguador.

—Las mujeres que tenían dos —dijo Honoré.

—Sí. Para los niños.

Mientras los servía, el aguador volcó torpemente el cubo de la derecha, derramando el agua sobre los tablones calientes del muelle. Sirvió al resto de los niños del otro. Cuando terminaron de ser servidos, vieron por qué había derramado una parte, porque uno de los marineros agarró el cubo que todavía tenía agua y lo

volcó en la espalda del último niño. Esto resultó estruendosamente gracioso para los estibadores blancos. Mientras ellos se reían, el aguador se arrodilló, sacó todo lo que había en el otro cubo, y lo metió en la pequeña cesta que llevaba.

Pero no había terminado aún. El contraamaestre lo detuvo justo cuando se disponía a marcharse del muelle.

—¿Qué llevas ahí? —exigió, señalando la cesta.

—No sé qué ha metido ahí mi amo —respondió el aguador.

—Sé de una cosa que será mejor que pongas aquí.

Los dos hombres se miraron en silencio un buen rato, hasta que por fin el aguador sonrió y miró al cielo y rebuscó en su cesta.

—Soy tan estúpido, jefe, tan estúpido, se me olvidaba.

Sacó una moneda y se la ofreció al contraamaestre.

—¿Dónde está el resto? —preguntó el contraamaestre.

—Es todo lo que me han dado.

—Vamos, Dinamarca —insistió el capataz.

—Ah —susurró Honoré—. Hemos descubierto su nombre.

—Será mejor que lo sea —dijo Calvin—. Desde luego no es ningún escandinavo.

—Te diré una cosa —amenazó el capataz—. Le diré que me has dado un penique y veremos qué dice.

—Pero le he dado un chelín —dijo Dinamarca.

—¿Crees que lo creerá si le digo lo contrario?

—Hará que me azoten, y eso no le conseguirá más dinero —respondió Dinamarca.

—Sal de mi muelle.

—Es usted un hombre amable, jefe. —Dinamarca fue haciendo reverencias y asintiendo mientras retrocedía. Luego se dio la vuelta y recogió los cubos, pero antes de que pudiera levantarse el capataz plantó un pie en su trasero y lo envió al suelo. Los estibadores y marineros se echaron a reír. Pero los esclavos que esperaban en fila a los oficiales de aduanas no se rieron. Y el propio Dinamarca, cuando se levantó, no parecía divertido. Pero Calvin y Honoré vieron cómo se recuperaba y esbozaba una sonrisa tonta antes de mirar alrededor.

—Es usted un hombre gracioso, jefe —sentenció Dinamarca—. Siempre me hace reír.

Con exagerado cuidado, Dinamarca recogió los cubos sin darle la espalda al capataz. Y se detuvo y miró hacia atrás un par de veces para asegurarse de que nadie venía para volver a darle una patada. Sus payasadas hicieron que el blanco siguiera riéndose después de que se hubiera marchado.

Mientras tanto, los esclavos recién llegados no le quitaron los ojos de encima.

—Les está enseñando cómo sobrevivir aquí —dijo Honoré.

—¿Te refieres a cabrear a un hombre blanco? Eso sí que es inteligente.

—No es ningún estúpido —le aseguró Honoré—. Es astuto. Les enseña a los

demás que deben hacerse los tontos y hacer reír a los blancos. Deben procurar que los blancos se diviertan y sientan desprecio, pues eso impedirá que sientan temor y furia.

—Probablemente. O tal vez le dan patadas en el culo de vez en cuando.

—No —dijo Honoré—. Te digo que soy la autoridad en naturaleza humana. Lo hace a propósito. Después de todo, es el que recoge sus almas.

—Creía que habías dicho que no eran almas.

—He cambiado de opinión. Míralos. Ahora les falta el alma.

Miraron a los negros atados y encadenados, mientras los inspectores de aduanas los examinaban, los desnudaban, comprobaban sus orificios corporales como si fueran animales. Lo soportaron con facilidad. La expresión de temor que tenían cuando salieron a la luz había desaparecido. Y también la intensidad con la que habían mirado a Dinamarca mientras se llevaba sus fetiches o lo que fueran. Realmente ahora parecían animales.

—Han sido vaciados, cierto —dijo Calvin—. Todos tenían fuegos del corazón al salir de ese barco, y fuertes, pero ahora se han aflojado como una hoguera que se convierte en cenizas.

—Lo sabían —dijo Honoré—. Estaban preparados antes de salir del barco. ¿Cómo lo sabían?

—Tal vez sea una de las cosas que Margaret podrá contarnos más tarde.

—Si alguna vez vuelve a hablarnos.

—Nos hablará. Es una persona agradable. Y empezará a sentirse culpable por habernos cargado el precio de la cena de anoche.

—Lo sabían —dijo Honoré—. Y todos consintieron. Le entregaron su alma en la mano.

—Lo que quiero saber es dónde las guarda y qué hace con ellas.

—Entonces debemos acudir a tu cuñada y preguntárselo, ya que estás tan seguro de que hablará con nosotros.

Calvin se lo quedó mirando.

—Ya lo estoy siguiendo. No puede ver mi poder.

—O no te demuestra que lo ve —dijo Honoré.

—Llevo haciendo esto más tiempo que tú. Lo sé.

—¿Entonces por qué estás temblando?

Calvin se volvió hacia él y lo arrinconó contra las cajas.

—Porque apenas puedo contenerme para hacer que tu corazón... deje... de latir.

Honoré pareció sorprendido.

—¿Perdiste el sentido del humor bajo el seto?

Calvin retrocedió, sólo levemente aplacado.

—Una cosa que no eres es divertido —dijo.

—Pero si practico, tal vez me vuelva gracioso.

—El gracioso soy yo —dijo Calvin. Retrocedió, dejando espacio a Honoré para sostenerse en pie sin apretar su cuerpo contra las cajas—. ¿O es que perdiste tú el

sentido del humor bajo el seto?

—Los dos somos tipos graciosos —dijo Honoré—. Sigamos al hombre con la cesta de almas. Tengo que saber qué hace con ellas.

—Está atravesando una puerta.

—¿Dónde?

—En Blacktown —informó Calvin—. Hay basura por todas partes. Sólo otro fuego del corazón más en la casa. —Silbó—. Es tan brillante.

—¿Qué es tan brillante? —preguntó Honoré.

Calvin no respondió.

Honoré se acercó más a él.

—No es justo que no me lo digas.

Calvin lo miró estúpidamente.

—¿Decirte qué?

Margaret estaba sentada ante su escritorio redactando su carta diaria a Alvin. Nunca las enviaba. Podría haberlo hecho, ya que siempre sabía dónde estaba él y adonde se dirigía. Pero ¿por qué hacerle buscar oficinas de correo en todas las ciudades que visitaba? Mejor esperar hasta las últimas horas del día, antes de la puesta de sol. Fuera lo que fuese lo que él estuviera haciendo, se detenía y dejaba que sus pensamientos se volvieran hacia ella. Más exactamente, enviaba su poder a mirarla. Él no podía leer sus pensamientos, pero sí podía ver cómo se movían sus brazos, sus dedos; podía sentir la pluma, el papel. Ella la mojaba en la tinta solamente para que él pudiera asomarse y ver lo que había escrito. Margaret sabía que podía ver las palabras que formaba sobre el papel tan claramente como si mirara por encima de su hombro. Ella hacía preguntas; cuando estaban a medio formar, encontraba la respuesta en la memoria de Alvin.

Sabía que era un acuerdo irregular. Ella podía ver sus más íntimos pensamientos, incluso sentimientos de los que él apenas era consciente. Podía ver sus opciones desplegarse ante él, podía verlas estrecharse de nuevo cuando elegía. Él no tenía secretos para ella. Margaret, por otro lado, podía mantener en secreto lo que quisiera, excepto el estado de su cuerpo. Él podía tranquilizarla y hacerle saber que el bebé iba bien; podía preocuparse porque ella trabajaba demasiado. Pero sus pensamientos le quedaban cerrados. No parecía justo.

Y sin embargo a Alvin no le importaba... no le importaba de verdad, ni siquiera parecía advertirlo. Ella sabía que había varios motivos para esto. Primero, Alvin era un tipo abierto, poco dado a mantener secretos. Sabía guardarlos, por supuesto, pero una vez que confiaba en alguien, le contaba toda la historia, sin dejar nada en el tintero, le perjudicara o no. A veces a los demás les parecía que fanfarroneaba, cuando las cosas que había hecho eran notables. Pero no eran fanfarronadas ni confesiones. Simplemente informaba de lo que había en su memoria. Así que para él no resultaba ninguna carga dejarla mirar en su fuego del corazón.

Un segundo motivo para esta falta de resentimiento, sin embargo, la preocupaba.

A él simplemente no le importaba. No le importaba que conociera sus secretos, y tampoco le importaba no conocer los suyos. ¿Podría haber sido más curioso! ¿Significaba eso que no la amaba? ¿Traicionaba algún egoísmo fundamental? No, Alvin era generoso de espíritu. Simplemente, no sentía curiosidad ninguna por las minucias de sus pensamientos. Se contentaba con saber lo que ella le decía. Confiaba en ella. Eso era, confianza, no falta de amor.

El tercer motivo, y probablemente el más importante, era también el menos satisfactorio. Alvin aceptaba por hecho todo lo relacionado con Margaret, como parte del mundo natural que lo rodeaba. Aunque no lo supo hasta más tarde, ella lo había vigilado durante toda su infancia y le había salvado la vida muchas veces. Le había enseñado, disfrazada como una vieja maestra solterona. Igual que el sol había brillado sobre él cada día, lo mismo había hecho ella por él. La tomaba por una cosa hecha. Tenerla dentro de su mente era tan natural como respirar.

«Ni siquiera soy el tiempo en su vida. Soy más bien el clima. No, más bien el calendario. Hay vacaciones, pero el resto del tiempo pierde la noción, sabiendo que los días pasarán uno a uno no importa cómo los nombre».

«No debes pensar así. Escribe».

«Queridísimo Alvin. Te echo de menos más que nunca. Calvin es un muchacho muy desagradable, lo opuesto a ti, y sin embargo cuando oigo su voz me recuerda la tuya».

Sólo que las cartas no eran realmente escritas de forma tan agradable. En cuanto ella veía que él comprendía, dejaba de escribir una palabra y saltaba adelante. La carta decía realmente: «QA, te ec más q. C es un much muy desg, lo op a t, y si em cuand oig su vz me rec la tu».

Era difícil imaginar a alguien sacándole sentido a aquellos fragmentos de palabras garabateados con letra infantil en vez de la elegante escritura de Margaret, ya que las mayúsculas eran más fáciles para que Alvin las detectara desde la distancia.

Siguió escribiendo: «Creo que eres tonto por permanecer en esa cárcel aunque sea una sola noche. Sal de ahí, reúnete con tus compañeros y vuelve a casa. No me importa demasiado la señorita Purity. Tiene algunos buenos futuros pero no son probables, y es posible que haga un gran daño si te quedas y la sacas de Nueva Inglaterra».

La pregunta de él: «¿Entonces puede hacerse?».

«Sí, pero...».

«¿La ahorcan si no nos la llevamos?».

Margaret sabía que una respuesta sincera no dejaría a Alvin más opción que la de quedarse.

«La muerte no es lo peor del mundo —escribió—. Todos vamos a morir, y si la ahorcan por bruja hay bastantes probabilidades de que eso conduzca a la abolición de la pena de muerte por brujería y a una mejora notable de las prisiones. Así que su muerte hace mucho bien».

En la mente de Alvin vio la respuesta de inmediato, pero ya la sabía sin tener que mirar, pues estaba en su carácter: «Tratemos de conseguir el mismo fin sin dejar que la cuelguen».

Diciendo la verdad, ella había garantizado que Alvin se quedara en aquella cárcel. Escribió: «¿No fueron suficientes el encarcelamiento y el juicio del año pasado?». Él la ignoró, y formó una pregunta en su mente: «¿Calvin? ¿Qué quiere?».

«Ser tú —escribió ella—. O, si no lo consigues, destruir todo lo que tú consigas. Sedujo a una dama provocándole una lujuria irresistible. ¿Puedes hacer eso?».

Su respuesta: «Nunca lo había pensado. ¿Quieres que lo haga?».

«¡No! Ni mientras no estés aquí en persona, torturador».

«Voy a ser torturado».

«Van a intentarlo. Disfrutarás del ejercicio».

La conversación habría continuado un rato, pero entonces llamaron con insistencia a la puerta.

«Alguien llama», escribió.

Buscó los fuegos del corazón al otro lado de la puerta y encontró uno. Fishy.

—Pasa.

—Dos hombres blancos han venido a verla, señora.

«Visitantes», escribió.

Buscó los fuegos del corazón abajo, pero sólo encontró a un hombre que venía a visitarla.

«Honoré de Balzac —escribió—. El compañero de Calvin en sus andanzas. Debo bajar. ¿Mañana?».

Y su respuesta: «Mañana. Siempre. Te quiero».

Con un nudo en la garganta, Margaret dobló el papel y lo apartó. Quedaba aún mucha página para escribirle más cartas a Alvin.

Abajo, Balzac se levantó de la silla. Era tan saltarín como una rana en una sartén.

—*Monsieur* Balzac —empezó Margaret.

—Tiene que ayu-yu-darme con Calvin —dijo Balzac, su excelente inglés un poco atascado—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Margaret—. No está aquí, si se refiere a eso.

—Pero lo está, *madame*. Está aquí pero no está aquí. ¡Mire!

Cuando miró hacia donde él señalaba, se sorprendió al ver que Calvin estaba en efecto allí, sentado en un banco de madera, dando pequeños botes y mirando al vacío. ¿Cómo podía no haber advertido que estaba con Balzac cuando buscó fuegos del corazón antes de bajar las escaleras?

Porque su fuego del corazón no estaba allí. O más bien, era un fuego del corazón del tamaño de un ratoncito, y no había ningún futuro en él, sólo una especie de aturdida conciencia del presente. Como si Calvin estuviera viendo sus propias acciones a través de una visión periférica.

Como si Calvin fuera un esclavo.

Pero no. Los esclavos de Camelot seguían teniendo fuego del corazón. Débil, con su verdadero nombre perdido, sus pasiones empantanadas y perdidas, su futuro concentrado en unos pocos estrechos senderos. Más, desde luego, de lo que quedaba dentro de Calvin. Conservaba el nombre, pero poco más. Y en cuanto a futuro y pasado, eran una densa niebla. Destellos y sombras aparecían, pero no podía sacarles ningún sentido. En concreto, Margaret no localizaba su poder.

—Llevemos a mi querido cuñado al jardín para conversar —dijo Margaret.

Balzac asintió, aliviado claramente de que ella hubiera captado con tanta rapidez la situación.

El jardín se hallaba a la sombra de la casa. No habiendo nadie cerca para oírlos, Margaret escuchó a Balzac contar su historia; mientras hablaba, repasó los mismos acontecimientos de memoria: el día en los muelles; la descarga de esclavos; el aguador llamado Dinamarca; los trocitos de cosas anudadas que eran entregados o escupidos en el cazo; Calvin siguiendo a Dinamarca con su poder.

—Se lo he advertido —dijo Balzac—. No ha querido escuchar.

—Nunca lo ha hecho.

—¿Nunca? —preguntó Balzac—. Creí que no lo conocía usted hasta hace una semana.

—Mi desgracia es conocer profundamente a todo el mundo que conozco —dijo Margaret—. Calvin no es un hombre prudente. Ni usted tampoco.

—Como un guijarro es a la luna, así es mi imprudencia comparada con la de Calvin.

—Cuando se esté muriendo de la enfermedad que ustedes llaman «mal inglés» y los ingleses llaman «mal francés», cuando su mente le falle, cuando esté ciego y deteriorado, no querrá recordar haber considerado su imprudencia una tontería —dijo Margaret.

—*Mon Dieu*. ¿He oído mi destino?

—Un final muy probable de su vida —le explicó Margaret—. Muchos senderos conducen allí. Pero claro, hay otros muchos senderos donde es usted más prudente con las compañías que frecuenta.

—¿Qué hay de la suerte?

—No creo demasiado en la suerte —le aseguró Margaret—. No ha sido por suerte por lo que nuestro amigo Calvin ha perdido el alma.

—¿Cómo ha podido perderla si el diablo ya la tenía? Balzac sólo bromeaba a medias.

—¿Qué sé yo de almas? He estado intentando comprender a qué han renunciado los esclavos de esta ciudad. En Appalachee no hacen esto, y me pregunto si es porque tienen alguna esperanza de escapatoria. Mientras que aquí la esperanza no existe. Por tanto, para seguir vivos, deben ocultarse de su desesperación.

—Calvin no estaba desesperado.

—Oh, lo sé. Ni proporcionó a su captor trocitos de cuerda y tela. Pero claro, esos

artilugios pueden ser la forma que tienen los negros de conseguir lo que Calvin hace con su don innato: separar una parte de sí mismo de su cuerpo.

—Estoy convencido. Pero ¿qué parte? ¿Y cómo vamos a recuperarla?

Margaret suspiró.

—*Monsieur* Balzac, parece usted pensar que soy mejor persona de lo que realmente soy. Pues no estoy segura de que desee ayudar a Calvin a recuperarse.

Contempló el rostro vacío de Calvin. Una mosca se posó en su mejilla y entró y salió brevemente por los agujeros de su nariz. Calvin no hizo ningún intento por espantarla.

—Los esclavos funcionan mejor —dijo Margaret—. Y sin embargo, no parece que esté sufriendo.

—Comprendo que cuanto mejor se conoce a *monsieur* Calvin, más se desea dejarlo en este estado de docilidad. Pero claro, debe usted considerar unas cuantas cosas más. —¿Como cuáles?

—Como que yo no soy pariente de este hombre, ni tengo ninguna responsabilidad hacia él. Sin embargo, usted es su cuñada. Por tanto, puedo marcharme, y me marcharé, sin él de este jardín. ¿Qué hará usted con el cuerpo? Todavía respira... hay gente que quizá la critique si lo entierra, aunque yo nunca hablaría mal de una decisión semejante.

—*Monsieur* Balzac, debería considerar unas cuantas cosas usted también.

—¿Como cuáles? —Balzac la imitó con una sonrisa.

—Como que usted no tiene ni idea de cuánto de nuestra conversación oye Calvin, por muy ensimismado que parezca.

Los esclavos oyen lo que se les dice. Aún más, no hay sitio en la Tierra donde usted pudiera ir sin que Calvin lo encontrara para vengarse de la forma en que se le antoje.

Balzac vaciló un poco.

—*Madame*, me ha pillado con una mentira. Nunca dejaría a mi querido amigo en semejante estado. Pero esperaba que esa amenaza de hacerla responsable la convenciera para ayudarme a salvarlo, pues no tengo ni idea de cómo buscar su alma, o de cómo liberarla si la encuentro.

—Me parece algo mucho más decente que amenazarme de modo inconveniente.

—Porque es usted una mujer de virtud.

—Porque me avergüenza parecer egoísta —dijo Margaret—. No hay ninguna virtud que no pueda ser descrita como un vicio.

—¿Sí? Nunca he tenido necesidad de hacerlo. En pintar vicios como virtudes, en eso sí que tengo experiencia. —Balzac le sonrió.

—Tonterías —le aseguró Margaret—. Usted nombra vicios y virtudes por lo que son. Ése es su don.

—¿Yo? ¿Tengo un don?

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de Calvin?

Balzac se calló un momento, los ojos cerrados.

—«En Blacktown —dijo—. Hay basura por todas partes». Oh, y un momento antes mencionó que atravesaba una puerta. Así que quizás está dentro. Sí, en una casa, porque recuerdo que dijo: «Sólo otro fuego del corazón más en la casa». Y luego lo último que dijo fue: «Es tan brillante».

—Una luz —dijo Margaret—. Una casa con otro fuego del corazón dentro. Además del que pertenece a ese Dinamarca. Y algo brillante. Y entonces lo cogieron.

—¿Puede encontrarlo? —preguntó Balzac.

Margaret no respondió. En cambio, miró vacilante a Calvin. ¿Cree que será incontinente? ¿Cómo dice? —preguntó Balzac.

—Estoy especulando sobre el mejor lugar para llevarlo. Creo que debería quedarse con usted. —¿Por qué no me sorprende?

—Si tiene problemas para orinar o defecar, creo que causará menos escándalo si usted le ayuda.

—Admiro su prudencia —reconoció Balzac—. Supongo que también he de proporcionarle comida y bebida.

Margaret abrió el bolsito que llevaba dentro de la manga y le tendió a Balzac una guinea.

—Mientras usted atiende sus necesidades físicas, yo buscaré su poder perdido.

Balzac lanzó la guinea al aire y la cazó al vuelo. —Buscarlo es una cosa. ¿Lo traerá de vuelta?

—Eso está más allá de mi poder —dijo Margaret—. Llevo hechizos bien hechos, pero yo no sé cómo realizarlos. No, lo que haré es averiguar dónde está y descubrir quién lo retiene. Sospecho que en el proceso encontraré las almas de los esclavos de Camelot. Aprenderé cómo se hace. Y cuando posea la información...

Balzac hizo una mueca.

—¿Escribirá un tratado sobre el tema?

—Nada tan inútil como eso —dijo Margaret—. Se lo diré a Alvin y veremos qué puede hacer él.

—¡Alvin! ¿La vida de Calvin depende del hermano que odia por encima de todas las demás criaturas de la Tierra?

—Me temo que el odio fluye solamente en una dirección —comentó Margaret—. A pesar de mis advertencias, Alvin parece incapaz de advertir que el compañero de juegos de su infancia ha sido asesinado por el hombre que habitualmente vive en este cuerpo. Así que Alvin insiste en amar a Calvin. —¿No le cansa estar casada con un lunático? Margaret sonrió.

—Alvin me ha cansado toda la vida —dijo.

—Pero... no, déjeme decirlo por usted... «Pero el cansancio es una alegría, porque me he agotado a su servicio».

—Se burla usted de mí.

—Me burlo de mí mismo —le confesó Balzac—. Hago el payaso: el hombre que

pretende ser tan sofisticado que encuentra divertidos los buenos sentimientos, cuando la realidad es que cambiaría todos sus sueños por saber que una mujer de extraordinaria inteligencia experimenta tales sentimientos hacia él.

—Se ha creado a sí mismo como un personaje de novela —dijo Margaret.

—Le he desnudado mi alma y me llama usted falso.

—Falso no. Más verdadero que la simple realidad.

Balzac hizo una reverencia.

—Ah, *madame*, que nunca tenga que enfrentarme a críticos de visión tan penetrante como la suya.

—Es usted un hombre profundamente sentimental —dijo Margaret—. Finge ser duro, pero es blando. Finge ser distante, pero su corazón cae en la trampa una y otra vez. Finge ser pretencioso y burlarse de sí mismo, cuando de hecho sabe que en realidad es el genio que finge estar fingiendo ser.

—¿Lo soy?

—¿Qué, no lo he halagado lo suficiente?

—Mi inglés todavía no es perfecto. ¿Puede combinarse la palabra «halago» con la palabra «suficiente»?

—No lo he halagado —dijo Margaret—. En cada sendero de su futuro donde empieza a escribir, de su pluma surge un aluvión de vidas y pasiones tal que su nombre será conocido durante siglos y en todos los continentes.

Los ojos de Balzac se llenaron de lágrimas.

—Ah, Dios, me has enviado a un ángel con la señal.

—Esto no es el camino de Emaús.

—Era el camino de Damasco lo que tenía en mente.

Ella se echó a reír.

—Nadie podría dejarlo ciego. Ve con su corazón tan verdaderamente como yo.

Balzac se acercó a ella, y le susurró. No, formó las palabras con los labios, contando con que ella comprendiera su corazón sin oír el sonido.

—Lo que no puedo ver es el futuro y el pasado. ¿Puedo librarme de Calvin? Lo temo como no temo a ningún hombre vivo.

—No tiene nada que temer de él —le aseguró Margaret—. Calvin lo ama y quiere su admiración más que la de cualquier hombre, excepto uno.

—Su marido.

—Su odio hacia Alvin es tan intenso que no le queda odio verdadero para usted. Si pierde su admiración, será una simple picadura de pulga en comparación con perder el respeto de Alvin.

—¿Y qué es eso comparado con mi picadura? ¿Una picadura de abeja? ¿Una mordedura de serpiente? ¿Una amputación?

Margaret sacudió la *cabeza*...

—Ahora está usted pidiendo ser halagado. Lléveselo a casa, *monsieur* Balzac. Trataré de encontrar su fuego del corazón en alguna casa de Blacktown.

CAZA DE BRUJAS

Hezekiah Study no podía concentrarse en el libro que intentaba leer, ni en el sermón que necesitaba escribir, ni siquiera en la pera que debía comer. Tenía varios mordiscos, y sabía que tenía que haberlos dado él, pero todo lo que recordaba eran pensamientos temerosos y vacilantes sobre todo. «Purity, joven idiota. Él vendrá, ¿no lo sabes? Él vendrá, porque siempre viene, y porque tu nombre está presente y sabe quién eres, oh, sí, te conoce, quiere tu vida, quiere acabar el trabajo que empezó antes de que nacieras».

Así pasó la tarde, hasta que por fin se levantó una brisa que sacudió los papeles sujetos en su escritorio. Una brisa y la sombra de una nube que oscureció la luz del cuarto, y luego el sonido que había estado esperando: el *trot-trot-trot* de un caballo arrastrando un carricoche. Micah Quill. Micah el cazador de brujos.

Hezekiah se levantó y se acercó a la ventana. El carruaje pasaba por la calle; desde arriba, Hezekiah sólo captó un atisbo de su rostro. Tan dulce y despejado, tan digno de confianza... Hezekiah había confiado una vez en él, creyó en las palabras que surgían de aquella boca tímida y sonriente. «Dios no permitirá que los inocentes sean castigados —dijo aquella boca—. Sólo el Señor Salvador tuvo que sufrir siendo inocente».

La primera de mil mentiras. La verdad fluía hacia Micah Quill, era absorbida, desaparecía y emergía de nuevo como antes, pero cambiada sutilmente, por los bordes, donde nadie lo advertía, de forma que la simple verdad se convertía en un complicado tejido capaz de envolverte con fuerza y cerrarse a tu alrededor hasta que te quitaba el aire y te asfixiabas.

«Micah Quill, mi mejor alumno. No ha venido a Cambridge a visitar a su viejo maestro, ni a escuchar los sermones que ahora predica los domingos».

Al asomarse a la ventana, Hezekiah vio el carruaje detenerse en la entrada principal del orfanato. Qué típico de Micah. No se detiene a descansar tras su viaje, ni a aliviar la vejiga siquiera, sino que va directamente al trabajo. Purity, ahora no puedo ayudarte. No has escuchado mi advertencia.

Purity entró en la habitación, aliviada de ver que el cazador de brujos no era una criatura temible, un ángel destructor, sino más bien un hombre de unos cuarenta años que conservaba la frescura de la juventud. Le sonrió, y ella de inmediato se sintió relajada y cómoda. Se sintió muy aliviada, pues había temido el tormento de conciencia que le costaría ver a Alvin Smith, que parecía un hombre simpático, examinado y juzgado por un monstruo. En cambio, el proceso sería justo, el juicio también, pues en ese hombre no había malicia.

—Tú eres Purity —dijo el cazador de brujos—. Me llamo Micah Quill.

—Encantada de conocerle —saludó Purity.

—Igualmente —dijo Quill—. He venido en cuanto he recibido tu denuncia. Admiro tu valor al hablar con tanta osadía contra un brujo tan malvado.

—No me amenazó de ningún modo —puntualizó Purity.

—Su propia existencia es una amenaza para todas las almas de Dios. Pudiste sentirlo, aunque no murmurara ninguna amenaza, porque el espíritu de Cristo habita en ti.

—¿Eso cree usted, señor? Quill escribía en su libro. —¿Qué está escribiendo, señor?

—Llevo notas de todas las entrevistas —dijo Quill—. Nunca se sabe qué puede convertirse en prueba. No me hagas caso.

—Es que... no estaba haciendo mi declaración todavía.

—¿No es tonto por mi parte? —comentó Quill—. Por favor, siéntate, y háblame de ese esclavo del infierno, adorador del demonio.

Hablaba tan alegremente que Purity casi pasó por alto el oscuro significado de sus palabras. Cuando advirtió lo que había dicho, se frenó de inmediato.

—No sé nada de qué o cómo adora ese hombre. Sólo que dice tener un don de brujo.

—Pero verás, Purity, esos dones malignos se dan a la gente sólo porque sirven al diablo.

—Lo que estoy diciendo es que nunca lo he visto adorar al diablo, ni hablar del diablo, ni mostrar ningún signo de que lo sirve.

—A excepción de su don, que naturalmente sí lo hace.

—Tampoco he llegado a ver su don con mis propios ojos —dijo Purity—. Sólo oí relatos sobre el tema de boca del muchacho que viajaba con él.

—Identifica al muchacho —dijo Quill, la pluma preparada.

—Arturo Estuardo.

Quill alzó la cabeza y la miró, sin escribir.

—Es un chiste, señor, ponerle ese nombre; lo hicieron hace años quienes se lo pusieron. No estoy bromeando con usted ahora.

Él escribió el nombre.

—Es un muchacho medio negro, y...

—Chamuscado en los fuegos del infierno.

—No, creo que es simplemente el hijo de un esclavista blanco que forzó a una esclava negra, o eso se deduce de la historia que me contaron.

Quill sonrió.

—¿Por qué me contradices? —le preguntó—. Dices que es medio negro. Yo digo que eso demuestra que se tizó en los fuegos del infierno. Y tú dices que no, en absoluto... y luego me dices que es el producto de una violación a una negra por parte de un hombre blanco. ¿Cómo podría describirse mejor una concepción tan

terrible que diciendo que el niño fue engendrado en los fuegos del infierno? Purity asintió.

—Pensé que hablaba literalmente. —Lo hago.

—Quiero decir que literalmente quería decir que el muchacho había ido al infierno y se había quemado allí un poco.

—Eso digo. —Quill sonrió—. No comprendo esta constante insistencia en corregirme cuando ya estamos de acuerdo.

—Pero no le estoy corrigiendo, señor.

—¿Y esa declaración no es en sí misma una corrección? ¿O he de interpretarla de otro modo? Me temo que eres demasiado sutil para mí, joven Purity. Me deslumbras con argumentos. Mi cabeza gira.

—Oh, no puedo imaginar que se deje usted confundir por nadie —dijo Purity, riendo nerviosa.

—Y otra vez sientes la necesidad de corregirme. ¿Te preocupa algo? ¿Hay algún motivo para que encuentres imposible sentirte cómoda estando de acuerdo conmigo?

—Me siento perfectamente cómoda estando de acuerdo con usted.

—Una declaración que, aunque dulce de sentimientos, constituye otro desacuerdo más con mi anterior declaración. Pero dejemos a un lado el hecho de que eres incapaz de aceptar una sola de las palabra que digo por su valor externo. Lo que me sorprende, lo que debo pedirte que me aclares, es la cuestión de la información perdida, y quiero que me des un poco de información añadida. Por ejemplo, tu denuncia hace referencia a varias personas más a las que nadie más ha visto.

Por citarlas: un abogado llamado Verily Cooper, un barquero llamado Mike Fink y un muchacho medio negro llamado Arturo Estuardo.

—Pero no soy la única que los vio.

—¿Entonces la denuncia es falsa?

—Nunca dije en la denuncia que yo fuera la única que los vio.

—¡Excelente! ¿Quién más había en ese aquelarre?

—¿Qué aquelarre? —Purity estaba confundida.

—¿Dijiste que te topaste con ese puñado de brujos mientras se bañaban desnudos en el río?

—Dos de ellos se estaban bañando, pero no vi signos de nada más extraño que eso.

—Entonces, para ti, cuando un brujo se refocila desnudo ante tus ojos, ¿es un baño inocente?

—No, yo sólo... nunca lo consideré como... no era ningún tipo de adoración.

—Pero el salto del niño hacia el cielo... un niño negro, nada menos, y la forma en que el hombre desnudo se rió de ti, sin sentir vergüenza por su desnudez...

Purity estaba segura de no haber hecho esa descripción, ni de viva voz ni por escrito.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Entonces admites que no incluíste esta prueba vital en tu denuncia?

—No sabía que fuese una prueba.

—Todo son pruebas —dijo Quill—. Seres que se refocilan desnudos, se ríen de los cristianos y luego desaparecen sin dejar rastro... ¿qué parte de esta experiencia no sería una prueba? No debes dejar nada en el tintero.

—Ahora lo comprendo —dijo Purity—. Reconozco que no sabía cómo era un aquelarre, así que no lo sabía cuando lo vi.

—Pero si no lo sabías, ¿por qué denunciarlos? No habrás hecho una falsa acusación, ¿no?

—¡No, señor! Cada palabra que dije era verdad.

—Oh, ¿y qué hay de las palabras que no dijiste?

Purity se sintió aún más confundida.

—Pero si no las dije, ¿cómo puedo saber qué palabras son?

—Pero las conoces. Acabamos de descubrirlas. El hecho de que fuera una bacanal pagana, con un hombre desnudo molestando a un muchacho desnudo ante tus ojos...

—¡Molestar! Sólo lo lanzó al aire como un padre podría lanzar a su propio hijo o un hermano mayor a su hermano pequeño.

—¿Entonces crees que también podría haber incesto? —preguntó Quill.

—No pensé en otra cosa que en informar de lo que dijeron de sí mismos: que Alvin Smith es el séptimo hijo de un séptimo hijo, con todos los dones que esos hombres tienen.

—¿Entonces crees las palabras del diablo referentes a esto? —preguntó Quill.

—¿Las palabras de qué diablo?

—El diablo que te habló y te dijo que los dones se producen en los séptimos hijos de los séptimos hijos, cuando de hecho la brujería sólo puede ser practicada por quienes se han consagrado al servicio de Satán.

—No entendí eso —dijo Purity—. Pensaba que el uso de poderes ocultos era en sí mismo un crimen.

—El mal no es nunca en sí mismo —dijo Quill—. Recuerda que cuando testifiques harás un juramento con la mano sobre la Sagradas Escrituras, la propia palabra de Dios bajo tu mano, que es lo mismo que coger a Cristo de la mano, pues Él es la Palabra. Jurarás decir la verdad, toda la verdad. Así que no debes intentar retener información como has estado haciendo. —¡Pero no he retenido nada! ¡He respondido a cada pregunta!

—Una vez más debe contradecir al siervo de Dios aun cuando dice la pura verdad. Retuviste información sobre pederastía, sobre el aquelarre, sobre el incesto... y fingiste que los poderes ocultos de ese Alvin vienen naturalmente por el orden en que nació dentro de su familia, aunque es imposible que tales poderes demoníacos procedan de la naturaleza, pues la naturaleza nació en la mente de Dios, mientras que los poderes maléficos proceden del Anticristo. ¿No sabes que es un pecado terrible dar falso testimonio?

—Lo sé, y dije la verdad tal como la entendía.

—Pero ahora la comprendes mejor, ¿no? —dijo Quill—. Así que cuando testifiques, hablarás con la verdad, y dirás las cosas como realmente fueron, ¿no es cierto? ¿O pretendes mentir para proteger a tus amigos brujos?

—¿Mis... mis amigos brujos?

—¿No juraste que eran brujos? ¿Te retractas de ese testimonio?

—Niego que fueran amigos míos, no que fueran brujos.

—Pero tu denuncia... —dijo Quill—, parece estar retractándote de ese documento a marchas forzadas.

—Me reafirmo en cada palabra que hay en él.

—¿Y sin embargo sostienes que esos hombres no son tus amigos? Dices que te pidieron que fueras con ellos mientras continuaban su maligno viaje por Nueva Inglaterra. ¿Es eso algo que pudieran preguntar a una desconocida?

—Debe de serlo, puesto que yo era una desconocida para ellos y me lo pidieron.

—Cuidado con ese tono desafiante —dijo Quill—. Eso no ayudará a tu caso en el juicio.

—¿Se juzga mi caso? ¿Tengo una causa?

—¿No la tienes? Lo único que se interpone entre ti y el cadalso es esta denuncia, tu primer débil intento de apartarte del mal. Pero debes comprender que el amor de Cristo no puede protegerte cuando te arrepientes a medias.

—¿Apartarme del mal? ¡No he hecho ningún mal!

—Todos los hombres son malvados —dijo Quill—. El hombre natural es enemigo de Dios, eso es lo que dijo Pablo. ¿Eres por tanto mejor que los demás?

—No, soy una pecadora como todos.

—Eso pensaba —dijo Quill—. Pero tu denuncia demuestra que esos hombres te llamaron por tu nombre y te suplicaron que fueras con ellos. ¿Por qué harían eso, si no te contarán entre sus filas, como compañera bruja?

Purity se sintió anonadada. ¿Cómo podía haber sucedido aquello? Ella era la acusadora, ¿no? Y sin embargo allí estaba, acusada a su vez por aquel hombre.

—Señor, ¿no es un signo claro de que yo no estaba con ellos el hecho de que desearan persuadirme?

—Pero no describes una escena de seducción —dijo Quill—. No nos cuentas cómo el diablo se plantó ante ti, el libro abierto, esperando a que escribieras tu nombre en el instante en que dijeras que consentías.

—Porque no hizo eso —dijo Purity.

—Así que no fue una seducción, y el diablo no te tentó para que lo amaras y lo sirvieras.

Purity recordó cómo se sintió en presencia de Verily Cooper, los deseos que la asaltaron cuando vio lo guapo que era, cuando oyó la clara inteligencia de sus palabras.

—Te estás sonrojando —dijo Quill—. Veo que el espíritu de Dios te toca con

vergüenza por lo que te has guardado. Habla y descarga tu conciencia.

—No creía que fuera nada —dijo Purity—. Pero sí, por un instante me sentí tentada por uno de los compañeros de Alvin, el abogado llamado Verily Cooper. Lo consideré solamente la reacción que una muchacha de mi edad podría tener fácilmente hacia un hombre atractivo de buena profesión.

—Pero no tuviste esos sentimientos hacia un hombre de buena profesión. Los tuviste hacia un hombre que tú misma has llamado brujo. Así que ahora el cuadro está casi completo: te encuentras con un aquelarre de brujos, una inenarrable corrupción incestuosa entre un hombre desnudo y un muchacho desnudo en la orilla del río, y otro brujo hizo que sintieras deseos sexuales hacia él; luego te invitan a unirte a ellos en su maligno paseo por Nueva Inglaterra, ¿y al final de esto te atreves a decirme que no tenían ningún motivo para pensar que tú te irías con ellos?

—¿Cómo puedo saber qué motivos tenían?

Quill se inclinó sobre la mesa, el rostro lleno de amor y conmiseración hacia ella.

—Oh, querida Purity, no tienes que ocultarlo más. Has guardado el secreto mucho tiempo, pero yo sé que mucho antes de que acudieras a ese aquelarre, mantenías tus poderes ocultos, los poderes que el diablo te dio, ocultándolos de todos los que te rodean, pero usándolos en secreto para ganar ventaja sobre tu vecino.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Purity.

No pudo evitarlo.

—¿No te sientes mejor diciendo la verdad? ¿No comprendes que diciendo la verdad es como le dices no a Satán?

—Sí, tengo un don —dijo Purity—. Siempre he podido sentir lo que sienten los demás, lo que están a punto de hacer.

—¿Puedes decir lo que yo estoy a punto de hacer?

Purity escrutó su rostro, buscó en su propio corazón.

—Señor, en realidad no le conozco.

—Así el diablo te deja en la estacada en tu momento de necesidad. Oh, querida Purity, el diablo es un falso amigo. ¡Recházalo! ¡Apártate de él! ¡Cesa esta pretensión!

—¿Qué pretensión? ¡Lo he confesado todo!

—Otra vez me contradices. ¿No comprendes que mientras sigas contradiciéndome, el espíritu del mal está dentro de ti, obligándote a lidiar contra aquellos que sirven a Dios?

—Pero no sé qué más confesar.

—¿Quién te dijo que el aquelarre iba a celebrarse a la orilla del río ese día?

—Nadie. Ya se lo he dicho, estaba paseando por el sendero.

—¿Pero es tu costumbre pasear por el río a esa hora del día?

—No. No, simplemente leí algo en la biblioteca que me hizo pensar.

—¿Qué leíste?

—Algo sobre... brujería.

Quill asintió, sonriendo.

—Bien, ¿no te sientes ahora mejor?

Purity no sabía a qué se refería.

—Estabas pensando en tu maligno pacto con Satanás, y de pronto te encontraste caminando junto al río. Quizás volaste, quizás caminaste... no creo que importe, aunque es posible que volaras sin saber que lo hacías... La mayoría de la gente vuela a los aquelarres, a menudo en una escoba, pero no negaré que algunos puedan ir caminando. Sin embargo sucedió, y de pronto te encontraste en mitad de una escena libertina tan hedionda que sorprendió incluso a una bruja endurecida como tú, y ansiaste quedar limpia de tu profunda maldad pues, al haber conocido almas aún más perdidas que la tuya, te acordaste del temor de Dios y volviste con una historia. Estaba aún llena de mentiras y omitiste muchas cosas, pero la clave estaba allí: dijiste la palabra *brujo* y mencionaste un nombre. Ése es el principio de la redención, nombrar el pecado y repudiar al seductor.

Aunque muchas de sus declaraciones no eran como ella las recordaba, el final sí era cierto. ¿Cómo podía no haberlo visto antes? Fue conducida a aquel lugar, y probablemente por el diablo. ¿Y no se sintió llena de emociones tan terribles que ellos tuvieron que advertirla de que tuviera cuidado o acabaría denunciada por bruja? Sí, era una de ellos, la reconocieron como una de los suyos. En vez de acusarlos tendría que haberse acusado a sí misma. El principio de la redención.

—Oh, quiero tener el amor de Dios otra vez. ¿Me ayudará, señor Quill?

Él se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla.

—Querida Purity, vengo a ti con el beso de la amistad, como se saludaban los santos en los antiguos días. En lo más profundo de tu interior hay un alma cristiana. Te ayudaré a despertar al cristiano que hay dentro de ti y a espantar al diablo.

Llorando ahora, ella le agarró las manos.

—Gracias, señor.

—Empecemos por el principio, pues —dijo Quill—. En tu temor sólo nombraste al principio a desconocidos, gente de paso. Pero eres bruja desde hace muchos años y es hora de que nombres a los brujos de Cambridge.

—¿Brujos de Cambridge? —repitió ella estúpidamente.

—Han pasado muchos, muchos años desde que esta parte de Massachusetts tuvo su último juicio de brujos. La brujería abunda aquí, y con tu arrepentimiento tenemos una oportunidad de erradicarla, y de acabar con el brujismo.

—¿El brujismo?

—Las creencias sobre brujería, que la protege y permite que florezca. Estoy seguro de que has oído esas mentiras. Dicen que los dones son naturales o incluso un regalo de Dios... esto es claramente una mentira satánica destinada a impedir que la gente se deshaga de la brujería. La afirmación de que los dones no existen (¡absurdo, eso es lo que muchos hombres supuestamente sabios sostienen!) también proporciona un refugio bajo el cual los conjurados pueden seguir a salvo para continuar con su

maldad. Es bien sabido que aunque muchos brujistas están simplemente reflejando las creencias de la gente de fuerte voluntad que los rodea, otros son brujos en secreto y fingen que no creen en la brujería aunque la practican. Son terribles hipócritas que deben ser desenmascarados; y sin embargo a menudo son los más atractivos o interesantes de los brujistas, e impiden que se reconozca su verdadera naturaleza. ¿Recuerdas a alguno que hable de esa forma?

—Pero no puedo creer que ninguno de ellos sea brujo.

—No eres tú quien debe decidirlo, ¿no? —dijo Quill—. Di los nombres y déjame a mí examinarlos. Si son brujos, lo descubriré tarde o temprano. Si son inocentes, Dios los preservará y se irán libremente.

—Entonces que Dios se los muestre.

—Pero no soy yo quien está siendo puesto a prueba. Eres tú. Ésta es tu oportunidad para demostrar que tu arrepentimiento es real. Has denunciado a los extraños. Ahora denuncia a la serpiente en tu propio jardín.

Ella se imaginó a sí misma dando nombres. ¿A quién denunciaría? ¿A Emerson? ¿Al reverendo Study? Eran hombres a los que amaba y admiraba. No había brujería en ellos, ni brujismo.

—Todo lo que conozco de la brujería es mi propio don —dijo—. Eso y los hombres ya denunciados.

De repente los ojos de Quill se llenaron de lágrimas. —Ahora Satán teme que todo su reino en este mundo esté en peligro, y te asusta y te prohíbe hablar.

—No, señor. El honor me prohíbe nombrar a aquellos que no son brujos y que según yo sé sólo han hecho bien en el mundo.

—¿Así que tú eres el juez? —susurró Quill—. ¿Te atreves a hablar de honor? Que Dios los juzgue; tú sólo tienes que nombrarlos.

Ahora ella recordó la advertencia del reverendo Study. «¿Por qué hablé? ¿Siempre conduce a esto? ¿No puedo ser considerada pura hasta que acuse a otros falsamente?».

—No hay más brujos que yo, por lo que sé —dijo ella.

—Pregunto también por brujistas, recuerda —le advirtió Quill—. Vamos, niña, no caigas de nuevo en el cruel abrazo de Satán por una equivocada idea de lealtad. Si son cristianos, Cristo los salvará. Y si no son cristianos, ¿entonces no sirves mejor al mundo y a ellos mismos revelando lo que son?

—Usted retuerce todo lo que digo. Hará lo mismo con ellos.

—¿Yo retuerzo las cosas? ¿Estás negando ahora tu confesión de brujería?

Por un momento ella quiso decir que sí, pero recordó: las únicas personas colgadas por brujería eran aquellas que confesaban y luego practicaban más brujería... o se retractaban de su confesión.

—No, señor, no niego que soy una bruja. Sólo niego haber visto a nadie de Cambridge que pueda decirse que es brujo... ni nada que se le aproxime.

—No es buena cosa que me mientas —le aseguró Quill—. Creo que asistes a una

clase impartida por un tal Ralph Waldo Emerson.

—Sí —respondió ella, vacilante.

—¿Por qué eres tan reacia a decirme la verdad? ¿Detiene Satán tu boca? ¿O es así como te castigan esos otros brujos por tu honestidad, cerrando tu boca cuando tratas de hablar? ¡Dímelo!

—Satán no cierra mi boca, ni ningún brujo.

—No, veo el temor en tus ojos. Satán te prohíbe confesar los nombres e incluso te asusta para que niegues que te está amenazando. Pero yo sé cómo librarte de sus garras.

—¿Puede expulsar al demonio?

—Sólo tú puedes expulsar al demonio que hay en tu interior —dijo Quill—, denunciando a Satán y a aquellos que lo siguen. Pero te ayudaré a librarte del miedo a Satán y a sustituirlo por el temor de Dios mortificando la carne.

Ahora ella comprendió.

—Oh, por favor, señor, en el nombre de Dios, se lo ruego, no me torture.

—Oh, vamos —dijo él, impaciente—. No somos la Inquisición, ¿verdad? No, la carne se mortifica mejor con el cansancio que con el dolor. —Sonrió—. ¡Oh, cuando estés libre de esto, cuando puedas plantarte ante esta comunidad de santos y declarar que has nombrado a todos los seguidores de Satán que hay aquí, qué feliz te sentirás, llena del amor de Cristo!

Ella inclinó la cabeza sobre la mesa.

—Oh, Dios —rezó—, ¿qué he hecho? Ayúdame. Ayúdame. Ayúdame.

Waldo Emerson vio a los hombres al fondo de la clase.

—Tenemos visitantes —dijo—. ¿Hay algo de las enseñanzas de Tomás de Aquino que pueda explicarles, caballeros?

—Somos alguaciles del tribunal de brujos de Cambridge —se anunciaron.

El corazón de Waldo dejó de latir, o eso le pareció.

—No hay ningún tribunal de brujos en Cambridge —dijo—. No lo ha habido desde hace cien años.

—Hay una bruja joven denunciando a otros brujos —dijo el alguacil—. El cazador de brujas, Micah Quill, nos envió a buscarle para examinarlo, si es usted Ralph Waldo Emerson.

Los estudiantes permanecieron sentados como piedras. Todos menos uno, que se puso de pie y se dirigió a los alguaciles.

—Si el profesor Emerson es acusado de brujería, entonces quien lo acusa miente —dijo—. Este hombre es lo contrario a un brujo, pues sirve a Dios y dice la verdad.

Lo que el muchacho había dicho era valiente, pero también forzó la decisión de Emerson. Si no se entregaba inmediatamente, los alguaciles se los llevarían a los dos, no sólo a uno.

—Hemos terminado —les dijo a sus estudiantes—. Siéntese, señor.

Luego, bajando del estrado y dirigiéndose a los alguaciles, dijo:

—Me alegrará ir con ustedes y ayudarles a despejar cualquier error que pueda haber surgido.

—Oh, no es ningún error —aseguró el alguacil—. Todo el mundo sabe que es usted un bruja. Sólo es cuestión de descubrir si lo hace por ignorancia o como seguidor de Satán.

—¿Cómo puede saber todo el mundo que soy una cosa que nunca había oído hasta este momento?

—La prueba está aquí mismo —dijo el alguacil—. Los brujas siempre están diciendo que no existe el brujismo.

Waldo se volvió hacia sus estudiantes, que se habían vuelto en sus asientos o estaban de pie tras sus sillas.

—Éste es el acertijo de hoy. Si la negativa puede ser interpretada como prueba del crimen, ¿cómo va a defenderse un hombre inocente?

Los alguaciles lo cogieron por los brazos.

—Venga ahora, señor Emerson, y no trate de aplicar ninguna filosofía con nosotros.

—Oh, no se me ocurriría —dijo Waldo—. La filosofía se malgastaría en hombres tan testarudos como ustedes.

—Es bueno que lo sepa —dijo el alguacil orgullosamente—. No querría que pensara usted que no somos verdaderos cristianos.

Tenían a Alvin encadenado, algo que él consideraba excesivo. No es que fuera incómodo: era una simple cuestión de reformar el hierro para que se adaptara a sus muñecas y tobillos, y hacer que la piel de esas zonas formara callos como si hubiera llevado los grilletes durante años. Había realizado ese trabajo tantas veces que ahora casi lo hacía por reflejo. Pero la necesidad de estar inactivo durante las horas en que podía ser observado lo hacía sentirse cansado. Ya había hecho aquello (y sin los grilletes) durante largas semanas en la cárcel de Río Hatrack. La vida era demasiado corta para malgastar horas, mucho menos días o semanas, criando moho en una celda y cargado de cadenas cuando podía liberarse fácilmente y continuar con sus asuntos.

Al atardecer, se sentó en el suelo, se apoyó contra la pared de madera de su celda y cerró los ojos. Envió su poder por un sendero familiar, hasta que encontró el fuego del corazón dual de su esposa y la hija aún no nacida que vivía en su interior. Ella se encaminaba ya hacia su escritorio, consciente gracias a la costumbre de que por el hecho de estar más al este, Alvin vería antes la puesta de sol. Estaba siempre tan impaciente como él.

Esta vez no hubo ninguna interrupción por parte de ningún visitante. Ella se apenó por las cadenas y la celda, pero pronto pasó al asunto que más la preocupaba.

«Han robado el poder de Calvin —dijo—. Lo había enviado para seguir al hombre que recoge los nombres y una parte de las almas de los negros que llegan al muelle».

Le contó las últimas palabras de Calvin a Balzac antes de que toda su voluntad

pareciera separarse de su cuerpo.

«Primero, debo saber cuánto de su alma permanece con su cuerpo».

«Es distinto de los esclavos, pues no parece oír nada y hay que llevarlo. Sus funciones corporales son también como las de un niño, y Balzac y su casero están igualmente disgustados por el resultado, aunque los esclavos lo limpian sin quejarse. ¿Es reversible? ¿Podemos comunicarnos con él para descubrir su paradero? He investigado por toda la ciudad hasta la península y no encuentro ningún grupo de fuegos del corazón ni rastro alguno del de Calvin. Me lo han ocultado. Rezo para que no quede oculto a ti».

Alvin no tenía ninguna necesidad de escribir o de formular siquiera sus preguntas. Sabía que ella encontraba todo cuanto pensaba en su fuego del corazón momentos después de que pasara a su memoria. El poder secuestrado... Alvin nunca se había preocupado por eso. Su miedo siempre había sido que algo horrible le sucediera a su cuerpo mientras deambulaba. Pero, según su experiencia, el cuerpo permanecía vivo y atento; cada vez que algo cambiaba en el entorno los ojos detectaban movimiento, los oídos captaban algún sonido inesperado y la atención regresaba a su cuerpo.

Su atención, y por tanto su poder. En eso consistía realmente su poder: en su atención plena. Eso era lo que le faltaba a Calvin. Incluso cuando pasaban cosas alrededor de su cuerpo o le sucedían a su cuerpo, no podía devolver su atención a él. Su cuerpo sin duda le enviaba frenéticas señales en demanda de atención.

Los esclavos, por otro lado, no podían haber entregado su atención al nombre llamado Dinamarca. Lo que le entregaban era su pasión, su resentimiento, su voluntad de libertad. Y su nombre.

Ésa era una conclusión importante: no había ningún motivo para creer que ese tal Dinamarca tuviera el nombre de Calvin. De hecho, lo que probablemente tenía era una red de hechizos que contenían la porción libre de almas separadas. Tal vez ni siquiera fuera consciente de que el poder de Calvin se había quedado dentro. Los hechizos lo capturaron automáticamente, como los engranajes de un motor. El hechizo también servía para ocultar el alma que contenía. Calvin no podía ver hacia fuera, y no podía ser visto dentro.

Pero los hechizos podían ser vistos. Margaret no los encontraba porque sólo veía fuegos del corazón, y si alguien sabía cómo ocultarle fuegos del corazón, sin duda ocultaría el suyo propio para que no descubriera al conocedor del secreto.

«¿Se esconde de mí?», escribió ella.

«No sabe que existes. Se oculta de todos».

«¿Cómo pudo ser capturado Calvin si no hizo los pequeños muñecos que hacen los esclavos?».

«No sé cómo funcionan los poderes de los negros, pero imagino que cada esclavo puso su propio nombre y todos sus miedos y odios en el muñeco. Los necesitaban para sacarse del cuerpo esta parte del alma. Calvin no necesitaba una herramienta así».

«¿Pudo ser una Creación?», escribió ella.

«Sí —pensó él—. Eso fue. Una Creación». Fuera con el poder de blancos, rojos o negros, a eso se reducía: a conectarte con el mundo que te rodeaba creando. Los pieles rojas hacían la conexión directamente: esa conexión era su Creación, el eslabón que forjaban entre hombre y animal, hombre y planta, hombre y piedra. Los negros hacían artefactos cuyo único propósito era el poder: marionetas y cuerdas anudadas. Los blancos, sin embargo, se pasaban la vida haciendo herramientas que martilleaban, cortaban, rasgaban la naturaleza directamente, y sólo con lo que llamaban su don llevaban a cabo realmente esa unión. Sin embargo, hacían la conexión. No estaban completamente divorciados del mundo natural. Aunque Alvin imaginaba que tales hombres y mujeres, al no sentir nunca aquella profunda e innata conexión, no veían el mundo cambiar por la pura acción de su voluntad en armonía con esa parte de la naturaleza. Qué solitarios debían ser, sin poder dar forma al hierro más que con el martillo y el yunque, el fuego y las tenazas. Hacer fuego sólo golpeando el pedernal contra el acero. Ver el futuro sólo de día en día y percibiendo cómo un sendero se desplegaba cada vez. Ver el pasado sólo leyendo lo que otros escribían de él o escuchando sus relatos, e imaginando el resto. ¿Sabría esa gente siquiera que la naturaleza estaba viva y respondía? ¿Que los poderes ocultos se movían en el mundo... no, no sólo en el mundo, movían el mundo, que eran los cimientos del mundo? Qué terrible sería saberlo y sin embargo no tocar esos poderes en ningún momento. Sólo los más valientes y más sabios podrían soportarlo. El resto tendría que negar los poderes ocultos por completo, fingiendo que no existían.

Y entonces se dio cuenta: eso es lo que son las leyes contra la brujería. Un intento de negar los poderes ocultos y expulsarlos de las vidas de los hombres.

«Al menos las leyes de la brujería admiten que los poderes ocultos existen», escribió Margaret.

Con eso, Alvin advirtió el verdadero alcance de lo que Verily intentaba. Sería bueno derrocar las leyes de la brujería, pero sólo si conducía al pleno reconocimiento de que los dones eran buenos o malos solo según el uso que se hacía de ellos.

«La estrategia de Verily es hacer que toda la idea de la brujería parezca una tontería».

«Bueno, es una tontería», pensó Alvin. Todas las imágenes del diablo que había oído eran infantiles. Lo que Dios había hecho era una gran Creación que vivía por sí misma y contenía a seres inferiores a quienes trataba de convertir en amigos y compañeros Creadores. El enemigo de eso no era una patética criatura que daba a unas cuantas personas solitarias y aisladas el poder de maldecir y causar miserias. El enemigo del Hacedor era el Deshacedor, y el Deshacedor llevaba un millar de máscaras distintas, dependiendo de las necesidades de la persona a la que intentaba engañar.

«Me pregunto qué forma toma el Deshacedor para atraer a ese cazador de brujos».

«Algunos hombres no necesitan ningún engaño para servirlo —escribió Margaret—. Ya aman su obra destructora y la abrazan libremente por propio acuerdo».

«¿Estás hablando de ese Quill o de Calvin?».

«Sin duda los dos creen que sirven a la causa de la Creación».

«¿Es cierto, Margaret? ¿No fuiste tú quien me dijo que por mucho que un hombre pudiera mentirse a sí mismo, en el fondo sabe lo que realmente es?».

«En algunos hombres las mentiras permanecen ocultas tan profundamente que las ven de nuevo sólo en el último extremo. Entonces reconocen lo que han sabido todo el tiempo. Pero ven la verdad sólo en el momento en que es demasiado tarde para agarrarse a ella y usarla para salvarse. La ven y desesperan. Eso es el fuego del infierno».

«Todos los hombres se engañan a sí mismos. ¿Estamos todos condenados?».

«No pueden salvarse solos —escribió ella—. Eso no significa que no puedan ser salvados».

Alvin encontró eso reconfortante, pues temía sus propios secretos, temía el lugar en su interior donde había ocultado la verdad sobre sus propios motivos para matar al rastreador que asesinó a la madre de Margaret. Tal vez pudiera abrir esa puerta y enfrentarse a la verdad algún día, sabiendo que podría ser salvado aún de esa afilada hoja cuando taladrara su corazón.

«La necesidad de redención de Calvin es más acuciante que la tuya ahora mismo».

«Me sorprende que quieras salvarlo. Tú eres la que me dice que nunca cambiará».

«Te digo que no he visto ningún cambio en ninguno de sus futuros».

«Lo buscaré. Buscaré los hechizos que lo ocultan. Sé que tú no puedes. ¿Pero qué hay de Dinamarca? ¿No eres capaz de encontrarlo cuando va por la calle y descubrir la verdad?».

«También está protegido. Puedo encontrarlo en la calle, y lleva su nombre consigo, así que no se ha separado de esa parte de su fuego del corazón. Sin embargo, no tiene ningún conocimiento, ningún recuerdo de adónde lleva los muñecos o a quién se los da. Hay espacios en blanco en su memoria. En cuanto deja los muelles con una cesta de almas, no recuerda nada hasta que vuelve a despertarse. Podría seguirlo, con los ojos en vez de con mi poder...».

«¡No! ¡No, no te acerques a él! No sabemos nada de los poderes que están actuando aquí. Mantente al margen y deja de buscar. ¿Quién sabe qué parte de ti sale de tu cuerpo cuando empleas tus poderes de tea? Si te capturaran también, no podría soportarlo».

«Todos somos cautivos, ¿no? —escribió ella—. Incluso el bebé que llevo en el vientre».

«Ella no es ninguna cautiva. Está en casa, en el lugar donde más le gusta estar».

«Me elige porque no conoce ninguna otra opción». «A su debido tiempo comerá la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. Por ahora, está en el jardín. Tú eres

el Paraíso. Eres el árbol de la vida».

«Eres un encanto —escribió ella—. Te quiero. Te quiero».

Su propio amor hacia ella lo envolvió, haciendo que sus ojos se llenaran de lágrimas y su corazón de ansia. Vio que ella soltaba la pluma. No aparecerían más lágrimas en el papel esa noche.

Alvin permaneció allí tendido, enviando su poder. Encontró con facilidad a Purity. Estaba despierta en su celda, llorando y rezando. Reprimió el pensamiento vengativo de que una noche de sueño era lo menos que le debía. En cambio, entró en su cuerpo y descubrió el lugar donde se liberaban los fluidos que hacían que su corazón latiera más rápido y sus pensamientos corrieran. Vio cómo se calmaba, y luego avivó los fuegos del sueño en su cerebro. Ella se metió en la cama. Se quedó dormida. «Pobre niña —pensó—. Qué terrible es no saber para qué sirve tu vida. Y qué triste haber hallado un sentido tan destructivo para ella».

Verily Cooper dejó a Arturo Estuardo, Mike Fink y John-James Audubon en un pequeño claro del bosque al norte del río, lejos de la granja más cercana. Arturo hacía que un pájaro se posara en una rama, Audubon soltó un discurso sobre el pájaro, pero no logró atraer la atención de Verily. Lo que iba a hacer era arriesgado. Nunca había tratado de defender a un hombre que sabía culpable. Y Alvin era, según la ley de Nueva Inglaterra, culpable. Tenía un don; lo utilizaba.

Pero Verily creía saber cómo se llevaban a cabo los juicios. Había leído acerca de ellos en la biblioteca de leyes de su mentor: subrepticamente, para que nadie se preguntara por qué le interesaba un tema tan arcano. Juicio tras juicio, en Inglaterra, Francia y Alemania, presentaban el mismo conjunto de ingredientes: maldiciones, brujos que aparecían como íncubos y súcubos, y toda la loca tradición de aquelarres y poderosos dones del diablo. Los cazadores de brujos declaraban que la similitud de detalles era prueba de que el fenómeno de la brujería era real y estaba muy extendido.

De hecho, uno de sus recursos favoritos era alarmar al jurado con declaraciones tales como: «¡Si todo esto ha estado sucediendo bajo sus propias narices en este pueblo, imaginen lo que ha estado sucediendo en el pueblo de al lado, en todo el país, por toda Inglaterra, por todo el mundo!». Siempre estaban citando a «autoridades competentes» que estimaban que a juzgar por el número de brujos llevados a juicio, «debía haber» diez mil o cien mil o un millón de brujos.

«Sospechen de todo el mundo —decían—. Hay tantos brujos que es imposible que no conozcan a uno». Y la advertencia: «Si ignoran pequeños signos de brujería, entonces son ustedes responsables por permitir que Satán trabaje libremente en el mundo».

Todo esto habría tenido algún significado de no ser por un simple hecho: Alvin tenía un don y nunca había tenido ninguna experiencia con Satán, nunca había asistido a un aquelarre, no había dejado su cuerpo para deambular como íncubo y violar mujeres o enviarles extraños sueños de amor. Todo lo que había hecho era fabricar barriles que contenían el agua tan bien que la madera tenía que pudrirse antes

de que las juntas filtraran. Su único poder era hacer que la madera muerta viviera y creciera bajo sus manos. Y nunca había usado su don para dañar a ningún ser vivo. Por tanto, todas estas historias tenían que ser falsas. Y las estadísticas que estimaban el número de brujos libres eran mentiras basadas en falsedades.

Verily creía lo que creía Alvin: que toda alma nacía con alguna conexión con los poderes del universo (quizás los poderes de Dios, pero más probablemente los poderes de la naturaleza), que aparecían como dones entre los europeos, como una conexión con la naturaleza entre los pieles rojas y de otras extrañas formas en las otras razas. Dios quería que esos poderes se usaran para el bien; Satán por supuesto querría usarlos para el mal. Pero la simple posesión de un don era moralmente neutra.

Ahora tenían la oportunidad no sólo de salvar a Purity de sí misma, sino también de desacreditar todo el sistema de juicios de brujas y las mismas leyes contra la brujería. Hacer que las leyes y los testigos fueran tan obvia, escandalosa, ridículamente falsos que nadie volviera a ser juzgado por el crimen de brujería.

Pero claro, podía fallar, y Alvin tendría que librarse de la cárcel y llevarse a Purity le gustara a ella o no, y tendrían que salir por piernas de Nueva Inglaterra.

Cambridge era una ciudad modelo en Nueva Inglaterra. La universidad dominaba, con varios edificios impresionantes, pero seguía siendo una ciudad corriente al otro lado del juzgado, donde seguramente estaba encarcelado Alvin. Y, para gran placer de Verily, el cazador de brujos y los alguaciles estaban haciendo correr a Alvin y Purity. Una multitud los rodeaba (pero a buena distancia) mientras Alvin era obligado a correr en círculo en un extremo del prado común y Purity en el otro.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —le preguntó a un curioso.

—Desde antes de amanecer, sin descanso —dijo el hombre—. Son brujos duros, desde luego.

Verily asintió sabiamente.

—¿Entonces ya saben que los dos son brujos?

—¡Mírelos! —dijo el hombre—. ¿Cree que tendrían fuerza para correr tanto tiempo sin caerse si no lo fueran?

—A mí me parecen bastante cansados.

—Sí, pero siguen corriendo. Y la chica es una huérfana que trajeron, así que es probable que lo lleve en la sangre, en cualquier caso. Nunca le gustó a nadie. Sabíamos que era una extraña.

—Oí decir que era la principal testigo contra el hombre.

—Sí, pero ¿cómo podía saber del aquelarre si no fue con ellos por su propia voluntad, puede decírmelo?

—¿Entonces por qué se toman tantas molestias? ¿Por qué no la ahorcan?

El hombre miró bruscamente a Verily.

—¿Está buscando problemas, forastero?

—Yo no —le aseguró Verily—. Creo que ambos son tan inocentes como usted, señor. No sólo eso, sino que pienso que usted lo sabe y dice que son culpables para

que nadie sospeche que también tiene un don que conserva bien oculto.

Los ojos del hombre se dilataron de terror, y sin otra palabra se confundió entre la multitud.

Verily asintió. Era una acusación bastante segura, si Alvin tenía razón, puesto que todo el mundo tenía algún tipo de poder oculto. Todos tenían algo que ocultar. Todos temían a los acusadores. Por tanto era bueno ver a esta acusadora ahora acusada junto con el hombre al que acusaba. Ahorcarla antes de que acusara a nadie más. Verily tenía que contar con ese miedo y agravarlo.

Avanzó hacia el prado. De inmediato se levantó un murmullo: quién era el forastero y cómo se atrevía a acercarse tanto al lugar donde el cazador de brujos agotaba a aquellos diablos para sacarles una confesión.

—Usted, señor —se dirigió Verily al cazador de brujos. Habló con fuerza, para que todos lo oyeran—. ¿Dónde está el oficial de la ley que supervisa este interrogatorio?

—Yo soy el oficial —dijo el cazador de brujos. Habló con el mismo tono: la gente, según sabía Verily, normalmente se ponía de parte de quien hablaba más alto.

—Usted no es de esta ciudad —acusó Verily—. ¿Dónde están los alguaciles?

De inmediato la docena de hombres que habían formado un círculo de vigilancia alrededor de Alvin y Purity se volvieron, algunos de ellos alzando la mano.

—¿No se les encarga de hacer cumplir la ley? —preguntó Verily—. ¡El interrogatorio a los testigos de juicios de brujos ha de tener lugar bajo la supervisión de oficiales de la corte, debidamente nombrados por el juez o magistrado, precisamente para impedir que se produzcan torturas como éstas!

La palabra *torturas* estaba planeada para que golpeará como un latigazo, y lo hizo.

—¡Esto no es tortura! —exclamó el cazador—. ¿Dónde está el potro? ¿El agua? ¿El fuego?

Verily se volvió hacia él, pero retrocedió un paso, y habló más fuerte que antes.

—¡Veo que está usted familiarizado con todos los métodos de tortura! ¡Pero hacerlos correr es uno de los más crueles!

¡Cuando una persona está lo bastante agotada, confesará su... su suicidio si eso acaba con el tormento y le permite descansar!

La multitud tardó un momento en comprender la imposibilidad de una confesión de suicidio, pero fue recompensado con una carcajada. Se volvió a la multitud: todos los que acabaran en el jurado sabrían lo que se había dicho allí.

Como los alguaciles no estaban mirando, Alvin y Purity habían acabado por caer de rodillas al suelo. Ahora estaban a cuatro patas, jadeando, las cabezas colgando como caballos agotados.

—¡No les dejen descansar! —gritó el cazador frenético—. ¡Retrasarán horas la investigación!

Los alguaciles miraron sus bastones y cuerdas, que usaban para espolear a los

corredores, pero ninguno se movió hacia las dos víctimas.

—Por fin recuerdan su deber —dijo Verily.

—¡Usted no tiene ninguna autoridad aquí! —chilló el cazador—. ¡Y yo soy un oficial de la corte!

—Entonces dígame el nombre del magistrado de Cambridge que le nombró.

El cazador sabía que había sido sorprendido excediéndose en su autoridad, ya que no tenía ninguna hasta que el juez local solicitara sus servicios, y por eso no contestó directamente al desafío de Verily.

—¿Y quién es usted? —quiso saber—. Por su forma de hablar es de Inglaterra, ¿qué autoridad tiene?

—¡Tengo la autoridad de exigir que sea usted cargado de cadenas si hace que estas dos almas sean torturadas un momento más! —exclamó Verily. Sabía que la multitud estaba embobada contemplando la confrontación—. ¡Pues soy el abogado de Alvin Smith, y al torturar a mi cliente sin autoridad, usted, señor, ha violado el Acta de Protección de 1694!

Agitó un dedo acusador y el cazador de brujos se amansó visiblemente bajo su acusación.

Sin embargo, Verily empezaba a impacientarse, pues el plan no era arrancar una pequeña victoria allí en el prado. ¿Tan cansada estaba Purity que no podía alzar la cabeza y ver quién hablaba?

Se disponía a retomar la palabra con intención de acercarse a Purity y hacer que ella lo mirara si hacía falta, pero finalmente ella lo reconoció y eliminó la necesidad.

—¡Es él! —gritó.

El cazador sintió la salvación.

—¿Quién? ¿Quién es?

—¡El abogado inglés que viajaba con Alvin Smith! ¡También es un brujo! ¡Tiene un don con la madera!

—¡Así que también estaba en el aquelarre! —gritó el cazador—. ¡Naturalmente, Satán cita la ley para tratar de salvar a sus lacayos! ¡Arresten a ese hombre!

Verily se volvió inmediatamente hacia la multitud.

—¡Vean cómo funciona! ¡Todo el que defienda a mi cliente será acusado de brujería! ¡Todos serán metidos en la cárcel y se les juzgará a vida o muerte!

—¡Háganlo callar! —chilló el cazador—. ¡Que corra junto con los demás!

Pero los alguaciles, que tomaron reacios a Verily por los codos porque había sido acusado, no tenían intención de hacer correr a nadie más ahora que habían sido acusados de torturas ilegales.

—Se acabaron las carreras por hoy, señor —dijo uno de ellos—. Tendremos que escuchar la palabra del juez antes de que le dejemos hacer esas cosas de nuevo.

Un par de alguaciles ayudaron a Purity a regresar tambaleándose al juzgado.

Ella gimió cuando se acercó a Verily.

—No me acerquen a él —se defendió—. Me hechiza. ¡Quiere venir a mí como

íncubo!

—Purity, pobrecilla —dijo Verily—. Escucha cómo dices las mentiras que el cazador te ha enseñado a decir.

—¡No le hable! —gritó el cazador de brujos—. ¡Oíd cómo la maldice!

—¿Les ha parecido eso una maldición? —murmuró Verily apenado a los alguaciles.

—¡Nada de murmullos! ¡Silencio! —chilló el cazador.

Verily le respondió en voz alta.

—¡Todo lo que he dicho es que a un hombre con un martillo todo le parece un clavo!

Algunos comprendieron de inmediato y se echaron a reír. Pero el cazador no estaba para ironías.

—¡Un murmullo satánico! ¡Martillos y clavos! ¿Con qué me ha maldecido? ¡Confiese su significado, señor!

—¡Quiero decir, señor, que para aquellos que se benefician de los juicios de brujos, cada palabra parece una maldición!

—¡Llévenselo de aquí con sus sucias mentiras e insinuaciones!

Los alguaciles se llevaron a Verily y a Alvin al juzgado, a celdas alejadas entre sí, pero estuvieron cerca uno del otro varias veces y, aunque no hablaron, intercambiaron miradas, y Verily se aseguró de que Alvin lo viera sonriendo de oreja a oreja. «Esto está saliendo exactamente como yo quería», estaba diciéndole.

Sin embargo, a solas en su celda, Verily perdió la sonrisa. «Pobre Purity —pensó—. ¿Hasta dónde ha retorcido su mente ese cazador?». ¿Tan retorcida estaba su integridad que ya no era capaz de ver cómo estaba siendo manipulada? En algún momento tenía que darse cuenta de que el cazador la estaba utilizando.

«Que sea pronto —pensó Verily—. No quiero que Alvin tenga que esperar mucho en esta celda».

Hezekiah Study ya había preparado su maleta para una larga estancia con su sobrina en Providence cuando oyó los gritos en el prado y se asomó a la ventana para escuchar. Vio cómo el abogado inglés avergonzaba a Micah Quill, manipulando al manipulador hasta que Hezekiah quiso aplaudir. Su corazón se vino abajo cuando Purity denunció al abogado (y, de hecho, había hablado de un abogado que acompañaba a Alvin Smith desde el principio), pero el abogado consiguió plantar semillas de duda en la mente de todos. Para Hezekiah Study, era la primera vez que veía los primeros pasos de un juicio de brujos sin temor y desesperación en el corazón. Pues el abogado inglés sonreía como un escolar a quien no le importa el castigo porque mereció la pena tirar la piedra a la ventana de la maestra.

«Está al control de esto», pensó Hezekiah.

Su sentido común, su amarga experiencia, respondió: «Nadie ha estado jamás al control de un juicio de brujos, excepto los cazadores de brujos. Ese hombre sonríe ahora, pero no sonreirá al final, cuando tenga la cuerda alrededor del cuello o lo

hayan despojado de su decencia. ¡Oh, Dios, que éste sea el día en que por fin la gente vea que los únicos que sirven al diablo en estos juicios son los cazadores de brujos!».

Y cuando terminó su oración, se apartó de la ventana y deshizo la maleta. Fuera cual fuese el resultado, aquel juicio iba a celebrarse con coraje y Hezekiah Study tenía que quedarse. No sólo para ver qué sucedía, sino porque aquel joven abogado no se encontraría solo. Hezekiah Study estaría con él. A pesar de todo, todavía le quedaba mucho valor y mucha esperanza.

CAUTIVERIO

Al principio, Calvin no advirtió que estaba atrapado. Siguió con su poder a Dinamarca hasta Blacktown, la parte de Camelot dedicada a albergar a esclavos hábiles cuyos servicios eran contratados, o donde encontraban albergue los esclavos de confianza que cumplían encargos para los terratenientes de fuera de la ciudad. Blacktown no era grande, pero se desbordaba más allá de sus fronteras oficiales, ya que un almacén tras otro tenían habitaciones o plantas superiores añadidas (ilegalmente y sin registro) donde los esclavos iban y venían.

Dinamarca entró en uno de esos almacenes en las afueras de Blacktown, y Calvin lo siguió. Unas escaleras desvencijadas conducían a un desván lleno de un increíble montón de basura. Cartones, pedazos de muebles, fragmentos de hierro, ropa vieja, cuerdas, redes de pesca y todo tipo de artículos diversos colgaban de ganchos en el techo. Al principio Calvin se sorprendió: ¿quién perdería el tiempo recolectando todas esas cosas? Pero entonces comprendió lo que estaba viendo: versiones más grandes de los muñequitos de cuerda que Dinamarca había recogido a los esclavos recién llegados.

Estaba a punto de regresar a su cuerpo y decirle a Honoré lo que había descubierto y dónde era cuando de repente la basura se separó y Calvin vio una luz cegadora. Soltó un grito, y entonces se acercó y vio que estaba hecha de miles y miles de fuegos del corazón contenidos dentro de una red que colgaba, naturalmente, de un gancho del techo.

¿Qué clase de red podía contener almas? Se acercó. Los fuegos del corazón, de uno en uno, eran mucho más pequeños que aquellos que estaba acostumbrado a encontrar. Como tantas veces anteriormente deseó poder ver su interior como hacían las teas. Pero siguieron siendo un misterio para él.

Sin embargo, con su visión alcanzó a ver lo que Margaret nunca pudo: la tensa red de cuerdas anudadas que contenía los fuegos del corazón. Al examinarla mejor, vio que cada fuego bailaba como una llama por encima de los pequeños nudos que Honoré y él habían visto a Dinamarca recoger a los esclavos. Así que la red probablemente no estaba cargada de hechizos.

Con eso, Calvin se retiró, esperando regresar instantáneamente a su cuerpo para hablar con Honoré. Incluso empezó a hablar. Pero la boca no se movió. Los ojos no vieron. Se quedó donde estaba, mirando los fuegos del corazón con la visión de su poder en vez de mirar con sus ojos la calle.

No, no era eso. Era vagamente consciente de la calle, como si la viera por el rabillo del ojo. También escuchaba sonidos, la voz de Honoré, pero cuando trataba de

prestar atención seguía distrayéndose. No podía prestar atención a Honoré ni concentrarse en lo que veían sus ojos. Seguía volviendo a los nudos y la red, no importaba con cuánta fuerza intentara apartarse. Notaba sus piernas moviéndose como si fueran las piernas de otra persona. Advertía que la voz de Honoré se agitaba, pero seguía sin distinguir lo que se decía. Los sonidos entraban en su mente pero, cuando se terminaba de pronunciar una palabra, Calvin había perdido su comprensión del principio. Nada tenía sentido.

Con enfermizo temor advirtió que la advertencia de Honoré tenía fundamento. Aquella red estaba diseñada para capturar y retener almas o trozos de almas, como fuese, e impedir que nadie las encontrara. Calvin había enviado un pedazo de su propia alma dentro de la red y ahora no podía salir.

Bueno, eso era lo que ellos pensaban: las redes estaban hechas de cuerda; la cuerda estaba hecha de hilos entrelazados y entretejidos; los hilos se hacían con fibras. Calvin comprendía bien todas estas cosas. Se puso a trabajar de inmediato.

Dinamarca Vesey miró a Gullah Joe, pero el viejo brujo no parecía darse cuenta. Era sabido que los hombres blancos se apartaban un poco cuando veían pasar a Dinamarca con aquella expresión en la cara. Incluso aquellos hombres blancos que gustaban de burlarse de los negros, como aquellos del muelle, no se metían con él cuando tenía aquella mueca. Sólo había dejado que lo empujaran hoy porque tenía que mostrar a los nuevos esclavos cómo hacer felices a los blancos. Pero todavía sentía la rabia y la guardaba en su corazón.

No es que no sintiera la clase de furia que llenaba aquella red de almas que colgaba a menos de diez pasos de distancia. Eso se debía a que Dinamarca no era esclavo de nadie. Ni siquiera era completamente negro. Era hijo de uno de aquellos raros dueños de esclavos que sentían algún tipo de responsabilidad paternal hacia los hijos que engendraban en sus mujeres negras. Daba la libertad a todos sus bastardos mulatos: libertad y una lección de geografía, ya que cada uno de ellos tenía el nombre de un país europeo. Sin embargo, pocos permanecían libres si se alejaban de la plantación del señor Vesey, cerca de Savannah. ¿Qué diferencia había en ser libre si tenías que vivir entre los esclavos y trabajar entre ellos y no podías marcharte, como tampoco podían los esclavos?

Para Dinamarca sí había una diferencia. No iba a quedarse siempre en la plantación. Descubrió lo que eran las letras cuando aún era pequeño y se apoderó de un libro y aprendió él solo a leer. Aprendió los números con un primo de su padre, un estudiante francés que vivía en la plantación ocultándose por haber participado en una manifestación contra Napoleón en la universidad. El muchacho se consideraba una especie de héroe de los oprimidos, pero a Dinamarca lo único que le importaba era aprender a decodificar los misterios que los blancos usaban para mantener sometidos a los negros. Cuando cumplió los diez años, su padre le hizo llevar los libros de la plantación, aunque tuvieron que mantenerlo en secreto incluso para el capataz blanco. Su padre le daba palmaditas en la cabeza y lo alababa, pero las

alabanzas hacían que Dinamarca quisiera matarlo.

—Mira cómo se demuestra que la sangre de tu madre no puede borrar todo el cerebro que recibiste de tu padre blanco. Su padre seguía acostándose con su madre y cargándose de hijos suyos. Sabía que ella no era estúpida, pero aún hablaba de esa forma, sin mostrarle ningún respeto, aunque los hijos que tenía con ella eran más listos que los atontados debiluchos blancos que la esposa de su padre engendraba.

Dinamarca abrigaba esa furia y la furia lo hacía libre. No iba a acabar en aquella plantación, no señor. La ley decía que no existía un negro libre en las Colonias de la Corona. Uno de los hermanos de Dinamarca, Italia, había sido apresado por fugitivo en Camelot, y su padre tuvo que darle unos cuantos latigazos antes de que la ley lo soltara y pudiera marcharse. Pero Dinamarca no iba a dejarse capturar. Fue a ver a su padre un día con un plan. A su padre no le gustó mucho (no quería tener que volver a llevar sus libros de contabilidad), pero Dinamarca insistió y al final se puso en huelga negándose a llevar los libros si su padre no accedía. El padre lo hizo volver a los campos a las órdenes del supervisor durante una temporada, pero al final no tuvo valor para desperdiciar los talentos del muchacho.

Así, cuando Dinamarca cumplió diecisiete años, su padre lo llevó a Camelot y le suministró cartas de presentación que el propio Dinamarca había escrito para que la letra siempre fuera la misma. Dinamarca fingía ser mensajero de su amo ausente solicitaba trabajos como tenedor de libros y copista. Algunos hombres blancos pensaban que podían engañarlo y lo ponían a trabajar pero luego se negaban a pagar la cifra acordada. Dinamarca ocultaba su furia, después regresaba a casa y con su elegante letra escribía cartas a un abogado usando de nuevo el nombre de su padre. En cuanto los hombres blancos advertían que el dueño de Dinamarca no iba a dejar que se salieran con la suya engañándolo, generalmente pagaban. Con los que no lo hacían, Dinamarca dejaba pasar el asunto y nunca volvía a trabajar para ellos. No era tan malo ser un esclavo cuando tú eras tu propio dueño y te defendías.

Eso continuó hasta que murió su padre. Dinamarca ya era un adulto y tenía guardado algo de dinero. Nadie conocía a su padre en Camelot, así que no importaba que estuviera muerto mientras nadie volviera a Savannah a tratar de comprobar algo que hubiera escrito en nombre de su padre. No es que eso no le preocupara un poco. Pero cuando quedó claro que todo iba bien, empezó a considerarse un hombre de verdad. Decidió comprarse una esclava propia, una negra a quien pudiera amar y con la que tener niños como había hecho su padre.

Eligió a la que quería e hizo que un abogado se la comprara. Luego fue a recogerla en nombre de su padre. Pero cuando la llevó a casa y ella descubrió que un negro la había comprado, casi le sacó los ojos y salió corriendo a la calle diciendo que no iba a ser esclava de ningún negro. Dinamarca la persiguió, sin obtener ninguna ayuda de los otros residentes de Blacktown: fue entonces cuando se dio cuenta de que todos sabían que era libre y se lo echaban en cara. Todo se reducía a eso, por parte de su mujer y de sus vecinos: odiaban ser esclavos, odiaban a los

blancos, pero más que nada odiaban a un negro libre como él.

¡Bueno, allá ellos! Eso fue lo que pensó al principio. Pero al final apenas pudo soportar ver a su mujer encadenada a la pared de su minúscula habitación, maldiciéndole cada vez que volvía a casa. Ella no paraba de hacer muñecos de él para intentar envenenarlo, y enfermó y sanó más de una vez. Dinamarca no sabía nada de los muñecos. Se había pasado la vida aprendiendo los secretos de los hombres blancos y no sabía nada de lo que hacían los negros. Llegó un día en que se dio cuenta de que no tenía nada. Podía engañar a los blancos para que le dejaran conservar los resultados de su propio trabajo, pero nunca iba a ser blanco. Y los negros no confiaban en él porque no conocían su forma de ser y porque actuaba como los blancos y tenía una esclava.

Finalmente un día se arrodilló delante de su mujer y lloró. «¿Qué puedo hacer para conseguir que me ames?». Ella se echó a reír. «No puedes liberarme —dijo—, porque aquí los negros no son nunca libres. Y no puedes hacer que te ame porque nunca podré amar a mis dueños. Y no puedes venderme porque le hablaré de ti a mi nuevo amo, verás si no. Lo único que puedes hacer es morir cuando haga un muñeco adecuado y te caigas fulminado».

¡Todo ese odio! Dinamarca consideraba que la furia era el principio que gobernaba su propia vida, pero no era nada comparado con lo que sentían los esclavos. Fue entonces cuando advirtió la diferencia que había entre libre y esclavo: la libertad te robaba el odio, y te volvía más débil. Dinamarca odiaba a su padre, cierto, pero no era nada comparado con el odio que esta mujer sentía hacia él.

Naturalmente, tenía que matarla. Ella lo había dejado clarísimo, y era evidente que no iba a cambiar de opinión. Era sólo cuestión de tiempo antes de que ella lo matara a él, así que tuvo que defenderse, ¿no? Y era su dueño, ¿verdad? No sería la primera negra muerta a manos de su amo.

La golpeó en la cabeza con una tabla y la dejó inconsciente. Luego la metió en un saco y la llevó al muelle. Había pensado en mantenerla bajo el agua hasta que se ahogara y luego sacarla del saco y dejarla flotar para que no pareciera un asesinato. Bueno, pues la metió bajo el agua, en efecto, y ella ni siquiera se debatía dentro del saco, pero había como una voz dentro de su mente que le decía: «Estás matando a alguien equivocado. No es la mujer negra quien te mata, son los blancos. Si no fuera por los blancos, podrías casarte con esa muchacha y ella sería libre a tu lado. Es a ellos a quienes ella quiere matar, es a ellos a quienes tú deberías matar».

La sacó del agua y la reanimó. Pero no quedó bien. Tal vez por el golpe que le dio en la cabeza, o por el agua que tragó y el tiempo que pasó sin respirar, pero caminaba raro y no hablaba bien y ya no le odiaba, pero todo lo que él amaba en ella había muerto. Fue como un asesinato después de todo, pero la víctima vivía en su casa y le dio un bebé.

Oh, Dinamarca fue un hombre triste después de eso. La alegría de engañar a los blancos desapareció. Se volvió lento en su trabajo, se retrasaba y sus clientes dejaron

de contratarlo... aunque por supuesto pensaron que despedían a su amo blanco. Los negros que lo rodeaban también lo odiaban por lo que le había hecho a su mujer, y tenía que vigilar todo el tiempo que no se apoderaran de su pelo o sus uñas o incluso su saliva o su orina. Porque lo habrían matado con eso, de haber podido.

Su hijo Egipto cumplió cuatro años y Dinamarca lo mandó a que aprendiera a hacer arneses. Lo hizo con todo tipo de pretensiones, naturalmente, diciendo que era el propietario del niño un hombre blanco y quería que le enseñaran para que resultara útil en su plantación. Le costaba nueve libras al año, que era más de lo que Dinamarca ganaba en esa época, pero el papeleo iba bien, y aunque Egipto era tratado como un esclavo, aprendía un oficio y llegaría el día en que le contaría la verdad. «Eres libre, muchacho —le diría ese día—. Egipto Vesey, ningún hombre es tu dueño. Ni yo, ni nadie».

Cuando Egipto se fue, la última luz se apagó en los ojos de su madre. El día que Dinamarca vio a su mujer beber barniz, supo que tenía que hacer algo. Como se había vuelto estúpida, odiaba su vida y lo odiaba a él. Dinamarca estaba de acuerdo con ella. Tal vez se odiaba a sí mismo más que ella. Lo odiaba todo y a todo el mundo, también. Lo estaba royendo por dentro.

Fue entonces cuando conoció a Gullah Joe. Joe acudió a él. Un hombrecillo negro se plantó de repente ante Dinamarca cuando estaba orinando en el jardín. Apareció de pronto, con un paraguas de aspecto estrafalario lleno de extraños nudos y trozos de cuerdas y latas y hierro y un ratón muerto colgando.

—Deja de mear en mi pie —dijo Gullah Joe. Dinamarca no tuvo mucho que decir. La orina se secó cuando Gullah Joe lo dijo. Dinamarca sabía que debía ser el brujo con el que siempre lo estaban amenazando.

—¿Vienes a matarme, brujo?

—Tal vez sí —dijo Gullah Joe—. Tal vez no.

—Será mejor que lo intentes con todo tu empeño —dijo Dinamarca—. Porque si no lo haces, quizá te mate yo.

Gullah Joe simplemente sonrió.

—¿Qué, me pegas con un palo, me metes en un saco, me ahogas hasta que no pueda andar o hablar bien?

Dinamarca empezó a llorar, cayó de rodillas y le suplicó a Gullah Joe que lo matara.

—¡Sabes lo que soy! ¡Sabes que soy un hombre malo!

—No soy Dios —le advirtió Gullah Joe—. *Tiés* que ir al predicador, si *quiés* que alguien *tenvée* al infierno.

—¿Cómo hablas tan raro?

—Porque no soy esclavo —dijo Gullah Joe—. Yo de África, no me gusta lenguaje de blancos. Lo *apendo* mal y no *mimporta*. Hablo muy bien como la gente.

Entonces soltó una parrafada en un idioma extraño. Continuó y continuó y se convirtió en una canción, y bailó salpicando el barro formado por la orina de

Dinamarca con sus pies descalzos mientras cantaba. Dinamarca recibió cada salpicadura como si le patearan los riñones. Cuando Gullah Joe dejó de bailar y cantar, Dinamarca yacía en el suelo gimiendo y de él manaba sangre en vez de orina.

Gullah Joe se inclinó sobre él. —¿Cómo te sientes?

—Bien —susurró Dinamarca—. Excepto que no estoy muerto todavía.

—Oh, no quiero que mueras. Decidí. Estarás bien. Bebe esto.

Gullah Joe le tendió un frasquito. Olía de un modo horrible, pero contenía alcohol y fue bastante persuasivo. Dinamarca se bebió todo el frasco, o al menos lo habría hecho si Joe no se lo hubiera arrancado de las manos.

—¿Quieres *viví pa* siempre? —preguntó Gullah Joe—. ¿*Gasta to* mi material?

Fuera lo que fuese, funcionó bien. Dinamarca se puso en pie de un salto.

—¡Quiero más de eso!

—Nunca lo probarás más —dijo Gullah Joe—. Te gusta *demasio*.

—¡Dáselo a mi mujer! —gimió Dinamarca—. ¡Ponía bien otra vez!

—Ella enferma del cerebro. Eso no hace bien al cerebro.

—¡Entonces ven y vuelve a matarme, bastardo mentiroso! ¡Estoy harto de vivir así, todo el mundo me odia, yo mismo me odio!

—Yo no te odio —dijo Gullah Joe—. Tengo un uso *pa* ti.

Y desde entonces Dinamarca estuvo con Gullah Joe. El dinero de Dinamarca sirvió para mantenerlos a Gullah Joe y a él, y para conseguir lo que Joe quería que se hiciera. Dinamarca pasaba la mitad de sus días cuidando de los esclavos recién llegados, recogiendo sus nombres y trayéndoselos a Joe a casa.

La idea de traer los nombres surgió de la mujer de Dinamarca. No es que se le ocurriera a ella. Pero cuando Dinamarca alquiló el almacén y trajo a Gullah Joe y a la mujer a vivir allí, Gullah Joe le preguntó cuál era su nombre. Ella se limitó a mirarlo y dijo:

—No lo sé, amo.

Era muy distinto a lo que solía decirle a Dinamarca, antes de que la volviera estúpida. En aquellos días habría dicho: «El amo nunca sabe mi nombre. Llámame como quieras, pero nunca dirás mi nombre».

Bien, cuando Gullah Joe le preguntó a Dinamarca cuál era el nombre de la mujer, y Dinamarca no lo supo, bueno, podríamos decir que Joe se había comido una guindilla por la forma en que empezó a saltar y a brincar y a dar voces.

—¡Ella nunca dijo su nombre! —exclamó—. ¡Conservó su alma!

—Conservó su odio —puntualizó Dinamarca—. Yo traté de amarla y ni siquiera sé cómo llamarla excepto Mujer.

Pero a Gullah no le importó la triste historia de Dinamarca. Se puso a trabajar en sus brujerías. Hizo que Dinamarca le capturara una gaviota, cosa que no fue fácil, pero con el garabato de Joe fue bastante bien. Pronto las partes del cuerpo de la gaviota fueron cocinadas, hervidas, mezcladas, pegadas, tejidas o anudadas en una gorra de plumas que Gullah Joe se colocaba en la cabeza para convertirse en gaviota.

—En *realidá* no —le explicó a Dinamarca—. Sigo siendo un hombre, pero vuelo y el marinero blanco ve gaviotas.

Joe volaba hasta los barcos esclavistas que venían al puerto de Camelot. Bajaba a la bodega y le decía a la gente que tenía que hacer su nombre-cuerda antes de desembarcar y dárselo al mulato que les llevaría agua.

—*Pone* odio y miedo en el nombre-cuerda —les decía—. Paz y *felicidá* serán todo lo que quede. Os mantendré a salvo hasta el día *adecuaao*.

O eso fue lo que le dijo a Dinamarca que había dicho. Pocos de los esclavos que llegaban hablaban inglés, así que tuvo que explicárselo en algún idioma africano. O tal vez pudo dirigirse a todos en el lenguaje de los nudos. Dinamarca no lo sabía: Gullah Joe no le enseñaba lo que significaba el trazado de nudos o cómo funcionaba.

—Tú lees y escribes habla blanca —dijo Gullah Joe—. Es suficiente secreto *pa* un hombre.

Dinamarca sólo sabía que de algún modo aquella gente sabía cómo unir trocitos de esto y lo otro con fragmentos de cuerda y tela y de algún modo contenía su nombre, además de un signo para el miedo y otro signo para el odio. Aunque no los comprendía, los nombres-cuerda hacían que Dinamarca estuviera orgulloso, pues demostraban que los negros sabían leer y escribir allá en África, sólo que no con marcas en el papel sino con nudos en una cuerda.

Además de recoger los nombres de los esclavos recién llegados, Dinamarca ayudaba a recoger los nombres de los esclavos que ya estaban en Camelot. Se corrió la voz entre los negros: Dinamarca sólo tenía que pasar junto a la valla de un jardín con la cesta abierta y las manos de los negros asomaban y dejaban caer nombres-cuerda en la cesta.

—Gracias —decían—. Gracias.

—A mí no —respondía—. No me deis las gracias a mí. Yo no soy nadie.

Llegó un día, no hacía mucho, en que tuvo los nombres de todos los esclavos, y Gullah Joe cantó toda la noche.

—Mi pueblo feliz ahora —dijo—. Mi pueblo está feliz.

—Siguen siendo esclavos —señaló Dinamarca.

—*To* su odio está ahí dentro —dijo Gullah Joe, señalando la abultada red.

—Y todas sus esperanzas también. Ahora tampoco tienen esperanza.

—Yo no quité su esperanza —se defendió Gullah Joe—. ¡Hombre blanco quita su esperanza!

—Todos son estúpidos como mi mujer.

—No, no —negó Gullah Joe—. Son listos. Son sabios.

—Bueno, eso no lo sabe nadie más que tú.

Gullah Joe sonrió y se dio un golpecito en la cabeza. Al parecer era suficiente que Joe conociera la verdad.

Pero había una persona que no era feliz. Oh, Dinamarca se alegraba bastante de que su vida tuviera un sentido: hacer que los negros le miraran con gratitud en vez de

con repulsión. Pero eso no era lo mismo que ser feliz. Su mujer seguía ante él cada día, deambulando por la casa, murmurando palabras que él apenas lograba entender. Gullah Joe se había ocupado de que los negros ya no fueran desgraciados. Pero Dinamarca veía que los más felices eran los blancos. Los escuchaba hablar.

—¿Ves lo dóciles que son?

—La esclavitud es el estado natural del negro.

—No quieren elevarse por encima de su actual estado.

—Están contentos.

—Los negros sólo se enfadan cuando se les permite vivir sin un amo.

—El negro no puede ser feliz sin disciplina.

Y así, por toda la ciudad. Los blancos llegaban a Camelot de todo el mundo y veían esclavos contentos. Eso los convencía de que la esclavitud no era tan mala después de todo. Dinamarca lo odiaba. Pero a Gullah Joe no parecía importarle.

—Día de negro vendrá —aseguraba Gullah Joe.

—¿Cuándo?

—Día de negro vendrá.

Por eso Dinamarca Vesey miraba hoy con mala cara a Gullah Joe, mientras el viejo brujo cargaba la cesta de nombres-cuerda a través del laberinto que protegía el lugar. Todos esos esclavos felices. ¿Era Dinamarca el único negro en Camelot que vivía en el infierno?

Gullah Joe abrió la red y empezó a echar los nuevos nombres-cuerda. En ese momento, las cuerdas del fondo de la red empezaron a abrirse, una a una, como si alguien las estuviera cortando. Los nombres-cuerda empezaron a caer, al principio unos cuantos, luego por docenas. Por fin toda la red se abrió y los nombres-cuerda saltaron al suelo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Dinamarca.

Gullah Joe no respondió.

—¿Algo va mal? —preguntó Dinamarca.

Gullah Joe se quedó allí plantado, las manos levantadas. Dinamarca se abrió paso entre la basura colgante, trazando un círculo hasta que vio la cara de Joe. Estaba petrificado como una estatua... una estatua cómica, con los ojos desencajados y los dientes asomados en una mueca, como los cantores en aquellos horribles espectáculos que hacían los hombres blancos con las caras pintadas de negro.

No era que la red hubiera cedido. Algo o alguien había abierto la red y esparcido los nombres-cuerda por el suelo. Si tenía el poder de hacer eso, tenía el poder de hacer daño a Gullah Joe, y eso era lo que parecía estar sucediendo.

¿Qué podía hacer Dinamarca? No sabía nada de brujería. Sin embargo, no podía dejar que le sucediera nada a Joe. Ni a los nombres-cuerda tampoco, pues los nombres de todos los esclavos de Camelot estaban allí tirados. Pero si Dinamarca entraba dentro del círculo encantado que Joe le había mostrado, ¿no estaría también en poder del enemigo?

Tal vez no si no se quedaba mucho. Dinamarca corrió y saltó, arrancando a Joe del interior del círculo. Los dos cayeron al suelo, dejando una docena de grandes hechizos rebotando y chocando entre sí.

Gullah Joe no mostró ningún indicio de estar herido. Se levantó de un brinco y miró frenéticamente a su alrededor.

—¡Levanta, maldición! ¡Una escoba! ¡Una escoba!

Dinamarca se puso en pie como pudo y corrió a por una escoba.

—¡Dos escobas! ¡Rápido!

En unos instantes los dos se plantaron ante el círculo, y cogieron las escobas para barrer los nombres-cuerda en grandes montones.

—¡Rápido! —gritó Joe—. ¡Te pillaré si barres tan lento!

Dinamarca no había pensado que iba más lento que Joe, pero entonces se dio cuenta de que el extremo de la escoba más cercano a su cuerpo estaba quieto mientras trataba de barrer los nombres-cuerda. En cuanto pensó esto el palo se volvió hacia él como una bayoneta, golpeándolo en el estómago bajo el esternón. Dinamarca se desplomó como una piedra, cortada la respiración. Y cuando consiguió tomar una gran bocanada de aire, inmediatamente vomitó.

Unos minutos después, Gullah Joe se inclinó sobre él.

—¿Tomas tu aire? Él no te hirió mal. Él no te ve o tú muerto.

—¿Quién? —preguntó Dinamarca.

—¿Tú piensas que yo sé?

—Hablas como si lo supieras todo.

—Cuando yo sé, yo digo yo sé. Este es mal malo. Vaga como perro callejero, atraviesa, ve todos los nombres, diablo come nombre como comida, como pastel, le sabe dulce. Entra en mi círculo y ahora es *capturao*, él no salida. ¡Así que él enfada, él! Rompe red. Rompe nombre, mata a mí si puede. Pero yo lo paro a él.

—Yo te he ayudado.

—Sí, tú sacaste a mí, muy listo.

—¿Por qué te quedaste tan quieto?

—¿Ves mi pelo anudado? Se mueve, él entra, me rompe en trocitos.

Dinamarca se preguntaba hacía tiempo por qué Gullah Joe se había trenzado el pelo con lazos y trocitos. No era decoración, sino protección... mientras las trenzas no se sacudieran.

—¿Entonces ese pelo te protege del demonio?

Joe agitó sus trenzas, alardeando.

—Pelo, lo mantiene a él fuera de mí. —Entonces señaló los amuletos colgantes que rodeaban la red de nombres-cuerda—. Esos amuletos, lo mantienen en círculo mío. —Joe sonrió—. Lo tengo.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó Dinamarca—. ¿Puedes pedirle deseos o algo? Gullah Joe lo miró como si fuera estúpido.

—Vives con blancos *demasio*, chico, tú extraño.

—He supuesto que tal vez era un genio o algo así.

—No se pide a un diablo que te ayude. Él te ayuda a tú *morí*, a eso te ayuda. — Gullah Joe empezó a caminar alrededor, mirando los amuletos colgantes de toda la habitación—. Tráeme ése, ése, ése.

Dinamarca, como era alto, no tuvo problemas para desenganchar los amuletos que Joe indicaba. Pronto crearon un nuevo círculo, igual que el otro, sólo que cuando mirabas con atención no había dos amuletos iguales. No pareció importar. En unos minutos más recogieron los nombres-cuerda del suelo, los metieron en otra red y los colocaron dentro del círculo mágico.

—Ahora nadie los ve otra vé, ellos a salvo, no se pierden, no se encuentran.

—Así que derrotamos al diablo esta vez —dijo Dinamarca.

Gullah Joe sacudió tristemente la cabeza.

—No, él rompió una. Cogió ésa, la rompió, rompió la cuerda, el nombre voló por ahí.

—¿Se perdió?

—Oh, el nombre trata de *volvé* a casa, trata con fuerza. —Gullah Joe suspiró—. Algún nombre es fuerte, pero ciego, no encuentra camino. Algún nombre ve camino, pero no vuela, desaparece. Éste es fuerte, brillante, tal *vé* llegue a casa.

—¿Cuál era?

—¿Crees que yo digo nombre? ¿Decir ese nombre a mí? ¿Piensas que yo tan malo? No señor. Yo no digo nombre, rezo para que nombre encuentre esa chica, ella buena. ¿Por qué la eligió?

—No me preguntes a mí —dijo Dinamarca—. No sé por qué nadie escoge a nadie.

—No, él fue a ella, la conoce. La conoce. Ese diablo camina las calles Camelot, él. Ese diablo, él tal vez un hombre. Tal vez un hombre blanco. —Gullah Joe sonrió—. Hizo volar su alma, quedó capturada aquí, pero el cuerpo está en alguna parte.

Dinamarca reflexionó sobre esto. Un hombre blanco en alguna parte con su alma atrapada fuera de su cuerpo.

—¿Piensas que deberíamos buscarlo?

—¿Cuánto de él tengo aquí? —preguntó Gullah Joe—. Alma de hombre negro yo tomo nombre, tomo furia, tomo tristeza, todo el resto queda en cuerpo. Pero el hombre blanco, ¿cuánto envió, cuánto me dio?

Se acercó a su mesa, donde guardaba un centenar de secretos en frascos y cajitas. Abrió uno, luego otro, rechazándolos luego hasta que encontró una caja llena de fino polvo blanco. Sonrió y cogió un pellizco. Luego se acercó al borde del círculo original, donde el hombre-diablo estaba atrapado. Separó los dedos mientras soplaba con fuerza. El fino polvillo gris llenó rápidamente las dimensiones exactas del círculo hasta los bordes pero sin rebasarlo. Dinamarca vio una luz minúscula, como un mosquito con cola de luciérnaga, cambiando de colores mientras corría dentro de la nube.

—¿Eso es él? —preguntó.

—Tiene poder —afirmó Gullah Joe, la voz llena de asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Desde tan lejos lo ves, ¿no?

—Claro que lo veo. Como una luciérnaga. Gullah Joe se echó a reír.

—¡Tú tan ciego! Él como estrella. Brillante estrella. Tenemos problemas con este círculo. Puede encontrar salida. Y entonces él enfadado.

—Entonces salgamos de aquí —dijo Dinamarca—. No quiero que me abra como a esa red.

—No problema —dijo Gullah Joe.

—¿Quieres decir que puedes impedir que salga?

—He puesto mi mejor círculo *alrededó*. ¿Es bastante fuerte? No lo sé. Pero no sé otro *mejó*, así que... tal vez nosotros muertos, tal vez nosotros a salvo. —Gullah Joe se encogió de hombros—. No problema.

—¡Pues a mí sí me importa! —exclamó Dinamarca.

—Tal vez *mejó* que te vayas. —Gullah Joe sonrió—. Busca en qué casa hay un hombre, los ojos abiertos, nadie dentro.

—¿Un hombre blanco?

—¿Crees que hombre negro rompe nombre-cuerda? —preguntó con desprecio Gullah Joe.

—No todos los hombres negros son buenos.

—Hombres negros todos de nuestra parte —dijo Gullah Joe.

Dinamarca se rió con brusquedad.

—Ésa es la cosa más estúpida que has dicho desde que te conozco.

Gullah Joe lo miró fríamente.

—Yo sé lo que yo sé.

—Oh, ellos están de tu parte ahora, Joe, porque tienes sus nombres-cuerda en una bolsa y los mantienes felices. Pero eso no significa que estén de tu parte, bobo. Los amos blancos los tienen tan asustados que quieren complacerlos, como cachorritos. No dicen nada por si el hombre blanco toma su alma. Pero no están de tu parte. Están de parte de su amo.

—¿Crees que tú eres el único hombre listo? —preguntó Joe, molesto.

—Lo he visto un millar de veces. Negros traicionando a negros, siempre esperando que el amo los aprecie más que a los otros esclavos, que los trate bien. Ya verás.

—Hago esto hace tiempo, montones de años ya —le aseguró Gullah Joe—. Los negros saben lo que tengo aquí, nunca se vuelven contra mí.

—Entonces ¿cómo ha descubierto ese demonio blanco dónde estabas?

Los ojos de Joe se dilataron al oír la pregunta. Luego le sonrió a Dinamarca.

—Tú mostraste el camino.

—Yo no —dijo Dinamarca—. ¡Llevaba esa red de memoria que me hiciste, nadie

sabe nada sobre ti por mí!

—Él no ha mirado en tu cabeza, mi red la vacía. Este diablo siguió tus pies hasta que entró *detrá* de ti.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo sé lo que yo sé —dijo Gullah Joe, por enésima vez desde que Dinamarca lo conocía—. Yo lo veo *entra*.

—Estás mintiendo. Si lo has visto entrar, me lo tendrías que haber dicho.

—Lo he sentido. He sentido ojos calientes suyos mirando. He sentido los amuletos *baila*, los amuletos *temblá*. —Entonces ¿por qué no lo has detenido? Gullah Joe sonrió.

—Tal vez he pensado él no encuentra nombre-cuerda. Tal vez que círculo mantiene él fuera.

—Tal vez estés lleno de mierda —dijo Dinamarca—. No has sabido que estaba aquí hasta que la red ha empezado a saltar. Probablemente te ha seguido a ti dentro del círculo. Gullah Joe pensó en eso.

—*Mejó* nosotros encontramos cuerpo.

—Así que no vas a admitir que te ha pillado por sorpresa —acusó Dinamarca—. Sigues fingiendo que lo ves todo, que lo sabes todo.

—Yo no veo todo —dijo Gullah Joe—. Yo veo más que tú.

—A veces.

—¿Tú ves tan bien? Entonces tú sal y usa tus ojos y tu boca y tus oídos, tú encuentra dónde está el cuerpo vacío de ese hombre blanco sin alma.

Dinamarca se rió amargamente.

—Eso sería todos los blancos que conozco.

Gullah Joe ignoró su observación.

—Encuétralo, y luego nosotros hacemos su alma vuelve a él.

—¿Puedes hacer eso? Gullah Joe se encogió de hombros. —Tal vez.

—¿Y si no funciona?

—Entonces su cuerpo muere —dijo Gullah Joe—. Cuerpo suyo no dura mucho sin alma dentro.

—¿Qué demonios has dicho? —preguntó Dinamarca—. ¿Todos esos esclavos se morirán sin sus almas?

—¡Negros aún tienen su alma! —dijo Joe, impaciente—. Sólo hombre blanco tiene alma así. Alma no vuelve a casa, cuerpo suyo piensa que está muerto, se pudre.

—¿Así que si no encuentra el camino de vuelta, su cuerpo va a morir?

—No, no muere, su cuerpo. Ese cuerpo se pudre, se vuelve hueso, se vuelve polvo, pero sigue vivo porque ese alma no puede encontrar ese cuerpo, nunca vuelve a casa.

—Así que ya es un muerto viviente —dijo Dinamarca—. Muy bien, entonces ¿por qué buscarlo?

—Cuerpo pudriéndose vivo, demasiado lento. Hace mal. —Gullah Joe Joe sonrió

y alzó un enorme cuchillo—. *Mejó* nosotros sacamos de aquí.

—¿Cómo, matando su cuerpo?

—¿Matar? —Gullah Joe se echó a reír—. Nosotros traemos su cuerpo aquí, lo ponemos dentro del círculo. Alma vuelve a cuerpo, entonces él deja mi casa.

—¿No lo volverá eso más fuerte, tener otra vez juntos alma y cuerpo? —preguntó Dinamarca—. ¿Quieres que vaya por ahí sabiendo lo que tenemos aquí?

—Tal vez eso pasa si nosotros ponemos todo el cuerpo en el círculo —dijo Gullah Joe, riendo.

—Pensaba que habías dicho...

—Ponemos sólo su cabeza —puntualizó Gullah Joe—. Entonces todos a salvo. Esa alma entra en la cabeza. ¡Pero él entra, se cae muerto!

Dinamarca se rió.

—Ya veo. —Entonces su rostro se volvió sombrío—. Naturalmente, sabes que estás hablando de matar a un hombre blanco.

Gullah Joe miró al techo.

—Hay muchos hombres blancos. Búscalo.

Por la tarde, temprano, Margaret dio un paseo por el barrio. Con tanto calor, no esperaba dormir esa noche si no hacía algo de ejercicio. Y el aire, aunque en la calle olía tristemente a pescado y a mierda de caballo, no era tan rancio como el del interior de la casa. Alvin le había asegurado que el aire pestilente solía seguir siendo sólo aire y que no era perjudicial respirarlo. Mejor el olor que el moho de puertas adentro. Cuando trató de hablarle de todas las criaturas vivas que habitaban las casas, no importa lo limpias o bien cuidadas que estuviesen, Margaret tuvo que hacerle callar. Era mejor no saber ciertas cosas.

Volvía paseando junto a la casa cuando oyó a alguien gimiendo en el jardín. No había más que un fuego del corazón allí, uno que conocía bien: la esclava llamada Fishy. Pero Margaret casi no la reconoció porque su fuego del corazón se había transformado. ¿Cuál era la diferencia? Un tumulto de emociones: furia por todos los insultos sufridos, pena por todo lo que había perdido. Y en lo más profundo, donde antes no había nada, Margaret lo encontró ahora: el verdadero nombre de Fishy.

Njia-njiwa. El Camino de la Paloma. O la Paloma en el Sendero. A Margaret le resultaba difícil comprender, porque el concepto era parte de ambos. Una paloma vista en mitad de su vuelo en el cielo, que también marca el camino de la vida. Era un nombre hermoso, y en el lugar donde estaba el nombre, también estaban el amor y la alabanza de su familia.

—Njia-njiwa —dijo Margaret en voz alta, tratando de hacer que su boca y su nariz formaran las extrañas sílabas: N sin vocal, como una sílaba en sí misma. Nnn-jii-ya. Nnn-jii-ya. Volvió a repetirlo.

Los gemidos cesaron. Margaret rodeó un seto y allí estaba Fishi (Njia-njiwa), escondida donde los cimientos de la casa de al lado se alzaban de la tierra. Sus ojos estaban llenos de temor pero, Margaret lo vio también, tenía las manos engarfiadas,

listas para pelear.

—Aléjese de mí —dijo Fishy. Era una súplica. Era una advertencia.

—Has recuperado tu nombre.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué me ha hecho? ¿Es usted una bruja?

—No, no, no te he hecho nada. Sabía que tu nombre estaba perdido. ¿Cómo lo has recuperado?

—Él me ha soltado —dijo Fishy con un sollozo—. De repente me he sentido ligera. Me llevaba la brisa. Ni siquiera podía levantarme. Sé que mi nombre vuela pero no puedo llamarlo porque no lo conozco. Pensé que iba a morir. Pero vino y entonces volvió a mí. —Fishy se estremeció; luego se echó a llorar.

Margaret no necesitaba una explicación. Lo vio todo en la memoria de Fishy.

—Todas las vilezas que tu amo te ha hecho. Todos los insultos de los hombres blancos. La vida feliz con tu madre que te fue arrebatada. No me extraña que quisieras matar a alguien. —Margaret se acercó un paso—. Y sin embargo, no lo has hecho. Todo ese fuego dentro de ti y lo único que has hecho ha sido salir al jardín y esconderte.

—Cuando ella descubra que no he hecho mi trabajo va a pegarme —dijo Fishy—. Va a pegarme duro, sólo que esta vez no sé si podré soportarlo. Ella no es fuerte, señora. Si le quito el palo de la mano y le pego, ¿cómo cree que le sentará?

—No es una buena idea, Njia-njiwa.

La muchacha dio un respingo al oír el sonido de su nombre y volvió a llorar.

—Oh, mamá, mamá, mamá.

—Pobrecilla —dijo Margaret.

—¡No se apiade de mí, mujer blanca! ¡Limpio su suciedad igual que la de todos los demás!

—Las buenas personas limpian a la gente que aman —dijo Margaret—. No es limpiar lo que te molesta, sino ser obligada a hacerlo con gente a la que no amas.

—¡Gente a la que odio!

—Fishy, ¿prefieres que te llame por ese nombre?

—No siga usando mi nombre verdadero.

—Muy bien, pues. ¿Qué tal si digo que me has estado ayudando hoy y le pago a tu ama un poco de dinero para compensar el haberte apartado de tus deberes?

Fishy la miró con recelo.

—¿Por qué hace eso?

—Porque necesito tu ayuda.

—No tiene que pagar por nada —dijo Fishy—. Soy una esclava, ¿no lo ha oído?

—No quiero tu trabajo. Quiero tu ayuda.

—Yo no ayudo a los blancos. Es todo lo que puedo hacer por no matarla ahora mismo.

—Lo sé —dijo Margaret—. Pero eres fuerte. Contendrás esos sentimientos. Es bueno haber recuperado tu nombre. Es como si antes no estuvieses viva y ahora sí.

—Esto no es vida —le aseguró Fishy—. Ahora no tengo esperanza.

—Ahora es cuando empieza tu esperanza —dijo Margaret—. Eso que habéis hecho, tú y los otros esclavos, al renunciar a vuestro nombre, vuestra furia... te lo pone más seguro, sí, te lo hace más fácil, ¿pero sabes a quién más ayuda? A ellos. A los blancos que os poseen. Mira a los otros esclavos ahora que has recuperado tu furia. Mira lo que les parecen a sus amos.

—Sé qué aspecto tienen. Parecen estúpidos.

—Eso es. Estúpidos y contentos.

—Yo no voy a parecer estúpida nunca más —dijo Fishy—. Ella verá en mis ojos cuánto la odio. Ahora me pegará constantemente.

—No puedo ayudarte en ese aspecto, hoy por hoy. Te compraría si pudiera, pero no tengo tanto dinero. Pero podría alquilar tus servicios para que no tengas que estar con tu ama hasta que logres controlar esos sentimientos.

—¡Nunca voy a controlar estos sentimientos! ¡El odio se hará más y más grande hasta que mate a alguien!

—Eso te parece ahora, pero te aseguro que a los esclavos de otras ciudades, de otros sitios, nadie les quita su orgullo y lo esconde, sino que aprenden, observan, esperan.

—¿Esperar qué? Esperan morir.

—Esperan la esperanza —dijo Margaret—. Ellos no tienen esperanza, sino esperanza de esperanza, de un motivo para la esperanza. Y mientras tanto, hay muchos hombres y mujeres blancos como yo que odian la idea de la esclavitud. Estamos haciendo todo lo que podemos para liberaros.

—Todo lo que pueden no vale nada.

Margaret tuvo que admitir la verdad de lo que decía.

—Fishy, me temo que tengas razón. He intentado hacerlo sólo con palabras, para persuadirlos, pero temo que nunca vayan a cambiar hasta que se les obligue a hacerlo. Me temo que hará falta una guerra, una guerra terrible y sangrienta entre las Colonias de la Corona y los Estados Unidos.

Fishy la miró con extrañeza.

—¿Me está diciendo que los blancos del Norte están dispuestos a luchar y morir sólo por liberar a los negros?

—Algunos —dijo Margaret—. Y hay muchos más que están dispuestos a luchar y morir para romperle la espalda al rey Arturo y otros que lucharán para demostrar que los Estados Unidos no se dejan avasallar por nadie y... ¿por qué va a importarte por qué luchan? Si estalla la guerra, si el Norte gana, la esclavitud terminará.

—Entonces que venga esa guerra.

—¿La quieres? —preguntó Margaret, curiosa—. ¿Cuántos blancos deben morir para que seas libre?

—¡Todos ellos! —exclamó Fishy, la voz cargada de odio. Luego se ablandó—. Los que haga falta.

Y entonces se echó a llorar.

—Oh, dulce Jesús, ¿qué soy? ¡Mi alma es tan malvada! ¡Voy a ir al infierno!

Margaret se arrodilló junto a ella, la miró a la cara y se atrevió por fin a colocar suavemente una mano sobre su hombro. La muchacha no retrocedió, como habría hecho antes.

—No irás al infierno —dijo—. Dios ve en tu corazón.

—¡Mi corazón estará ahora lleno de unas ganas incesantes de matar! —dijo Fishy.

—Y sin embargo tu mano sigue siendo la mano de la paz. Dios te ama por elegir eso, Fishy. Dios te ama por vivir fiel a tu verdadero nombre.

El movimiento fue ligero pero real; Fishy se acercó un poco a Margaret aceptando su contacto, y luego su abrazo, hasta que lloró sobre su hombro.

—Déjeme quedarme con usted, señora —susurró.

—Ven conmigo a mi habitación, entonces —dijo Margaret—. Espero que no te importe acompañarme en algunas mentiras.

Fishy se rió, aunque al final fue más un sollozo que una risa.

—Por aquí, señora, si la gente tiene la boca abierta, si no está comiendo entonces está mintiendo.

HOMBRES DECENTES

Así que a esto se reducía, después de todos aquellos años en los tribunales como abogado y como juez: John Adams tenía que celebrar un juicio de brujos en Cambridge. Oh, qué ignominia. Durante algún tiempo había sido algo parecido a un filósofo, y provocó un incidente internacional por su implicación en la Revolución Appalachee. Había defendido la unión entre Nueva Inglaterra y los Estados Unidos, desafiando al lord Protector a arrestarlo por traición. Había reclamado la prohibición de comerciar con las Colonias de la Corona mientras siguieran traficando con esclavos, al mismo tiempo que sus colegas neoingleses clamaban a gritos por el derecho a ese comercio. No hubo asunto de importancia en Nueva Inglaterra desde la década de 1760 en la que John Adams no hubiera tomado parte. Incluso había fundado una dinastía, o eso parecía ahora que su hijo John Quincy era gobernador de Massachusetts y presidente del Consejo de Nueva Inglaterra. Y durante los últimos quince años se había distinguido como jurista y se había ganado al menos el amor de sus compatriotas yanquis al rechazar el nombramiento al tribunal del lord Protector en Inglaterra por preferir permanecer «entre los hombres libres de América».

Y ahora tenía que presenciar un juicio de brujos. El repulsivo cazador, Quill, había acudido a verlo a su llegada a Cambridge la noche anterior, para recordarle que era su deber hacer cumplir la ley... como si John Adams necesitara que gente como Quill le recordara cuáles eran sus deberes.

—No he infringido la ley en ningún aspecto —manifestó Quill—, como verá usted incluso por el testimonio de los brujos, a menos que mueran.

—Dios nos ayude si un brujo dice una mentira —murmuró John. Quill no captó la ironía y tomó la respuesta por una afirmación. Muy bien. A John no le importaba que se marchara contento, siempre que se marchara.

John tendría que haber muerto el año anterior, cuando contrajo la gripe. Sabía de buena tinta que los periódicos de Boston habían planeado una página doble para su obituario. Ése fue precisamente el espacio dedicado al panegírico del último lord Protector para despedir su envoltura carnal. Era bueno que lo consideraran a la altura de gobernantes y potentados, aunque nunca había conseguido unir Nueva Inglaterra a los Estados Unidos, lo que le impedía jugar un papel en aquel extraordinario experimento. En cambio había permanecido allí, entre la buena gente de Nueva Inglaterra, personas a quienes realmente amaba como a hermanos, aunque de vez en cuando anhelaba ver un rostro que no se pareciera a cualquier otro.

Pero juicios de brujos... era una cosa fea, un residuo de tiempos medievales. Una vergüenza para Nueva Inglaterra.

Sin embargo, la ley era la ley. Se había presentado una acusación, así que habría que celebrar un juicio, o al menos el principio de uno. Quill tendría su oportunidad de que ahorcaran a algún pobre diablo... si podía hacerlo sin violar las prerrogativas del tribunal o forzar los poderes de la ley más allá de sus límites naturales y estatutarios.

Ahora John Adams desayunaba con su antiguo alumno, Hezekiah Study. «Me rijo por un doble rasero —admitió John para sí—. Consideré la visita que Quill me hizo anoche enormemente inoportuna. Y planeo disfrutar de la visita de Hezekiah, que tiene la misma intención de influir sobre mi juicio en este caso. Bueno, cualquier tonto puede ser consecuente, y la mayoría de los tontos lo son».

—Cambridge ya no es lo que era —le comentó John a Hezekiah—. Los estudiantes no llevan toga.

—Están pasadas de moda. Aunque si alguien hubiera sabido que venías, se las habrían vuelto a poner —dijo Hezekiah—. Tu opinión sobre el tema es de sobras conocida.

—Como si esos muchachos fueran a despeinarse por una reliquia como yo.

—¿Una reliquia sagrada, señor? —preguntó Hezekiah.

John hizo una mueca.

—¿Oh, ahora me llamas «señor»?

—Fui alumno tuyo. Me diste a conocer a Platón y Hornero.

—Pero querías conocer a Aristófanes, que yo recuerde. —John Adams suspiró—. Debes comprender que todos mis colegas han muerto. Si alguien de este mundo debe llamarme John, tendrá que ser un amigo que una vez me llamó «señor» a causa de mi grado. Tendríamos que establecer una nueva regla social: que cuando llegáramos a los cincuenta todos tuviéramos la misma edad para siempre.

—John, entonces —concedió Hezekiah—. Sabía que Dios había oído mis oraciones cuando fuiste tú y no otro quien se hizo cargo de este caso.

—Un juez se está muriendo tosiendo y escupiendo sangre en el pañuelo y el otro está enterrando a su esposa, ¿y piensas que es así como Dios responde a tus plegarias?

—No te tocaba y aquí estás. Un juicio de brujos, señor. John.

—Oh, ahora me has nombrado caballero. Sir John.

La idea de ser la respuesta a las oraciones de alguien le dio risa. Ya que sus propias oraciones rara vez eran respondidas no sería justo que Dios jugara con él como si fuera el premio del juego de piedad de otro, ¿no?

—Sé lo que opinas sobre los brujos —dijo Hezekiah.

—También sabes lo que opino de la ley. Tal vez no crea en el crimen, pero eso no significa que vaya a hacer que mis ideas influyan en este caso.

«Oh, dejemos de fingir que el tema ha salido por casualidad», pensó John Adams.

—¿Cuál es tu interés en el tema? ¿No solías defender estos casos cuando eras abogado?

—Nunca fui bueno.

John oyó el dolor en su voz. «¿Todavía amargado después de todos estos años?».

—Fuiste un abogado excelente, Hezekiah. Pero ¿qué es un abogado contra una turba supersticiosa que sólo quiere sangre?

Hezekiah sonrió con esfuerzo.

—Supongo que sabes que el abogado del herrero fue arrestado anoche.

Quill no había considerado oportuno mencionar este pequeño detalle, pero John se había enterado por el sheriff.

—Ahora lo veo. Un abogado tras otro se presentarán para defender a ese hombre, sólo para ser acusados por turno y encerrados. Así continúa el juicio hasta que todos los abogados estén en la cárcel.

Hezekiah sonrió.

—Hay quienes considerarían eso como el mejor de los resultados posibles.

John se rió con él, luego suspiró.

—No te preocupes, Hezekiah. No consentiré que los abogados de la defensa sean encerrados para favorecer el caso de los cazadores de brujos. Pero no deberías hablarme de eso.

—Oh, sabía qué harías al respecto —dijo Hezekiah—. Si Quill pensaba que podría salirse con la suya en eso... bueno, ya verás cuando conozcas al abogado. ¡Tiene a Quill cogido por las agallas!

—Un sitio algo resbaladizo para agarrarlo.

—Pero no quería hablarte del abogado, sino de otro asunto.

—Que sea en el juicio entonces, Hezekiah.

—No puedo. Y en cualquier caso no es una prueba.

—Entonces dímelo después.

—Por favor, no me atormentes, amigo —rogó Hezekiah—. Yo no intentaría nada que no fuera ético. Confía en mí lo suficiente para escucharme.

—Si es sobre el caso...

—Es sobre la acusadora.

—Que también será una acusada en su propio juicio.

—No será juzgada —dijo Hezekiah—. Está cooperando con Quill. Así que esto no puede tener ningún efecto comprometedor en el juicio.

—No le echas a Quill la culpa que le corresponde a ella. Hizo la acusación por deseo propio.

—Lo sé, señor. John. Pero no es una acusadora normal. Sus padres fueron ahorcados por brujos cuando ella era una recién nacida. De hecho, su padre estiró la pata, como dicen, antes de que ella naciera, y su madre unas cuantas semanas después. Lo descubrió hace unos cuantos días y eso la puso en tal estado que...

—¿Que hizo una falsa acusación contra un desconocido? —John hizo una mueca—. Tienes una mancha de yema de huevo en la barbilla.

Hezekiah se la limpió con la servilleta.

—Creo que la acusación no es falsa —dijo Hezekiah.

John se lo quedó mirando.

—Me alegra que no fueras a decir nada que comprometiera el caso de ese herrero.

—No quiero decir que sea objetivamente cierto, sino que ella está siendo sincera. Su intención es pura. Cree en la acusación.

John puso los ojos en blanco.

—Entonces ¿a cuántos debo colgar por la superstición de una muchacha?

Hezekiah apartó la mirada.

—No es supersticiosa, señor. Es una chica dulce, de buen corazón y muy inteligente. Ha estado estudiando conmigo y asiste como oyente a las clases.

—Oh, bien. La muchacha y sus profesores. Por eso Harvard fue asaltada por los alguaciles y la mitad de la facultad interrogada a la fuerza.

—Ella no inició eso, señor. Se niega a acusar a los que no sean los acusados originales.

—Hasta que ese fantasmón la obligue.

—Tendrías que haber oído al abogado del herrero acusar a Quill de emplear torturas. En el prado, delante de todo el mundo. —Hezekiah sonrió al recordarlo—. Tiró de los hilos y Quill bailó para la multitud.

A John le gustaba la imagen tanto como a Hezekiah, pero era juez, y la primera habilidad que había desarrollado era la de permanecer solemne y suprimir incluso el brillo de sus ojos.

—Así que has venido aquí a decirme que esa muchacha, Purity, tiene buenas intenciones cuando pretende hacer ahorcar a ese joven.

—Quiero decir que no es un caso de venganza por amor no correspondido, ni nada de esas cosas que suelen ser el meollo de este tipo de juicios.

—¿Entonces qué es? Puesto que ambos sabemos... —John miró alrededor y bajó la voz— que una certeza en este juicio es que los brujos no existen.

—El muchacho alardeaba de tener algún tipo de don. Todo lo que ella sabe es lo que le contó, él o alguien de su grupo. Pero ella se lo creyó. Está haciendo esto porque necesita creer en la ley que ahorcó a sus padres. Si no creyera que la ley es justa, entonces la pura injusticia de todo ello la volvería loca.

—Oh, vamos, Hezekiah. ¿La «volvería loca»? ¿Has estado leyendo novelas románticas?

—Lo digo literalmente. Ella tiene muchísima fe en la bondad de nuestra comunidad cristiana. Si pensara que sus padres fueron falsamente acusados y ahorcados...

—¿Quiénes fueron sus padres? Es un caso que yo...

Y entonces, tras sumar mentalmente (la edad de la muchacha, hacía tantos años), cayó en la cuenta de quién era hija.

—Oh, Hezekiah. ¿Ese caso precisamente?

Los ojos de Hezekiah se llenaron de lágrimas.

—Lo que quería que supieras, John, es que la que parece ser la acusadora es

simplemente la última víctima de aquel terrible asunto.

John respondió amablemente.

—Nueva Inglaterra es un lugar encantador, Hezekiah. Tenemos nuestra dosis de hipocresía, por supuesto, pero generalmente nos enfrentamos a nuestros pecados y la fragilidad de la naturaleza humana, y confesamos nuestros errores rápidamente. Pero esto... ¿cómo ha llegado tan lejos?

—No viste lo que yo vi, John.

—No, no me lo digas. No tienes que excusarte, amigo mío. Estuviste solo.

—Yo no pude... no pude...

John colocó su mano sobre la de Hezekiah.

—De modo que tomamos un buen desayuno y lo volvemos indigesto —dijo—. Vamos, vamos, no tienes ninguna culpa.

—Sí que la tengo.

—¿Entonces vas a defenderla, para compensarlo?

Hezekiah sacudió la cabeza.

—La he cuidado toda la vida. Es mi penitencia. Estar aquí, en la oscuridad. Hay sangre en mis manos. No tendré más. El joven abogado que languidece en prisión, ése es el adecuado. Cuando lo liberes, cuando defienda a su amigo, mira a ver si te ofrece un modo de resolver todo el asunto. Todo lo que te pido es que no presentes cargos contra la acusadora.

—¿Ese abogado inglés puede hacerlo, pero tú no?

—Hice un voto solemne ante el cielo.

—Y privaste a la abogacía de Nueva Inglaterra de un hombre honrado. Y al tribunal también. Deberías llevar una túnica como la que yo llevo, amigo mío.

Hezekiah se secó bruscamente las lágrimas de las mejillas.

—Gracias por atenderme, John. Y por tratarme como a un amigo.

—Ahora y siempre, Hezekiah. ¿Te veré en el juicio?

—¿Cómo podría soportarlo, John? No. Dios te bendiga, John. Él te trajo aquí, lo sé. Sí, sé que piensas que Dios es un relojero que instaló un muelle infinito...

—Una cita que nunca he dicho, aunque se me atribuye...

—Oí las palabras de tus propios labios.

—¡Desempolva tu memoria y recordarás que yo cité esa frase para refutarla! No soy ningún deísta, como Tom Jefferson. Es su frase. Es el único Dios al que está dispuesto a adorar... el que ha cerrado la tienda y se ha marchado, así que no hay peligro de que Tom Jefferson sea refutado cuando dice sus tonterías sobre el «hombre racional». ¡Él y su muro de separación entre Iglesia y Estado... qué paparruchas! Ese muro sirve solamente a aquellos que quieren mantener a Dios al otro lado, para dividir la nación sin interferencias.

—Lamento haber metido a tu vieja némesis en esto.

—No has sido tú —dijo John—. He sido yo. O más bien, ha sido él. Se podría pensar que dejaría de incordiarne, pero me amarga que su pequeño país vaya a ser

parte de los Estados Unidos y el mío no.

—No lo es, todavía —dijo Hezekiah.

—No lo veré mientras viva y soy lo suficiente egoísta para desear vivir para verlo. Los Estados Unidos necesitan esta sociedad puritana para contrarrestar la intolerancia seglar de Tom Jefferson. Recuerda mis palabras, cuando un gobierno pretende que es el mayor juez de sus propias acciones, el resultado no es la libertad como dice Jefferson, sino el caos y la opresión. Cuando se expulsa la religión del gobierno, cuando no se escucha a los hombres de fe, entonces todo lo que queda es venalidad, falsedad y ambición.

—Espero que te equivoques en eso —dijo Hezekiah—. Muchos de nosotros contemplamos los Estados Unidos como el siguiente paso del experimento americano. Nueva Inglaterra ha llegado hasta aquí, pero ahora está estancada.

—Como demuestra este juicio —suspiró John—. Ojalá estuviera equivocado, Hezekiah. Pero no lo estoy. Tom Jefferson dice defender la libertad y me acusa de tratar de promover una especie de teocracia o aristocracia. Pero no hay ninguna libertad en su camino.

—¿Cómo vamos saberlo, señor? —dijo Hezekiah—. Nadie lo ha recorrido nunca.

—Yo sí —aseguró John, y lo lamentó casi de inmediato.

Hezekiah lo miró, sorprendido, pero luego sonrió.

—No importa lo precisa que sea tu imaginación, dudo que sea aceptada como prueba.

Pero no eran imaginaciones. John había visto. Lo había visto tan claramente como veía a Hezekiah ante él ahora. Era una especie de visión que Dios le había concedido toda su vida: ver cómo fluía el poder y adónde conducía, en grupos de hombres tanto grandes como pequeños. Era una especie de visión extraña y oscura, que él no podía explicar a nadie más, cosa que no había intentado, ni siquiera a Abigail, pero que le permitía rastrear un rumbo a través de todas las teorías y filosofías que giraban y se removían por todas las colonias británicas. Eso le había permitido ver a través de Tom Jefferson. El hombre hablaba de libertad, pero no era capaz de liberar a los esclavos. Los abolicionistas lo criticaban por su hipocresía, pero no comprendían la cuestión. No era un amante de la libertad que había olvidado liberar a sus esclavos: era un hombre que amaba controlar a otras personas y lo hacía hablando de libertad. Jefferson se había plantado desnudo ante el mundo cuando trató de silenciar a sus críticos con las actas de sedición y extranjería casi en cuanto Appalachee ganó su libertad a la Corona. Se acabó su amor a la libertad... ¡podías tener libertad de expresión siempre que no la usaras para oponerte a la política de Jefferson! Sin embargo, cuando las actas fueron abolidas (después de años de condenar a los enemigos de Jefferson al silencio o el exilio), ¡la gente siguió hablando de él como el campeón de la libertad!

John Adams conocía a Tom Jefferson. Por eso Tom Jefferson odiaba a John Adams, porque John era realmente lo que Jefferson sólo pretendía ser: un hombre que

amaba la libertad, incluso la libertad de aquellos que estaban en desacuerdo con él. Incluso la libertad de Tom Jefferson. Eso los hacía desiguales en la batalla. Le daba la victoria a Jefferson.

—¿Estás bien? —preguntó Hezekiah.

—Sólo libraba antiguas batallas mentalmente —dijo John—. Es el problema de la edad. Tienes todos los argumentos oxidados y ninguna pelea para usarlos. Mi cerebro es un museo, pero, ay, soy el único visitante y ni siquiera yo estoy demasiado interesado en las exposiciones.

Hezekiah se echó a reír, pero con afecto. —Nada me encantaría más que visitarlo. Pero me temo que me sentiría tentado de saquear el lugar y llevármelo todo. Para sorpresa de John, las palabras de Hezekiah hicieron que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Lo harías, Hezekiah? —Parpadeó rápidamente y sus ojos se aclararon—. Has conmovido a este anciano con tu amabilidad. Has descubierto el único soborno al que no soy inmune.

—No era un halago, señor.

—Lo sé —dijo John—. Ha sido un honor. Que Dios me perdone, pero nunca he podido purgar mi corazón de ese deseo.

—No hay ningún pecado en ello, John. El honor de los hombres buenos se gana sólo con la bondad. Así es como los hijos de Dios se reconocen unos a otros. Es la fiesta del amor.

—Tal vez Dios me trajo, en efecto —dijo John—. En respuesta a mis propias plegarias.

—Tal vez así es como actúa Dios —dijo Hezekiah—. Rezamos para que venga un mensajero de Dios... ¿quién sabe si el mensajero no rezó también por un lugar adonde llevar su mensaje?

—¿En qué me convierte eso, en un ángel?

—Pelea con Jacob. Lastímale el muslo. Déjalo cojo.

—Antes aludías siempre a Homero y los dramaturgos griegos.

—Ahora aludo a la Biblia —dijo Hezekiah—. Le temo más a la muerte que tú.

—Pero mejor esperar bastante antes de que llegue —dijo John tristemente.

Hezekiah se echó a reír, estrechó la mano de John y dejó la mesa. John se acomodó y terminó su desayuno. La reunión había sido más emotiva de lo que John esperaba, o de lo que habría querido, la verdad fuera dicha. Las emociones te llenaban, ¿y luego qué hacías con ellas? Todavía tenías que continuar con tu vida.

Excepto Hezekiah Study. No había continuado con su vida. Su vida había terminado, hacía todos aquellos años, en Netticut, en el extremo de un par de sogas.

«¿Y mi vida? ¿Cuándo terminó? Porque ha terminado, ahora lo veo. Soy como Hezekiah. Di un giro, o no lo di; me paré, o dejé de pararme. Debería haber sido otra cosa. Debería haber sido presidente de una nación de hombres libres. No un juez en un caso de brujería. No un hombrecillo grueso comiendo solo los restos de su

desayuno en una hostería de Cambridge, esperando a que Tom Jefferson muera, maldito sea, para poder tener la débil satisfacción de vivir más que ese bastardo hijo de la Libertad. Oh, Tom. Si hubiéramos podido ser amigos podría haberte cambiado, tú podrías haberme cambiado a mí, podríamos habernos convertido en realidad en hombres de Estado, el que tú finges ser y el que yo deseo haber sido».

Purity apenas durmió en toda la noche. El día anterior había sido insoportable, tanto correr y correr y correr. Y sin embargo lo soportó. Eso es lo que la sorprendía. Sudaba y jadeaba pero seguía y seguía y seguía, y todo el tiempo había una especie de música en el fondo de su mente. En cuanto trató de escucharla, de encontrar la melodía, el sonido se retiró y lo único que oyó fue el latido de su pulso en la cabeza, sus propios jadeos, sus pies resonando sobre la hierba del suelo. Pero entonces se tambaleaba unos pasos y la música regresaba y la sostenía y...

Ella sabía lo que era. ¿No había hablado Arturo Estuardo de cómo Alvin podía correr y correr con la canción verde que había aprendido de aquel profeta rojo? ¿O era el propio Takumsaw? No importaba. Alvin estaba usando su brujería para sostenerla y ella quería gritarle que lo dejara.

Pero había aprendido un poco desde el día anterior. Quill se lo había enseñado. Retorcía todo lo que decía. Nunca había mencionado a Satán, nunca había pensado en él, pero de algún modo su encuentro con Alvin y sus amigos en la orilla del río se había convertido en un aquelarre y Alvin nadando en el río con Arturo Estuardo había sido convertido en una sodomía incestuosa. Y finalmente se dio cuenta de lo que debería haberle resultado obvio todo el tiempo, lo que el reverendo Study había tratado de advertirle: que fuera cual fuese el defecto de Alvin Smith no era nada comparado con el terrible mal que resultaba de denunciarlo por brujo. ¿Qué sucedería si gritaba lo que había en su corazón? «¡Para! ¡Deja de embrujarme para que siga corriendo!». Sólo empeoraría las cosas. «¿Es esto lo que les sucedió a mis padres?». Gradualmente, a medida que pasaba el día, empezó a advertir otra cosa. Era Quill quien estaba lleno de miedo y furia, su mente atenta para tomar todo lo sucedido y convertirlo en una prueba del mal que estaba buscando. Quill miraba a Purity con satisfacción y repulsa, una combinación que encontraba temible y preocupante. Pero Alvin Smith se comportó con tanta alegría hacia ella ese día como cuando lo vio a orillas del río. Ni una queja por haberlo hecho encerrar. Y sí, usaba su brujería, o eso le parecía, pero lo hacía por pura amabilidad hacia ella. Ésa era la verdad... lo sabía gracias a su propio don. Estaba un poco impaciente con ella, pero no le deseaba ningún mal.

Ahora, a medida que el día de su declaración se acercaba, no sabía qué hacer. Si testificaba contra Alvin, diciendo la simple verdad, Quill lo haría parecer como si estuviera reteniendo algún dato. Imaginaba el interrogatorio:

—¿Por qué te niegas a mencionar el aquelarre? —No hubo ningún aquelarre.

—¿Qué hay del libertinaje entre ese hombre y ese muchacho medio blanco que es como si fuera su hijo? —Jugaban en el río, eso es todo.

—Ah, «jugaban» en el río; un hombre desnudo, un muchacho desnudo, jugaban en el río, ¿ése es tu testimonio? Oh, sería horrible, cada palabra tergiversada. Con diferencia era mucho más sencillo confesar un crimen menor: lo inventé todo, su señoría, porque me asustaron en la orilla del río y deseé que se sintieran como yo me sentí. Lo inventé porque acababa de descubrir que mis padres fueron ahorcados por brujería y quise mostrar cómo las acusaciones falsas se creen demasiado rápidamente.

Casi había decidido seguir este curso de acción cuando la llave giró en la cerradura y la puerta se abrió y allí estaba Quill, el rostro cálido y sonriente, lleno de amor. Ella lo interpretó como odio, y vio ahora lo que de algún modo se le había escapado antes: Quill quería que muriera.

¿Cómo podía no haberlo advertido? Era su don, saber lo que pretendía la gente, lo que iba a hacer. Sin embargo no vio más que su sonrisa cuando lo conoció, no vio nada más que sincero amor y simpatía y preocupación por ella. ¿Cómo podía haberle fallado su don?

¿Era lo que le había dicho Quill, en uno de sus muchos discursos sobre Satán? ¿Que Satán no era leal y no apoyaba a sus discípulos?

¿Por qué, entonces, veía la verdad ahora? ¿O no era la verdad? ¿La estaba engañando Satán para que pensara que veía odio donde existía verdadero amor?

No había forma de salir de ese círculo de duda. No había terreno firme al que aferrarse. Alvin Smith, que admitía ser un brujo, era amable y la perdonaba aunque le había causado gran daño. Quill, que era servidor de Dios al oponerse a la brujería, tergiversaba cada palabra que decía para que testificara en falso contra Smith y sus amigos. Y ahora al parecer quería ahorcarla. Eso parecía. ¿Podía ser tan simple la verdad? ¿Era posible que las cosas fueran exactamente lo que parecían?

—Sé lo que estás pensando —dijo Quill suavemente.

—¿Lo sabe? —murmuró ella.

—Estás pensando que quieres retractarte de tu testimonio contra Alvin Smith y hacer que el juicio se suspenda. Sé que lo estás pensando porque todo el mundo lo hace, antes del juicio.

Ella no dijo nada, pues percibía la malicia surgiendo de él como el hedor de un cuerpo sucio.

—No se suspenderá —prosiguió Quill—. Ya tengo tu testimonio bajo juramento. Todo lo que lograrías sería añadir el perjurio a tus crímenes. Y peor... al haberte retractado, se considerará que has regresado a Satán, tratando de ocultar sus actos. De hecho, ya parecías estar ocultando a los otros brujos de Cambridge. No se podía esperar que protegieras a tus amigos e incriminaras sólo a los forasteros, ¿no? ¿Tan ingenua eras? ¿Tan atrapada estabas en las trampas y redes de Satán que creíste que te podrías esconder de Dios?

—No he escondido nada —incluso mientras lo decía, supo la futilidad de la negativa.

—Aquí tengo una lista de los catedráticos y profesores de Cambridge que crean

una atmósfera de hostilidad hacia la fe y la piedad en sus clases. No estás sola en tu denuncia... mis colegas y yo hemos recopilado esta lista a lo largo de varios años.

Emerson, por ejemplo, rechaza la misma idea de la existencia de los brujos y la brujería. Te gusta Emerson, ¿verdad? He oído que eras especialmente atenta al espiar sus clases desde fuera.

—No estaba espiando. Tenía derecho a escuchar.

—Lo escuchabas —dijo Quill—. Pero mi pregunta es: ¿lo veías? ¿En los aquelarres?

—Nunca he visto un aquelarre, ¿cómo podría haberlo visto en uno?

—No corrompas la lógica conmigo —susurró Quill—. El silogismo es falso porque tu testimonio ha sido falso. Tú misma me hablaste de los aquelarres.

—No he hecho nunca tal cosa.

—Las aberraciones —susurró él—. Los crímenes contra la naturaleza.

Ella lo miró a la cara, viendo su ansia de sangre tan claramente descrita en el fuego de su rostro, la tensión de su cuerpo, que no habría necesitado un don para detectarla.

—Es usted quien odia la naturaleza —dijo ella—. Usted es el enemigo de Dios.

—Tonterías. Te aconsejo que no uses ese argumento en el tribunal. Sólo hará que parezcas estúpida y yo lo refuto con facilidad.

—Usted es enemigo del bien y la decencia —dijo ella, hablando ahora con más valentía—, y en tanto en cuanto que Dios es bueno, usted odia a Dios.

—¿En tanto en cuanto? Los profesores te han enseñado bien. Creo que tu respuesta, a pesar de tus intentos por engañarnos, ha sido «sí» a la pregunta de si viste a Emerson en el aquelarre.

—No he dicho tal cosa.

—Yo digo que usando un lenguaje académico en medio de una denuncia satánica de mi papel al servicio de Dios, tu verdadero espíritu, indefenso prisionero de Satán, intentaba enviarme un mensaje codificado denunciando a Emerson.

—¿Quién creería esa tontería?

—Lo diré de forma que el tribunal pueda comprender —dijo Quill. Comprobó el nombre de Emerson—. Emerson, sí Uno de los espías de Satán, capturado. Ahora vayamos a los otros nombres.

—Mensaje codificado —dijo ella con desdén.

—Lo que no comprendes es que tu propio desprecio demuestra tu desdén hacia la santidad. Odias todas las cosas buenas y decentes, y tu desdén lo demuestra.

—Márchese.

—Por ahora. Tu declaración es esta mañana. El juez quiere que oigas a Alvin Smith hacer su declaración.

Pero ella no se dejó engañar. Confiaba demasiado en su don para dudar de lo que veía ahora.

—Miente usted tan mal, Quill —dijo—. El juez nunca necesita tener un testigo en

la declaración. Estaré allí porque seré acusada también.

Quill se enfrentó a ella cara a cara una vez más.

—Satán te ha susurrado esa mentira, ¿verdad?

—¿Por qué dice usted eso?

—Yo lo he visto. Lo he visto susurrarte.

—Está usted loco.

—Te he visto mirándome y ha habido un momento en que se te ha dicho algo que no sabías. Satán te lo ha susurrado.

¿Lo había visto? ¿Era su don ver cómo funcionaba el don de otras personas?

No. Su don era encontrar la mentira útil dentro de cada verdad inútil. Simplemente había visto la transformación en su expresión facial cuando comprendió la verdad acerca de sus intenciones.

—Satán nunca me ha dicho nada.

—Pero ya me has hablado de tu don —respondió él con una sonrisa—. No te retractes... será peor para ti.

—Tal vez tengo talento para ver las intenciones de los demás —dijo ella, desafiante—. ¡Eso no significa que proceda de Satán!

—Sí —respondió él—. Usa esa frase en la corte. Confiesa tu pecado y luego niega que es un pecado. Veamos qué te sucede según la ley. —Extendió la mano y tocó la suya, suavemente, acariciándola—. Dios te ama, hija. No lo rechaces. Apártate de Satán. Admite todo el mal que has hecho para demostrar que lo has dejado atrás. Vive para dejar que tu vientre engendre hijos, como pretendió Dios. Es Satán, no Dios, quien quiere verte colgando de una cuerda.

—Sí —convino ella—. Eso es cierto. Satán, su amo, me quiere muerta.

Él le hizo un guiño y se acercó a la puerta.

—Eso es. Sigue así. Conseguirás que te cuelguen.

Y se marchó, cerrando la puerta tras él.

Ella se estremeció de frío como si no fuera verano con el calor ya opresivo desde por la mañana temprano. Todo le quedó claro ahora. Quill había venido dispuesto a hacer exactamente lo que había hecho: coger una simple acusación del uso de un don y convertirlo en una historia sobre Satán y terribles perversiones. Sabía que tenía que hacer esto porque la gente honrada nunca contaba historias sobre Satán. Sabía que ella no daría nombres de brujos asistentes al aquelarre porque nunca había habido nada semejante, y todas esas denuncias tenían que ser arrancadas por medio de las torturas que permitiera la ley. Los cazadores de brujos hacían lo que hacía Quill porque si no lo hacían nadie sería condenado jamás por tener tratos con Satán.

Así habían muerto sus padres. No porque tuvieran realmente dones que procedieran de Satán, sino porque no quisieron seguirles el juego a los cazadores y unirse a ellos acusando a otras personas. No quisieron confesar falsedades. Y murieron porque la Ciudad de Dios trataba con tantas fuerzas de ser pura que creó su propia impureza. El mal que los cazadores de brujos hacían era peor que el que

podrían impedir. Y sin embargo la gente de Nueva Inglaterra tenía tanto miedo de no vivir según los ideales del puritanismo que no se atrevían a hablar contra una ley que pretendía protegerlos de Satán.

«Yo los creí. Mataron a mis padres, me educaron en un orfanato, manchada con rumores de mal, y en vez de denunciarlos por lo que me habían hecho, los creí y traté de hacer lo mismo a otros. A Alvin Smith, que no me hizo ningún daño».

Purity se hincó de rodillas y rezó. «Oh, Padre celestial qué he hecho, qué he hecho».

Alvin acabó el asqueroso desayuno que servían a los prisioneros y luego se tumbó en su jergón para observar a la gente que amaba. Muy lejos, en Camelot, su esposa y su hija no nacida. En Iglesia de Vigor, sus padres y hermanos estaban todos bien, ninguno enfermo, ninguno herido. Cerca, sacaban a Verily de su celda. Alvin lo escrutó durante un rato, para asegurarse de que iban a liberarlo. Sí, en la puerta del juzgado lo soltaron para que fuera a buscar su propio desayuno.

En la orilla del río, Arturo Estuardo y Mike Fink pescaban mientras Audubon pintaba un martín pescador a la luz de la mañana. Todo iba bien.

Sólo por casualidad advirtió Alvin los otros fuegos del corazón que convergían hacia el río. Tal vez no se habría dado cuenta con su ansia de comer peces capturados en el río, asados en una espeta, pero algo iba mal, un cambio indefinible en el mundo que su poder atravesaba. Una especie de tintineo en el aire, una sensación de algo que se perdía de vista, temblando en el borde de la visibilidad.

Alvin sabía lo que estaba viendo. El Deshacedor andaba suelto en el mundo.

¿Por qué salía el Deshacedor con los alguaciles? No había habido rastro del Deshacedor alrededor de Quill, quien era claramente un amante de la destrucción.

Naturalmente la misma pregunta contenía su propia respuesta. El Deshacedor no tenía que estar donde la gente servía a su causa voluntariamente, a sabiendas. Ansiosa. Quill no era como el reverendo Thrower. No tenía que soportar mentiras. Le encantaba ser la serpiente en el jardín. Se habría decepcionado si no hubiera conseguido el papel. Pero los alguaciles eran seres humanos decentes y el Deshacedor tenía que conducirlos.

Y eso era, literalmente, lo que estaba haciendo. Quill les había pedido que fueran a buscar aquelarres. Salieron sin ningún destino concreto, excepto una vaga idea de dónde había dicho Purity que había encontrado al grupo de Alvin a orillas del río, pensando que sería una buena idea explorar por allí. Ahora, cuando se apartaron de Arturo y Mike y Jean-Jacques, cayeron bajo la influencia del Deshacedor y se sintieron inquietos, vagamente asustados. Eso les hizo darse la vuelta y caminar rápidamente en sentido contrario. Más cerca de los amigos de Alvin.

Bueno, pensó Alvin, este juego parece mucho mejor si lo practican dos.

Su primera idea fue invocar una niebla del río, para impedirles encontrar el camino. Pero la rechazó de inmediato. El Deshacedor podía conducirlos pudieran ver o no. La niebla sólo haría que pareciera más sospechoso, más propio de brujos,

cuando más tarde contaran su historia. Además, la niebla estaba hecha de agua, y el agua era el elemento que más usaba el Deshacedor. Alvin no estaba seguro de que su control fuera tan fuerte, sobre todo desde lejos, para contar con que el Deshacedor no usara la niebla en contra. Alguien podía resbalar y morir, y se echaría la culpa a la brujería.

¿Qué preocupaba a los alguaciles? Eran hombres buenos que servían a su comunidad para mantenerla a salvo del peligro y mantener la paz entre los vecinos y entre las familias. Cuando una pareja discutía, era un alguacil quien acudía a ayudarlos a resolver el problema, o a separarlos durante un tiempo si hacía falta. Cuando alguien quebrantaba las leyes suntuarias, o usaba un lenguaje burdo, u ofendía de algún modo los niveles que les ayudaban a todos a permanecer puros, era un alguacil quien intentaba, pacíficamente, persuadirlos para que enmendaran su actitud sin necesidad de remedios drásticos. Eran los alguaciles quienes reducían al mínimo el trabajo de los tribunales.

Y un hombre no duraba mucho como alguacil en una ciudad de Nueva Inglaterra si alardeaba de poseer algún tipo de autoridad personal. No tenía ninguna. Más bien, era la voz y las manos de la comunidad en conjunto, y una voz suave y unas manos amables eran lo que todos preferían. Todo aquel que pareciera gustar de hacerse el jefe simplemente sería pasado por alto cuando se eligieran los alguaciles la próxima vez. A veces advertían que no los habían convocado durante años y se preguntaban por qué; algunos incluso preguntaban humildemente y trataban de enmendarse. Si nunca preguntaban, nunca se les decía. Lo que importaba era que se hiciera el trabajo, y que se hiciera con amabilidad.

Así que no se trataba de hampones armados los hombres conducidos hacia la orilla del río. No eran como los rastreadores que fueron buscando a Arturo Estuardo allá en Río Hatrack y no les importaba nada matar violentamente a quien se interpusiera en su camino. Ni siquiera eran como el reverendo Thrower, que de algún modo fue engañado por el Deshacedor pero sin embargo tuvo el coraje de perseguir el «mal» y erradicarlo.

¿Cómo podía Alvin apartar a buenos hombres de un mal camino? ¿Cómo iba a lograr que ignoraran al Deshacedor y arrebatarse su poder para conducirlos?

Alvin envió su poder a la ciudad de Cambridge. A las casas, buscando voces, voces de niños. Necesitaba el sonido de un niño en apuros, pero advirtió rápidamente que en una buena ciudad puritana los niños eran bien tratados y bien cuidados. Tendría que hacer un pequeño truco para conseguir el sonido.

Una cocina. Una niña de tres años, observando cómo su madre cortaba cebollas. La madre se inclinó hacia delante en la silla. Para Alvin fue una simple cuestión de debilitar la pata y romper la silla bajo su peso. Con un alarido, cayó. Alvin se aseguró de que no sufriera ningún daño. Lo que quería era de la niña, no de la mujer. Y allí estaba. La niña exclamó:

—¡Mamá!

Alvin capturó el sonido, su pauta en el aire. Se lo llevó, lo reforzó. Formó, repitió las ondas temblorosas e hizo que algunas fueran más rápido y otras más despacio en un complicado entramado de sonido. Fue un trabajo muy difícil y necesitó de toda su concentración, pero al final llevó la primera copia del grito de la niña a los alguaciles.

—¡Mamá!

Ellos se volvieron de inmediato, oyéndolo como si estuviera en las inmediaciones y tras ellos, lejos del río.

Otra vez, más débil:

—¡Mamá!

De inmediato los alguaciles se volvieron, conocedores de su deber. Buscar brujos era su misión, pero la llamada de socorro de una niña a su madre era evidentemente más importante.

Se abalanzaron hacia el Deshacedor y naturalmente sus corazones se helaron de miedo, pero en ese momento Alvin hizo sonar el grito de la niña por tercera y última vez, así que cuando el miedo los golpeó, en vez de hacerlos retroceder, corrieron aún más rápido hacia el sonido. El miedo pasó de ser una sensación de peligro personal a una urgente necesidad de llegar hasta la niña porque le estaba ocurriendo algo muy malo. Su miedo se convirtió no en una barrera, sino en un acicate para superarse.

Durante un rato el Deshacedor trató de permanecer con ellos, probando otras emociones (furia, horror), pero todos sus esfuerzos trabajaron contra su propio propósito. No podía comprender en qué se basaba Alvin: en el poder de hombres decentes de actuar contra su propio interés para ayudar a quienes confiaban en ellos. El Deshacedor comprendía cómo hacer que los hombres mataran en la guerra. Lo que no podía comprender era por qué estaban dispuestos a morir.

Así que los alguaciles corrieron por el bosque y los prados, tratando inútilmente de encontrar a la niña cuya voz habían oído, hasta que finalmente se rindieron y volvieron a la ciudad para tratar de averiguar qué niña se había perdido y organizar una búsqueda. Pero todos los niños estaban en sus casas, y a pesar de algunos recelos (todos habían oído la misma voz, después de todo), continuaron con sus asuntos cotidianos. Si hacía falta una caza de brujos mañana podría ser un día tan bueno como hoy.

A la orilla del río, Arturo Estuardo y Mike y Jean-Jacques no tenían ni idea de que el Deshacedor los había estado acechando.

En su celda, Alvin sólo quería tumbarse y dormir. Fue entonces cuando llegó el sheriff para llevarlo al tribunal donde sería informado de los cargos que se le imputaban.

Verily sólo tenía unos minutos para conversar con Alvin antes de que la vista preliminar diera comienzo, y siempre en presencia del sheriff, así que no podía haber mucha intimidad. Sin embargo, ésa era la norma en los juicios de brujos, para que no pudieran pasarse pociones o polvillos mágicos, ni pronunciar maldiciones secretas.

—No importa lo que parezca, Alvin, debes confiar en mí. —¿Por qué? ¿Cómo va

a parecer?

—El juez es John Adams. He estado leyendo sus escritos y sus casos, tanto de abogado como de juez, desde que empecé a estudiar leyes. Ese hombre es decente hasta la raíz. Pero no sabía que hubiera presidido un juicio de brujos antes, así que no tenía ni idea de su postura al respecto. Pero cuando he salido de la cárcel esta mañana, me he encontrado a un tipo que vive aquí...

—No hace falta dar nombres —dijo Alvin.

Verily sonrió.

—Un tipo, digo, que ha hecho algunos estudios sobre las leyes contra brujos (de hecho ése es su apellido, Study), y me dijo que Adams nunca ha juzgado un caso de brujería antes.

—¿Y eso qué significa?

—Siempre ha habido algún defecto en la presentación de los cazadores y él lo ha desbaratado todo.

—Entonces eso es bueno.

—No —dijo Verily—. Eso es malo.

—Yo saldría libre, ¿no?

—Pero la ley continuaría.

Alvin puso los ojos en blanco.

—Verily, no he vuelto aquí para tratar de reformar Nueva Inglaterra, sino para...

—Vinimos a ayudar a Purity —dijo Verily—. Y a todos los demás. ¿Sabes qué significaría si se descubriera que la ley es defectuosa? Adams es un hombre de enorme reputación. Incluso desde los tribunales del circuito de Boston, sus decisiones serían miradas con atención y crearían un gran precedente en Inglaterra además de en América. La decisión adecuada podría significar el final de los juicios de brujos, aquí y también allí.

Alvin sonrió débilmente.

—Tienes una opinión demasiado elevada de la naturaleza humana.

—¿Sí?

—La ley no hizo que tuvieran lugar los juicios de brujos. Fue el ansia de juicios de brujos lo que les llevó a crear la ley.

—Pero si acabamos con la base legal...

—Escucha, Verily, ¿crees que los hombres como Quill desaparecerán del mapa sólo porque no hay brujería que les dé lo que quieren? No, encontrarán otra forma de hacer el mismo trabajo.

—Eso no lo sabes.

—Si no es brujería, encontrarán otros crímenes que funcionen igual que la brujería, de forma que tengan gente ordinaria cometiendo errores ordinarios, o sin cometerlos siquiera, al hacer su trabajo, y de repente el cazador descubre algún mal en ello, y le da la vuelta a todo lo que dicen y lo convierte en pruebas de que son culpables de haber causado todas las cosas malas que han estado pasando.

—No hay ninguna otra ley que funcione así. —Eso es porque tenemos leyes contra los brujos, Very. Deshazte de ellas y la gente encontrará un modo de coger todos los pecados del mundo y ponerlos sobre la cabeza de alguien que llame su atención y luego lo destruirán a él y a todos sus amigos.

—Purity no es mala, Alvin. —Quill sí. El sheriff se acercó.

—Estoy tratando de no escuchar, muchachos, pero sabéis que es un crimen hablar mal de un cazador de brujos. Ese Quill lo toma como prueba de que Satán os tiene cogidos por los menudillos, si perdonáis la expresión.

—Gracias por recordárnoslo, señor —dijo Verily—. Mi cliente no pretendía decir lo que parece. El sheriff puso los ojos en blanco.

—Por lo que he visto, no importa lo que parezca cuando usted lo diga. Lo que importa es lo que parezca cuando Quill lo repita.

Verily le sonrió al sheriff y luego a Alvin.

—¿De qué sonríes?

—Acabo de encontrar la prueba que necesito para demostrar que estás equivocado. A la gente no le gusta cómo funcionan los juicios de brujos. A la gente no le gusta la injusticia. Derriba esas leyes y nadie las echará de menos.

Alvin sacudió la cabeza.

—La buena gente no las echará de menos. Pero no fue la buena gente quien las creó en primer lugar. Fue la gente asustada. El mundo no es firme. Suceden cosas malas cuando has tenido cuidado y no has hecho ningún mal. La gente buena, la gente fuerte, lo acepta, pero si está asustada y es débil quiere echarle la culpa a alguien. La buena gente pensará que han acabado con los juicios de brujos, pero la siguiente generación pensará lo contrario y allá estaremos de nuevo, llevando un sombrero distinto, llamándolos por un nombre diferente, pero con juicios de brujos igualmente, en los que importará más hacer que castiguen a alguien que su culpabilidad.

—Entonces volveremos a atacar —dijo Verily.

Alvin se encogió de hombros.

—Claro que lo haremos, en cuanto sepamos qué es qué y quién es quién. Tal vez la próxima vez los cazadores de brujos vayan detrás de gente con opiniones que no les gusten, o gente que rece de otra forma o en el lugar distinto, o gente que sea fea o hable raro, o gente que no sea lo bastante amable o que lleve ropa extraña. Algún día puede que hagan juicios de brujos para condenar a la gente por ser puritana.

Verily se inclinó hacia delante y le susurró a Alvin al oído:

—No pretendo ser irrespetuoso, Al, pero es tu esposa quien puede ver el futuro, no tú.

—Nada de susurros —dijo el sheriff—. Podrían estar echándome mal de ojo.

Se echó a reír, pero había un poquito de preocupación auténtica en su voz.

Alvin le respondió a Verily en voz alta.

—No pretendo ser irrespetuoso, Very, no hace falta ningún don para saber que la

naturaleza humana no va a cambiar pronto.

Verily se levantó.

—Es hora de la vista, Alvin. No tiene sentido hablar de filosofía antes de un juicio. Hasta ahora nunca había sospechado que fueras tan cínico respecto a la naturaleza humana.

—Conozco el poder del Deshacedor. Nunca descansa. Nunca cede. Sólo pasa a otro terreno.

Sacudiendo la cabeza, Verily salió de la habitación. El sheriff, sujetando con fuerza el extremo de la cadena de Alvin, lo escoltó.

—Tengo que decir que nunca he visto a un prisionero que le importe tan poco que lo condenen o no.

Alvin alzó la mano y se rascó la nariz.

—Tengo que admitirlo, no estoy preocupado.

Y luego bajó la mano.

Hasta que estuvieron en el tribunal el sheriff no advirtió que no había forma de que el prisionero pudiera haberse llevado la mano a la nariz con aquellas esposas, encadenado a los tobillos como estaba. Pero tampoco estaba seguro de que el joven se hubiera rascado la nariz. Sólo creía recordarlo. Era su mente gastándole una broma. Después de todo, si Alvin Smith era capaz de sacar las manos de esposas de hierro como si tal cosa, ¿por qué no escapó de la cárcel la noche anterior?

ESCLAVOS

—Debe usted cuidar de él —dijo Balzac.

—¿En una hostería para damas? —preguntó Margaret. Calvin estaba allí como si nada, mirando el vacío sin parpadear.

—Tienen criados, ¿no? Él es su cuñado, está enfermo, no le negarán nada.

Margaret no tenía que preguntarle qué había precipitado su decisión. En la Embajada francesa, Balzac acababa de recibir una carta de un editor parisino. Uno de sus ensayos sobre sus viajes americanos había aparecido ya en un semanario, y era tan popular que el editor iba a sacar el resto como folletín para luego publicarlos como libro. Venía incluida una carta de crédito. Era suficiente para un pasaje de regreso a casa.

—¿Justo cuando empieza a ganar dinero escribiendo sobre América va a marcharse?

—Escribir sobre América me pagará el billete para marcharme de América —dijo Balzac—. Soy novelista. Yo escribo sobre el alma humana, no sobre las extrañas costumbres de este país de bárbaros. —Hizo una mueca—. Además, cuando lean lo que he escrito sobre la práctica de la esclavitud en Camelot me vendrá muy bien estar lejos de este lugar.

Margaret escrutó sus futuros.

—¿Me hará un favor, entonces? —preguntó—. ¿Lo escribirá de tal forma que cuando se produzca la guerra entre los Ejércitos de la esclavitud y la libertad ningún Gobierno de Francia pueda justificar unirse al bando de los esclavistas?

—Imagina usted que mis escritos tienen más autoridad de la que nunca tendrán.

Pero ella vio ya que él cumpliría la petición, y que funcionaría.

—Es usted quien se subestima —dijo Margaret—. La decisión que acaba de tomar en su corazón ha cambiado ya el mundo.

Los ojos de Balzac se llenaron de lágrimas. —*Madame*, me ha dado usted ese don inexplicable que ningún escritor tuvo jamás: me dice que mis historias imaginarias no son frívolas, que hacen la vida mejor.

—Vuelva a casa, *monsieur* Balzac. América es mejor porque usted vino, y Francia será mejor cuando usted regrese.

—Es una lástima que esté usted tan bien casada —se lamentó Balzac—. Nunca he amado a ninguna mujer como la amo a usted en este momento.

—Tonterías —le aseguró Margaret—. Es a usted mismo a quien ama. Yo simplemente le he traído un buen informe de su amado. —Sonrió—. Dios le bendiga. Balzac cogió la mano de Calvin.

—No sirve de nada hablarle. Dígale que hice todo lo posible, pero que debo regresar a casa.

—Le diré que sigue usted siendo su fiel amigo.

—¡No exagere la nota! —dijo Balzac, con horror fingido—. No deseo que me visite.

Margaret se encogió de hombros.

—Si lo hace, ya tratará usted con él. Balzac se inclinó sobre su mano y la besó. Luego se marchó a buen paso por la acera.

Margaret se volvió hacia Calvin. Notó que estaba pálido, la piel blanca y manchada. Apestaba.

—Esto no servirá de nada —dijo—. Es hora de encontrar dónde te han puesto.

Condujo al dócil cascarón humano a la hostería. Jugueteo con la idea de dejarlo en el salón, pero imaginó lo que sucedería si empezaba a soltar pedos o peor. Así que lo condujo escaleras arriba. Él las subió bastante dispuesto, pero a cada escalón ella tuvo que empujarlo hasta el siguiente o se habría quedado allí. La idea de completar todo el tramo de escaleras de golpe era más de lo que podía aceptar su distraída atención.

Fishy estaba en el salón cuando Margaret llegó a su planta. Le alegró ver que en cuanto Fishy reconoció de quién se trataba abandonó la postura sumisa de la esclavitud y la miró directamente a los ojos.

—Señora, no puede usted subir a este caballero a esta planta.

Tranquilamente, Margaret abrió la puerta y empujó a Calvin al interior de su habitación mientras respondía:

—Puedo asegurarte que no es ningún caballero.

Momentos después, Fishy entró en el cuarto y cerró la puerta tras ella.

—Señora, es un escándalo. La expulsarán. —Sólo entonces miró a Calvin—. ¿Qué le pasa?

—Fishy, necesito tu ayuda. Para hacer que este hombre vuelva a sí mismo.

Lo más brevemente que pudo, le explicó lo que le había sucedido a Calvin.

—¿Es el que me envió mi nombre?

—Estoy segura de que no se dio cuenta de lo que hacía. Está asustado y desesperado.

—No sé si debería odiarlo —dijo Fishy—. Ahora duele todo el tiempo. Pero sé que duele.

—Ahora eres una mujer entera. Eso te hace libre, incluso en tu esclavitud.

—¿Este hombre tiene poder para devolver todos los nombres?

—No lo sé.

—El negro que coge los nombres, no sé su nombre. Pero tal vez reconozca su cara, si lo veo.

—¿Y no tienes ni idea de adonde lleva los nombres?

—Nadie lo sabe. Nadie quiere saberlo. No puedo decirle lo que no sé.

—¿Me ayudarás a encontrarlo? Por lo que dijo Balzac merodea por los muelles.

—Oh, es fácil encontrarlo. Pero ¿cómo va a impedirle que nos mate a usted, a mí y al hombre blanco?

—¿Crees que lo haría?

—¿A un hombre blanco y una mujer blanca que saben que tiene los nombres? Y pensará que yo lo delaté. —Se pasó un dedo por la garganta—. Me cortará el cuello, vaya que sí. La apuñalará en el corazón. A él le abrirá el vientre. Eso es lo que les pasa a los que hablan.

—Fishy, no puedo explicártelo, pero estoy segura de que no nos pillarán por sorpresa.

—No será una sorpresa si nos mata —dijo Fishy. Hizo otra vez el gesto de cortarse la garganta—. Que él vaya detrás.

—No nos matará. Nos mantendremos a distancia.

—¿De qué nos va a servir?

—Puedo aprender mucho de un hombre a distancia, en cuanto sepa quién es.

—Todavía tengo que terminar de limpiar un cuarto.

—Yo te ayudaré.

Fishy casi se rió en voz alta.

—Usted es una blanca de lo más raro.

—Oh, supongo que eso causaría comentarios.

—Usted espere aquí —dijo Fishy—. Volveré pronto. Luego la acompañaré. Tienen que dejarme ir con usted.

Dinamarca pasó toda la mañana preguntando inútilmente por un hombre blanco que se quedó de repente vacío. Llamaba a una puerta fingiendo estar pidiendo trabajo para un inexistente amo blanco, para que el esclavo que hablaba con él tuviera una historia que contar cuando alguien le preguntaba quién estaba en la puerta. Todos los esclavos sabían quién era Dinamarca, naturalmente: nadie era más famoso entre los negros de Camelot que el recogedor de nombres, aparte de Gullah Joe, el hombre pájaro que volaba a los barcos de esclavos. Así que no había ni un alma que no tratara de ayudar. El problema era que toda aquella gente sin nombre no tenía vivacidad. Recordaban vagamente haber oído esto o aquello sobre un blanco que estaba enfermo o no podía andar, pero siempre resultaba ser un viejo lisiado o un hombre que ya había muerto de alguna enfermedad. Hasta por la tarde no escuchó por fin una historia que parecía ser lo que necesitaba.

Siguió el rumor hasta una hostería barata donde, sí, dos hombres blancos habían compartido habitación, y uno de ellos, el norteno, había contraído una extraña enfermedad.

—Come, bebe, mea, se lo hace todo —dijo el criado que cuidaba su habitación—. Le cambio los pantalones tres veces al día, lo lavo dos veces al día.

Pero se habían marchado esa misma mañana.

—El francés recibió una carta, hizo la maleta, se llevó al hombre enfermo, y

ahora los dos se han ido.

—¿Ha dicho adonde llevaba al hombre enfermo? —preguntó Dinamarca.

—No me ha dicho nada.

—¿Lo sabe alguien?

—¿Quieres que me meta en líos, haciéndole preguntas al jefe blanco?

Dinamarca suspiró.

—Diles que el francés y ese norteño le deben dinero a mi amo.

El criado pareció sorprendido.

—¿Tu amo es tan tonto que les presta dinero?

Dinamarca se inclinó hacia delante.

—Es una mentira —dijo—. Tú di que le deben dinero a mi amo, y entonces el jefe blanco te dirá adónde se fueron.

Tardó un instante, pero el criado comprendió por fin y se retiró al interior de la casa. Cuando regresó, tenía un poco de información.

—Calvin, el hombre enfermo, tiene una cuñada aquí. En una casa de huéspedes.

—¿Cuál es la dirección?

—El jefe blanco no lo sabe.

—El jefe blanco espera un soborno —dijo Dinamarca.

El criado sacudió la cabeza.

—No, no lo sabe. Ésa es la verdad.

—¿Cómo voy a encontrarla sin una dirección?

El criado se encogió de hombros.

—Pues pregunta.

—¿Preguntar qué? «Hay una mujer con un cuñado enfermo llamado Calvin y está viviendo en una casa de huéspedes en alguna parte». Eso me dará un gran resultado.

El criado lo miró como si estuviera loco.

—No creo que consigas mucho de esa forma. Te iría mejor si les dijeras su nombre.

—No sé su nombre.

—¿Por qué no? Yo sí.

Dinamarca cerró los ojos.

—Qué bien. ¿Qué te parece si me dices su nombre?

—Margaret.

—¿Tiene un apellido? Los blancos tienen siempre un apellido.

—Smith —dijo el criado—. Pero no parece lo bastante grande para trabajar en una herrería.

—¿La has visto? —preguntó Dinamarca.

—Montones de veces.

—¿Cuándo la veías?

—Le he llevado mensajes un par de veces.

Dinamarca suspiró, apartando la furia de su voz.

—Muy bien, amigo mío, ¿no significa eso que sabes dónde vive?

—Lo sé —dijo el criado.

—¿Por qué no me lo decías?

—No me has preguntado dónde vive, me has preguntado la dirección. No sé el número ni la letra.

—¿Puedes llevarme allí?

El criado puso los ojos en blanco.

—Seis peniques para el jefe blanco y me dejará llevarte.

Dinamarca lo miró con recelo.

—¿Seguro que no serán dos peniques para el jefe blanco y el resto para ti?

El criado pareció ofendido.

—Soy cristiano.

—También lo son los hombres blancos.

El criado, después de haber sido despojado de toda ira hacía mucho tiempo, no tenía posibilidad de comprender la ironía.

—Claro que son cristianos. ¿Cómo si no iba yo a aprender sobre Jesús por ellos?

Dinamarca se sacó seis peniques del bolsillo y se los dio al criado. Al cabo de un momento regresó, sonriendo.

—Tengo diez minutos.

—¿Es tiempo suficiente?

—Una manzana para allá, una manzana abajo.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de huéspedes de Margaret Smith, el criado se quedó allí plantado.

—Apártate para que pueda llamar —dijo Dinamarca.

—Puedo hacerlo yo si quieres —respondió el criado—. Pero no veo por qué.

—Bueno, si no llamamos, ¿cómo voy a averiguar si está en casa?

—No está.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está allí, mirándote.

Dinamarca se dio la vuelta con disimulo. Una mujer blanca, un hombre blanco y una criadita negra al otro lado de la calle, alejándose.

—¿Quién me está mirando?

—Ellos —dijo el criado—. Y sé que ella puede hablarte sobre ese tal Calvin.

—¿Cómo lo sabes?

—Ése es él.

Dinamarca volvió a mirar. El hombre blanco caminaba arrastrando los pies como un viejo. Vacío.

Dinamarca sonrió y le dio otros dos peniques al criado.

—Buen trabajo, cuando por fin me lo has dicho.

El criado cogió los dos peniques y los devolvió.

—No, son seis peniques lo que quiere el jefe blanco.

—Ya he pagado los seis peniques —dijo Dinamarca.

El criado lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Si has hecho eso, ¿por qué me das más? Dos peniques no son suficientes de todas formas. —Rezongando, devolvió la moneda—. Estás loco.

Y se marchó.

Dinamarca los siguió sin perderlos de vista. Un par de veces la esclava se dio la vuelta y lo miró. Pero no le preocupaba. Ella sabría quién era, y no había ninguna posibilidad de que una muchacha negra le dijera a su dama blanca nada sobre el recogedor de nombres.

—Es él —dijo Fishy—. El que recoge los nombres.

Margaret vio de inmediato en la mente de Dinamarca que no podía fiarse de él ni por un instante. Lo había estado buscando, igual que él a ella. Pero él tenía un cuchillo y pretendía utilizarlo. Eso difícilmente restauraría el fuego del corazón de Calvin.

—Vayamos al paseo. Allí siempre hay mucha gente. No se atreverá a herir a un hombre blanco en esa multitud. No quiere morir.

—No hablará con usted tampoco —dijo Fishy—. Sólo mira.

—Hablará conmigo. Porque tú irás a pedirselo.

—Me da miedo, señora.

—A mí también —dijo Margaret—. Pero puedo prometerte que no te hará daño. Sólo quiere herir a Calvin.

Fishy volvió a mirar a Calvin.

—Parece que para hacerle más daño sólo queda matarlo —comentó. Entonces se dio cuenta de lo que había dicho—. Oh.

—Ese tomador de nombres, Dinamarca Vesey, es un tipo interesante. ¿Sabes que no es un esclavo?

—¿Es libre? No hay negros libres en Camelot.

—Oh, ésa es la historia oficial, pero no es así. Ya he visto a otro. Una mujer llamada Corza. Le dieron la libertad cuando se hizo demasiado vieja para trabajar.

—¿La expulsan, entonces? —preguntó Fishy, enfadada.

—Cuidado —le advirtió Margaret—. No estamos solas.

Fishy cambió inmediatamente su conducta y miró de nuevo al suelo.

—He visto demasiados adoquines en mi vida.

—No la expulsaron —dijo Margaret—. Aunque no tengo dudas de que hay amos lo suficientemente crueles para hacer eso. No, tiene un pequeño cuarto propio y come con los demás. Y le pagan un pequeño salario por trabajos muy ligeros.

—¿Piensan que eso la compensa por haberle quitado toda la vida?

—Sí, eso piensan. Y Corza lo piensa también. Ha recuperado su nombre y supongo que tiene motivos para estar furiosa, pero es bastante feliz.

—Entonces es tonta.

—No, sólo es vieja. Y está cansada. Para ella, la libertad significa no tener que

trabajar más, excepto para hacer su propia cama.

—Eso no será suficiente para mí, señorita Margaret.

—No, Fishy, estoy segura de que no. No sería suficiente para nadie. Pero no le echas la culpa a Corza por estar contenta. Se lo ha ganado.

Fishy miró hacia atrás y se llenó de nerviosismo. —Se está acercando, señora.

—Sólo porque tiene miedo de perdernos en la multitud. Margaret condujo a Calvin hacia el parapeto. En el mar vieron las fortalezas: Lancelot y Galahad. Unos nombres muy bonitos. El rey Arturo, en efecto.

—Dinamarca Vesey es libre y se gana la vida llevando los libros de contabilidad de varias empresas pequeñas y oficinas profesionales.

—¿Un negro lleva sus números?

—Y su correspondencia. Naturalmente, finge trabajar para un hombre blanco que hace realmente el trabajo, pero dudo que ninguno de sus clientes se deje engañar. Mantienen la ficción legal para que nadie tenga que ir a la cárcel. Le pagan la mitad de lo que le pagarían a un hombre blanco, y él cobra mucho más de lo que necesita para vivir en Blacktown. Listo. —Y toma los nombres.

—No, en realidad los recoge, pero los lleva a alguna parte y se los entrega a otro. —¿Quién? Margaret suspiró.

—Sea quien sea, sabe cómo cerrarme esa parte de la memoria de Dinamarca. Eso nunca me ha sucedido antes. O quizás simplemente no me daba cuenta. Debo haber rozado el fuego del corazón de ese hombre antes, buscando al recogedor de nombres, pero como sólo parte de su memoria estaba oculta, no me habré dado cuenta. —Se lo pensó mejor—. No, me atrevo a decir que nunca miré en su fuego del corazón porque tiene su nombre y su fuego del corazón arde con tanta fuerza que yo le tomé por un hombre blanco y no miré. Estaba oculto al descubierto.

—Es usted una bruja, ¿verdad, señora?

—No en el sentido en que los blancos usan la palabra —dijo Margaret—. No echo maldiciones, y los hechizos que llevo para protegerme fueron forjados por mi esposo. Yo no hago esas cosas. Soy una tea. Veo el fuego del corazón de las personas. Encuentro los caminos de su futuro.

—¿Qué ve en mi futuro?

—No, Fishy. Tienes muchísimos caminos abiertos ante ti. No puedo decirte cuál tomarás, porque eso es cosa tuya.

—Pero ese hombre no me matará, ¿verdad?

Margaret sacudió la cabeza.

—No veo ningún sendero ahora mismo donde eso suceda. Pero no digo el futuro, Fishy. La gente vive y muere por sus propias elecciones.

—¿Ni siquiera su propio futuro? ¿Su marido?

Margaret hizo una mueca.

—Intento hacer que mi marido cambie de vida. Verás, en los caminos donde no acaba muerto pronto, acaba muriendo a causa de la traición de su propio hermano.

Fishy tardó sólo un instante en hacer la conexión.

—Pero no será este hermano.

—Sí, me refiero a este hermano.

—Entonces ¿por qué no deja que el tomador de nombres le corte la garganta?

—Porque mi marido lo ama.

—¡Pero va a matarlo!

Margaret sonrió débilmente.

—¿No es extraño? —dijo—. Saber el futuro no cambia a un hombre como mi marido. Hace lo que es justo no importa adonde conduzca el camino.

—¿Siempre hace lo que es justo?

—Tal como él lo entiende. La mayor parte de las veces trata de hacer lo menos posible. Trata de aprender y luego enseñar. No como Dinamarca Vesey. Él es un hombre que actúa. —Margaret se estremeció—. Pero no sabiamente. Con astucia sí, pero no sabiamente, ni con amabilidad tampoco.

—Está escondido tras aquel árbol.

—Ahora es el momento, Fishy. Ve y dile que quiero hablar con él.

—Oh, señorita Margaret, ¿seguro que no me hará daño?

—Pensaré que eres bonita. —Margaret le tocó el brazo—

Pensaré que eres la mujer más hermosa que ha visto jamás. —Está bromeando.

—En absoluto. Verás, eres la primera negra libre que conoce.

—Yo no soy libre.

—Una vez compró una esclava. Esperaba convertirla en su esposa. Pero ella se avergonzó tanto de ser propiedad de un negro que amenazó con revelar que sabía leer y escribir y con decirles a las autoridades que es un negro libre en Camelot.

—¿Qué hizo él?

—¿Tú qué crees?

—La mató.

—Lo intentó. En el último momento cambió de opinión. Así que sigue siendo su esclava, pero está lisiada. Cuerpo y mente.

—No tendría que haberme contado esa historia —dijo Fishy—. No iba a dejarle que me hablara de amor. Me da mucho miedo.

—He creído que debía hacerlo.

—Bueno, ¿sabe una cosa? Ahora tengo un poco menos de miedo, sabiendo eso.

A Margaret le partió el corazón ver cómo la sonriente muchacha cambiaba antes de darse la vuelta e internarse entre los blancos que paseaban por la atarazana. La sonrisa desapareció, entornó los párpados, encorvó los hombros y miró al suelo mientras se encaminaba no directamente hacia Dinamarca, sino hacia otro lado. Pasado un ratito, se dio la vuelta y se dirigió hacia él desde allí. «Muy bien —pensó Margaret—. No se me ocurrió decirle que hiciera eso, pero así evita que la gente vea que la he enviado a hablar con Dinamarca».

Fishy lo llevó muy bien. «Mi ama quiere hablar contigo». «¿De qué?». «Mi ama

quiere hablar contigo». No importaba lo que él dijera, ella respondía como un loro. Tal vez Dinamarca sabía que estaba fingiendo o tal vez pensaba que era estúpida y testaruda, pero fuera lo que fuese, se levantó y siguió el errante rumbo de Fishy, dos pasos por detrás. No podían caminar el uno al lado de la otra, o a los blancos les parecería que estaban paseando y serían objeto de burla. En cambio, quedó claro que ella lo estaba guiando, lo que significaba que cumplían un encargo de su amo, como debía ser.

—¿De qué quiere hablar? —preguntó Dinamarca, manteniendo la cabeza gacha. Pero en el tono de su voz Margaret pudo notar la hostilidad hacia ella.

—Me estás buscando.

—Yo no.

—Oh, muy bien. Estás buscando a Calvin.

—¿Ése es su nombre?

—Su nombre no te dará mayor poder sobre él que el que ya tienes.

—Yo no tengo poder sobre nadie.

Margaret suspiró.

—Entonces ¿por qué llevas un cuchillo en el bolsillo? Eso va contra la ley, Dinamarca Vesey. Tienes otros poderes ocultos. Eres un negro libre en Camelot que lleva los libros de cuentas para... veamos, Dunn y Brown, Longer y Ford, la tienda de Taggart...

—Tendría que haber sabido que me estaba usted espiando. —Había miedo en su voz, a pesar de sus esfuerzos por no parecer preocupado—. Las damas blancas no tienen cosas mejores que hacer.

Margaret continuó presionando.

—Has descubierto dónde vivo porque el criado de la antigua hostería de Calvin te ha acompañado. Y tienes una mujer en casa cuyo nombre no pronuncias nunca. Casi la ahogaste en el río. Eres un hombre con conciencia y eso te causa un gran dolor.

Él casi se tambaleó como si le hubiesen golpeado al descubrir cuánto sabía ella sobre su vida.

—Me ahorcarán; un negro en posesión de una esclava.

—Te has labrado una buena vida siendo un hombre libre en una ciudad de esclavos. No ha sido buena para tu esposa ¿verdad?

—¿Qué quiere de mí?

—Esto no es extorsión, excepto en el sentido más suave. Te estoy diciendo que sé quién eres a fin de que comprendas que estás tratando con poderes muy por encima de tu alcance.

—Espiar no es poder.

—¿Qué tal el poder de decirte que tienes la capacidad de ser un gran hombre? O un gran loco. Si tomas la decisión correcta.

—¿Qué decisión?

—Cuando llegue el momento, te diré qué elección es. Ahora mismo, no tienes

ninguna. Vas a llevarnos a Calvin, a Fishy y a mí al lugar donde guardas los nombres-cuerda. Dinamarca sonrió.

—Entonces aún hay cosas que no sabe.

—No he dicho que lo supiera todo. Ese poder que oculta los nombres también me oculta tu conocimiento de dónde están.

—Ésa es la verdad, más de lo que cree —le aseguró Dinamarca—. Ni siquiera yo lo sé.

Fishy expresó su desdén hacia eso.

—Ésta no es ninguna tonta blanca con la que puedas jugar.

—No, Fishy —dijo Margaret—, está diciendo la verdad. No lo sabe. Me pregunto cómo encuentras el camino.

—Cuando llega la hora de ir, sólo me pongo a andar y allí acabo. Entro por la puerta y luego lo recuerdo todo. —¿Recuerdas qué?

—¿Y qué sé yo? No he atravesado esa puerta.

—Poderosa brujería, si es brujería —dijo Margaret—. Llévame allí.

—No puedo hacer eso.

—¿Y si te corto las pelotas? —preguntó Fishy alegremente.

Dinamarca la miró, asombrado. Nunca había oído a una negra hablar así, en público, delante de una blanca.

—Pospongamos la mutilación, Fishy —dijo Margaret—. Una vez más, sospecho que este Dinamarca Vesey dice la verdad. No puedo encontrar el lugar hasta que vaya solo.

Dinamarca asintió.

—Bueno, pues creo que no tenemos más que hablar —concluyó Margaret—. Puedes marcharte.

—Quiero a ese hombre —dijo Dinamarca. Miró a Calvin.

—Nunca lo tendrás. Tiene más poder del que puedes imaginar.

—No debe ser tanto. Mírelo, está vacío.

—Sí, lo pillaron por sorpresa —dijo Margaret—. Pero no lo retendréis mucho tiempo.

—Lo suficiente. Su cuerpo empieza a pudrirse. Se morirá.

—Contaré hasta tres para que te apartes de mí y sigas caminando —dijo Margaret.

—¿O qué?

—Uno. O te gritaré para que me quites tus sucias pezuñas de encima.

Dinamarca retrocedió de inmediato. No había una acusación más segura para que acabara colgando de una cuerda sin más discusión.

—Dos —dijo Margaret. Y Dinamarca se marchó.

—Lo hemos vuelto a perder —dijo Fishy.

—No, amiga mía, lo tenemos. Va a conducirnos directamente a donde queremos ir. No es capaz de esconderse de mí. —Margaret se dio la vuelta muy despacio y

contempló el panorama—. Creo que hoy podemos permitirnos un carruaje.

Margaret condujo a Fishy y Calvin a la fila de carruajes en espera. Margaret tuvo que levantarle los pies a Calvin, y Fishy tuvo que empujarlo para subir al coche. En el momento en que Calvin estuvo sentado en su asiento, Fishy empezó a bajar.

—Por favor, quédate conmigo —dijo Margaret.

—No puedo hacer eso.

Como si fuera parte de la conversación, el cochero blanco abrió la ventanilla que separaba su asiento del interior del carruaje.

—Señora, es usted del Norte, así que no lo sabe, pero por aquí no dejamos que los esclavos viajen en el carruaje. Ella lo sabe también. Tiene que bajar y seguimos andando.

—Ella me ha hablado de esa ley y yo la obedecería con gusto. Sin embargo, mi cuñado aquí presente tiene tendencia a marearse en un carruaje, y espero que comprenda usted que, si vomita, yo no estoy preparada para sujetarle una bolsa delante.

El cochero lo pensó un instante.

—Mantenga esa cortina cerrada, entonces. No quiero problemas.

Fishy miró a Margaret, incrédula. Luego se inclinó y corrió las cortinas por el lado del conductor mientras Margaret cerraba las otras. Una vez que estuvieron a salvo de miradas ajenas, Fishy se sentó en el asiento acolchado junto a Calvin y sonrió como una niña de tres años con la boca llena de caramelos. Incluso dio un pequeño bote en el asiento.

La ventanilla volvió a abrirse.

—¿Adonde, señora? —preguntó el cochero.

—Lo sabré cuando lo vea —dijo Margaret—. Pero estoy segura de que es en Blacktown.

—Oh, señora, no debería usted ir allí.

—Por eso llevo a mi cuñado.

—Bueno, la llevaré, pero no me gusta.

—Le gustará más cuando le pague.

—Me gustaría más que me pagara por adelantado —dijo el cochero.

Margaret se echó a reír.

—Quería decir la mitad por adelantado.

—Se le pagará al llegar, y ésa, señor, es la ley. Aunque si quiere expulsarme del carruaje, es libre de llamar a un alguacil.

Ya puestos, puede preguntarle por qué lleva a una esclava, también.

El cochero cerró la ventanilla y el carruaje se abalanzó hacia delante con bastante brusquedad. Fishy dejó escapar un grito y casi se cayó del asiento; luego se sentó riendo.

—No sé cómo ustedes los blancos no viajan así todo el tiempo.

—Los ricos lo hacen —contestó Margaret—. Pero no todos los blancos son ricos.

—Todos son más ricos que yo —le aseguró Fishy.

—En dinero, seguro que tienes razón.

Y entonces, porque estaba disfrutando del placer de Fishy, ella también dio botes en su asiento. Las dos se rieron como escolares.

Dinamarca sentía el cuchillo en el bolsillo como si pesara dos toneladas. Lo que había planeado hacer, matar a un hombre indefenso, era terrible, y lo empeoraba el hecho de que la dama blanca supiera que pretendía hacerlo. Estaba acostumbrado a ser invisible, a que los blancos no le prestaran atención excepto de vez en cuando, para causarle algún problema menor. Pero para esta mujer, la idea de problemas era específica. Sabía cosas sobre él que no sabía nadie, ni siquiera Gullah Joe. Le daba miedo.

Así que se alegró de marcharse, de deambular por las calles de Blacktown hasta que llegó a una puerta y de repente supo que era ésa, aunque no sabía decir cómo lo sabía, o por qué no lo recordaba de antes. Colocó la mano sobre el pomo y la abrió con facilidad, sin llave. Una vez que estuvo dentro, con la puerta cerrada tras él, lo recordó todo. Gullah Joe. La lucha por los nombres-cuerda. ¡No era extraño que tuviera que matar a aquel hombre blanco! Lo que hizo, soltar el nombre de aquella pobre esclava y dejarlo libre para que vagara quién sabía por dónde...

Pero sabía dónde. Soltó un alarido de alegría.

—¡Gullah Joe, no te lo podrás creer! ¡Encontré a esa chica negra a la que ese diablo que capturaste le soltó el nombre!

Gullah Joe lo miró con mala cara.

—Pero *mejó* no grites tanto *pa* que puedan oírlo todo desde la calle, ellos.

—Se llama Fishy —dijo Dinamarca, tan cerca ya que no tuvo que gritar—. No creo que el chico blanco soltara su nombre por accidente, porque está con su cuñada.

—¿Me estás diciendo que encontraste a ese blanco?

—Sí, pero no está muerto todavía.

Gullah Joe dio un fuerte golpe sobre la mesa. Dinamarca se asustó y su buen humor desapareció.

—¿Perdiste valor?

—Ella sabía lo que iba a hacer —dijo Dinamarca.

—¡Una mujer!

—Lo llevó al paseo, con todos los blancos alrededor. ¿Crees que iba a sacar el cuchillo, mucho menos matar a un muchacho blanco con él?

—¿Muchacho? ¿Llamas niño a ese hombre?

—No, es un hombre, pero es joven. Apuesto a que no se afeita.

Dinamarca recordó qué aspecto tenía Calvin. Tan vacío. Como su mujer. Aquella bruja blanca lo sabía todo.

Contra su voluntad, Dinamarca la buscó. Allí estaba, zurciendo ropa en un rincón. No alzó la mirada. Necesitaba toda su concentración sólo para meter y sacar la aguja de la tela. Solía ser apasionada, como aquella muchacha, Fishy. «Tal vez me la habría

ganado, si lo hubiera intentado. Si la hubiera liberado. Pero tenía que controlarla, ¿verdad? Igual que un hombre blanco. Yo era el amo».

—¿Cómo está? —preguntó Gullah Joe.

—¿Quién?

—¡El diablo, él!

—Muy perdido, Gullah Joe.

—No lo suficiente.

Gullah Joe miró hacia el círculo que contenía al cautivo. Dinamarca se dio cuenta de que era el doble de grueso que aquella mañana, por los amuletos de ensalmo anudados.

—¿Ha intentado escapar?

—Tal vez ha escapado ya.

—Bueno, si lo hiciera lo sabríamos, ¿no? ¿No estaría muerto?

—Tal vez he aprendido demasiado —dijo Gullah Joe—. ¡Mira! Mira eso.

Aunque no había ni un hálito de brisa en el desván, uno de los amuletos se movió de pronto y luego se agitó arriba y abajo.

—¿Él está haciendo eso? —preguntó Dinamarca.

Gullah Joe lo miró con desprecio.

—No, idiota, hay cucarachas en el amuleto y hacen que se mueva.

—¿Cómo puede hacer eso si lo tienes cautivo?

Tal vez Gullah Joe tuviera una respuesta, pero en ese momento los dos oyeron que la puerta de abajo se abría. Gullah Joe pareció saltar directamente en el aire, y Dinamarca estaba a punto de soltar una exclamación cuando Joe sacudió la cabeza violentamente y se cubrió la boca con la mano como signo de silencio.

Dinamarca se acercó.

—Creía que habías dicho que aquí no podía entrar nadie.

Sonaron pasos en la escalera. No hacían ningún esfuerzo por silenciarlos, tampoco. *Clump, clump, clump*. Avance lento, muchos pies.

Finalmente, Dinamarca cayó en la cuenta de qué estaba escuchando.

—Es ella —susurró—. Lo ha traído aquí.

La voz de Margaret resonó en las escaleras.

—Eso es —le confirmó—. Hazte a un lado, Dinamarca Vesey. Es con Gullah Joe con quien necesito hablar.

Gullah Joe danzó alrededor de su mesa como un niño desesperado por orinar. Nadie había penetrado jamás sus defensas tan fácilmente. Nadie le había llamado nunca por su nombre cuando él no quería. Fuera quien fuese aquella mujer, tenía que ser tan poderosa que Gullah Joe apenas sabía qué ensalmos probar. Ya había gastado algunos de los más potentes.

Dinamarca vio la desesperación del brujo y comprendió que la situación no estaba en ningún modo bajo control.

—¡Calvin! —gritó Margaret—. ¿Puedes oír mi voz?

Ahora estaban ya casi en lo alto de las escaleras y vieron el desván con todos los amuletos colgados. La mujer blanca, el hombre blanco y la esclava Fishy.

Margaret esperaba una respuesta. Para su sorpresa, vino del hombre que tenía detrás.

—Te oigo —dijo Calvin. Pero su voz era suave, sus modales distraídos.

—He acercado tu cuerpo a tu poder, Calvin —le explicó.

La boca de Calvin murmuró una respuesta.

—Sácame de aquí —dijo, sin inflexiones.

—Mátalo ahora —ordenó Gullah Joe—. El cuerpo. Ella llama a su alma. ¡Mátalo!

Dinamarca cogió un cuchillo mucho más grande que el que llevaba en el bolsillo.

—Atrás —le espetó a Margaret.

Ella lo ignoró por completo y empezó a acercarse a Calvin a la gran concentración de amuletos.

—¡Alto! ¡No lo lleve allí!

Gullah Joe le lanzó un puñado de polvo que salió revoloteando en una súbita brisa y acabó metiéndose en los ojos y haciéndolo llorar.

—¿Cómo hace esa brujería?

Ella lo ignoró y separó los amuletos para ayudar a Calvin a pasar.

—Oh, sí —dijo Calvin. Ahora la voz se parecía más a la suya, pero no era tan burlona todavía—. Eso es. Llévame a casa.

—¡Deténlo! —chilló Gullah Joe.

Dinamarca se interpuso entre los amuletos y el hombre blanco, el cuchillo dispuesto.

Margaret empujó inmediatamente a Calvin, con lo que Dinamarca y él tropezaron y cayeron en medio del círculo que contenía el poder de Calvin.

Gullah Joe aulló de furia y se lanzó al suelo.

—Tengo un problema, Margaret.

Era una frase típica de Calvin, con su entonación. Y era cierto: por desgracia, la voz salía de la boca de Dinamarca Vesey.

—¿Qué problema, Calvin? —preguntó ella.

—No puedo regresar a mi cuerpo. Así que me alegro de que hayas traído un repuesto.

—Eso no es un cuerpo de repuesto, alguien lo está usando —dijo Margaret.

—¿Crees que no lo sé? Pero no puedo entrar en mi propio cuerpo ni tampoco andar sin uno bueno.

Margaret se acercó a Gullah Joe.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no puede volver a su cuerpo?

—¡Porque está medio muerto! ¡Míralo, roba el cuerpo de mi amigo!

—Tu cuerpo se está muriendo —le dijo Margaret a Calvin—. Dinamarca dijo algo al respecto antes. Te estás pudriendo.

—¡Devuélvele su cuerpo! —chilló Gullah Joe.

—¡Entonces ayúdame a devolverlo a su propio cuerpo!

—¿Cómo? ¡Está muerto y enterrado!

—No lo está —dijo Margaret—. Calvin, tienes que sanar tu cuerpo.

—No sé cómo —le confesó Calvin—. Nunca he tratado de resucitar a nadie.

—No estás muerto. Mira, tu pecho sube y baja.

—Muy bien, lo intentaré, pero no es como un dedo cortado, no sé qué...

—¡Espera! —Bruscamente Margaret se dio la vuelta, se acercó a Gullah Joe y lo puso en pie—. ¡Tú lo sabes! —gritó—. ¡Dímelo!

—¿Qué sé yo? —preguntó Gullah Joe, con fingida tristeza—. Tú eres la bruja, rompe tú el hechizo.

Gullah Joe sonrió y se encogió de hombros. Margaret reconoció la expresión, el gesto. Era la forma en que los esclavos le decían a sus amos que se fueran al infierno. Miró en su fuego del corazón y vio muchas cosas. Pero toda su sabiduría le quedaba oculta.

—Sabes cómo curarlo —dijo Margaret, mirándolo a los ojos, echándole el aliento a la cara—. Has capturado almas antes y sabes cómo devolverlas.

Gullah Joe simplemente se cruzó de brazos y miró al vacío. —Discúlpeme, señorita Margaret —intervino Fishy. Apartó a Margaret y, colocando la mano izquierda en la mejilla derecha de Gullah Joe, le abofeteó la otra mejilla con la mano derecha con tanta fuerza que le salió por la boca un borbotón de sangre—. ¡Háblale a la señora! —le gritó a un centímetro de la nariz—. No es un enemigo, ¿me oyes?

—¡Él me asusta! —chilló Gullah Joe, señalando a Calvin en el suelo—. ¡Sácalo de ese cuerpo!

Fishy le dio otra bofetada, esta vez tan fuerte que Gullah Joe se cayó, los brazos dando vueltas, las largas trenzas agitándose. Algún ensalmo debió soltarse esta vez, porque de repente una parte de su mente se abrió más a Margaret. No tuvo que decirle nada. Abrió dos jarritas que había sobre la mesa, cogió dos pellizcos de polvo, uno de cada, y se acercó al círculo mágico donde yacía Calvin y le echó el polvillo por encima.

Pensó en Antígona mientras lo hacía, esparciendo tierra sobre el cadáver de su hermano a pesar del edicto de Creonte prohibiéndolo. «¿Estoy enterrando virtualmente al hermano de mi marido? Si pensara que Alvin podría salvarse dejándolo morir... pero perdería a Alvin. Es el querido hermano menor con el que jugaba. Si muere, no será por mi mano, ni siquiera indirectamente. Eso destruiría mi vida con Alvin y no salvaría necesariamente la suya». En el fuego del corazón de Alvin, que comprobó en un instante, no había ningún camino que no llevara a la traición de Calvin. Mientras el cuerpo estuviera vivo, Alvin no estaría a salvo.

Y sin embargo por amor a Alvin no lo dejó morir. Los polvillos se esparcieron sobre el cuerpo de Calvin, entraron por su nariz, y casi de inmediato se animó. Se sentó.

—Tengo muchísima hambre —dijo.

Gullah Joe gritó.

—¡No! ¡Atrás! ¡Sal de aquí!

Calvin se puso en pie.

—¿Éste es el hijo de puta que me atrapó fuera de mi cuerpo?

—Fue un accidente —dijo Margaret—. No le hagas daño.

Calvin extendió la mano, luego dio un respingo y se tambaleó.

—¡Sánate! —exclamó de nuevo Margaret.

Calvin se quedó allí, aparentemente probando algo que nadie más veía.

—Mejoro a cada segundo —dijo—. Con sólo tener mi poder de vuelta en mi cuerpo me sana solo.

En ese momento, Fishy gritó. Margaret se dio la vuelta y allí estaba Dinamarca, cuchillo en mano, avanzando hacia Calvin. Fishy se encaramó a su espalda, luchando con el brazo armado, y finalmente los dos cayeron al suelo.

Mientras tanto, Calvin dejó de tambalearse. Se afianzó y, cuando se dio la vuelta para enfrentarse a Dinamarca, tuvo la presencia de ánimo para calentar tanto el cuchillo que Dinamarca gritó y lo soltó.

—¡Ha entrado en mi cuerpo! —le gritó Dinamarca, pero ahora agitaba las manos quemadas ante él—. ¡Ahora estaría dentro de su cadáver!

Calvin parecía no reparar en Dinamarca. Estaba buscando a Gullah Joe.

—Tú, piojoso hijo de puta, brujo de mierda —exclamó—. ¿Dónde estás?

En ese momento una gaviota aleteó frenéticamente por la habitación. Antes de que pudiera encontrar una ventana abierta, Calvin la señaló y cayó al suelo. En un instante, el pájaro desapareció y en su lugar apareció Gullah Joe. Calvin avanzó hacia él y la expresión de odio y furia de su rostro era terrible de contemplar.

—¡Calvin, basta! —gritó Margaret—. ¡Fue un accidente! Te cogieron en una trampa pero no tenían ni idea de que eras tú, y cuando advirtieron tus poderes no tuvieron más remedio que confinarte por miedo a las represalias que pudieras tomar. Calvin la miró en silencio un instante, luego volvió al círculo donde había estado. Arrancó todos los amuletos del techo hasta que el círculo dejó de existir. El único sonido que oían eran los sollozos de Gullah Joe. Pero cuando Calvin se acercó al círculo inferior y empezó a soltar también aquellos amuletos, Joe se puso a gritarle:

—¡Deje eso! ¡Se lo suplico! ¡Si los suelta, algunos de los nombres nunca encontrarán el camino a sus cuerpos!

Calvin no le prestó atención. Arrancó los amuletos del techo y luego abrió la nueva red, esta vez con las manos, esparciendo los nombres-cuerda por todo el suelo.

—No les haga daño —suplicó Gullah Joe, sollozando—. ¡Deténlo, Dinamarca!

Pero Dinamarca estaba sentado en el suelo, llorando.

—Rompa los nombres-cuerda —exclamó Fishy—. ¡Devuélvalos a los esclavos su ira!

Calvin miró a Fishy y sonrió desagradablemente. —¿De qué le sirve la ira a nadie?

Entonces, salvaje, furiosamente, con tan sólo el poder de su mente, deshizo todos los nudos hasta amontonarlos. Todos vieron cómo la pila de nombres-cuerda se rebullía mientras trozos de esto y lo otro volaban hacia arriba. Y luego por fin se quedaron quietos, los trozos y piezas entremezclados.

Ahora que ya estaba hecho, Gullah Joe dejó de suplicar a Calvin. Miró hacia el cielo invisible más allá del techo.

—¡Volved con vuestros cuerpos! ¡Todos los nombres, a vuestros cuerpos!

Luego cayó de rodillas, sollozando.

—¿Qué estás gritando —quiso saber Calvin. Miró a Dinamarca también, que empezaba a secarse las lágrimas de los ojos.

—Eres un viento demasiado fuerte *pa* mí —dijo Gullah Joe—. ¡Oh, mi pueblo, mi pueblo, vuelve a casa!

Calvin se abalanzó hacia él un par de pasos, luego cayó al suelo.

—Me estoy muriendo, Margaret —dijo—. Mi cuerpo está demasiado consumido.

—Si se muere, eso me ahorra el problema de matarlo —comentó Dinamarca—. Todo lo que hicimos por nuestro pueblo lo ha deshecho.

—¡No! —gritó Fishy—. ¡Nos está liberando! Toda nuestra ira atada en esa red es la cárcel de todos. Somos esclavos hasta lo más profundo del corazón. ¿Entregarnos para escondernos? ¿De qué? Lo peor ya pasó, cuando te dimos nuestro nombre-cuerda.

Margaret se arrodilló junto al cuerpo de Calvin.

—Tienes que sanarte a ti mismo —le murmuró.

—No sé por dónde empezar —susurró Calvin—. Estoy lleno de corrupción.

—¡Alvin! —gritó Margaret, desesperada—. ¡Alvin, mira! ¡Mírame! ¡Mira lo que está pasando!

Se puso en pie y empezó a formar letras en el aire: A-Y-U-D-A. C-A-L-V-I-N. S-Á-N-A-L-O.

—¡Mírame y salva su vida, si quieres que viva!

—¿Qué está haciendo en el aire? —preguntó Fishy—. ¿A quién llama?

—A mi marido —dijo Margaret—. No me ve.

Se volvió hacia Gullah Joe.

—¿Hay algo que puedas hacer para ayudar a esos nombres perdidos a llegar a casa?

—Sí.

—Entonces coge a tu amigo Dinamarca y hazlo.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Dinamarca, hosco.

—Voy a tratar de conseguir que mi marido sane a mi cuñado. Y si no puede, entonces cogeré a Calvin de la mano hasta que termine de morir.

Calvin dejó escapar un profundo gemido de desesperación.

—¡No estoy preparado para morir!

—Preparado o no, tendrás que hacerlo alguna vez —le recordó Margaret—.

Sánate, lo mejor que puedas. Se supone que eres un Hacedor, ¿no?

Calvin se rió, con una risa débil y amarga.

—Me paso toda la vida tratando de librarme de Alvin y la única vez que lo necesito es la única vez que no está a mano.

En medio del silencio, se oyó la voz de Gullah Joe, suave y grave.

—Lo están haciendo —dijo—. Encuentran el camino.

—Entonces será mejor que salgáis a la calle y propaguéis la noticia por la ciudad —dijo Margaret—. Estarán llenos de ira largamente acumulada. Tenéis que impedir que se alcen en una rebelión inútil cuando regresen sus pasiones.

Los hombres no se movieron.

—¡Id! —les gritó—. Yo cuidaré de Calvin.

Gullah Joe y Dinamarca salieron a la calle y fueron tambaleándose de casa en casa. El sonido de los gemidos y los cantos se oía ya por toda la ciudad. En Blacktown convocaron a todos los negros que pudieron encontrar y se lo explicaron lo mejor posible, luego enviaron con ellos la advertencia: «Contened vuestra ira. No hagáis daño a nadie. Nos destruirán si no lo hacéis. El tomador de nombres así lo dice. No estamos preparados todavía. No estamos listos aún».

En el desván de la casa, Margaret y Fishy sólo podían secar la frente de Calvin, que yacía sumido en un delirante estupor provocado por la fiebre. Cuerpo y alma estaban otra vez juntos, pero al parecer sólo para morir.

Poco después un tercer par de manos se unió a las suyas.

Una mujer negra que se movía lentamente, vacilante. Su habla era confusa cuando hizo un par de preguntas; era difícil entenderla. Margaret supo de inmediato quién era. Colocó su mano sobre la mano de la mujer. Al otro lado, Fishy hizo lo mismo.

—No tienes que trabajar hoy —dijo Fishy—. Nosotras cuidaremos de él.

Pero la mujer actuó como si no comprendiera. Siguió ayudándolas a cuidar de Calvin como si tuviera algún interés personal en mantenerlo con vida. O tal vez simplemente estaba amando a su prójimo como a sí misma.

EL DÍA DEL JUICIO

John Adams ni siquiera se molestó en acomodarse en su asiento. Iba a ser pura rutina. Quill leería la acusación. El joven abogado de la defensa declararía a su cliente culpable o no. Saldrían por la puerta en cuestión de minutos.

Empezó bien. Quill leyó la acusación. Fue el conjunto normal de alegatos de pactos con Satán, y como quedó claro que era más una perorata que una simple lectura de cargos, John lo interrumpió.

—Creo que hemos escuchado todos los cargos y usted ha pasado a argumentar, señor Quill.

—Para una plena comprensión de los cargos, señoría, yo...

—Comprendo perfectamente los cargos, como hace el acusado —le interrumpió John—. Escucharemos su argumentación más adelante, estoy seguro. ¿Cómo responde a los cargos el acusado?

Verily Cooper se levantó de su asiento con movimientos suaves: un perfecto caballero. Por contraste, el larguirucho herrero pareció desplegarse, salir de la silla como una tortuga de su caparazón. Sus cadenas entrechocaron ruidosamente.

—Alvin Smith, ¿cómo se declara? —preguntó John.

—No culpable, señoría.

Alvin se sentó, y John empezó a exponer el plan para el día siguiente, cuando comenzaría el juicio. Entonces advirtió que Cooper estaba todavía de pie.

—¿Qué ocurre, señor Cooper?

—Creo que es costumbre oír las mociones.

—Las mociones perentorias nunca se dan en los juicios como éste —le recordó John.

Cooper se quedó allí, esperando.

—Muy bien, oigamos su moción.

Cooper se acercó al estrado con varias peticiones escritas con letra elegante.

—¿Qué es esto? —exigió saber Quill.

—Parece que el acusado tiene algunas peticiones interesantes —dijo John—. Muy bien, señor Cooper. Alivie la curiosidad del señor Quill y lea sus mociones.

—Primero, la defensa solicita que, puesto que la acusación pretende acusar del mismo cargo a una testigo registrada en los archivos de la parroquia como Purity Orphan, los juicios sean conjuntos.

—Esto es ridículo —dijo Quill—. Purity es nuestra principal testigo y la defensa lo sabe.

A John le divirtió la maniobra de Cooper, y el estallido de furia de Quill.

—¿Está usted diciendo, señor Quill, que no pretende acusar a la señorita Purity del mismo cargo?

—Digo que es irrelevante para este juicio.

—Creo que la señorita Purity debería tener los derechos de un acusado en este tribunal —dijo Cooper—, ya que la declaración que presente aquí no debería ser vuelta en contra suya en su propio juicio.

Antes de que Quill pudiera responder, John le preguntó bruscamente:

—Señor Quill, me siento inclinado a aceptar esa moción, a menos que esté usted dispuesto a retirar de modo irrevocable todos los cargos contra la señorita Purity que pudieran producirse tras su testimonio en este juicio.

Quill se quedó sin habla, pero sólo un instante. Era fácil imaginar qué estaba pensando durante su vacilación: ¿era más importante mantener los juicios separados o poder juzgar a Purity?

—No tengo ninguna intención de retirar la acusación contra una bruja confesa.

John dio un golpe de mazo.

—Moción aceptada. ¿Está en la sala la señorita Purity?

Una joven tímida de aspecto cansado se levantó de su asiento tras el banco del acusador.

—Señorita Purity —dijo John—, ¿consiente usted en que se celebre un juicio conjunto? Y, si lo hace, ¿consiente en que el señor Verily Cooper la defienda junto con Alvin Smith?

Quill objetó.

—¡Sus intereses son distintos de los de Alvin Smith!

—No, no lo son —contradijo Purity. Su voz era sorprendentemente atrevida—. Consiento en ambas cosas, señor.

—Ocupe su lugar en la mesa de la defensa —le pidió John.

Esperaron mientras se sentaba al otro lado de Verily Cooper. John les concedió un momento para susurrarse algo. Fue Quill quien rompió el silencio.

—Señoría, considero que he de protestar por este irregular procedimiento.

—Lamento oír que lo considera así. Hágame saber si su deseo se vuelve irresistible.

Quill frunció el ceño.

—Muy bien, señoría. Protesto.

—Protesta anotada. Sin embargo, advierta también que el tribunal pasa por alto la práctica de engañar a una testigo para que testifique en el juicio de otra persona, sólo para descubrir que su testimonio se usa en su contra en su propio juicio. Creo que esto es normal en los juicios de brujos.

—Es una práctica justificada por la dificultad de obtener pruebas contra los hechos de Satán.

—Sí —dijo John—. Esa conocida dificultad. Tantas cosas dependen de eso, ¿no cree? Siguiendo moción, señor Cooper.

—Ya que el señor Quill ha violado abierta y públicamente las leyes contra la consecución de testimonios bajo tortura, solicito que todas las pruebas obtenidas por el interrogatorio a cualquiera de mis clientes durante y después de esa tortura sean anuladas en este procedimiento.

Quill se puso en pie de un salto.

—¡No se causó ningún daño físico a ninguno de los acusados, señoría! ¡Ni hubo amenazas! ¡La ley se cumplió estrictamente!

John sabía que Quill tenía razón, según más de un siglo de precedentes, ya que la ley contra la tortura se había instaurado después de la debacle de Salem. Los cazadores de brujos se habían asegurado de que no cruzaban la línea.

—Señoría —dijo Cooper—, considero que la práctica de hacer correr a un acusado hasta agotarlo es, de hecho, tortura, y es bien sabido que así se le considera en el estatuto como una de las formas de tortura específicamente prohibidas.

—¡El estatuto dice lo que dice! —replicó Quill.

—Cuide su genio, señor Quill —dijo John—. Señor Cooper, el lenguaje del estatuto no está claro.

Cooper leyó entonces un puñado de citas de una ley contractual sobre los intentos de evitar el cumplimiento de contratos mediante prácticas que no estaban específicamente prohibidas pero que desafiaban claramente la intención primitiva.

—El principio es que cuando se lleva a cabo una práctica para evitar una obligación legal, esa práctica se considera una violación.

—Ésa es la ley de contratos —dijo Quill—. No tiene base.

—Al contrario —dijo Cooper—. La ley contra la tortura es un contrato, entre el Gobierno y el pueblo, para garantizar a los inocentes que no serán obligados mediante tortura a testificar en falso contra ellos mismos o los demás. Es práctica común de los cazadores de brujos usar métodos de tortura inventados después de que la ley fuera redactada y que por tanto no aparecen enumerados en ella, pero tienen todos los efectos perniciosos de la tortura prohibida. En otras palabras, la práctica común de hacer correr a un testigo en un juicio de brujos está pensada para obtener exactamente el mismo efecto que con torturas específicamente prohibidas: extraer testimonio de brujería sin importar si tal testimonio está apoyado por otras pruebas.

Quill soltó un largo discurso después de eso, y John lo dejó, mientras el secretario del tribunal escribía furiosamente. Nada de lo que Quill decía supondría la menor diferencia. John sabía que en términos de verdad y justicia, la postura de Cooper era verdadera y justa. John sabía también que el tema legal distaba mucho de estar claro. Extraer precedentes de la ley de contratos para la ley contra la brujería, que era una rama de la ley eclesiástica, expondría a John a cargos que causarían confusión, pues ¿dónde acabaría esa práctica? Sería un paso sumamente radical. No es que a John le preocupara que lo criticaran o lo censuraran. Era viejo, y si la gente decidía no seguir su precedente, así fuera. No, la cuestión real era si estaba bien permitir poner en peligro todo el sistema legal para conseguir una salida justa a los casos de brujería.

Cuando Quill terminó, John no había tomado aún su decisión.

—El tribunal tomará nota de este tema y anunciará una decisión más tarde, si no se resuelve con las otras mociones.

Cooper estaba claramente decepcionado. Quill no estaba mucho más aliviado.

—Señoría, considerar siquiera esta moción es...

John lo hizo callar.

—Siguiente moción, señor Cooper.

Cooper se levantó y empezó a citar oscuros casos en tribunales ingleses. John, como tenía la ventaja de disponer de la moción escrita, disfrutó viendo cómo Quill se daba cuenta de lo que estaba preparando Cooper.

—Señoría —dijo Quill por fin, interrumpiendo al abogado defensor—. ¿Está sugiriendo en serio el letrado de la defensa que al interrogador se le prohíba ofrecer testimonio?

—Oigamos y veamos —dijo John.

—Por tanto, señoría —prosiguió Cooper—, los interrogadores en los juicios de brujos, siendo sin excepción profesionales cuyo empleo depende no de encontrar la verdad, sino de obtener veredictos de culpabilidad, son partes interesadas en la acción. No hay constancia de que ningún cazador de brujos en los últimos cien años haya encontrado, tras los interrogatorios, que una persona acusada de brujería no fuera culpable. Aún más, se da el caso de que los cazadores aumentan sus cargos tras las declaraciones. Sólo hay dos casos en que los cargos de relación satánica estuvieron presentes en el testimonio original, y en ambos casos se revelaron como falsificaciones deliberadas. Está claro: todos los juicios de brujos legítimos empiezan sin ninguna prueba de nada más allá del uso de un don. Las acusaciones referentes a Satán sólo aparecen cuando se presenta el interrogador, y entonces llegan a los tribunales de dos formas: a través del propio testimonio del interrogador contradiciendo a un testigo o un acusado que niega que Satán estuviera relacionado, o por el testimonio de un testigo que confiesa relaciones satánicas en una declaración que se interpreta como arrepentimiento y los cargos por brujería se sobreseen. En resumen, señoría, el registro histórico está claro. Las pruebas de relación satánica en todos los juicios de brujos en Nueva Inglaterra proceden de los propios cazadores de brujos y de aquellos que, por miedo a la muerte, se inclinan ante su voluntad y proporcionan el único tipo de confesión que los cazadores aceptan.

—¡Está pidiendo a este tribunal que niegue la base misma de la ley contra la brujería! —exclamó Quill—. ¡Está pidiendo a este tribunal que contradiga la clara intención del Parlamento y la Asamblea de Massachussets!

John casi soltó una carcajada. Cooper era audaz en extremo. No sólo intentaba ganar aquel caso sin juicio, sino que le exigía a John que decidiera de forma que resultara casi imposible la celebración de otro juicio de brujos. Si, claro está, la decisión de John se aceptaba como un precedente válido.

Todo se redujo a un pensamiento: «Me está dando la oportunidad de hacer algo

brillante en los últimos años de mi vida».

—Su acusación contra el señor Quill es seria —dijo John—. Si apoyo esta moción, no tendré más remedio que revocar la licencia del señor Quill y acusarle de perjurio, sólo para empezar.

—¡He actuado según la mejor tradición de mi profesión! —exclamó Quill—. ¡Esto es bochornoso!

—Sin embargo, esos cargos son de naturaleza tan grave como para poner en duda todo el procedimiento contra el señor Smith y la señorita Purity. Pues tengo la sensación de que si accediera a esas mociones, su siguiente moción sería una estricta lectura de las leyes contra la brujería.

—Lo sería, señoría —aseguró Cooper.

—¡Estricta lectura es lo que estoy pidiendo yo! —gritó Quill.

—Está pidiendo una estricta lectura de la ley contra la tortura. Los tribunales son conscientes desde hace mucho de que una estricta lectura de las leyes de brujería requiere que para que se produzca una condena debe haber pruebas no sólo del uso de poderes ocultos, sino también de que tales poderes se deben a la influencia y el poder de Satán.

—¡Eso no es un requerimiento, es una estipulación! —gritó Quill.

—No me grite, señor Quill —dijo John—. La justicia tal vez sea ciega, pero no es sorda.

—Le pido perdón.

—No importa cómo ejercite su temperamento, señor Quill, está establecido desde hace tiempo que una estricta lectura del texto tradicional de las leyes contra la brujería lleva a la conclusión de que la implicación de Satán no ha de ser estipulada, sino que debe ser demostrada. Que la posesión de una habilidad extraordinaria no es evidencia *prima facie* de relación satánica, y que esta especificidad surge de la tradición de la ley eclesiástica que debe dejar sitio a la posibilidad de un milagro permitido por la fe en Jesucristo y la intervención del cielo.

—¿Es la teoría de la defensa que estos dos brujos han estado realizando milagros por el poder de Cristo? —dijo Quill, como si fuera la cosa más absurda que hubiera oído jamás. Pero entonces las palabras flotaron en el aire, sin ser contestadas sin ser rebatidas, y el efecto fue el contrario de lo que pretendía Quill. John sabía que una de las principales conclusiones que saldrían ese día del tribunal sería que la gente con el poder de Dios podría ser acusada de brujería si los cazadores de brujos se salían con la suya.

«Buen trabajo, señor Cooper».

—Es decisión de este tribunal que las mociones presentadas por la defensa deben ser decididas antes de que pueda procederse al juicio. Por tanto, ordeno al alguacil que envíe al jurado a casa y despeje la sala, para que la discusión que va a tener lugar no influya en el juicio. Volveremos a reunirnos al mediodía. Recomiendo que todo el mundo almuerce temprano, porque pretendo resolver estos asuntos antes de que nos

marchemos esta tarde.

Un golpe de mazo y John se levantó y regresó casi bailando a la secretaría. ¿Quién habría pensado que un desagradable juicio de brujos tomaría de pronto tales proporciones? John había rechazado los cargos basándose en la falta de pruebas en los dos juicios de brujos que había presidido antes, pero en esos casos fue porque había contradicción en el testimonio de un testigo y no sentó ningún precedente. Cooper había creado una situación mucho más prometedora: cualquiera de sus mociones podía destruir las leyes contra la brujería e impedir su cumplimiento. Y dado el clima político de Nueva Inglaterra, había pocas posibilidades de una legislatura que las volviera a instaurar, no sin salvaguardas estrictas que eliminaran todos los trucos del arsenal de los cazadores de brujos. Lo que hicieran en Inglaterra, naturalmente, tal vez fuese muy distinto. Pero si John conocía a su hijo Quincy, la asamblea de Massachussets actuaría inmediatamente y antes de que el Parlamento discutiera siquiera el tema se establecería la ley en Nueva Inglaterra. El Parlamento se vería entonces en la embarazosa situación de tener que repudiar una ley eclesiástica promulgada en Nueva Inglaterra, el lugar donde la vida cristiana era considerada más pura. Había buenas posibilidades de que todo terminara, allí mismo, ese día.

John se sentó en el sillón, casi perdido en los cojines pues había sido diseñado para hombres más grandes que él. Cerró los ojos y sonrió. Dios tenía un papel para que él lo interpretara, después de todo.

Purity no tenía ni idea de cuál era el plan de Verily Cooper. Todo lo que sabía era que Quill lo odiaba, y si Quill lo odiaba a ella tenía que gustarle. Además, veía claramente que Verily Cooper no tenía malas intenciones hacia ella, ni Alvin, aunque estaba encadenado por su culpa. Con todo, no le resultaba fácil sentarse junto a unos hombres a los que había acusado. Si hubiera sabido adonde la conducirían aquellos cargos... Trató de explicárselo.

—Lo sabemos —le aseguró Verily Cooper—. No le dé más vueltas.

—¿Dónde está la comida? —preguntó Alvin—. Sólo tenemos un ratito para comer.

—No sé por qué me está ayudando.

—No lo hace —dijo Alvin—. Está tratando de cambiar el mundo.

—Alvin tiene problemas con la autoridad —le comentó Verily—. No le gusta que otro esté al mando.

—Quiero que todo el mundo esté al mando para darme de comer. Esta mesa empieza a parecer muy desagradable.

En ese momento el alguacil se acercó y les preguntó si querían comer en la cárcel, por separado o allí mismo, en la mesa de la defensa, un almuerzo donado por varias de las damas de Cambridge, incluida su propia esposa.

—Qué extraordinaria amabilidad —dijo Verily.

El alguacil sonrió.

—Mi esposa estaba ayer en el prado. Opina que es usted Galahad. O Percival.

—¿Quiere darle las gracias de mi parte? ¿De parte de todos nosotros?

Pronto la mesa se cubrió de pan, queso y frutas de verano, y Alvin se puso a comer como un adolescente. A Purity le costó algo más descubrir que tenía apetito, pero cuando saboreó las peras y el queso, notó que tenía más hambre de lo que pensaba.

—No sé por qué deberían perdonarme —dijo.

—Oh, la perdonamos —le aseguró Alvin—. Más que eso. Verily, aquí presente, está completamente obsesionado con usted.

Verily tan sólo sonrió, los ojos chispeando.

—Alvin se siente raro —dijo—. No le gustan las cárceles.

—¿Ha estado encarcelado antes?

—Fue exonerado de todos los cargos —dijo Verily—. Lo cual demuestra que soy un buen abogado.

—Lo cual demuestra que era inocente —le contradijo Alvin—. Una ventaja que no tengo esta vez.

Sólo entonces mostró Verily su malestar.

—Si te consideras culpable, ¿por qué te declaraste inocente? —dijo bruscamente.

—No soy culpable de brujería —puntualizó Alvin—. Bajo una «estricta lectura» o como sea. Pero las cosas que la señorita Purity dice sobre mí, bueno, tú y yo sabemos que son verdad.

Como para demostrarlo, se quitó la esposa de la mano derecha como si estuviera hecha de barro.

Purity se quedó boquiabierta. Nunca había visto tal poder. Incluso cuando oía a Arturo Estuardo contar la historia a orillas del río, no había advertido lo fácilmente que la voluntad de Alvin doblegaba el hierro. Ningún encantamiento, ningún signo de esfuerzo.

—La señorita Purity está sorprendida —dijo Verily.

—¿Qué te parece? —bromeó Alvin—. ¿Esparzo un poco de hierro sobre la mesa y me lo como?

—No alardees.

Alvin se acomodó en la silla y comió una gruesa rebanada de pan y queso, en una postura que no había adoptado mientras estaba esposado. Siguió hablando con la boca llena.

—He pensado que debía recordarle, señorita Purity, que lo que decía sobre mí es cierto. No vaya echándose la culpa por decir la verdad.

Purity descubrió que estaba a punto de llorar.

—El mundo está loco.

—Cierto, pero de formas distintas en lugares distintos —dijo Alvin—. Y eso es lo que hace que viajar valga la pena.

—Sé que sólo quieren lo mejor para mí, ambos. Aunque están molestos el uno

con el otro. No sé por qué.

—Verily Cooper cree que está enamorado de usted —le confesó Alvin.

Purity no supo qué decir a eso. Ni tampoco Verily, quien se sonrojó mientras comía un trozo de pera. Pero no contradijo a Alvin.

—No es que yo desaprobe que Verily se enamore —dijo Alvin—, y mi esposa me dice que es usted una buena chica, leal y lista y paciente y todas las otras virtudes que tiene que tener una esposa para el señor Cooper.

—No sabía que conociera a su esposa, señor —dijo Purity.

—No la conoce —respondió Alvin—. ¿No recuerda lo que le contó Arturo sobre ella?

—Que era una vela.

—Tea.

—No se habla mucho de clones por aquí en Nueva Inglaterra.

Verily se rió en voz alta.

—Te dije que tenía sentido del humor, Al.

Ella se permitió sonreír.

—Digamos que Margaret piensa que merece usted que yo pase un par de noches en la cárcel —dijo Alvin.

—Me sostuvo usted cuando corríamos ayer, ¿verdad?

Alvin se encogió de hombros.

—¿Quién sabe qué resistencia tiene? En un momento determinado, todo el mundo cede y dice lo que el interrogador quiere oír.

—Me gustaría creer que puedo soportar la tortura tan bien como cualquiera.

—A eso me refería —dijo Alvin—. Nadie puede soportarla, si el interrogador sabe lo que hace. El cuerpo nos traiciona. La mayoría de la gente nunca lo descubre porque nunca se le hace la pregunta que cuenta. Y la mayoría da la respuesta que el interrogador quiere sin que se use la tortura. Son sólo los fuertes, los más testarudos los que son torturados.

—Señor Cooper —cambió de tema Purity—, espero que no piense usted que estoy dando crédito a la broma del señor Smith sobre sus sentimientos hacia mí.

Verily le sonrió.

—No me conoce usted, así que no espero que aprecie esa idea.

—Al contrario —le aseguró Purity—. Lo conozco muy bien. Lo he visto en el tribunal hoy, y en el prado también. Sé qué clase de hombre es.

—No sabe que se tira pedos dormido —dijo Alvin.

Purity lo miró, sorprendida.

—Todo el mundo lo hace —respondió—, pero la mayoría de la gente no tiene necesidad de mencionarlo durante la comida.

Alvin le sonrió.

—Es que no quería que esto se convirtiera en un festín amoroso. No mientras mi abogado aquí presente intenta quemar el granero para matar las pulgas.

El rostro de Verily se ensombreció.

—No son «pulgas» cuando muere gente inocente, y otros se convierten en perjuros por miedo.

—¿Cuánta justicia se hará cuando los jueces se pongan a derribar leyes cada vez que un abogado les dé una excusa medio buena?

—Eso es teoría —dijo Verily—. Cuando la práctica de la ley lleva a la injusticia, la ley debe cambiar.

—Para eso están el Parlamento —contestó Alvin— y la Asamblea.

—¿Qué político se atrevería a anunciar que está a favor de la brujería?

La discusión podría haber continuado, pero en ese momento la puerta del tribunal se abrió y entró Hezekiah Study. No saludó, pero se dirigió pasillo abajo hasta la silla que estaba justo enfrente de la mesa de los acusados. Le habló solamente a Verily Cooper.

—No lo haga —dijo.

—¿No hacer qué?

—No se enfrente a los cazadores de brujos —dijo—. Siga con el juicio. O mejor aún, si su cliente tiene de verdad el don del que se le acusa, rompa las cadenas y márchese.

Sólo entonces advirtió Hezekiah la esposa retorcida y deforme que Alvin tenía en el regazo. Alvin le sonrió y se metió en la boca de una vez el último trozo de pan y queso.

—Perdóneme, señor, pero ¿quién es usted? —preguntó Verily Cooper.

—Es el reverendo Study —le informó Purity—. Me aconsejó que no acusara a Alvin de brujería. Ojalá lo hubiera escuchado entonces.

—Desearás haberme escuchado ahora —dijo Hezekiah.

—La ley está de mi parte —dijo Verily.

—No, no lo está. Nada está de su parte.

—Señor, conozco el caso, y conozco la ley.

—Y yo también —dijo Hezekiah—. Intenté la misma estrategia.

Ahora Verily sintió interés.

—¿Es usted abogado, señor?

—Fui abogado. Lo dejé y me hice ministro.

—Pero perdió un juicio de brujos, supongo.

—Traté de usar la lectura estricta que usted pretende —le contó Hezekiah—. Traté de demostrar que el testimonio del cazador era falso. Todo lo que usted está haciendo.

—¿Y fracasó?

—¿Qué puedes hacer cuando el cazador te llama al estrado?

Verily lo miró en silencio.

—¿El cazador puede llamar a mi abogado? —preguntó Alvin.

—Es la ley eclesiástica —dijo Hezekiah—. La ley es más antigua que la

abogacía. No hay ningún privilegio a menos que hayas sido ordenado ministro.

—Así que lo llamaron a usted —dijo Purity—. Pero ¿qué dijo?

—Sólo pude decir la verdad. Había visto a mis clientes usar sus dones. ¡Inofensivos! Un regalo de Dios, dije, pero ése fue mi testimonio. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Eso los llevó a la horca.

Purity también estaba llorando.

—¿Qué dones tenían?

—¿Quiénes? —preguntó Alvin.

—Mis padres —dijo Purity, mirando a Hezekiah en busca de confirmación.

Él asintió y miró hacia otro lado.

—¿Por qué murieron? —preguntó Purity—. ¿Cuál fue su crimen?

—Tu madre curaba animales —dijo Hezekiah—. Eso es lo que la mató. Un vecino con una vieja disputa esperó demasiado, la llamó demasiado tarde y su muía murió, así que dijo que por el poder de Satán ella maldecía los animales de todos aquellos que no le agradaban.

—¿Y mi padre?

—Podía dibujar una línea recta.

Las palabras quedaron en el aire un momento.

—¿Eso es todo? —preguntó Alvin.

—En un papel. En el suelo. Más fiel que un prospector. Sus cercados eran la maravilla del vecindario. Ganaba el premio de arado todos los años en la feria. Nadie era capaz de abrir un surco tan recto. Su mujer siempre le hacía cortar la tela que iba a coser. La gente recordó su don cuando su esposa fue juzgada y él lo admitió sin reparos, pues no veía ningún mal en ello ya que no había hecho daño a los demás ni le había procurado ninguna ventaja. Excepto en la feria.

Purity apenas podía hablar.

—¿Por eso murieron?

—Murieron por envidia —dijo Hezekiah— y por el ansia de sangre del cazador de brujos, y por la incompetencia, la arrogancia, el orgullo de un abogado que se consideraba amigo suyo pero se atrevió a poner sus vidas en peligro por una causa superior. Podría haberles ganado el destierro. Eran muy apreciados y el juicio fue impopular. El cazador de brujos estaba dispuesto a llegar a un acuerdo. Pero yo tenía una causa. —Agarró las manos de Purity—. ¡No puedo dejar que este hombre te haga lo mismo! Me he pasado la vida intentando guardarte del mismo destino, porque te marcaron, no creas que no lo han hecho. Quill sabe quién eres. Por tu causa no pudieron ahorcar a tu madre hasta que naciste, y el furor aumentó y aumentó entre la gente. Hubo un fuerte clamor para liberarlos de la cárcel. Pero los cazadores llamaron a las autoridades y protegieron las ejecuciones. Y luego te enviaron lejos, para que la gente no recordara lo que te habían hecho. Hasta hoy, Dios ayude al cazador de brujas que venga de esa Parte de Netticut, porque la gente allí sabe la verdad.

—Entonces fue una victoria —dijo Purity en voz baja—. No murieron por nada.

—Murieron —dijo Hezekiah—. Sus acusadores fueron rechazados hasta que se marcharon, pero siguen vivos, ¿no? Los cazadores perdieron un montón de prestigio, pero siguen persiguiendo brujos, ¿verdad? A mí sigue pareciéndome que murieron por nada.

—Es un juicio distinto —terció Verily—. Y un juez distinto.

—Es un hombre honorable, entregado a la ley —le aseguró Hezekiah—. No piense que no lo es.

—Los hombres honorables no se entregan a las malas leyes.

Alvin se rió, un poco desagradablemente.

—Si es así, ¿cómo se distinguen unos de otros? ¿Quién no está entregado a la ley, ya que toda ley es mala en un momento u otro?

—¿De qué parte estás tú? —preguntó Verily, molesto.

—Se supone que he de construir una ciudad —dijo Alvin—. Y si no la construyo según la ley, ¿sobre qué voy a hacerlo? Incluso Napoleón hace leyes que lo atan, porque si no lo haces entonces no hay orden, sólo caos.

—¿Entonces prefieres que te ahorquen?

Alvin suspiró y alzó la esposa retorcida.

—No me van a ahorcar.

—Pero alguien será ahorcado —dijo Verily—. Si no este año, el siguiente o el otro. Alguien lo será. Lo dijiste tú mismo.

—Que los juicios de brujos desaparezcan solos.

—¿Como está desapareciendo la esclavitud? —preguntó Verily, burlón.

La puerta volvió a abrirse. La gente empezaba a regresar. El alguacil vino a recoger la mesa.

—No han comido mucho —comentó.

—Yo sí —respondió Alvin.

Hezekiah y Purity aún estaban cogidos de la mano a través de la barandilla que separaba a los espectadores del tribunal.

—Perdonen —dijo el alguacil—. Ahora ella es una acusada. No quiero encadenarla, pero no se le permite tocar a nadie más allá de la barandilla.

Hezekiah asintió y retiró la mano.

El alguacil se marchó con la cesta del almuerzo. Alvin volvió a ponerse la esposa. Purity no pudo resistirse a tocarla. Estaba dura otra vez. Dura como el hierro.

Quill regresó a la sala, sonriendo.

Purity se volvió y le susurró a Hezekiah:

—Se equivoca usted, ¿sabe? No fue usted quien los ahorcó.

Hezekiah sacudió la cabeza.

—No los conocía entonces, pero ahora me siento con ellos, aunque más culpable, porque soy yo quien hizo la acusación —susurró Purity—. Y le digo que ellos sabían quiénes eran sus amigos.

—No fui amigo suyo.

—Ellos sabían quiénes eran sus amigos —insistió Purity—, y yo también lo sé. Puede que todos se sintieran escandalizados, pero dejaron que los ahorcaran. Sólo usted me siguió o me encontró aquí. Sólo usted se encargó de criarme a salvo. Dio años de su vida por su hija. Eso es un verdadero amigo.

Hezekiah se cubrió el rostro con las manos. Sus hombros se estremecieron, incapaces de soportar la carga colocada sobre ellos. La absolución era más pesada, por el momento, que la culpa.

Quill se puso en pie en el momento en que John Adams llamó al orden en la sala.

—Señoría, tengo una moción.

—No ha lugar —rechazó John.

—¡Señoría, creo que todo puede resolverse cuando llamemos a declarar al señor Verily Cooper! Esto es la ley eclesiástica y no hay ninguna...

John golpeó con el mazo una y otra vez hasta que Quill guardó silencio.

—Digo que su moción no ha lugar.

—¡Hay precedentes! —gritó Quill, ardiendo de furia.

—Al contrario —respondió John—. Su moción tal vez sea válida cuando reemprendamos el juicio de Alvin Smith y Purity Orphan. Pero en este momento estamos examinando a los testigos, y en este procedimiento yo soy el interrogador. No hay bandos y no hay abogados, sólo mi propia búsqueda de información que me permita llegar a una conclusión. Así que siéntese hasta que yo le llame para interrogarlo. Es igual que las demás personas de este tribunal. No tiene derecho a hacer ninguna moción de ningún tipo. ¿Le queda eso claro por fin, señor Quill?

—¡Abusa usted de su autoridad, señoría!

—Alguacil, traiga esposas y cadenas para los pies. Si el señor Quill vuelve a hablar, se le colocarán para recordarle que no tiene ninguna autoridad en esta sala durante esta audiencia.

Con el rostro blanco y temblando, Quill se sentó.

La audiencia fue bastante tranquila durante un rato. John interrogó a Purity primero. Ella describió la naturaleza de los cargos que había presentado originalmente y luego contó cómo Quill los había deformado, convirtiendo un baño inofensivo en el río en una orgía incestuosa y una pacífica conversación en la ribera en un aquelarre. Él le preguntó por los profesores de la facultad, y ella afirmó que nunca los había mencionado y que sólo descubrió que los estaban interrogando cuando Quill exigió que los denunciara, a Emerson en concreto.

Entonces los profesores fueron convocados, uno a uno, para que contaran su experiencia de ser interrogados por Quill. Cada uno declaró que se les había hecho creer que los demás habían confesado y los habían implicado, y que su única esperanza era confesar y arrepentirse. Todos negaron haber sido el que confesó.

Entonces John se volvió hacia Quill.

—¿No va a interrogarlo a él primero? —dijo Quill, señalando a Alvin.

—¿Ha olvidado de quién es esta audiencia? —preguntó John.

—¡Sólo quiero oír que él niega los cargos de brujería!

—Eso lo descubrirá durante el juicio —dijo John—, ya que los acusados pueden ser llamados para testificar contra sí mismos en los juicios de brujos.

—Lo está usted favoreciendo —dijo Quill.

—Está usted poniendo a prueba mi paciencia. Ponga la mano sobre la Biblia y haga su juramento.

Quill obedeció y el interrogatorio empezó. Quill respondió a regañadientes, negando haber engañado a nadie.

—Ella es la que habló de Satán. Tuve que cubrirme los oídos, tan amorosamente hablaba de él. Quería conocerlo carnalmente. Incluso me dijo que Satán le había ordenado que mintiera y dijera que yo me inventé la historia, pero no tuve miedo porque sabía que en los tribunales de ley mi testimonio sería más fiable que el suyo.

John escuchó a Quill con bastante tranquilidad a medida que su testimonio se hacía más y más desagradable.

—Estos profesores se comportan exactamente como cabría esperar de un cónclave de brujos —prosiguió Quill—. Yo no los habría interrogado si la muchacha no los hubiera denunciado. Luego se lo pensó mejor, naturalmente, y trató de negarlo, pero yo sabía lo que me había dicho y fue suficiente. Niegan haber confesado, pero varios de ellos lo hicieron, como afirman mis testimonios al tribunal.

John cogió un puñado de declaraciones.

—Tengo esos testimonios y los he leído.

—Entonces conoce usted la verdad y toda esta audiencia es una mofa.

—Si lo es, sigue el guión que usted ha escrito.

—No he escrito ningún guión para esto —dijo Quill—. Esperaba que este tribunal funcionara como un juicio de brujos adecuado.

—Pero, señor Quill, esto no es un juicio de brujos. Es una audiencia sobre una moción. Parece incapaz de comprender eso. Este procedimiento ha sido completamente adecuado. Y yo ahora estoy preparado para decidir sobre la moción.

—¡Pero no ha interrogado a Alvin Smith!

—Muy bien. Señor Smith, ¿cómo se encuentra hoy?

—Cansado de estar encadenado, señoría —dijo Alvin— pero por lo demás en buen estado.

—¿Ha tenido alguna vez tratos con Satán?

—No estoy seguro de a quién se refiere.

John se sorprendió. Estaba esperando un simple «no».

—Satán —dijo—. El enemigo de Dios.

—Bueno, si Satán quiere decir enemigo de Dios, he tenido tratos con un montón de ellos, incluido el señor Quill aquí presente.

—¡Señoría! —chilló Quill.

—Siéntese, señor Quill. Señor Smith, parece usted malinterpretar deliberadamente mi pregunta. No ponga a prueba mi paciencia, por favor. Satán,

según se concibe generalmente, es un ser sobrenatural. Se le ha acusado a usted de conseguir poderes de él y de obedecer sus órdenes. ¿Recibió algún poder oculto de Satán o le obedeció?

—No, señor.

—Más concretamente, ¿le dijo alguna vez a Purity Orphan que tenía tratos con Satán o pudo ella haberlo visto a usted en presencia de Satán?

—Si se refiere al tipo rojo brillante con garras de oso y pezuñas y cuernos en la cabeza —dijo Alvin—, nunca lo he visto ni he sabido de él. Nunca me ha enviado una nota. Lo he oído, pero sólo cuando estaba a solas con Quill. John sacudió la cabeza.

—Creo que no se está usted tomando este procedimiento en serio.

—No, señor —dijo Alvin—. Admito que no.

—¿Y por qué? ¿No comprende que su vida puede depender del resultado de esta audiencia?

—No depende —dijo Alvin.

Cooper trató de hacerlo callar.

—¿Y por qué cree que está a salvo, no importa cuál sea el resultado de esta audiencia?

Alvin se puso en pie y se quitó las esposas de las muñecas tan fácilmente como si se hubiera quitado unos guantes. Sacudió los pies y las esposas de sus tobillos cayeron al suelo.

—Porque tengo el don con el que nací. Por lo que sé, es Dios, no Satán, quien nos crea, y por eso el don que tengo procede de Dios. Trato de usarlo amable y decentemente. Una cosa que nunca hago es intentar usar mi don para obligar a nadie a hacer algo contra su voluntad. Pero usted y mi abogado aquí presente parecen decididos a obligar a la gente de Nueva Inglaterra a librarse de sus leyes contra la brujería lo quieran o no. El señor Quill es una serpiente mentirosa, pero no se derogan todas las leyes sólo para pillar a unos cuantos mentirosos.

Verily Cooper apoyó la cabeza en la mesa. John, que temblaba a la vista de tan claros poderes sobrenaturales, vio que para el abogado aquello era nuevo.

Alvin seguía hablando.

—Estaba dispuesto a seguir el juego y ver cómo ustedes dos retorcían las leyes sin quebrantar demasiadas, pero mi esposa me necesita ahora mismo y no voy a perder otro minuto más aquí. Cuando llegue el momento regresaré y usted y yo podremos hablar de esto, señoría, porque le considero a usted un hombre honorable. Pero por el momento, tengo que ir a otro lugar.

Alvin se dirigió hacia la puerta situada al fondo de la sala.

Quill se puso en pie de un salto y trató de detenerlo. Sus manos resbalaron sobre el cuerpo de Alvin como si las llevara untadas de grasa.

—¡Deténganlo! —chilló Quill—. ¡No le dejen escapar!

—Alguacil —dijo John—. El señor Smith parece estar huyendo.

Alvin se volvió hacia el juez.

—Señoría, creía que esto no era un juicio. Pensaba que era una audiencia sobre una moción. No me necesitan aquí.

Verily se levantó.

—Alvin, ¿qué hay de Purity?

—No van a ahorcarla —le aseguró Alvin—. Cuando termines probablemente será la reina de Inglaterra.

—Espera un momento, Alvin —dijo Verily. Se volvió hacia John Adams—. Señoría, pido al tribunal que libere a mi cliente con la promesa de volver a aparecer en la corte por la mañana.

John comprendió lo que estaba pidiendo y decidió concederlo. La huida se convertiría en una liberación legal.

—La presencia del acusado no es necesaria en esta audiencia, y teniendo pruebas irrefutables de que el sometimiento del acusado a su encarcelamiento fue completamente voluntario el tribunal lo considera digno de nuestra confianza. Se le libera según su propio reconocimiento hasta que se presente en el tribunal a las diez de mañana por la mañana.

—Gracias, señoría —dijo Alvin.

—¡Un escándalo! —exclamó Quill.

—Siéntese, señor Quill —rogó John—. Estoy preparado para decidir sobre la moción.

Quill se sentó despacio mientras la puerta se cerraba tras Alvin.

—Señoría —dijo Verily Cooper—, debo pedir disculpas por la conducta de mi cliente.

—Siéntese, señor Cooper —ordenó John—. He tomado una decisión. La observación del señor Smith ha sido tenida en cuenta. No es misión del tribunal destruir la ley para conseguir justicia. Por tanto, ambas mociones son denegadas.

Quill alzó los brazos. —¡Alabado sea Dios!

—No tan rápido, señor Quill. Esta audiencia no ha terminado todavía.

—Pero usted ha decidido.

—Durante el proceso de esta audiencia se me han presentado pruebas contundentes de mala conducta por parte de los oficiales llamados interrogadores o cazadores de brujos. El nombramiento de estos cazadores de brujos está en manos de las autoridades eclesiásticas, que han delegado esa responsabilidad en un consejo examinador de expertos en brujería, responsable de asegurarse de que los cazadores están plenamente formados. Sin embargo, la licencia para interrogar y actuar como oficial de la corte la concede el gobernador tras una declaración jurada de un juez. Hace falta dicha licencia para que un interrogador tenga sitio en un tribunal civil y convoque un juicio de brujos. Las licencias de todos los cazadores de brujos se rigen por la ley que regula las licencias de todos los oficiales gubernamentales no especificados en un acta concreta. Según esa ley, la licencia puede ser retirada si un

oficial judicial, un magistrado u otro de grado superior, considera que su poseedor ha usado su oficio contra los intereses de la gente de la comunidad. Y éste es el caso, señor Quill. Por tanto, declaro que su licencia y las licencias de todos los demás interrogadores de la comunidad de Massachussets y el circuito judicial de Nueva Inglaterra quedan suspendidas. —Pero usted no... usted...

—Todavía más. Declaro que todos los interrogatorios efectuados gracias a esas licencias sean suspendidos también. Ordeno que ningún procedimiento judicial continúe hasta que y a menos que se celebren audiencias que refrenden las pruebas según las reglas normales en los tribunales civiles, que son los tribunales que tienen jurisdicción sobre las licencias. Si usted o cualquier otro interrogador no puede demostrar que las pruebas que presenta a juicio están a la altura de las pruebas de los tribunales civiles, la suspensión de su licencia no será levantada. Y mientras esté sin licencia, ningún oficial de la ley de Nueva Inglaterra puede arrestar, encarcelar, confinar, acusar o juzgar a ninguna persona siguiendo las órdenes de un interrogador; y ya que la ley requiere que un cazador de brujos sea el fiscal de todo juicio de brujos en Nueva Inglaterra, ordeno que ningún juicio de brujos pueda celebrarse en Nueva Inglaterra hasta que y a menos que un interrogador en posesión de una licencia válida pueda actuar como fiscal.

Las palabras brotaron de John como el agua de un manantial. Le pareció como si estuviera cantando. Había tenido en cuenta el razonamiento de Alvin Smith. Pero en el momento en que advirtió que, por bien del honor, tendría que negar las inteligentes mociones de Cooper, un nuevo camino se abrió en su mente y vio el modo de poner fin a los juicios de brujos sin usar precedentes judiciales para destruir la ley y usando en cambio otra ley para derrotarla.

—Declaro finalizada esta audiencia. —Dio un golpe de mazo. Luego otro más—. Convoco el tribunal sobre el caso de la comunidad contra Alvin Smith y Purity Orphan. Como se trata de un juicio de brujos, no podemos continuar sin la presencia de un interrogador con una licencia válida. ¿Hay algún interrogador con semejante licencia en la sala?

John miró a Quill con regocijo.

—Usted, señor, parece estar sentado a la mesa del fiscal. ¿Tiene esa licencia?

—No, señoría.

—Bien —dijo John—. Como al parecer no hay otros candidatos para la función de interrogador actual, no tengo más remedio que declarar este juicio impropio e ilegal. Retiro los cargos. Los acusados quedan en libertad. El señor Smith no está obligado a regresar al tribunal. Se levanta la sesión.

Quill se puso en pie, tembloroso.

—¡Si cree que puede escaparse con esto, se equivoca, señor!

John lo ignoró y se levantó del estrado.

Quill le gritó:

—¡Conseguiremos nuevas licencias! ¡Ya lo verá!

Pero John Adams sabía algo que Quill había olvidado. Las licencias las concedía solamente el gobernador. Y John estaba bien seguro de que Quincy no concedería ninguna licencia hasta que la Asamblea de Massachussets tuviera tiempo de sobra para redactar una nueva ley de brujería que eliminara el oficio de interrogador, requiriera las reglas normales de pruebas firmes e incluyera el derecho del acusado a no ser obligado a declarar. Las iglesias tenían el derecho, naturalmente, de celebrar juicios de brujos cuando quisieran, pero la pena máxima en los tribunales eclesiásticos era la excomunión de la congregación. Y usaban ese poder contra gente que no asistía a la iglesia con demasiada frecuencia.

Cuando la puerta del vestuario se cerró tras él, John no pudo reprimirse: bailó una pequeña jiga por todo el cuarto, cantando una tonada infantil mientras lo hacía.

Luego recordó lo que había visto hacer a Alvin Smith y su espíritu se serenó de inmediato.

Se sentó en el sillón y trató de comprender lo que había visto. John nunca había creído en dones que desafiaran la ley natural, pero ahora advirtió que era así no porque no existieran, sino porque nadie se atrevía a usar esos poderes en Nueva Inglaterra, donde podían ahorcarlos por ello. Las leyes contra la brujería eran malas no porque esos poderes fueran completamente imaginarios, sino porque no procedían necesariamente de Satán. ¿O sí? ¿Había quebrado las leyes contra la brujería en el mismo momento en que tuvo pruebas de que eran necesarias? No. Cooper tal vez no habría sacado adelante sus mociones, pero su razonamiento seguía siendo válido. Era sólo el testimonio falsificado de los cazadores de brujos lo que establecía alguna relación entre Satán y los dones. Sin los cazadores, los dones eran solamente talentos innatos. Que algunos de ellos fueran extraordinarios no significaba que el poseedor de esos dones fuera malo o bueno. Ni tampoco había ninguna prueba de que las leyes contra la brujería hubieran sido utilizadas jamás contra gente cuyos poderes ocultos fueran verdaderamente peligrosos. Estaba claro que si Alvin Smith no hubiera deseado ser confinado, ninguna cárcel podría haberlo retenido. Por tanto sólo aquellos cuyos dones eran relativamente suaves e inofensivos podían haber sido condenados y ahorcados. Era una ley que no cumplía su función. No protegía a nadie y perjudicaba a muchos. Sería bueno deshacerse de ella.

Mientras tanto, allí estaba Alvin Smith. ¡Qué joven tan extraño! Marcharse de su propio juicio porque pensaba que su abogado iba a perjudicar a toda la sociedad por él... ¿de verdad era tan altruista? ¿Le importaba más el bien de la gente que su propio buen nombre? Entonces, ¿por qué se había quedado? John lo sabía sin preguntar. Igual que Hezekiah le había pedido que no dejara que le causaran ningún daño a Purity, Alvin se había quedado al juicio específicamente para unir el destino de Purity al suyo. Pero no importaba lo que sucediera, Purity no iba a ser ahorcada. Alvin tenía el poder para encargarse de eso. Pero eso no era suficiente para Verily Cooper. Salvar a su amigo, salvar a la muchacha, no era suficiente. Tenía que salvar a todo el mundo. John comprendía su deseo. Él mismo lo sentía. Lo habían derrotado en el empeño y la

derrota le dolía. No como le dolía a Hezekiah Study, claro. Pero por fin Cooper les había proporcionado a ambos una oportunidad de redimir sus fracasos pasados. Era un buen regalo. Cooper tal vez fuese demasiado listo para su propio bien, pero lo usaba para una buena causa, que era más de lo que podía decirse de muchos hombres listos.

Dones. Alvin Smith era capaz de doblar el hierro como si fuera mantequilla derretida. «¿Cuál es mi don? ¿Tengo alguno? Quizá mi don es sólo seguir mi rumbo no importa si me lleva a alguna parte o no. Testarudez. Eso podría ser un don de Dios, ¿no? Si es así, me atrevo a decir que he sido bendecido y de sobras. Y cuando Dios me juzgue algún día, tendrá que admitir que no enterré mi talento. Lo compartí con todos los que me rodeaban, para su consternación».

John Adams estuvo riéndose un rato a solas.

REVUELTA

En cuanto salió del tribunal, Alvin empezó a correr a largas zancadas que lo llevaron al río. Ningún cántico verde lo ayudó al principio, pues la ciudad era demasiado grande. Sin embargo apenas estaba cansado cuando alcanzó el lugar donde Arturo, Mike y Jean-Jacques despertaban de su siesta. Durante un instante quisieron enseñarle lo que había pintado Jean-Jacques, pero Alvin no tenía tiempo para eso.

—Estaba en el juzgado y no podía prestar atención a la mitad de aquellas tonterías; mi mente se puso a pensar en Margaret y allí estaba ella, su corazón latiendo tan rápido que supe que algo iba mal. Escribía grandes letras en el aire. «Ayuda». Y miré a su alrededor y allí estaba Calvin tirado en el suelo de un desván en Camelot, y tiene mal aspecto.

—Debes sentirte tan inútil, estando tan lejos —dijo compasivamente Jean-Jacques.

Mike Fink soltó una risotada.

—Alvin no se siente inútil en ninguna parte.

—Eso significa que vamos a tener que separarnos de ti, Jean-Jacques —dijo Alvin—. O más bien, algunos de nosotros. Arturo, tú vendrás conmigo.

Arturo, que había estado a la expectativa esperando escuchar el plan, sonrió ahora y se relajó.

—Mike, agradecería que fueras a la ciudad y te reunieras con Very. Supongo que estará con esa muchacha, Purity, o me sorprendería lo contrario. Así que dile que se reúna con ella y con vosotros aquí, y os dirigís todos a la frontera de Nueva Amsterdam. Supongo que podremos reunirnos en Filadelfia cuando termine de hacer lo que Margaret quiere que haga.

—¿Dónde? —preguntó Mike—. Filadelfia es un sitio grande.

—En la hostería de la señora Louder, por supuesto.

—¿Y si no tiene habitaciones?

—Entonces decidle dónde os hospedáis. Pero tendrá habitaciones. —Alvin se volvió hacia Jean-Jacques—. Ha sido un placer. Estoy orgulloso de conocer a un hombre con un don tan grande para la pintura, pero voy a llevarme a Arturo y no tenemos a nadie más para que te sostenga los pájaros.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó Jean-Jacques—. Os hago enfadar cuando mato al pájaro y lo diseco. Mi carrera se habrá acabado si no los mato.

Alvin miró a Arturo Estuardo.

—Tengo que decirte, Arturo, que no tengo problemas si mata a algún pájaro de vez en cuando para que le gente estudie sus pinturas.

Arturo se quedó allí, mirando el suelo.

—Arturo, no puedo esperar mucho tiempo —dijo Alvin.

Arturo miró a Jean-Jacques, luego a Alvin.

—Sólo tengo que saber una cosa. ¿Los pájaros tienen alma?

—¿Soy yo... cómo se dice, un teólogo?

—Si un... si un pájaro muere, cuando muere, cuando lo matas, ¿qué le ocurre a su alma? ¿Está muerta por completo? ¿O hay alguna parte que...?

Arturo se quedó allí, las mejillas bañadas de lágrimas. Alvin se disponía a abrazarlo, pero Arturo se apartó.

—¡No estoy pidiendo un abrazo, maldición, sino una respuesta!

—Eso no lo sé —dijo Alvin—. Lo que veo es como un pequeño fuego dentro de cada ser vivo. Los humanos tienen uno brillante, la mayoría al menos, pero hay un fuego parecido en cada animal. Y también en las plantas, sólo que el fuego está extendido por toda la planta, no sólo en un sitio como pasa con los animales. Margaret dice que ve algo así, sólo que no capta mucho más que un destello en los animales, como la sombra de un fuego, si entendéis lo que quiero decir. ¿Es un alma ese fuego del corazón? No lo sé. ¿Y qué le pasa después de que muera el cuerpo? Tampoco lo sé. Sé que ya no está en el cuerpo. Pero sé que a veces el fuego del corazón abandona el cuerpo. Sucede cuando estoy proyectando mi poder, una parte sale de mí. ¿Significa eso que cuando el cuerpo está muerto todo ese fuego se marcha? No lo sé, Arturo. Me estás preguntando algo a lo que no puedo responderte.

—Pero podría, ¿no? Podría seguir viviendo. Si los humanos lo hacen, los pájaros también, ¿no? Sus fuegos del corazón tal vez sean más pequeños, pero eso no significa que se apaguen cuando mueren, ¿verdad?

—Es una buena forma de pensar —dijo Alvin—. Si alguien vive después de la muerte (y creo que sí, os lo advierto, aunque no lo he visto), entonces ¿por qué no los pájaros? El fuego del corazón es el fuego del corazón, supongo, a menos que alguien me diga lo contrario. ¿Es suficiente?

Arturo Estuardo asintió.

—Entonces puedes matar un pájaro de vez en cuando, si es necesario.

Jean-Jacques hizo una reverencia a Arturo.

—Creo, señor Estuardo, que ésta era la pregunta que realmente has querido que te respondiera desde el principio. Allá en Filadelfia.

Arturo Estuardo pareció un poco desconcertado.

—Tal vez. No estaba seguro tampoco.

Alvin acarició el pelo rizado de Arturo. El muchacho se apartó.

—No me trates como a un bebé.

—Si no te gusta, crece —dijo Alvin—. Mientras seas más bajito que yo, voy a usar tu cabeza para rascarla cada vez que se me antoje.

Alvin se llevó la mano al ala del sombrero para saludar a Mike y Jean-Jacques.

—Te veré en Filadelfia, Mike. Jean-Jacques, espero volver a verte algún día, o al

menos ver tu libro.

—Te prometo un ejemplar.

—Esto no me gusta —dijo Mike—. Debería ir con vosotros.

—Te prometo, Mike, que no soy yo quien corre peligro aquí.

—¡Es una tontería! —dijo Mike.

—¿Qué, dejarte atrás?

—Curar a Calvin.

Alvin comprendió que el amor impulsaba esas palabras, pero no podía dejar de contestar.

—Mike, es mi hermano.

—Yo soy más hermano tuyo de lo que él lo ha sido jamás.

—Ahora lo eres —dijo Alvin—. Pero hubo una época en que fue mi hermano más querido. Lo hacíamos todo juntos. No tengo recuerdos de mi infancia sin él, casi ninguno.

—Entonces ¿por qué él no siente lo mismo?

—Tal vez no fui tan buen hermano para él como él lo fue para mí —dijo Alvin—. Mike, volveré sano y salvo.

—Esto es una locura, igual que cuando regresaste a la cárcel.

—Me marché cuando hizo falta. Y ahora, en marcha. Necesito que saques a Jean-Jacques de Nueva Inglaterra sin que lo deporten por católico, y Verily y Purity necesitan alguien que no esté atontado por el amor y se asegure de que coman y duerman.

Arturo Estuardo estrechó solemnemente la mano a Mike y Jean-Jacques. Alvin los abrazó a ambos. Luego se marcharon corriendo, el hombre delante, el muchacho detrás. En unos minutos el cántico verde los envolvió y volaron a través de los bosques, junto al río.

—Ya viene —dijo Margaret.

—¿Dónde? —preguntó Gullah Joe.

En el exterior oyeron el sonido de caballos al galope. La canción y las quejas del barrio de los esclavos se habían vuelto más intensas a medida que el sol se ponía y la oscuridad aumentaba.

—No puedo decirlo. Está en mitad de la música. Corriendo. Se mueve como el viento. Pero está muy lejos.

—Le hemos dicho a la gente lo que usted dijo —informó Dinamarca—, pero es demasiado duro para ellos. La furia les llega muy rápido. Oí a algunos hablar de matar a sus amos blancos esta noche en sus camas. Los oí decir, matemos también a los bebés blancos, a los niños. Matémoslos a todos.

—Lo sé —dijo Margaret—. Han hecho todo lo posible.

—Hay otros también —dijo Gullah Joe—. Ningún nombre les llega. Vacíos como él. Más vacíos. Mueren. Él los mata.

Margaret contempló el cuerpo de Calvin. La respiración del joven era tan débil

que de vez en cuando tenía que comprobar su fuego del corazón para asegurarse de que estaba vivo. Fishy y la mujer de Dinamarca lo atendían ahora, para que Margaret pudiera descansar, pero ¿de qué servía lavarlo? Tal vez le estaban bajando la fiebre. Tal vez sólo lo mantenían húmedo. Desde luego no le hacían compañía, pues él se había sumergido en la inconsciencia hacía horas y todos sus futuros se habían reducido a un puñado que conducía a una muerte miserable allí, esa noche, en aquel lugar.

—¿Por qué no se cura él? —preguntó Gullah Joe—. Él fuerte.

—Fuerte pero ignorante —le aseguró Margaret—. Mi marido trató de enseñarle, pero se negó a aprender. Quería los resultados sin practicar el método.

—Joven —dijo Gullah Joe.

—Yo aprendí cuando era joven —terció Dinamarca.

—Tú nunca fuiste joven.

Dinamarca le sonrió.

—Tienes razón, Gullah Joe.

—Tu esposa —dijo Margaret.

Dinamarca miró a la esclava que había comprado y echado a perder.

—Nunca me dejó llamarla así.

—Tampoco te dijo nunca su nombre.

Dinamarca sacudió la cabeza.

—Nunca la llamé por un nombre de esclava. Nunca me dijo su verdadero nombre. Así que no tengo un nombre para ella.

—¿Te gustaría pronunciar ese nombre? ¿No crees que en su estado actual le gustaría que alguien la llamara por su nombre?

—Cuando estaba en sus cabales no me quería.

—La esclavitud hace que la gente haga cosas raras.

—Yo nunca he sido esclavo —dijo Dinamarca.

—Lo has sido igualmente —respondió Margaret—. Te rodearon con una muralla de leyes. ¿Quién es más esclavo que el hombre que tiene que fingir que es un esclavo para sobrevivir?

—Eso no me obligó a hacerle esto a ella.

—No sé. Naturalmente, hiciste tus propias elecciones. Trataste de encontrar una esposa como hizo tu padre... comprando una. Luego te sentiste acorralado. Pensaste que el asesinato era tu única esperanza. Pero en el último momento no fuiste capaz.

—No en el último momento —dijo Dinamarca—. En el momento siguiente.

—Sí. Casi demasiado tarde.

—Ahora vivo con ella cada día —le dijo Dinamarca—. ¿Quién posee ahora a quién?

—Toda esa furia ahí fuera... ¿y si llegan a matar? ¿Crees que son asesinos?

—¿Cree usted que no?

—Tiene que haber algo entre el asesinato y la inocencia. He visto los lugares más

oscuros en los fuegos del corazón de todo el mundo, Dinamarca. No hay nadie que no tenga recuerdos que desearía no tener. Y hay crímenes que surgen de... de deseos decentes que se tuercen, de pasiones justificadas llevadas demasiado lejos. Crímenes que empezaron sólo como errores. He aprendido a no juzgar nunca a las personas. Naturalmente, juzgo si son peligrosas o no, o si hicieron bien o mal, ¿cómo puede vivir nadie sin juzgar? Lo que quiero decir es que no condeno. A unos cuantos sí, a unos cuantos que disfrutaban con el sufrimiento de los demás o que nunca piensan en los demás, almas indignas que sólo se dedican a autosatisfacerse. Pero son casos raros. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Sé que está asustada —dijo Dinamarca—. Habla cuando tiene miedo.

—Aquí estamos a salvo. Es sólo que... lo que le hiciste a tu esposa, Dinamarca. ¿Crees que no he pensado en hacérselo a alguien? ¿A un enemigo? ¿A alguien que sé que algún día causará la muerte de la persona que más amo, la persona que he amado toda la vida desde la infancia? Conozco esa sensación desesperada. Tienes que detenerlo. Y entonces ves la oportunidad. Está indefenso. Lo único que tienes que hacer es dejar que la naturaleza siga su curso, y se acabó.

—Pero usted ha llamado a su marido —dijo Dinamarca—. Ha agitado los brazos y dibujado letras en el aire. De algún modo, él lo ha visto.

—Entonces he elegido hacer lo adecuado.

—Como yo.

—Pero tal vez elegí demasiado tarde.

Dinamarca se encogió de hombros.

—Toda esa gente deseosa de venganza. ¿Qué elegirá? ¿Cuándo será demasiado tarde para ellos o justo a tiempo?

Un nuevo sonido. Pasos rápidos. Margaret corrió a la ventana. La Guardia Real marchando hacia Blacktown.

—Malditos locos —dijo Gullah Joe—. ¿Qué hacen aquí, en Blacktown? ¿A quién hacemos daño? Están *asustaos* de nosotros y no recuerdan que negros los odian en su casa. Esperan en la escalera. Hombre blanco duerme, suben escalera. La cocinera coge el cuchillo, el jardinero coge la tijera, el mayordomo rompe la botella de vino, coge el cristal, la punta afilada. Cuando su sangre pinta las paredes, cuando su cuerpo vacío, ¿quién es el negro que se pone su sombrero? ¿Quién es la negra que lleva el vestido manchado de sangre?

Las imágenes eran demasiado horribles para que Margaret las soportara. Ya las había visto en los ardientes fuegos del corazón de los esclavos furiosos. Lo que Gullah Joe imaginaba ella lo había visto en diez mil caminos hacia el futuro. Hasta que Calvin rompió los nombres-cuerda, ese futuro no había aparecido en ninguna parte. Ella no podía predecirlo. Calvin tenía el poder de cambiarlo todo sin previo aviso. Margaret no estaba acostumbrada a las sorpresas. No sabía cómo tratar con una situación que no había tenido tiempo de observar y sopesar.

Se alejó hacia un rincón del cuarto. Empezó a rezar.

Pero no podía concentrarse en la oración. Seguía pensando en Calvin. Como si no tuviera suficiente de qué preocuparse. ¿No era propio de Cal? Desataba fuerzas capaces de causar la muerte de millares de personas y se quedaba allí tumbado, muriéndose.

En cuanto a Gullah Joe y Dinamarca, no tenía valor para decírselo, pero el futuro más probable, se produjera o no la revuelta de esclavos, era que el rey y sus hombres buscaran a la persona responsable del levantamiento. Tenía que ser una conspiración. No podía ser una simple casualidad que por la mañana toda la población esclava de Camelot fuera dócil y de repente al anochecer los negros estuvieran aullando ansiosos en cada casa. Tenía que haber un complot. Tenía que haberse dado una señal. No sería difícil encontrar esclavos que, bajo tortura, mencionarían al recogedor de nombres. Y a otros que lo señalarían. La mente maestra de la conspiración, así lo llamarían. Dirían que era la guerra de Dinamarca Vesey, como si pudiera llamarse guerra a que las familias fueran asesinadas mientras dormían y luego un tercio de esclavos de Camelot ahorcados en desquite. El propio Dinamarca Vesey sería ahogado y cortado en pedazos, y sus trozos colgarían de postes por todo Blacktown para que nadie lo olvidara.

No tenía valor para decirle eso. No importaba, en el fondo, pues una cosa era segura en el fuego del corazón de Dinamarca: si eso le sucedía, creería merecerlo, por lo que le había hecho a su mujer.

Calvin. Una vez más interrumpió sus pensamientos. Algo sobre Calvin. ¿Qué? No puede curarse a sí mismo, entonces ¿para qué sirve?

Para algo que sí sabe hacer.

Margaret abandonó su oración y se acercó a Gullah Joe.

—Has hecho esto antes, Gullah Joe. He oído las historias, las he visto en la memoria de los esclavos: leyendas de zombis, muertos vivientes.

—Yo no hago eso —dijo Gullah Joe.

—Lo sé, no lo haces a propósito, pero aquí está, muerto pero vivo. Debes de tener algo, alguna de tus herramientas, alguno de tus polvillos capaz de despertarlo. Sólo un ratito.

—Despiértelo y morirá más rápido —dijo Gullah Joe.

—Lo necesito. Para salvar a la gente a la que le ha hecho esto.

—No cura su propio cuerpo —desdeñó Gullah Joe.

—Porque no sabe cómo. Pero puede hacer algo.

Gullah Joe se levantó y se acercó a sus recipientes. No tardó en preparar una mezcla... una mezcla peligrosa, a juzgar por la forma en que no dejó que ninguno de los polvos le tocara la piel y apartó la cara para no respirarlos. Cuando terminó, la metió por un agujerito de un pequeño fuelle, luego cerró el agujero. Incluso así, humedeció unas telas para que los demás respiraran a través de ellas por si el polvillo se soltaba en el aire.

Entonces cogió el fuelle, introdujo un extremo en una de las fosas nasales de

Calvin y cerró la otra.

—Tú —le dijo a Dinamarca—. Manténle la boca *cerra*.

—No. No puedo hacer eso. Es como ahogarlo.

—Yo lo haré —se ofreció Margaret.

—¿Qué le dirá a su marido entonces, si esto sale mal?

—Es culpa mía de todas formas. Te dije que lo hicieras.

—Yo lo haré, señora —se ofreció Fishy—. Yo lo haré. Margaret retrocedió un paso. Fishy colocó una mano bajo la barbilla de Calvin y la otra sobre su cabeza.

—Cuando yo diga, ciérrale la boca con fuerza —dijo Gullah Joe.

Fishy asintió. —Ya.

Ella cerró la boca de Calvin, quien se resistió débilmente, desesperado por respirar. No entró nada excepto una fina corriente de aire surgida de la boquilla del fuelle. Gullah Joe apretó cuando Calvin inhaló desesperado. Una nube de polvo surgió del fuelle. Gullah Joe estaba preparado. Cogió un cubo de agua y roció a Calvin con ella, cogiendo y asentando el polvo al mismo tiempo.

Calvin se sacudió y se retorció violentamente. Luego se sentó, soltándose de las manos de Fishy, quitándose el fuelle y la cera de la nariz. Se atragantó y tosió tratando de despejar sus pulmones.

No parecía más sano. De hecho, se le estaban cayendo trozos de piel como pedazos de fruta madura lanzados contra una ventana. Pero estaba atento.

—Calvin, escúchame —le habló Margaret. Calvin sólo tosió y se atragantó.

—Los esclavos están a punto de rebelarse. Hay que detenerlos. ¡Alvin está demasiado lejos, necesito tu ayuda! Calvin lloró.

—¡No puedo hacer nada!

—¡Despierta! —le gritó Margaret—. ¡Necesito que por una vez seas un hombre! Esto no tiene nada que ver contigo, no tiene nada que ver con Alvin, sino con hacer algo decente por la gente que te necesita.

Algo de lo que dijo atravesó por fin la bruma de la mente de Calvin.

—Sí —dijo—. Dime qué tengo que hacer.

—Algo que quite la ira de sus mentes. Lo que necesitamos es una gran tormenta. Viento y lluvia. ¡Relámpagos!

—No sé hacer relámpagos.

—¿Cómo sabes que no puedes?

—Porque crecí intentándolo. —Se miró la mano. El hueso de uno de los dedos quedaba al descubierto—. ¿Margaret, qué me está pasando?

—Has estado demasiado tiempo fuera de tu cuerpo —dijo ella—. Alvin viene corriendo a salvarte.

—¡No quiere ayudarme, quiere que muera!

—¡Deja de pensar en ti mismo, Calvin! —le reprendió ella severamente—. Necesito algo que parezca una fuerza de la naturaleza.

—Sé hacer fuego. Puedo incendiar la ciudad.

Mientras hablaba, un par de llamas diminutas danzaron en el suelo a su alrededor.

—¡No! —gritó Margaret—. Santo cielo, ¿estás loco? ¡Echarán la culpa del incendio a los esclavos, será aún peor! Nada de fuego.

—No sé cómo funciona nada —dijo Calvin—. No lo suficiente para cambiarlo. Alvin trató de enseñarme pero todo lo que yo quería era alardear.

Volvió a echarse a llorar. Margaret tuvo que agarrarlo por las muñecas para impedir que se arrancara la piel de la cara.

—Contrólate —dijo. Se volvió indefensa hacia Gullah Joe—. ¿No hay algo que...?

Gulla Joe se rió, enloquecido.

—¡Se lo digo! ¡No sirve de nada así! ¡Zombi no bueno! ¡Y él piensa que él muerto! ¡Él es triste, triste todo!

—¿Y el agua? —le preguntó Margaret a Calvin—. Sé que Alvin y tú jugabais con agua, él me lo dijo. Hacíais que salpicara sin golpearla con una piedra... era un juego que practicabais. ¿Lo recuerdas?

—Grandes salpicaduras.

—Sí, eso es. Haz que salpique ahí fuera. En el río, salpicaduras muy muy grandes. Derrama el agua sobre la orilla. Que sea una riada.

—Todo lo que hacíamos eran salpicaduras pequeñas —dijo Calvin.

—¡Pues ahora es el momento para una grande! —le gritó Margaret, agotada la paciencia.

—Lo intentaré, lo intentaré, lo intentaré. —Él volvió a llorar.

—¡Basta! ¡Hazlo!

Ella sintió que alguien se arrodillaba a su lado. ¿Fishy? No, la mujer de Dinamarca. Tenía un paño húmedo. Amablemente, lo colocó sobre la frente de Calvin. Luego en su mejilla. Murmuró algo ininteligible, pero su tono era tranquilo y reconfortante. Calvin cerró los ojos y trató de hacer que el agua del río salpicara.

Margaret también cerró los ojos y buscó fuegos del corazón cerca del río. Saltó de uno a otro, por toda la ribera, en la cara norte de la península y al sur. Nadie miraba hacia el agua. Todos miraban tierra adentro, temerosos del griterío de los esclavos.

Entonces uno de ellos advirtió que los barcos se mecían en el agua. Los mástiles se agitaron de un lado a otro. Miró el agua. Venían una ola tras otra, como si cayeran grandes piedras o quizás algo las empujara desde el fondo. Cada ola era más grande que la anterior. Empezaron a romper en el muelle.

Más y más gente veía las olas; los que estaban cerca del agua empezaron a correr hacia tierra. Las olas llegaban ya a las calles y formaban ríos que fluían sobre el empedrado. El agua siguió avanzando hasta alcanzar la península. Los barcos chocaron contra el muelle y empezaron a hundirse. La gente corría gritando por la calle llamando a las puertas, suplicando que la dejaran entrar.

Y los esclavos también llamaban a las puertas. Un momento antes sólo tenían en mente el asesinato y la venganza; ahora una nueva pasión se había apoderado de

ellos: llegar a la primera puerta antes de que aquella riada los ahogara. Ola tras ola, las aguas barrieron los barrios de esclavos. Los aullidos y cánticos cesaron, sustituidos por una cacofonía de gritos de pánico.

Muchos de los blancos, al ver la riada, abrieron las puertas y dejaron que sus esclavos, ahora sumisos y asustados, se pusieran a resguardo. Otros, sin embargo, mantuvieron las puertas cerradas, y más de uno descargó un disparo a través de ellas para advertir a los esclavos que retrocedieran.

Ya ningún negro pensaba en matar a la familia blanca para la que trabajaba. Los esclavos empezaban ya a contar historias que para ellos tenían sentido.

—¡Dios nos dijo: «No matarás, o enviaré un diluvio como el de Noé»!

—¡Señor, no quiero morir!

El terror ocupó el lugar de la furia, la empapó, la barrió, la ahogó, al menos por el momento.

—Suficiente —dijo Margaret—. Lo conseguiste, Calvin. Suficiente.

Calvin sollozó aliviado.

—¡Ha sido demasiado difícil para mí!

Se tumbó, se encogió y lloró. O más bien trató de encogerse. Mientras arrastraba las piernas por el suelo, el pie derecho se le desprendió del cuerpo. Margaret se estremeció ante la visión. Pero la mujer de Dinamarca recogió el pie y lo puso en su sitio, al final de la pierna tullida.

—Está casi muerto —dijo Dinamarca.

—No —gimió Margaret—. Oh, Calvin, ahora no, no cuando por fin has hecho algo bueno.

—Ésa es la mejor despedida —comentó Fishy, servicial—. Irá al cielo.

Margaret se volvió de nuevo hacia Gullah Joe.

—¡Míreme, ve! —dijo él—. ¡Hago todo lo que *usté* dice, mire qué pasa!

—¿Y si enviara al exterior su poder otra vez, como antes? Aunque muera. ¿No puedes retenerlo, impedir que se pierda?

—¿Qué cree que soy? ¡Un brujo! *Usté* quiere a Dios.

—Lo has tenido cautivo antes. ¡Hazlo otra vez! ¡Inténtalo!

Mientras insistía, ella vio cómo cambiaban los senderos del futuro. Cuando vio por fin uno donde Calvin seguía vivo al amanecer, le gritó:

—¡Eso es! ¡Hazlo!

—¿Hacer el qué?

—¡Lo que estabas pensando! ¡Justo cuando he gritado!

Gullah Joe alzó las manos, desesperado, pero se puso a trabajar, haciendo que Dinamarca y Fishy lo ayudaran, y colocó los amuletos en un nuevo círculo y luego colocó una caja abierta en el centro.

—Dígale que entre en caja. Que se ponga todo en caja.

—¿Has comprendido, Calvin?

Calvin gimió de dolor.

—¡Envía tu poder! Que él lo coja y lo guarde. ¡Es tu única posibilidad, Calvin! Envía tu poder a Gullah Joe, entra en la caja. ¡Hazlo, Calvin!

Jadeando entrecortadamente, Calvin lo hizo lo mejor que pudo. Gullah Joe siguió lanzando un fino polvillo al interior del círculo. Al décimo intento, gritó:

—¿Lo ven? ¡Parte de él ha entrado! ¡Miren!

Otra rociada de polvo, y esta vez Margaret vio también la chispa.

—¡Todo él! ¡Dentro, todo dentro!

—Hazlo, Calvin. Toda tu atención, ponía dentro de esa caja. ¡Todo lo que tú eres, en la caja!

Él dejó de gemir. Se tendió de espaldas, los ojos fijos en el techo.

—¡Ha hecho todo lo que es capaz de hacer! —gritó Margaret—. Está exhausto.

—Está muerto —dijo Fishy.

Gullah Joe cerró la tapa de la caja, la volvió boca abajo y se sentó encima.

—¿Lo estás incubando? —preguntó Fishy.

—Dentro de círculo, dentro de mi pelo. —Gullah Joe sonrió—. ¡Esta vez no sale!

—Muy bien, Alvin —murmuró Margaret—. Ven rápido.

Se apoyó en la esposa de Dinamarca, que estaba arrodillada junto a ella, como si fuera un cojín.

—Estoy tan cansada —dijo.

—Ahora todos dormimos —dijo Dinamarca.

—Yo no —repuso Gullah Joe.

Margaret cerró los ojos y observó de nuevo la ciudad. El agua había vuelto a calmarse y el pánico había cesado. La revuelta se había acabado por esa noche. El ansia de matar había desaparecido de los corazones de los negros.

Pero ahora las ganas de matar asomaban a otros corazones. Los blancos corrían a Palacio para exigir que alguien averiguara quién había iniciado la revuelta. Tenía que ser un complot, todos los esclavos a la vez. Sólo la milagrosa intervención de las olas los había salvado. «Haced algo —exigieron—. Coged a los cabecillas de la revuelta».

Y el rey Arturo escuchó. Llamó a sus consejeros y les prestó atención. No tardó en haber interrogadores en las calles dirigiendo grupos de soldados que reunían a los negros para interrogarlos.

«¿Cuánto tiempo? —pensó Margaret—. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que salga el nombre de Dinamarca Vesey?».

Mucho antes del amanecer.

Margaret se puso en pie.

—Ahora no hay tiempo para descansar —dijo—. Alvin vendrá aquí. Decidle lo que habéis hecho. No dañes el cuerpo de Calvin de ninguna manera. Mantenedlo lo más fresco que podáis.

Gullah Joe puso los ojos en blanco.

—¿Adónde va?

—Es hora de que tenga una audiencia con el rey.

Lady Ashworth se pasó toda la rebelión vomitando en su cuarto. Y la riada también. Su marido había descubierto su relación con aquel muchacho; los esclavos que antes eran dóciles ahora de repente parecían disfrutar sembrando cizaña entre ella y lord Ashworth. En vano insistió en que había sido sólo una vez, en vano suplicó perdón. Durante una hora permaneció sentada en el saloncito, temblando y sollozando, mientras su marido empuñaba una pistola con una mano y una espada con la otra y sólo las soltaba de vez en cuando para tomar otro trago de bourbon.

Fue sólo el aullar de los esclavos lo que interrumpió su ebrio delirio asesino y suicida. Aquélla era una casa donde ninguno de los negros quería enfrentarse a un hombre blanco enloquecido con un arma, pero de todas formas él estaba decidido a dispararles si no se callaban y dejaban de cantar y gemir. En cuanto la dejó sola, lady Ashworth corrió a su cuarto y cerró la puerta con llave.

Vomitó tan bruscamente que al principio no tuvo tiempo de moverse: su vómito corrió por el suelo y por debajo de la puerta. Para cuando llegó la riada no le quedaba nada que vomitar, pero siguió teniendo arcadas.

Con los negros aterrados y lady Ashworth indispuesta, la única persona que pudo responder a las insistentes llamadas de Margaret a la puerta fue el propio lord Ashworth, que se plantó allí borracho y demacrado, la pistola todavía en la mano. Margaret inmediatamente se la quitó.

—¿Qué está usted haciendo? —preguntó el hombre—. Ésa es mi pistola. ¿Quién es usted?

Margaret captó la situación tras una rápida comprobación de su fuego del corazón.

—Pobre estúpido —dijo—. Su esposa no fue seducida. Fue violada.

—¿Entonces por qué no lo ha dicho?

—Porque ella creyó que fue una seducción.

—¿Qué sabe usted de todo eso?

—¡Lléveme con su esposa de inmediato, señor!

—¡Salga de mi casa!

—Muy bien —dijo Margaret—. No me deja otra elección. Me veré obligada a informar a la prensa de que un oficial de confianza del rey tuvo una relación hace dos años con la esposa de cierto dueño de una plantación en Savannah. Por no mencionar el número de veces que ha aceptado la hospitalidad de dueños de esclavos que se aseguraron de que no tuviera que dormir solo. Creo que la relación sexual entre blancos y negros sigue siendo un crimen en esta ciudad.

Él se apartó alzando la mano para apuntarla con el arma, hasta que recordó que era ella quien tenía la pistola.

—¿Quién la envía?

—Me envió yo sola. Tengo un asunto urgente que tratar con el rey. Su esposa no se encuentra en condiciones para acompañarme, así que tendrá que hacerlo usted.

—¿Asuntos, con el rey? ¿Quiere que me deponga?

—¡Conozco al cabecilla de la revuelta de los esclavos!

Lord Ashworth se sintió confuso.

—¿Revolta de esclavos? ¿Cuándo?

—Esta noche, mientras usted amenazaba con matar a su esposa. Es una mujer ligera de cascos, lord Ashworth, y tiene mala sangre, pero es más fiel a su matrimonio que usted. Podría tener eso en cuenta cuando la aterrice de nuevo. Ahora, ¿me llevará ante el rey o no?

—Dígame lo que sabe y yo se lo diré a él.

—¡Una audiencia con el rey! —exigió Margaret—. ¡Ahora!

Lord Ashworth finalmente comprendió que no tenía elección.

—Tengo que cambiarme de ropa —dijo—. Estoy borracho.

—Sí, por supuesto, cambiese.

Lord Ashworth salió tambaleándose de la habitación.

Margaret entró en la casa.

—¡Corza! ¡León! —llamó—. ¿Dónde estáis?

No los encontró hasta que abrió la puerta del sótano. Medio empapados por el agua de la riada, los esclavos eran el grupo más miserable y asustado que había visto jamás.

—Subid —dijo Margaret—. León, tu amo necesita ayuda para vestirse. Está muy borracho, pero yo tengo el arma.

Le mostró la pistola. Entonces, segura de que León no tenía intenciones de matar, se la entregó.

—Te sugiero que la pierdas y no la encuentres hasta dentro de unos días.

Él tomó la pistola y se la metió en el bolsillo en el último momento, cuando se iba.

—¿Está segura de que no va a matar al amo? —preguntó Corza.

—Corza, sé que eres una mujer libre, pero ¿puedes atender a lady Ashworth? Como amiga. No te hará ningún daño. Necesita consuelo. Necesita que le digas que el hombre que la ha utilizado no era más que un tramposo. La forzó contra su voluntad. Si no lo recuerda así, eso sólo demuestra lo poderoso que es.

Corza pareció vacilar.

—Es un mensaje muy largo, señora —dijo.

—Recordarás el sentido. Encuentra tus propias palabras.

El rey Arturo y su Consejo llevaban una hora reunidos cuando lord Ashworth finalmente se dignó aparecer, y estaba claro que había estado bebiendo. Era bastante sorprendente y habría sido un escándalo cualquier otra noche, pero todo lo que al rey se le ocurrió fue que ya que al fin estaba allí, quizás fuese capaz de salir del punto muerto al que habían llegado. El apasionado John Calhoun estaba dispuesto a ahorcar a uno de cada tres esclavos para dar un escarmiento.

—¡Tal vez se lo piensen dos veces antes de conspirar de nuevo!

Por otro lado, como varios de los hombres de edad le recordaron, uno no coge la tercera parte de la propiedad más valiosa de una ciudad y la destruye sólo para demostrar que tiene razón.

Lord Ashworth, sin embargo, parecía ajeno a la discusión.

—Traigo a alguien que quiere veros —anunció.

—¡Una audiencia! ¡En un momento como éste!

—Dice que está al corriente de la conspiración.

—Y nosotros también —dijo el rey—. Nuestros soldados buscan su escondite ahora mismo. Si son listos, se ahogarán en el río antes de que los atrapemos.

—Majestad, os suplico que la escuchéis.

La intensidad de su tono, a pesar de su borrachera, fue impresionante.

—Muy bien, pues —dijo el rey—. Por mi querido amigo.

Margaret fue conducida a la sala y se presentó. Impaciente, el rey fue al grano de inmediato.

—Todos conocemos la conspiración. ¿Qué puede usted añadir que no sepamos?

—Lo que sé es que no fue una conspiración. Fue un accidente.

Contó la historia, manteniéndose lo más fiel posible a la verdad sin anunciar lo poderoso que era Calvin antes y lo indefenso que estaba ahora. Un joven blanco conocido suyo advirtió que un hombre cogía algo de cada esclavo que desembarcaba. Resultó que eran amuletos que contenían el nombre verdadero de los esclavos, junto con su furia y su miedo. Aquella noche, accidentalmente, había destruido los nombres-cuerda, y los esclavos se encontraron de repente llenos de aquella ira largamente oculta.

—Pero la riada los ha asustado y ahora no habrá ninguna rebelión.

—Paparruchas —dijo Calhoun.

Margaret lo miró fríamente.

—La tragedia de su vida, señor, es que a pesar de toda su ambición nunca será rey.

Calhoun se puso rojo y se disponía a responder cuando el rey alzó una mano para hacerlo callar. Era un hombre joven quizás más joven que Margaret, y había un aire de seguridad en él que le gustaba, sobre todo porque parecía interesado en lo que había dicho.

—Todo lo que quiero saber —dijo— es el nombre del recogedor de nombres.

—Pero usted ya lo sabe. Varios testigos le han hablado de Dinamarca Vesey.

—Ah, pero nosotros lo sabemos gracias a un excelente trabajo de investigación. ¿Cómo lo sabe usted?

—Sé que es inocente de cualquier mala intención.

Un hombre le tendió un papel al rey.

—Ah, aquí está —dijo el rey—. Se llama usted Margaret Smith, ¿no? Casada con un hombre acusado de ser ladrón de esclavos. Y ahora está aquí en Camelot para entrometerse en nuestra antigua práctica de servidumbre. Bien, esta noche hemos

visto adónde nos lleva la indulgencia. ¿Sabe cuántos esclavos nos han hablado de sus planes para matar a familias enteras de blancos mientras dormían? Y ahora descubro que hay una mujer blanca íntimamente ligada a los conspiradores.

Con temor, Margaret se vio a sí misma interpretando el papel principal en algunos desagradables futuros en el fuego del corazón del rey. No había contado con esto. Tenía que haber sondeado en su propio futuro antes de acudir al rey con historias descabelladas de negros entregando sus nombres voluntariamente, para su propia seguridad, y recuperándolos de repente.

—Debe admitir que parece una fábula —explicó el rey amablemente.

—Majestad, sé que hay quienes os instan a castigar esta revuelta con brutalidad. Podéis pensar que es necesario para hacer que vuestros súbditos se sientan seguros en sus hogares, pero medidas extravagantes como las que propone el señor Calhoun sólo crearán un peligro mayor.

—Es difícil imaginar un peligro más grande que nuestros criados volviendo sus cuchillos contra nosotros —dijo Calhoun.

—¿Qué hay de la guerra? ¿Una guerra sangrienta, terrible, que mate o hiera o mute espiritualmente a una generación de hombres jóvenes?

—¿Guerra? —preguntó el rey—. ¿Castigar la revuelta conducirá a la guerra?

—La retórica que envuelve el tema de si los territorios occidentales de Appalachee serán esclavos o libres está ya fuera de control. Una masacre de negros inocentes provocará la ira y unificará los pueblos de los Estados Unidos y Appalachee, y los reafirmará en su decisión de que la esclavitud no tenga cabida en ellos.

—Ya basta —dijo el rey—. Lo único que ha conseguido demostrarme es que forma usted parte de una conspiración en la que hay implicado al menos uno de los sirvientes de este palacio. ¿Cómo si no podría saber cuál es la propuesta de John Calhoun? En cuanto al resto, cuando necesite consejo de una abolicionista sobre asuntos de Estado, ya la llamaré.

—Majestad —terció Calhoun—, es obvio que esta mujer sabe mucho más sobre la conspiración de lo que deja entrever. Sería un error dejarla marchar tan fácilmente.

—Lo que sé es que no hay ninguna conspiración —aseguró Margaret—. Por supuesto, arréstenme, si están dispuestos a soportar el clamor que se producirá.

—Si ahorcamos a un esclavo de cada tres, nadie preguntará por usted —repuso Calhoun—. ¡Arréstena!

Gritó la orden a los soldados que guardaban la puerta. De inmediato, entraron y cogieron a Margaret por los brazos.

—Confesará muy pronto —comentó Calhoun—. En los casos de traición, siempre lo hacen.

—No me gusta saber esas cosas —dijo el rey.

—Ni a mí —dijo la voz de otro hombre. Todos tardaron un instante en advertir que quien había hablado no era uno de los consejeros del rey.

Se trataba de un hombre alto vestido como un obrero en vacaciones: ropa que pretendía ser elegante pero sólo conseguía ser vagamente patética y mal llevada. Y, junto a él, un muchacho mulato.

—¡Cómo ha entrado aquí! —gritaron varios hombres a la vez. Pero el desconocido no respondió ni una palabra. Se acercó a Margaret y la besó suavemente en los labios. Luego miró fijamente a los ojos a uno de los soldados que la sujetaban por el brazo. Con un escalofrío, el soldado la soltó y retrocedió. Lo mismo hizo el otro.

—Bueno, Margaret —dijo el hombre—, parece que no puedo dejarte sola ni un minuto.

—¿Quién es usted? —preguntó el rey—. ¿Su consejero de asuntos exteriores?

—Soy su marido, Alvin Smith.

—Muy atento por su parte aparecer justo cuando la hemos arrestado. Sin duda forma también parte de la conspiración. Y en cuanto a este muchacho negro... no es adecuado traer a su esclavo en presencia del rey, sobre todo a uno demasiado joven para haber sido entrenado adecuadamente.

—He venido aquí para impedirle que cometa el error que acabará por hacerle perder el trono —dijo Margaret—. Si no oye la advertencia, entonces al menos no podrán reprocharme nada.

—Sáquenla de aquí —ordenó Calhoun—. Tenemos horas de trabajo por delante, y es obvio que necesita ser interrogada como miembro de la conspiración. Su marido también, y ese chico.

Margaret y Alvin se miraron y se echaron a reír. Arturo, por su parte, estaba demasiado ocupado contemplando la magnificencia de la sala para preocuparse mucho por lo que sucedía. No advirtió realmente la presencia del rey hasta que Alvin lo señaló.

—Ahí lo tienes, Arturo Estuardo. El hombre cuyo nombre te pusieron. El rey de Inglaterra, en el exilio en las Colonias de la Corona. Contempla la Majestad de la Cabeza Coronada.

—Encantado de conocerlo, señor —le dijo Arturo Estuardo al rey.

La indignación de Calhoun alcanzó un nuevo grado.

—¿Se atreve a burlarse del rey de este modo? Y eso después de haberle puesto a un niño negro su nombre para empezar.

—Ya que usted me ha ahorcado ya mentalmente —dijo Alvin—, ¿qué daño hará si cometo el crimen?

—No cometes ninguno, Alvin —le dijo Margaret—. Ya ha sido advertido de que si emprende acciones de desquite contra esta revuelta que ni siquiera ha sucedido, matar esclavos, sean culpables o inocentes, lo llevará a la guerra.

—No temo a la guerra —dijo Arturo Estuardo—. Ahí es donde el rey tiene que demostrar su valor.

—Está pensando en el ajedrez —le respondió Margaret—. En la guerra, todo el

mundo tiene posibilidad de sangrar. —Se volvió hacia Alvin—. Mi mensaje ha sido entregado. Lo demás ya no está en mis manos. Y tu hermano te necesita.

Alvin asintió. Se volvió hacia quienes lo rodeaban.

—Caballeros, pueden continuar con sus deliberaciones. He venido corriendo esta tarde desde Nueva Inglaterra y no tengo tiempo que perder con ustedes. Buenas noches.

Alvin cogió a Arturo por una mano y a Margaret por otra.

—Dejen paso, por favor.

Los hombres que les bloqueaban el camino no se movieron.

Y entonces, de repente, lo hicieron. O más bien lo hicieron sus pies, deslizándose bajo ellos. Alvin dio otra zancada hacia la puerta.

El rey desenvainó una espada. Lo mismo hicieron los otros hombres, aunque tuvieron que cogerlas de la pared donde colgaban durante la reunión. Y dos guardias apostados junto a la puerta desfundaron la pistola.

—De verdad, Majestad —dijo Alvin—, la esencia de la cortesía es que hay que dejar que los invitados se marchen.

Antes de que terminara de hablar ya había empezado a cambiar el hierro de las espadas y las pistolas. Para su horror, los hombres descubrieron que sus armas se disolvían en charcos de frío hierro húmedo en el suelo. Soltaron las armas y retrocedieron.

—¡Qué es usted, señor! —exclamó el rey.

—¿No está claro? —dijo Calhoun—. ¡Son el diablo, la dama del diablo y su hijo bastardo!

—¡Eh! —protestó Arturo Estuardo—. Puede que yo sea bastardo, pero no soy bastardo suyo.

—Lamento que tengamos que marcharnos tan rápido —dijo Alvin—. Que tenga un buen futuro, Majestad.

Con eso, Alvin extendió la mano, retiró la traba de la enorme puerta y luego la empujó suavemente, haciendo que cayera de sus goznes disueltos y aterrizara con estrépito en el suelo ante el salón del Consejo. Se marcharon sin ser molestados.

El hedor del cuerpo muerto de Calvin llenaba el desván cuando Margaret llevó allí a Alvin y Arturo. Alvin se acercó inmediatamente al cadáver y se arrodilló a su lado, llorando.

—Calvin, he venido lo más rápido que he podido.

—Si quiere llorar —dijo Dinamarca—, llore por los muertos.

—Ya le he explicado que el fuego del corazón de Calvin está dentro de la caja —dijo Margaret.

—No puedo reparar el cuerpo sin el fuego del corazón. Y no puedo contener el fuego del corazón hasta que haya sido reparado.

—Haz las dos cosas a la vez. Puedes hacerlo, ¿verdad, Gullah Joe? ¿Devolver el fuego del corazón al cuerpo, poco apoco?

—¿*Usté* loca? —preguntó Gullah Joe—. ¿Cuántos milagros quiere esta noche?

—Lo haré lo mejor posible —dijo Alvin.

Trabajó en el cuerpo de Calvin durante tres horas. Se disponía a empezar una reparación cuando la que había terminado ya se deterioraba de nuevo. Sin embargo, trabajando firme y metódicamente, consiguió que el corazón y el cerebro volvieran a funcionar.

—Ahora —dijo.

Gullah Joe se levantó de la caja, la acercó al cuerpo de Calvin y la abrió.

Alvin y Margaret vieron cómo el fuego del corazón saltaba al cuerpo. El corazón latió convulsivamente. Una vez. Dos. La sangre brotó por las arterias colapsadas. Alvin no prestó atención a ese problema: eran los pulmones lo que tenía que reparar ahora, rápida, inmediatamente. Pero con el fuego del corazón dentro del cuerpo era mucho más fácil, pues ahora creaba una pauta y el cuerpo la imitaba, pasando la información por los tejidos vivos. Un diafragma medio estropeado se contrajo, luego expandió los pulmones. La sangre que bombeaba débilmente por el cuerpo llevaba ahora cantidades cada vez mayores de oxígeno.

Eso fue sólo el principio. Amaneció antes de que Alvin terminara su trabajo. Calvin respiraba fácilmente, con normalidad. La carne había sanado, sin dejar cicatrices. Estaba limpio como un recién nacido.

—Lo que veo esta noche —dijo Gullah Joe—. ¿Qué Dios es *usté*?

Alvin sacudió la cabeza.

—¿Hay algún Dios del cansancio?

Alguien empezó a aporrear la puerta de abajo.

—Ignóralos —dijo Margaret—. Son sólo dos. No entrarán hasta que haya más soldados para ayudarlos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho. Sugiero que nos marchemos ahora.

—¿No hay descanso para el diablo? —preguntó Alvin.

—¿*Usté* un diablo también? —preguntó Gullah Joe.

—Era un chiste. Margaret, ¿quién es esta gente?

—Ya habrá tiempo de explicarlo por el camino. —Margaret se volvió hacia los otros—. No estáis a salvo aquí, Dinamarca, Gullah Joe. Venid con nosotros. Alvin podrá manteneros a salvo hasta que lleguéis al Norte, lejos de este miserable lugar.

Se volvió hacia Fishy y la esposa de Dinamarca.

—No corréis el mismo peligro, pero ¿por qué quedaros? Os llevaremos al Norte con nosotros. Si queréis, podréis ir a Iglesia de Vigor. O a Río Hatrack.

Margaret miró a Gullah Joe y sonrió.

—Me gustaría ver qué hacen contigo toda esa gente con dones de Río Hatrack.

Dinamarca tiró a Alvin de la manga.

—Lo que ha hecho usted por su hermano. Traerlo de entre los muertos. ¿Qué hay de mi esposa? —La empujó hacia delante.

Alvin cerró los ojos y la estudió un momento.

—Es una herida antigua y todo está relacionado con el cerebro. No sé. Salgamos de aquí. Cuando estemos a salvo en el Norte, haré lo que pueda.

Todos accedieron a acompañarlos. ¿Qué opción tenían?

—¿No pueden llevarnos a todos? —preguntó Fishy—. ¿A todos los esclavos de este sitio?

Margaret rodeó a Fishy con un brazo.

—Si estuviera en nuestro poder, nos los llevaríamos. Pero un grupo tan grande... ¿quién aceptaría a tantos miles de negros libres de una vez? Los llevaríamos al Norte sólo para que los rechazaran. Pero a vosotros sí podemos llevaros.

Fishy asintió.

—Sé que quiere usted ser buena. Nunca es suficiente.

—No —dijo Margaret—. Nunca es suficiente. Pero hacemos cuanto podemos y rezamos para que, a la larga, sea suficiente.

Alvin se arrodilló de nuevo junto a Calvin, lo sacudió suavemente, lo despertó. Calvin abrió los ojos y vio a Alvin. Se rió complacido.

—Tú —dijo—. Has venido a salvarme.

PADRES Y MADRES

Mike Fink y Jean-Jacques Audubon esperaban a una distancia discreta mientras Hezekiah Study acompañaba a Verily y Purity por el cementerio. Las tumbas estaban situadas en una curiosa entrada en la pared. Purity se arrodilló ante la tumba de sus padres y lloró por ellos. Verily se arrodilló junto a ella, y poco después Purity extendió la mano hacia Hezekiah y lo invitó a unirse a ellos.

—Es usted lo único que me queda de ellos —le dijo a Hezekiah—. Ya que no tengo recuerdos propios, tengo que confiar en los suyos. Venga con nosotros.

—Os acompañaré hasta Filadelfia —contestó Hezekiah—. Más allá no puedo prometeros nada.

—Una vez que Alvin empiece a hablarle de la Ciudad de Cristal, pillaré la visión global —bromeó Verily—. Se lo prometo.

Hezekiah sonrió forzosamente.

—¿Hará falta un viejo ministro puritano?

—Sin duda —dijo Verily—. Pero un erudito como usted... creo que tendremos que sacarlo a rastras de las cosas que se pueden aprender allí para conseguir un sermón suyo.

—Mi corazón no está para muchos sermones de todas formas. Estoy cansado del sonido de mi propia voz.

—Entonces no escuche —dijo Purity—. ¿Por qué tenemos nosotros que perdernos sus sermones porque usted no quiere oírlos?

Permanecieron un ratito junto a las tumbas. Sólo cuando ya se marchaban se le ocurrió a Verily pensar lo extraño que era un muro así, que rodeaba sólo dos tumbas. Por lo demás, las paredes del cementerio dibujaban un simple rectángulo.

Hezekiah oyó la pregunta y asintió.

—Bueno, verá, cuando los enterraron, el cazador de brujos insistió en que lo hicieran fuera del patio de la iglesia. No puede haber brujos en tierra sagrada. Luego los cazadores se marcharon y todos los vecinos que los conocían y amaban derribaron la pared por ese sitio y levantaron un nuevo muro, y ahora están dentro de la pared del patio después de todo.

Se encontraban en la orilla sur del Potomac, esperando el transbordador que los llevaría a los Estados Unidos, específicamente a Nueva Suecia, que a pesar de su nombre era ahora casi tan inglesa como Pensilvania. Un ave acuática de largas patas se posó en la superficie, cambiando con elegancia de criatura del aire a criatura del agua.

—Lástima que Audubon no esté aquí para decirnos qué pájaro es —comentó

Alvin.

Arturo Estuardo cogió a Margaret de la mano.

—Estuviste allí —dijo—. Lo sabes. ¿Qué tipo de pájaro me llevó?

Margaret lo miró, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Recuerdo haber volado —dijo Arturo—. Hora tras hora, camino del Norte. ¿Qué clase de pájaro era?

—No era un pájaro —contestó ella—. Era tu madre. Dominaba un poco la sabiduría mágica que usa Gullah Joe. Hizo alas y voló, llevándote todo el camino.

—Pero yo vi un pájaro.

—Eras un recién nacido —dijo Margaret—. ¿Cómo podrías recordarlo?

—Alas, tan anchas... Era hermoso volar. Todavía sueño con eso todo el tiempo.

—Tu madre no era un pájaro, Arturo Estuardo.

—Sí que lo era. Un pájaro en el aire y una mujer en tierra.

Alvin recordó ahora que una pregunta había mortificado a Arturo todo el tiempo que estuvo con Audubon, una pregunta que nunca pudo formular para conseguir la respuesta adecuada. Ahora Alvin tenía esa respuesta para él.

—Ella te está esperando, Arturo Estuardo —dijo—. Con alas o sin alas, tu madre pájaro sigue viva, esperándote hasta que llegue el momento.

Arturo Estuardo asintió.

—Creo que tienes razón. A veces la siento en el cielo, tal alto que no puedo verla, pero nos mira y me ve. —Miró a Alvin y Margaret para reafirmarse en sus palabras—. No es una tontería, ¿verdad?

—Tendrían que poner a mil ángeles vigilándola cada minuto en el cielo para que tu madre no te mirara —dijo Margaret.

Arturo Estuardo asintió.

—Cuando la vea, entonces descubriré mi verdadero nombre.

—Todos los nombres son verdaderos ese día —dijo Alvin—. Cuando nos veamos unos a otros tal como realmente somos.

Margaret no dijo nada. No se sentía cómoda pensando en el día de la resurrección en el lejano futuro, pues nunca había visto ese día en ningún fuego del corazón. Todas las visiones terminaban, tarde o temprano, en la muerte. Eso era lo real para ella.

Real y sin embargo no terriblemente importante. Palpó su vientre hinchado, donde el pequeño fuego del corazón crecía. Mientras tuviera tiempo para encargarse de aquello, de traer a la niña al mundo y criarla, no se quejaría cuando la muerte viniera a buscarla.

El transbordador atracó y la gente de la parte de Nueva Suecia desembarcó ruidosamente. Alvin, Margaret y Arturo Estuardo volvieron al lugar donde los esperaban Fishy, Gullah Joe, Dinamarca y su esposa. Aunque habían viajado deprisa, les había llegado la noticia de los ahorcamientos en masa de los esclavos rebeldes en Camelot. Temieron lo peor: que se llevara a cabo la propuesta de John Calhoun de

ahorcar a uno de cada tres. Pero resultó que sólo fueron veinte. Sólo veinte.

Además, se había cursado una orden de detención contra un vagabundo llamado Dinamarca Vesey: un mulato ilegalmente liberado que había planeado todo el asunto e ido a recibir a todos los barcos de esclavos que llegaban a puerto. Bueno, eso nunca volvería a suceder. Blacktown había sido limpiada y las leyes referentes al movimiento de esclavos sin sus amos iban a ser reducidas considerablemente. Los días de los tratamientos blandos se habían acabado para los esclavos de las Colonias de la Corona. Aprenderían quiénes eran los jefes.

Sin embargo, cuando las historias cruzaban el Potomac, cambiaban. Los hechos eran los mismos, pero ahora la historia se contaba con furia creciente. Incluso los negros quieren ser libres, eso era lo que decían los nortños. No importa lo que pudieran haber planeado, no mataron a un solo blanco. Y ahora las Colonias de la Corona están forzando aún más a esa pobre gente. Ya basta. Hay que ponerle límite. Nada de esclavitud en los territorios del Oeste. Y no más derechos para los rastreadores de esclavos en los Estados Unidos. Repudiamos el tratado. Si el Congreso que tenemos no lo hace, entonces elegiremos otro que lo haga. Nunca más será un hombre propiedad de otro hombre en los territorios del Norte. Tal vez la gente no lo supiera todavía, pero era un rumor de guerra y pronto sus semillas darían fruto. Margaret había pasado muchos meses tratando de impedirlo. Ahora sabía que la guerra era la única esperanza de acabar con la esclavitud. Por temible que fuera, era una guerra que había que librar. Y allí en Nueva Suecia, las conversaciones sobre la guerra eran desde el lado adecuado. Eran los suyos quienes hablaban.

Al oír esas conversaciones en una posada del camino, donde todos los del grupo pudieron sentarse a una mesa, blancos, negros y mulatos por igual, Dinamarca se acomodó en su silla, cruzó los brazos tras la cabeza y dijo:

—¡Qué bien se está en casa!

Por el camino, Alvin trabajó duro tratando de curar la lesión de la esposa de Dinamarca. Margaret le aseguró que todos sus recuerdos estaban aún en su fuego del corazón, en alguna parte, ocultos para ella porque estaban ocultos para la propia mujer. Fue un trabajo lento, meticuloso. Sanaba sólo unos cuantos nervios cada vez, unas cuantas regiones diminutas del cerebro. Pero todos notaron su mejora. Cojeaba cada vez menos. Sus manos se hicieron más diestras. Su pronunciación se volvió más clara. Recordaba cada vez más.

Entonces, una mañana, se despertó de un sueño terrible gritando. Fishy estaba con ella, pero Dinamarca llegó corriendo. Cuando entró en la habitación, su esposa lo miró y dijo:

—¡He soñado que intentabas matarme!

Llorando, Dinamarca le confesó su terrible pecado y suplicó perdón.

—Ya no soy ese hombre —dijo.

También esa curación sería larga y lenta.

El viaje que Alvin realizó en una noche, corriendo con la canción verde que lo

llevaba, les llevó más de una semana a su ritmo. Pero terminó por fin, en una calle familiar de Filadelfia. Arturo Estuardo reconoció la posada y se adelantó corriendo. Mike Fink no tardó en salir a la calle para recibirlos, seguido más despacio pero no con menos felicidad por Verily, Purity y Hezekiah. Y cuando Alvin entró en la casa, allí estaba la señora Louder, cubierta de harina pero incapaz de resistirse a darle un abrazo. Inmediatamente adoptó a Margaret como su hija favorita y dio tanto la lata con el bebé aún por nacer que Alvin bromeó diciendo que la señora Louder creía ser la madre.

Alvin y Margaret recibieron la mejor habitación, la que tenía un balcón que daba al jardín.

Se sentaron allí aquella primera tarde, saboreando la paz de su primera noche juntos en tanto tiempo que Margaret se maravilló en voz alta de que el bebé hubiera podido ser concebido.

—No nos separemos jamás de esta forma —dijo Margaret.

—Bueno, no es por acusar, pero tú viajabas tanto como yo.

—Nunca más —dijo Margaret—. No te librarás de mí.

Alvin suspiró.

—No quiero librarme de ti, pero también quiero que el bebé esté a salvo. Os llevaré a casa... a Hatrack o Iglesia de Vigor, lo que prefieras, pero tengo que ir a un lugar de Tennizy que se llama Crystal City.

—Llévame contigo.

—¿Y correr el riesgo de que des a luz por el camino? No, gracias —dijo Alvin.

Margaret suspiró.

—Todo este vagabundeo, toda esta separación, ¿y qué hemos conseguido? La guerra va a estallar de todas formas. Y tú sigues sin saber cómo usar ese arado tuyo ni qué es realmente la Ciudad de Cristal ni cómo construirla.

—Pero sé unas cuantas cosas —dijo Alvin—. Y tal vez el motivo principal de este viaje no eran las tareas que teníamos en mente. Tal vez era esa gente de las otras habitaciones. Dinamarca y Gullah Joe y Fishy y la mujer de Dinamarca... creo que los llevaremos a todos a la Ciudad de Cristal, al final. Y Purity y Hezekiah... creo que también vendrán.

—Y Calvin —dijo Margaret—. Ha cambiado.

—Pero no se decidió a venir con nosotros.

—Creo que está avergonzado por lo que su descuido provocó en Camelot. Pero es más firme. Su fuego del corazón tiene un montón de caminos que conducen a alguna parte. Y... —¿Y?

Ella se llevó su mano a la boca y la besó.

—Y tal vez yo tenga más razones para mirar al futuro con esperanza.

—Supongo que ahora que me debe la vida, más o menos tiene que pensar de otro modo.

—Bueno, no cuentes con su gratitud. Es la más volátil de todas las virtudes

humanas. El cambio en él tiene que ser más profundo. Creo que se produjo cuando levantó esa ola para impedir que se produjera la revuelta de los esclavos. Miles de vidas se salvaron cuando lo hizo.

Alvin se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?

—Bueno, yo estaba en el camino, pero mirando hacia delante. Lo vi tratando de crear una salpicadura en el agua, como el viejo juego que practicábamos. Pero estaba tan débil que no consiguió hacerlo, no podía concentrarse.

—Así que lo hiciste tú —concluyó Margaret.

—No fue fácil ni siquiera para mí —confesó Alvin—, y eso que yo estaba sano y tengo experiencia.

—Bueno, no le digas que él no creó esa riada.

Alvin se rió.

—¿Y quitarle su recuerdo de haber hecho algo heroico?

Ni hablar.

Permanecieron un rato sentados en silencio. Luego Margaret se palpó el vientre y suspiró.

—¿Qué?

—Estaba pensando lo mucho que le habría gustado a mi madre estar aquí. Le gustaban tanto los niños. Perdió un par antes de que yo naciera y consiguiera sobrevivir a la infancia.

—Pero tu madre está aquí —dijo Alvin. Extendió la mano y colocó la mano sobre su pecho, sobre su corazón—. Cada latido, ella lo puso aquí, oyó esos latidos en su vientre, mes tras mes. Está ahora en tu fuego del corazón, como tú estuviste en el suyo. Eso no se pierde por una cosa sin importancia como la muerte. Ella le sonrió.

—Supongo que tienes razón, Al. Como siempre.

Él la besó. Permanecieron allí sentados un rato más, hasta que los mosquitos los obligaron a entrar. Se quedaron dormidos abrazados, e incluso en su sueño extendían las manos para tocarse por miedo a que uno se perdiera en la noche. Milagrosamente, estaban aún allí por la mañana, acariciándose, respirando, los corazones latiendo juntos, fuegos del corazón brillantes, vidas entrelazadas.



ORSON SCOTT CARD. Originario de Richland (Washington) y residente hoy en Greenboro (Carolina del Norte), Orson Scott Card es mormón practicante y sirvió a su Iglesia en Brasil entre 1971 y 1973. Ben Bova, editor de *Analog*, lo descubrió para la ciencia ficción en 1977. Card obtuvo el *Campbell Award* de 1978 al mejor autor novel y, a partir del éxito de la novela corta *ENDER'S GAME* y de su experiencia como autor dramático, decidió en 1977 vivir de su actividad como escritor. En 1997 fue invitado de honor en la HISPACON'97, la convención anual de la ciencia ficción española, celebrada en Mataró (Barcelona).

Su obra se caracteriza por la importancia que concede a los sentimientos y las emociones, y sus historias tienen también gran fuerza emotiva. Sin llegar a predicar, Card es un gran narrador que aborda los temas de tipo ético y moral con un intenso lirismo.

La antología de relatos *CAPITOL* (1983) trata temas cercanos a los que desarrolla en su primera novela, *HOT SLEEP* (1979), que después fue reescrita como *THE WORTHING CHRONICLE* (1982). Más recientemente ha unificado todos esos argumentos en una magna obra en torno a una estirpe de telépatas en *LA SAGA DE WORTHING* (1990, NOVA ciencia ficción, núm. 51). El ambiente general de esos libros se emparenta con el universo reflejado en *UN PLANETA LLAMADO TRAICIÓN* (1979), reeditada en 1985 con el título *TRAICIÓN* y cuya nueva versión ha aparecido recientemente en España.

Una de sus más famosas novelas antes del gran éxito de *EL JUEGO DE ENDER*

(1985) es *MAESTRO CANTOR* (1980, NOVA ciencia ficción, núm. 13), que incluye temas de relatos anteriores que habían sido finalistas tanto del premio Nebula como del Hugo.

La fantasía, uno de sus temas favoritos, es el eje central de *KINGSMEAT*, y sobre todo de su excelente novela *ESPERANZA DEL VENADO* (1983, NOVA fantasía, núm. 3), que fue recibida por la crítica como una importante renovación en este campo. También es autor de *A WOMAN OF DESTINY* (1984), reeditada como *SAINTS* en 1988. Se trata de una novela histórica sobre temas y personajes mormones.

Card ha abordado también la narración de terror (o mejor «de espanto», según su propia denominación), al estilo de Stephen King. Como ya hiciera antes con *EL JUEGO DE ENDER*, Card convirtió en novela una anterior narración corta galardonada esta vez con el premio Hugo y el Locus. El resultado ha sido *NIÑOS PERDIDOS* (1992, NOVA Scott Card, núm. 4), con la que ha obtenido un éxito parecido al de *EL JUEGO DE ENDER*, aunque esta vez en un género distinto que mezcla acertadamente la fantasía con el terror.

Card obtuvo el Hugo 1986 y el Nebula 1985 con *EL JUEGO DE ENDER* (1985, NOVA ciencia ficción, núm. 0), cuya continuación, *LA VOZ DE LOS MUERTOS* (1986, NOVA, núm. 1), obtuvo de nuevo dichos premios (y también el Locus), siendo la primera vez en toda la historia de la ciencia ficción que un autor los recibía dos años consecutivos. La serie continúa con *ENDER, EL XENOCIDA* (1991, NOVA, núm. 50) y finaliza, aunque sólo provisionalmente, con el cuarto volumen, *HIJOS DE LA MENTE* (1996, NOVA ciencia ficción, núm. 100). En 1999 apareció un nuevo título, *ENDER'S SHADOW* (1999 *LA SOMBRA DE ENDER*, previsto en NOVA, núm. 137), en torno a la visión de un compañero de Ender sobre lo que se narraba en el título original de la serie.

La última noticia sobre la famosa *Saga de Ender* es que se va a realizar la versión cinematográfica de la primera novela. Orson Scott Card ha escrito el guión de la película y, metido ya en el tema, parece que está trabajando en una nueva novela centrada en lo que sucede «antes» de la primera. El futuro lo dirá.

1987 fue el año de su redescubrimiento en Norteamérica con la reedición de *MAESTRO CANTOR*, la publicación de *Wyrms* y el inicio de una magna obra de fantasía: *THE TALES OF ALVIN MAKER*. La historia de Alvin, el «Hacedor», está prevista como una serie de libros en los que se recrea el pasado de unos Estados Unidos alternativos en los que predomina la magia y se reconstruye el folclore norteamericano. El primer libro de la serie, *EL SÉPTIMO HIJO* (1987, NOVA fantasía, núm. 6), obtuvo el premio Mundial de Fantasía de 1988, el premio Locus de Fantasía de 1988 y el Ditmar australiano de 1989; también fue finalista en los premios Hugo y Nébulas. El segundo, *EL PROFETA ROJO* (1988, NOVA fantasía,

núm. 12), fue premio Locus de Fantasía 1989 y finalista del Hugo y el Nebula. El tercero, *ALVIN, EL APRENDIZ* (1989, NOVA fantasía, núm. 21), ha sido, de nuevo, premio Locus de Fantasía 1990 y finalista del Hugo y el Nebula. Tras seis años de espera ha aparecido ya el cuarto libro de la serie, *ALVIN, EL OFICIAL* (1995, NOVA Scott Card, núm. 9), de nuevo premio Locus de Fantasía en 1996. Sólo tres años después apareció *FUEGO DEL CORAZÓN* (1998, NOVA ciencia ficción, núm. 129), y no se sabe cómo ni cuándo acabará la serie en la que podrían faltar sólo los títulos *Master Alvin* y *The Crystal City*.

Algunas de sus más recientes narraciones se han unificado en un libro sobre la recuperación de la civilización tras un holocausto nuclear: *LA GENTE DEL MARGEN* (1989, NOVA ciencia ficción, núm. 44). El conjunto de los mejores relatos de su primera época se encuentra recopilado en *UNACCOMPANIED SONATA* (1980). Conviene destacar una voluminosa antología de sus narraciones cortas en *MAPAS EN UN ESPEJO* (1990, NOVA Scott Card, núm. 1), que se complementa con las ricas y variadas informaciones que sobre sí mismo y sobre el arte de escribir y de narrar expone Card en sus presentaciones.

Su última serie ha sido *Homecoming (La Saga del Retorno)*, que consta de cinco volúmenes. La serie narra un épico «retorno» de los humanos al planeta Tierra, tras una ausencia de más de cuarenta millones de años.

Esta serie se inicia con *LA MEMORIA DE LA TIERRA* (1992, NOVA Scott Card, núm. 2) y sigue con *LA LLAMADA DE LA TIERRA* (1993, NOVA Scott Card, núm. 4), *LAS NAVES DE LA TIERRA* (1994, NOVA Scott Card, núm. 5) y *RETORNO A LA TIERRA* (1995, NOVA Scott Card, núm. 7), para finalizar con *NACIDOS EN LA TIERRA* (1995, NOVA Scott Card, núm. 8).

Por si ello fuera poco, Card ha empezado a publicar recientemente *The Mayflower Trilogy*, una nueva trilogía escrita conjuntamente con su amiga y colega Kathryn H. Kidd. El primer volumen es *LOVELOCK* (1994, NOVA Scott Card, núm. 6), y la incorporación de Kidd parece haber aportado mayores dosis de humor e ironía a la escritura, siempre amena, emotiva e interesante, de Orson Scott Card.

En febrero de 1996 apareció la edición en inglés de *OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN* (1996, NOVA ciencia ficción, núm. 109), sobre historiadores del futuro ocupados en la observación del pasado («*pastwatch*»), y centrada en el habitual dilema en torno a si una posible intervención sería lícita o no. Una curiosa novela que parece llevar implícita una revisión crítica de la historia, de la misma forma que puede encontrarse una sugerente crítica al «*american way of life*», en el interesantísimo relato *América*, que se incluyera en *LA GENTE DEL MARGEN* (1989, NOVA ciencia ficción, núm. 44).

Otra de sus novelas más recientes es *EL COFRE DEL TESORO* (1996, NOVA, núm. 121), una curiosa historia de fantasía y fantasmas, protagonizada por un genio de la

informática convertido en millonario, y con un ajustado equilibrio de emotividad, ironía y tragedia.

Card ha escrito también un manual para futuros escritores: *HOW TO WRITE SCIENCE FICTION AND FANTASY* (1990), que obtuvo en 1991 el premio Hugo como mejor libro de ensayo del año.